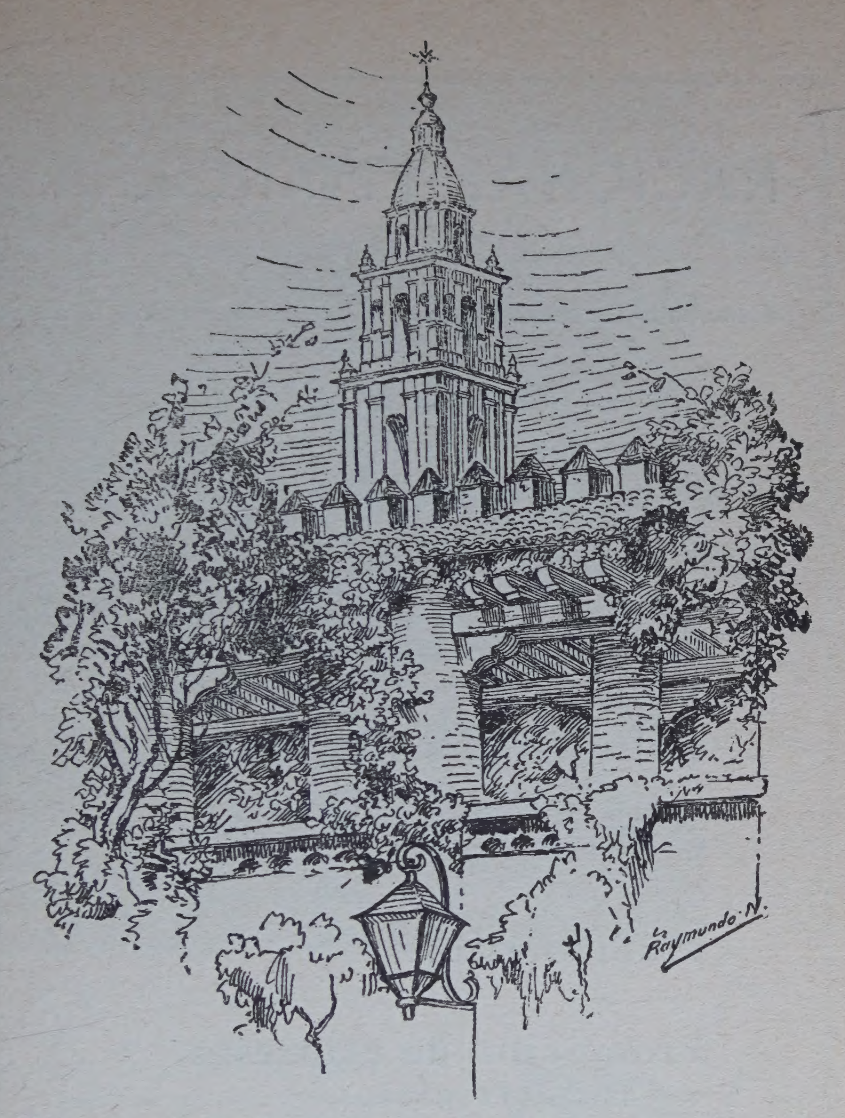
CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

6





He aquí CUAUNAHUAC, la capital de los Tlahuicas situada en la región que los Ulmecas llamaron TAMOANCHAN y en donde situaba el Paraíso Terrenal, del cual surgiera la primera pareja humana.

La hoy CUERNAVACA fundada por don Hernando Cortés, para ser su lugar de recreo, que lo fué también de don José de la Borda y del rubio Maximiliano de Habsburgo.

Lugar de delicias, que se nos presenta como un gran rubí, que cayendo del mundo de los dioses, vino a estrellarse en un grandioso tapete de esmeraldas.

Los Ferrocarriles Nacionales de México, ofrecen para su visita un medio eficaz de comunicación.

Sabor.. Suavidad.. Fragancia..

LAS cualidades supremas de los cigarros BELMONT, resultan de una mezcla finísima de genuinos tabacos Virginia, Burley y Turco. Difícilmente las encontrará usted aun en las más conocidas marcas importadas. Sin embargo, BELMONT cuestan mucho menos!



Para los fumadores difíciles

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre - Diciembre de 1943 Vol. XII

INDICE

Págs.





CALIDAD
Pepsi-Cola
MARCA REGISTRADA
CANTIDAD
EN TODAS LAS OCASIONES
Pepsi-Cola ES MEJOR!
UNA BEBIDA
EXQUISITA
Pepsi-Cola
PIDALA SIEMPRE
PROP DSP Nº 9948
PEPSI-COLA COMPANY DE MEXICO, S.A.


Desde la Esquina de la Profesa...
En tiempos de nuestros abuelos, cuando se paseaba en berlina por Plateros, no existían grandes problemas de transporte. De entonces acá hizo su aparición el automóvil que con la revolución industrial que produjo impuso la solución de muchos problemas técnicos, tales como el de la lubricación.
Entre el primer lubricante que se produjo en México y MEXOLUB, hay la misma diferencia que entre un automóvil de 1899 y un modelo 1942.
MEXOLUB es un lubricante de calidad AL DIA.
PETROLEOS MEXICANOS
Mexolub
EL MEJOR LUBRICANTE
DESTILADO AL ALTO VACIO
PETROLEOS MEXICANOS
Mexolub

PRELUDIOS DE PAZ

PARA resolver los problemas planteados por las circunstancias actuales, se reunió recientemente el *Comité de Cooperación Económica de México y de los Estados Unidos* cuyas labores han dado en muchos órdenes resultados positivamente halagüeños. Dentro de ese *Comité,* reconociendo la importancia económica de que goza la industria del Turismo, fué creado un Subcomité que estudiará todo lo con dicha industria relacionado.

La ponencia o memorándum presentado por este último organismo al *Comité* tuvo el privilegio de ser incorporado íntegramente en las recomendaciones elevadas a ambos Gobiernos, las cuales, al ser aprobadas, se han convertido prácticamente en un convenio que tanto México como los Estados Unidos están obligados a cumplir. En consecuencia y para poner en marcha todo lo relativo a turismo incluído en ese llamemos convenio, el sector privado representado por la Asociación Mexicana de Turismo y el Oficial representado por el Departamento de Turismo de la Secretaría de Gobernación, están llevando a cabo un estudio que servirá de base para la acción del Gobierno Mexicano.

Resulta por demás satisfactorio el reconocimiento, por parte de los representantes norteamericanos del Comité, de la amplitud y justeza de miras del programa mexicano, reconocimiento que llega hasta el punto de haberse adoptado aquel memorandum de base para los arreglos posteriores que hagan los Estados Unidos con los demás países del Continente.

Cuanto se haga en fomento del turismo será siempre poco. Es esta una actividad que lejos de limitarse a obtener ventajas materiales constituye por naturaleza el vehículo más apropiado para el mutuo conocimiento de los nacionales de cada país favoreciendo el logro de una profunda unidad racional. Y para que los pueblos de los distintos países estrechen aquellos lazos de solidaridad humana necesarios para el establecimiento de una paz efectiva y duradera. Es obvio que por ser el turismo una actividad esencialmente pacífica, está llamada a adquirir un desarrollo extraordinario —sobre todo en nuestro continente, pacífico por excelencia— tan pronto como en el mundo vuelva a reinar la paz.

F. L. S.

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO II VOL. XII

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE
1943

MÉXICO, 1º DE NOVIEMBRE DE 1943

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96 • MEXICO, D. F.

SUMARIO

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de
FOTOGRABADORES Y ROTOGRABADORES UNIDOS, S. C. L.
Iturbide 16. - México, D. F.

Nuestro Tiempo



SOBRE EL CARACTER DE ESTA GUERRA

Por *Bruno FREI*

El 22 de mayo de 1940, cuando las divisiones blindadas alemanas, después de la ruptura cerca de Sedán, presionaban hacia la costa atlántica en marchas aceleradas, declaró Paul Reynaud —que acababa de ser designado Presidente del Gabinete francés— desde la tribuna del Parlamento: "La población civil debe permanecer en su casa, en el trabajo". El Prefecto de Policía, Robert Langeron, al que el Gobierno confiara la misión de entregar París con sus gigantescas instalaciones industriales a los germanos, dirigió, el día de la entrada de los invasores, un llamamiento a la población para que mantuviese el orden. "No existen suficientes razones estratégicas para la defensa de la capital", dice el comunicado del Alto Mando francés de 14 de junio de 1940, "para justificar la destrucción que habría de padecer mediante la lucha".

El 3 de julio de 1941, cuando las divisiones blindadas alemanas, después de traspasar la frontera germano-soviética, presionaban hacia Smolensk, con el objeto de alcanzar Moscú con el ritmo de la guerra-relámpago, ordenó Stalin al pueblo ruso en su primer discurso por radio: "En el caso de que nuestras tropas se vean precisadas a retroceder, deben llevar consigo todo el material rodante ferroviario, al enemigo no debe dejársele una sola locomotora, un solo vagón; no se debe dejar al enemigo ni un kilo de pan, no hay que dejar atrás ni un litro de gasolina. Todos los bienes valiosos, metales, cereales, carburantes, que sea imposible trasladar, deben ser destruídos total y absolutamente. En los territorios ocupados por el enemigo deben crearse destacamentos de guerrilleros a pie y a caballo, grupos de sabotaje, que tienen la misión de combatir contra

las unidades de las tropas enemigas, desarrollar en todas partes combates de guerrilleros, volar puentes, destruir las comunicaciones telefónicas y telegráficas, incendiar los depósitos y nuevas redes de transportes". Esclarecedoramente agregó Stalin: "No debe considerarse la guerra contra la Alemania fascista como una guerra normal, no es solamente una guerra entre dos Ejércitos: es, además de ello, la gran guerra de todo el pueblo soviético contra las tropas fascistas alemanas".

En este paralelismo torturador que todos hemos vivido surge un problema, a simple vista como si fuera de significación subordinada, sólo táctica, pero que es en realidad el problema medular de esta guerra, dependiendo de su comprensión no ya su duración, sino también la duración de la paz que debe seguirla. En el problema capital de la retaguardia se diferencian en esta guerra las concepciones y actitudes.

Constituye un error creer que la guerra popular es una invención soviética. El general Carlos von Clausewitz escribe en su tratado clásico sobre la guerra: "La guerra popular es en la Europa culta un fenómeno del siglo XIX". La Revolución Francesa había despertado en los pueblos la conciencia de su individualidad. A los soldados de Napoleón les ocurrió lo que a Bileam, el mago de Moab, que según nos cuenta la leyenda bíblica se disponía a maldecir a las tribus de Israel, pero en su boca el anatema convirtióse en bendición. La invasión napoleónica no esparció solamente el fuego y la muerte sobre toda Europa, sino también los gérmenes de la unidad nacional y de la autodeterminación democrática. Las guerrillas españolas, que en 1808 contuvieron en Galicia a cuatro Cuerpos de Ejército de Napoleón, proporcionaron a los patriotas alemanes el ejemplo para desencadenar la guerra popular contra el invasor. Clausewitz, el más dotado entre ellos, reclamaba en una carta al general von Gneisenau "que se hiciera una España de Silesia". El joven oficial prusiano, enfervorizado por el espíritu de la filosofía idealista, observaba con agudeza la nueva forma de la guerra. Dábase cuenta de que las guerras patrióticas y populares, de España en 1808 y de Rusia en 1812, representaban "no sólo un acrecenta-

miento de la cooperación del pueblo, sino una auténtica nueva potencia". Clausewitz analizaba la estrategia de la guerra de guerrillas, que comparó a un "ser de forma neblinosa, de nube", que en ningún lugar se espesa en cuerpo compacto. "Es necesario que en ciertos puntos la niebla se agrupe hasta convertirse en masas más cohesionadas y forme nubes amenazadoras de las que pueda partir la estela vigorosa de un rayo".

Clausewitz no hubiera sido el filósofo de la guerra, al que empeñosamente estudiaron Marx y Engels y del que escribiera Lenin que había descubierto la zona limítrofe de la táctica política y militar, si no hubiera descrito, junto a los problemas tácticos de la guerra popular, su singular función política. El autor de la frase "la guerra es la prosecución de la política con otros medios" ha reconocido, naturalmente, que la guerra popular es la continuación de otra política que aquella de la guerra corriente y moliente.

Clausewitz examina, en primer término, el papel pasivo de la retaguardia como factor en la dirección de la guerra. "En el país propio todo ocurre con mayor facilidad, en el supuesto de que la opinión de los súbditos no se halle en contradicción con este concepto. Todas las prestaciones las obtiene el enemigo solamente bajo la presión de la fuerza ostensible. Esta debe ser impugnada con el Ejército y cuesta mucha potencia y esfuerzos." Pero en un Gobierno y en una Nación que se sienten unificados por la necesidad de la defensa surge, de la resistencia pasiva, la guerra popular activa. "Por decisiva que sea la derrota que experimente un Estado, con la retirada del Ejército al interior del país debe apelarse siempre a la efectividad de las fortificaciones y al armamento del pueblo". Hablando al Rey de Prusia, que se oponía al armamento del pueblo contra Napoleón, exigido por los patriotas, Clausewitz sentencia proféticamente a los líderes del Estado francés en 1940: "Un Gobierno que después de perder la principal batalla sólo piensa en hacer subir rápidamente al pueblo al lecho de la paz y, domeñado por el sentimiento de una gran esperanza fallida, ya no experimenta en sí el valor y el ánimo para espolear todas las fuerzas, incurre

en tal caso, por debilidad, en una gran inconsecuencia y muestra que no era digno de la victoria y que, por ello, posiblemente tampoco era capaz de conquistarla". Clausewitz ve, naturalmente, las causas políticas que hacen desistir a los Gobiernos del instrumento de las guerras populares, "porque es para ellos un medio revolucionario, lo consideran la declaración legal de estado de anarquía, que es tan peligroso para el orden social en el interior como para el enemigo".

Rememorar las verdades descubiertas por Clausewitz sobre la guerra popular, se nos antoja tanto más importante porque ellas —hasta su redescubrimiento por Stalin— habían caído completamente en el olvido. La ciencia militar alemana, ajena al pueblo y al servicio del super-imperialismo germano, ha tenido buenos motivos para substituir la guerra popular por la "guerra total". La guerra total es la contrapartida absoluta de la guerra popular, así como el fascismo, del que debe ser instrumento, es todo lo contrario de la democracia. Ludendorff, del que proviene el citado concepto y al que ha dedicado uno de sus libros, sólo ve en la retaguardia el objeto pasivo de la propaganda, en la que reconoce una nueva arma de la guerra total. La propaganda enemiga y la propia equivalen a las baterías, de uno y otro contrincante, que disparan sobre objetos muertos. En sus recuerdos de la guerra mundial aparece la derrota como consecuencia, en parte esencial, del fracaso de la propaganda alemana. Reprocha al Gobierno del Reich que no supiera realizar "la lucha contra los frentes interiores del enemigo". "¿No debió Alemania utilizar también este poderoso medio bélico que diariamente le sentía en la propia carne? ¿No debía agitarse el estado de espíritu de los pueblos enemigos, de igual manera que el adversario, que desgraciadamente lo llevó a cabo con tanto éxito con nosotros?", preguntaba Ludendorff en los días de octubre de 1918. Y es que él no ve lo esencial: que la propaganda no puede cambiar el carácter de una guerra y hacer una guerra popular de la que es una guerra de conquista.

Hitler incluso ha construído sobre el argumento de Ludendorff la leyenda de la puñalada; para él todo es

propaganda y la propaganda lo es todo. "Más de una vez me atormentaba el pensamiento", reconoce con su típica modestia, "de que si el Destino me hubiera colocado en el lugar de ese incapaz o criminal ignaro que dirigía nuestra propaganda, la suerte de la lucha se hubiera pronunciado de otra manera".

Se puede establecer, como regla general, que en la medida en que es mayor el desprecio hacia los hombres en un estadista, más altamente valora la eficacia autónoma de la propaganda. Por ello, en la concepción fascista de la guerra total, el pueblo, como factor que piensa por sí mismo, el pueblo que combate por sus propios intereses, está descartado. En la guerra total el pueblo no es otra cosa que un objeto; sus brazos y piernas, al igual que sus células cerebrales, están subordinados a los generales que controlan y ordenan sus movimientos. Cuerpo y alma, tras una educación para la muerte que ya dura una década, se han transformado en un mecanismo que ha de producir victorias. El Ejército de autómatas de los generalísimos fascistas no piensa ni siente; no necesita saber más sobre el sentido de la guerra que lo que escupen los altavoces que les acompañan por doquier. La verdad de esta afirmación la expresa con personal ironía un soldado nazi prisionero de los rusos, como puede leerse en un periódico de los prisioneros de guerra en la U.R.S.S. publicado en lengua alemana. "El soldado es una máquina cubierta con harapos, que es puesta en movimiento por los gritos estentóreos del suboficial".

Miguel Kalinin, Presidente del Soviet Supremo de la U.R.S.S., ha caracterizado nítidamente la contradicción entre la guerra total de Hitler y la guerra patriótica de los pueblos de la Unión Soviética: "Para los militaristas alemanes "guerra total" significa el empleo de todos los recursos materiales y humanos de un país y una dirección bélica que no retrocede con espanto ante ningún medio, incluyendo el exterminio de pueblos enteros. Por el contrario, en la guerra patriótica el propio pueblo combate directamente contra el enemigo, como sucede en el movimiento guerrillero. Sólo un pueblo que considere su libertad y su independencia como lo más importante de la

vida puede aportar ese valor y ese heroísmo espontáneo que son precisos en la guerra popular".

Pero con objeto de ser justos en lo que atañe al significado del problema y, singularmente, para comprender sus complicaciones en el curso ulterior de la guerra, es necesario despojarse de la simple terminología moralizante y extraer los elementos principales, determinantes de esta noción. Son los fascistas alemanes, y cabalmente sus precursores, los superimperialistas kaiserianos, los que han predicado el concepto de la guerra total. Ellos realizan una guerra de conquista por los intereses de las clases más rapaces y regresivas del pueblo alemán. Este carácter de rapiña de la guerra debe velarse en beneficio de la dirección bélica. No podían arriesgarse en la guerra total mientras la retaguardia alemana no estuviese preparada, ideológica y organizativamente, mediante el terror y la demagogia, signos característicos de la dictadura fascista. En el fondo el fascismo es también, ante todo, un sistema para la seguridad de la propia retaguardia durante la guerra. Es sabido que el Estado Mayor alemán, ya en 1934, estableció un laboratorio psicológico-militar que al lado de la abundantemente engrasada máquina propagandística del Partido nazi, debía elaborar los mejores métodos para la castración espiritual de las masas populares alemanas. La guerra ideada por la capa superior de los junkers y del capital financiero, sobre la base de la rapiña y del dominio del mundo, tenía como premisa un pueblo agrupado mecánicamente, inactivo en alma y espíritu, que forma el Ejército de la guerra total.

Todo lo contrario corresponde a la concepción antifascista de la dirección bélica. Esta guerra es, según la acepción de Lenin, "una guerra justa", una guerra de libertad, una guerra de liberación. El opuesto contenido político de la guerra condiciona medios estratégicos antagónicos en la dirección bélica, si la afirmación básica de Clausewitz es valedera. A la concepción de la guerra por la libertad corresponde la guerra popular, la utilización directa de las masas populares en la conducción de la guerra. Es lo que Stalin ha dicho a su pueblo desde el primer momento. A partir de entonces la guerra popular se ha ex-

tendido a vastos territorios del continente europeo. En Yugoslavia los guerrilleros del Ejército Nacional de la Libertad dominan amplias zonas del país. En Grecia, en Polonia, en Francia, en Noruega, en Austria, en Bélgica, en Holanda, en Checoeslovaquia han surgido, en mayor o menor escala, movimientos de guerrilleros que son apoyados por todas las capas de la población y que, en la generalidad de los casos, se identifican con el movimiento de unidad nacional.

Lo que hoy desazona a todos los espíritus alertas de este mundo que se debate en convulsiones es ver que en el quinto año de guerra, al tercer año de la coalición mundial antihitlerista de Inglaterra, Estados Unidos y la URSS., el conocimiento del papel del pueblo en esta contienda falta parcialmente o se falsea en parte. "No concebimos las ruinas antes de no ser ruinas nosotros mismos", dice Heine en un arrebato de pesimismo. De la oportuna inteligencia de la reciprocidad entre pueblo y guerra, de la estructura interna de la guerra popular, depende que las convulsiones en que hoy se estremece el mundo sean mortales angustias de ocaso o dolores del alumbramiento de una nueva era.

La concepción fascista de la guerra total es clara: es la guerra contra los intereses del propio pueblo, en el que, por tanto, éste sólo puede ser objeto pasivo del generalísimo. La concepción antifascista de la guerra de liberación también es clara; es la guerra del pueblo que combate por sus propios intereses, como sujeto activo de la dirección bélica. "Una efectiva política de guerra puede establecerse de dos modos —escribe Earl Browder en su libro *Victoria y Post-guerra*—: la manera nazi es la dictadura terrorista sobre la Nación por una pequeña minoría de hombres despiadados, gobernándolo todo para sus propios fines por medio de la fuerza y de la violencia; la otra forma, la democrática, consiste en ajustar la política a los intereses e ideas indiscutibles de la mayoría del pueblo y a cada sector importante y necesario, limitando cuidadosamente el campo en el que tal política tiene que ser im-

puesta a pesar de la oposición ("dictadura democrática") al menor número posible de incurables que persisten contra toda persuasión en subordinar los intereses de la Nación a sus intereses particulares".

La diferencia entre las dos concepciones radica en la valoración político-milítar del papel de la retaguardia. La teoría del rol independiente de la retaguardia en una guerra de liberación la desarrolló Stalin en su discurso del 6 de noviembre de 1941. Como una de las perspectivas determinantes de la victoria mostró la contradicción entre la estabilidad de la retaguardia soviética y la inestabilidad de la retaguardia europea y, particularmente, de la alemana. La retaguardia del Ejército Rojo se robustece en el curso de la guerra, mientras que la retaguardia del Ejército hitleriano, a despecho y como consecuencia de las ocupaciones dilatadas, es cada vez más débil. De los tres factores decisorios del triunfo adjudica Stalin dos a la inestabilidad de la retaguardia europea y alemana. (El tercer factor es la coalición antihitlerista).

No es nuevo en Stalin este juicio de la significación estratégica independiente de la retaguardia. Voroschilov informa cómo Stalin, hallándose en el frente meridional en el otoño de 1919, en uno de los momentos más críticos de la guerra civil, salvó la situación aplicando justamente el factor "retaguardia". El Ejército de Denikin avanzaba hacia Orel. En el centro, en el sector Orel-Kursk-Tula, había sido derrotado el Ejército revolucionario. Se flexionaba el ala derecha. El plan del Estado Mayor soviético, al que en aquel entonces aun pertenecían muchos viejos oficiales, proponía una operación según la cual el ala izquierda debía marchar desde la plaza de Tsaritsin (hoy Stalingrado) a Novorossisk, transversalmente por las estepas del Don, con objeto de asestar el golpe definitivo a Denikin. Stalin se opuso vivamente a este plan, en un informe dirigido a Lenin que se ha hecho famoso. En su lugar reclamaba el avance sobre Jarkov y la cuenca del Donetz, etc., hacia Rostov. Desde el punto de vista de los viejos militares era más corto el camino por las estepas del Don. Pero Stalin demostró la importancia decisiva de la estructura social de la población en ambos territo-

rios. Los cosacos del Don eran aun hostiles al nuevo Gobierno; los trabajadores de la cuenca del Donetz, por el contrario, estaban con el nuevo régimen. Stalin procedió de acuerdo con el consejo de Clausewitz al derribar el plan ofensivo del Alto Mando y al emplear su nuevo plan. Este produjo el cambio en la guerra civil y determinó que todo el Sur de Rusia se liberase de los blancos. "En la guerra civil la simple aritmética es insuficiente", observa al respecto Voroschilov "y, a veces, errónea". "El camino de Tsaritsin a Novorossisk podía considerarse mucho más largo de lo que era en realidad, por atravesar un territorio cuya población —por su naturaleza de clase— nos era hostil; en cambio, la distancia que separa a Tula de Novorossisk podía considerarse relativamente más corta por atravesar Jarkov, centro obrero, y la cuenca del Donetz, habitada por mineros".

Ahora sabemos que esta guerra mundial número dos "es una guerra civil internacional" (Tomás Mann). Su frente corre a través de todos los países. En él juega la retaguardia un papel singular y propio, si no se borra el carácter de la guerra, que es guerra de liberación.

Es completamente obscura, por tanto, la concepción político-militar de los participantes conservadores y reaccionarios en la alianza antihitleriana. ¿Sin mojarla, puede lavarse la piel? ¿Puede llevarse a cabo una guerra de liberación sin armar al pueblo? ¿Puede liberarse a los pueblos y tener miedo de ellos, al propio tiempo? En estas preguntas relativas a la estrategia de la guerra están contenidas todas las diferencias militares y políticas de los aliados, que surgieran en conexión con la Conferencia de Quebec y que se plantearán en la conferencia de Moscú. Lo mismo el segundo frente que la aplicación de la Carta del Atlántico únicamente son, en el fondo, funciones de la concepción que se tenga de esta guerra. ¿Existe, todavía, aparte de la concepción fascista y antifascista, una tercera?

Clausewitz tiene razón: el armamento del pueblo es una medida revolucionaria. Un régimen reaccionario no debe arriesgarse a poner las armas en las manos del pueblo; debe soportar la derrota y la ocupación como el mal mínimo. Este fué el caso de Francia en 1871 y en 1940. Daladier y Reynaud han seguido el ejemplo de Thiers, sin brindar al pueblo de París la oportunidad de un 18 de marzo. La defensa de París habría aflorado las tradiciones de la Comuna, llevando al Poder al Frente Popular como Gobierno de la Defensa Nacional. El Sena se habría convertido en un Manzanares francés. Pues España, en el período de 1936-1939 sí era el pueblo en armas, de otra forma no hubiera sido posible su guerra de tres años contra el fascismo. Todo ello lo comprendemos hoy nosotros, entonces muchos supieron entenderlo ya.

Miremos hacia China. En enero de 1941 el Generalísimo Tschang-Kai-Tschek había disuelto el nuevo Cuarto Ejército, comandado por el general Yeh Ting, bajo la inculpación de no haber obedecido las órdenes del Kuomintang. Desde entonces no se ha resuelto la divergencia en el seno del Ejército Nacional Chino. ¿En qué estriba ésta? Consiste en que los viejos generales del Kuomintang, educados en escuelas alemanas y japonesas, son enemigos de la guerra popular. Los generales del Kuomintang imponen sus planes al pueblo, mientras los comandantes del Cuarto Ejército movilizan al pueblo para la guerra. Es trágico el ejemplo, pues China realiza una guerra nacional de liberación contra los militaristas japoneses que quieren esclavizar al pueblo de 400 millones de seres, al pueblo que ha aportado a Confucio. ¿Pero cómo puede efectuarse una guerra de liberación nacional considerándose al pueblo como objeto de la dirección bélica?

¿Qué ocurrió en Birmania? Después de la derrota se formaron, con partidarios del movimiento nacional de independencia, guerrillas antiniponas que asumieron la lucha nacional libertadora contra los invasores. Mientras el Ejército inglés estaba en el país, tal intento les hubiera resultado poco confortable...

No es difícil ver que el problema de la guerra popular está, de modo absoluto, íntimamente ligado con la

concepción política de la guerra. ¿Qué debe entenderse por guerra de liberación?

¿Basta con hablar de una guerra de liberación cuando se promete como un fin general de guerra la liberación de los pueblos sojuzgados por el fascismo? ¿No debe, más bien, ser visible ya el prometido objetivo de la guerra en la forma de conducción de ésta? Si la guerra sólo es la prosecución de la política con otros medios, entonces la política es, cabalmente, la continuación de la guerra con otros medios. Guerra y paz no están fundamentalmente separadas la una de la otra; su unidad dialéctica, enseñada por Clausewitz, origina que la paz venidera sea ya perceptible en la guerra y que el carácter de la paz dependa de la forma de la dirección bélica. Es imposible hacer una paz democrática después de una guerra dirigida antidemocráticamente. Por el contrario, la dirección antidemocrática de la guerra, la exclusión del pueblo como sujeto de la conducción de la guerra, la repulsa de la guerra popular, son signos de que la paz, que debe seguir a la guerra, no será una paz democrática.

Nadie dice que así deberá suceder, pero la rigurosa posibilidad de que ocurriera de tal suerte trae consigo el peligro de que surjan dudas en la conciencia popular, que repercuten impidiendo el pleno desarrollo del esfuerzo bélico. Pero el mal no se combate silenciándolo en la buena sociedad, sino, por el contrario, marcándolo con el índice, advirtiendo, previniendo, conjurando: dejad que los hechos sigan a las palabras . . .

EN contradicción con los catorce puntos de Wilson la Carta del Atlántico es un marco universal de los fines democráticos de guerra. Mientras que el programa del Presidente Wilson, de 8 de enero de 1918, únicamente habla de la liberación de los pueblos de la Monarquía austrohúngara, a los cuales se aseguraría su independencia estatal, se dice en el punto tercero de la Carta del Atlántico, con absoluta generalidad, que los firmantes "respetan los derechos de todos los pueblos a escoger la forma de gobierno bajo la cual desean vivir y desean ver restablecidos

los derechos soberanos y el sistema de gobierno propio en aquellos países que, por la fuerza, se han visto privados de unos y otro". Esta generosa promesa no ha sido limitada por los estadistas aliados —con una sola excepción— en los dos años largos que han transcurrido desde su anuncio, sino que, por el contrario, cada vez se ha ampliado y concretado más. En el segundo aniversario de la firma de este documento de la esperanza puntualizaba con satisfacción el Presidente Roosevelt: "Cuando se firmó la Carta del Atlántico hubo quienes dijeron que era imposible cristalizara y ahora, cuando las fuerzas de la liberación marchan adelante, el derecho de la autodeterminación se convierte de nuevo en una realidad viviente". En su discurso de 12 de febrero de 1943 Roosevelt ha referido los principios de la Carta del Atlántico a las enseñanzas de Jefferson, al declarar: "Durante los años de las revoluciones norteamericana y francesa se estableció el principio fundamental que norma nuestras democracias. La piedra angular de todo el edificio democrático fué el principio de que del pueblo, y sólo del pueblo, emana la autoridad del Gobierno. Una de nuestras metas de guerra, según se expresa en la Carta del Atlántico, es que los pueblos hoy dominados sean de nuevo dueños de sus destinos. No puede haber duda en ningún lugar de que el propósito inquebrantable de las Naciones Unidas es el de restablecer a los pueblos conquistados en sus sagrados derechos. Y el mundo puede estar seguro de que esta guerra total, este sacrificio de vidas en todo el mundo, no se está librando con el propósito, ni siquiera con la más remota idea, de sostener en el Poder a los Quislings o a los Lavals en ningún lugar del mundo". Difícilmente puede hablarse de manera más explícita. No obstante, el Vicepresidente americano, Henry A. Wallace, y el ex-Subsecretario de Estado, Summer Welles, han encontrado formulaciones aun más precisas para subrayar el carácter libertador de la guerra. Summer Welles, en su discurso del 30 de mayo de 1942, dijo: "Si esta guerra es verdaderamente una guerra para la liberación de los pueblos, debe asegurar la igualdad soberana de los pueblos en todo el mundo. Nuestra victoria debe entrañar la liberación de todos los pueblos".

No es nuevo ni sorprendente que los círculos reaccionarios del capital financiero americano tengan su peculiar interpretación del carácter de esta guerra. Virgil Jordan, Presidente del "Board of the National Conference of the Industry", afirmó en la Convención de Banqueros de 1941: "No importa cuál sea el fin de la guerra. América se ha embarcado en una carrera de imperialismo, tanto en asuntos extranjeros como en todos los otros aspectos de su vida". Otro de la misma clase, Henry R. Luce, ha descubierto el gato encerrado al exclamar: "Este es el siglo americano".

¿Y las promesas de la Carta del Atlántico? Esas gentes no sentirán empacho en contestar que son "otros catorce puntos wilsonianos", es decir sin significado práctico. El diputado al Congreso, Martin Dies, vocero de las corrientes profascistas en Estados Unidos, ha contestado al reproche de que la política exterior oficial de Norteamérica fuese amistosa hacia la U.R.S.S. diciendo que él no se preocupaba por las "acrobacias" del Departamento de Estado.

La respuesta a todas estas confesiones de la quinta columna la proporcionó Wallace en su famoso discurso de 8 de mayo de 1942: "Algunos hablan del Siglo Americano. Yo digo que el siglo en el que entramos, el siglo que saldrá de esta guerra, puede y debe ser el Siglo del Hombre del Pueblo".

No se debe creer que para un Wallace no sean visibles las interdependencias entre las promesas de la Carta del Atlántico, el segundo frente y los problemas estratégicos de la guerra popular. En el mismo discurso Wallace señala a las guerrillas como los aliados de los Ejércitos de las Naciones Unidas: "Mientras nos enardecemos para el supremo esfuerzo en este hemisferio no debemos olvidar el heroísmo sublime de los oprimidos de Europa y Asia, ya se encuentren en las montañas de Yugoeslavia, en las fábricas de Checoeslovaquia y Francia, en las granjas de Polonia, Dinamarca, Holanda, Bélgica, entre los marinos de Noruega o en las zonas ocupadas de la China y de las Indias Orientales Holandesas. En todas partes el espíritu de los hombres hace ver al tirano que la esclavitud corporal no

aniquila las rebeldías". El propio Roosevelt en su alocución a los miembros del Congreso Internacional de Estudiantes celebrado en Washington (3 de septiembre de 1942) se ha referido a los héroes de la guerra popular en Europa.

Incluso el conservador Secretario de Estado para Asuntos Exteriores de Norteamérica, Cordell Hull, coincidía en el coro de cantores del aleluya: "Ninguna nación o grupo de naciones podrán prescribir los medios que han de utilizar otros países para alcanzar o mantener su independencia y economía propias, para hacerse fuertes, prosperar y lograr altos fines espirituales; lo que sí pueden hacer todas las naciones es ayudar a las demás y recibir ayuda de ellas" (discurso del 23 de julio de 1942).

¿Son todas éstas producciones retóricas sin fuerza obligatoria? ¿Las cuatro libertades que Roosevelt proclamó en su mensaje al Congreso de 6 de enero de 1941 constituyen solamente lirismo político? ¿Es, en realidad, la promesa de la Carta del Atlántico sólo una repetición de los catorce puntos wilsonianos, como afirman los falsos patriotas del Congreso de banqueros?

Sería falso imaginarse las cosas con semejante simplismo. Es seguro que en el seno de los Gobiernos aliados se lleva a cabo una lucha vivaz acerca del camino idóneo y sobre la medida de la "dosis de libertad" en la estrategia y diplomacia aliadas. No sólo entre las potencias capitalistas y la socialista Unión Soviética, sino en el interior de las propias potencias anglo-sajonas y en cada uno de sus Gobiernos. En todas partes hay personas de amplia perspectiva y miopes, limitados y clarividentes, reaccionarios y progresistas. La inquietante pregunta radica únicamente en cuál de estos grupos ganará la supremacía y quién decidirá —a fin de cuentas— el dilema. De ello depende el futuro de la Humanidad. Sobremanera confortador es el conocimiento de que el desenlace de esta lucha intercapitalista no debe esperarse con fatalismo. Pues esta lucha no se verifica en el Olimpo, su resultado no depende de la constelación en el firmamento. Los pueblos tienen el poder de irrumpir en la lucha con el peso de su volun-

tad y de contribuir a determinarla, ya sea resuelta para bien o para mal.

Es necesario. Incluso, apremiantemente preciso. Pues, por lo pronto, los incorregibles han ganado un poderoso salto de ventaja. Debemos llegar a este amargo reconocimiento si comparamos las palabras con los hechos.

Los hechos testimonian que en los aliados occidentales subsiste el propósito de no dejar desarrollarse la contienda en guerra popular. Cordell Hull teme "confusión y caos" después de la guerra. De ahí se desprende, para él, la primacía del problema policíaco "durante un período de transición de muchos meses y posiblemente de años". En este tiempo, dice Cordell Hull, se irá formando un poderoso aparato policíaco que sea capaz de relevar a los ejércitos victoriosos.

Engels ha señalado en el análisis de la Comuna de París que una de las características del Estado "es el establecimiento de una fuerza pública que ya no coincide inmediatamente con la potencia armada organizada por la propia población". Toda revolución plantea —como agrega Lenin en *El Estado y la Revolución*— "la pregunta por el problema de la mutua relación entre las formaciones "especiales" de hombres armados y la organización, armada e independiente, de la población". El planteamiento de este problema teórico es contestado prácticamente por cada revolución. De esta suerte debemos retornar a Clausewitz, que caracterizaba el armamento del pueblo como una medida revolucionaria. Toda la cuestión se reduce a saber si con la proclamación de la guerra libertadora se acepta su consecuencia, la guerra popular por tanto, el armamento del pueblo. Y si no ¿con qué se substituye? Y, finalmente, ¿aquello que lo substituye armoniza con el proclamado carácter de la guerra, en tanto que guerra de liberación?

La preocupación por el problema policíaco ha conducido a las potencias anglo-sajonas, en el inicio de la invasión de Europa, a la original invención del AMGOT (Allied military Government of occupied territories). La

primera noticia sobre tal plan la publicó Kingsbury Smith en el "American Mercury" (abril de 1943), pero, sobre todo y de manera exclusiva, como un plan para la Administración de una Alemania vencida, a la que debía substraerse, por largo tiempo, el derecho a un Gobierno propio. En Sicilia se aplicó por vez primera este plan. Pero, como reveló el Gobierno checoeslovaco en Londres, ciertos oficiales del AMGOT aprenden también checo, el idioma de un pueblo aliado. Aquí, donde sólo se trata de fijar los aspectos capitales del tema, no es lugar adecuado para hablar sobre la técnica de esta invención que es una especie de artificioso sucedáneo ("Ersatz") gubernamental.

Cuando en el Parlamento inglés lanzó el diputado Maurice Petherick la pregunta de si la Carta del Atlántico representaba un derecho vigente, contestó el Primer Ministro Winston Churchill con una limitación jurídica: la Carta del Atlántico no era un pacto de Estado y, en consecuencia, no precisaba de ninguna ratificación ni del refrendo legal de la Cámara; era, puramente, una declaración de opiniones generales y de afirmaciones fundamentales que deben conducirnos en la marcha común.

¿Qué actitud adopta el AMGOT respecto a la Carta del Atlántico? Silencio en las fuentes oficiales. Pero los fatigadísimos neoyorquinos pudieron ver en el Metro el reportaje colorista de Herbert L. Mattews desde Palermo (*New York Times* del 22 de agosto de 1943): "We test a plan for governing Europe". Y allí se dice, en negro sobre blanco: "Teóricamente puede tener el pueblo italiano la oportunidad de elegir su propia forma de gobierno, cuando llegue el tiempo para ello; pero sólo requiere una ligera meditación imaginarse que la actividad del AMGOT, entre hoy y ese momento, influirá profundamente todo el mecanismo y la elección de los dirigentes que habrán de constituir la nueva forma de gobierno". Ya lo tenemos aquí. Poco días antes había declarado Roosevelt: "Será el pueblo italiano quien hará esto (reconstruir), eligiendo su propio Gobierno de acuerdo con los principios democráticos básicos de libertad e igualdad".

Italia es sólo un ejemplo; de ellos existen ya toda una serie. Cuando los participantes en la Conferencia de Quebec no se decidieron a reconocer al Comité Nacional de Liberación en Algeria como Gobierno francés, sino sólo "como administrador de los territorios franceses de Ultramar que reconocen su autoridad" ello únicamente puede explicarse por el deseo de no cerrar de modo definitivo las puertas a Laval, del que Roosevelt declaró solemnemente el 12 de febrero de 1942 que nadie, ni en la acepción más remota, pensaba mantenerlo en el Poder.

Italia, Francia y después vienen Polonia, Yugoeslavia y, finalmente, la misma Alemania. Pues el artículo tercero de la Carta del Atlántico no sólo promete el derecho de la autodeterminación a los pueblos aliados, sino también a los pueblos del Eje. El 14 de junio de 1942 preguntó en su discurso el Presidente Roosevelt "al pueblo alemán, aun dominado por sus jefes nazis, si prefiere el infierno mecanizado del nuevo orden de Hitler o, en vez de eso, la libertad de palabra y de religión, la liberación de la necesidad y del temor". ¿Qué significa lo anterior si no la ocasión para el pueblo alemán de ejercer su derecho a la autodeterminación mediante su separación, en el momento oportuno, de Hitler? Y en su informe trimestral sobre Lend-Lease, de 25 de agosto de 1943, repite Roosevelt: "Los pueblos de los territorios controlados por el Eje pueden estar seguros de que si acuerdan la rendición incondicional, de ninguna manera cambiarán el despotismo del Eje por la ruina bajo las Naciones Unidas. El objetivo de las Naciones Unidas es conceder a los pueblos libertados la creación de una vida política libre de acuerdo con su propia voluntad y, al mismo tiempo, que consigan la seguridad económica. Estas son dos de las grandes finalidades de la Carta del Atlántico".

Esta concepción no se diferencia en lo fundamental del manifiesto del Comité Nacional de Alemania Libre, constituído en Moscú el 13 de julio de 1943. En estas páginas (Nº 3 - 1943) se ha mostrado en qué profundas raíces históricas descansa esta estrategia política que plantea como objetivo la promesa de la Carta del Atlántico para el pueblo alemán, en calidad de recompensa por una

oportuna separación de Hitler y cuya finalidad es la transformación de la guerra hitleriana en una guerra del pueblo alemán contra Hitler. Pero el primer intento consecuente de aplicación práctica de esta estrategia desencadenó inmediatamente una contraofensiva de los muniqueses y apaciguadores, que lograron situar las relaciones de los aliados ante su prueba más dura desde el comienzo de la guerra de coalición.

Y aquí, precisamente, se bifurcan los espíritus.

Con mayor agudeza se hace visible el camino crucial en el ejemplo de España. El Embajador británico Sir Samuel Hoare, negocia con el general Francisco Franco, cuya División, azul por helada, lucha contra el aliado Ejército Rojo, acerca de envíos de armamentos y créditos. Sobre ello no se habla públicamente. Pero oficialmente se comunica que se llegó a un convenio cuyo segundo punto asegura al Gobierno español "completa libertad de movimientos". En una guerra contra el fascismo garantizar libertad de movimientos a un Gobierno fascista no parece ser de las más urgentes tareas de un Gobierno que combate contra el fascismo. . .

Como corolario a estas reflexiones surge la pregunta: ¿Son los pueblos únicamente aptos para negociar y sólo se reconoce a sus representantes cuando han aportado notorias pruebas de tendencia antidemocrática? Bajo ningún concepto se formula esta interrogación irónicamente, sino con entera objetividad. Demasiadas cosas dependen de su respuesta. ¿Dónde cesa la democracia y comienza el "caos"? Es, por ejemplo, "confusión y caos", en el sentido de Cordell Hull, la coalición de los cinco Partidos izquierdistas de Italia? ¿Es democrático el Gobierno de Badoglio, en la acepción de las "cuatro libertades"? ¿Es "confusión y caos" la administración del territorio yugoeslavo liberado por el Ejército del general Tito o por ventura sólo adquirirá validez democrática cuando esté a cargo del general Mikailovitch? Lombardo Toledano ha definido en una ocasión la diferencia entre el "falso liberalismo" y la "nueva democracia", diciendo que ésta parte de la afirmación fundamental de que "el pueblo es el sujeto y el objeto de toda actividad pública" (discurso del 6 de abril

de 1943). ¿Un Gobierno popular, como lo fuera ayer el de la España republicana, como pueden serlo mañana el polaco, el yugoeslavo o el alemán, serán considerados como "anarquía", apelando, a su simple vista, a la policía internacional?

Hay también espíritus clarividentes, si bien rara vez recurren a la palabra. El editorialista del periódico londinense *Observer*, escribía después de la caída de Mussolini: "Si estalla la revolución en un país enemigo, en tal caso son sus dirigentes partidarios de vital importancia para nuestra causa común. Es necesario establecer contacto con ellos inmediatamente y prestarles ayuda militar. Pues desde ese momento la guerra se transforma en guerra civil, en la que nosotros debemos jugar el papel de una potencia amiga del partido antifascista".

GUERRA popular, segundo frente, Carta del Atlántico, derecho de autodeterminación: todo ello significa, en el fondo, distintos aspectos de un solo planteamiento de un problema único, el del carácter de la guerra. Si la guerra ha de conducirse como una guerra antifascista de liberación, sus consecuencias han de ser positivas respecto a los tópicos enumerados. Por el contrario: si son negativas las consecuencias, debe concluirse que la premisa no era atinada. No existe, lógicamente, una tercera posibilidad.

No representa ninguna casualidad que esta alternativa no se haya formulado en parte alguna con tanta claridad como en México, país pionero de un continente antimperialista. Léanse las palabras, tan sabias como justas, del Presidente General Manuel Avila Camacho en relación con este problema al cumplirse el primer aniversario de la entrada de México en la guerra (28 de mayo de 1943). "Un régimen democrático internacional no logrará nunca fundarse sino sobre un sistema de regímenes democráticos nacionales. Desterremos, pues, todas las veleidades de tiranía, ya que mientras los Gobiernos no sean la expresión espontánea de la opinión interior sus determinaciones políticas exteriores quedarán circunscritas, según el caso, a la pasión de un Partido, al imperialismo de un gru-

po o a las equivocaciones funestas de un individuo. La igualdad de las soberanías es un principio por el que lucharemos y lucharemos sin restricción. Mas tal concepto de la igualdad exige previamente una certidumbre: la de un procedimiento capaz de comprobar que los actos de cada país emanan auténticamente del pueblo y no de la codicia de alguna secta, como en el Japón, o de un clan guerrero, como el que se apoderó de Alemania en 1933. Este es el punto esencial de la coordinación política de mañana. Las demás cuestiones —arbitraje, desarme, conciliación económica y comercial— son igualmente transcendentales, pero su arreglo derivará de la forma en que se resuelva el problema básico que planteo. Por eso esta época marca en la Historia una etapa sin precedente".

Esto es algo más que una definición, es una requisitoria. Más aún, es una polémica y una solemne notificación. México tiene doctrina propia en el problema de la soberanía popular, que en el pasado aplicó en la práctica independientemente de la actitud de otras potencias (Etiopía, España, Austria). El Presidente anuncia que en el porvenir México figurará entre aquellos que lucharán por la "igualdad de las soberanías".

El Presidente de la CTAL, Vicente Lombardo Toledano, actúa incansablemente para educar a las masas trabajadoras del continente en la concepción de este problema y lucha, al propio tiempo, movilizándolas para su justa resolución. En la campaña de Lombardo Toledano es particularmente digno de atención el hecho de que subraye la relación íntima que existe entre la solución democrática, no imperialista, para Europa y para América latina. "Por eso la América latina se preocupa tanto de los problemas del porvenir, porque de la solución que se dé al caso del pueblo español, porque la solución que se dé al caso del pueblo alemán, de la solución que se dé al caso de los demás pueblos sojuzgados por el fascismo, dependerá en buena parte la solución que se dé al porvenir de los pueblos latino-americanos" (discurso de 28 de enero de 1943). Los pueblos de Europa, los pueblos de América latina, los pueblos de Asia y de Africa se han convertido, por primera vez, en compañeros de alianza por el interés

común en una conducción de la guerra y en un planeamiento de la paz que sean democráticos.

Son asombrosos los rodeos de la Historia. Como conquistadores del Nuevo Mundo llegaron hombres europeos, como crueles opresores y como intrépidos pioneros. El doble continente americano construyó una nueva civilización, que arrastró, sin embargo, las contradicciones de la vieja. Cuando el Vicepresidente Wallace exclamó enfáticamente en su discurso ante el Congreso de Amistad Soviético-Americana (8 de noviembre de 1942) "que la nueva democracia aborrece por definición al imperialismo" y cuando Summer Welles proclamó ya "el fin de la era imperialista", la obligación de definir científicamente estas afirmaciones la corroboraría la verdad mefistofélica de los versos goethianos:

"Pues precisamente cuando faltan los conceptos
Se toma, en el momento justo, el servicio de una palabra.
Con palabras puede combatirse primorosamente
Con palabras se prepara un sistema
En palabras se cree a maravilla
Es imposible robar ni una jota de una palabra".

Evidentemente que Wallace y Welles entienden por "imperialismo" algo distinto que Lenin. No obstante, Wallace tiene razón cuando prosigue: "Es mi creencia de que los pueblos americano y ruso pueden y deben lanzar su influencia para la construcción de una nueva democracia, la cual será la esperanza de todo el mundo".

De cara al vaho sangriento y a los haces de humo que obscurecen el horizonte europeo Oswald Spengler vuelve a estar de moda. Después de la *Decadencia de Occidente* ven los profetas de la doctrina prefascista de los ciclos culturales la aurora de una Edad americana. Si el imperialismo norteamericano busca una ideología, ahí la tiene. "Pero, ¡bah! —suspira Heine en sus eternamente actuales *Cuadros de viaje* (escritos en 1828)— "cada pulgada que deja atrás la Humanidad le cuesta ríos de sangre; ¿y no es esto un poco demasiado caro? ¿No es, posiblemente, la vida del individuo tan valiosa como la de toda la especie? Pues cada hombre es un mundo en sí, que con él

nace y con él muere, bajo cada losa sepulcral yace una Historia del mundo. Pero dejémoslo, así hablarían los muertos que aquí cayeron. Mas nosotros vivimos y queremos seguir luchando en la sagrada guerra libertadora de la Humanidad".

Los pueblos de América Latina piensan y sienten de modo antimperialista. Para ellos la aurora significa la solidaridad de los pueblos. La devastación de Europa ha retrotraído económicamente a los pueblos del Viejo Mundo al estado de una transitoria dependencia, pero, al propio tiempo, los ha madurado políticamente para formas más elevadas de la democracia. Francia, que ha pasado por el Purgatorio de la capitulación, de la ocupación y de la resurrección, ya no tendrá nada de común con la podredumbre de la Tercera República. Posiblemente será más pobre, pero más heroica en compensación. Un acercamiento económico y espiritual de la vieja, rejuvenecida Europa y de la joven América constituirá una de las sorpresas del mañana.

De la joven América, pues hay también otra, que es más regresiva que la Europa más reaccionaria, que es incapaz de asimilar la enseñanza de la Historia. "Nadie va a caer en el error" —escribe el dirigente laborista Harold Laski— "de que se ha creado un mundo nuevo simplemente porque los líderes de los grandes negocios se han uniformado y tienen permiso para dirigir el AMGOT".

Juventud y vejez en la vida de los pueblos no son conceptos biológicos, sino políticos. El imperialismo es un fenómeno de senectud del capitalismo, y el fascismo es como un anciano en agonía que se pintarrajea impúdicamente el rostro para que no se aperciban los venenosos espumarajos que le resbalan por la boca. Jóvenes son los pueblos de la Unión Soviética que construyen un mundo nuevo, jóvenes son los pueblos de América latina que comienzan a edificar la forma propia de una economía democrática, rejuvenecidos saldrán de esta prueba los pueblos europeos, buscando nuevos caminos de vida común.

"La verdad a la que debemos regresar una y otra vez, la que es verdad central para ganar la guerra" —previene a su pueblo el norteamericano Earl Browder— "es el he-

cho de que si nosotros conducimos esta guerra como una guerra imperialista estamos de antemano desesperadamente derrotados. No podemos ganar esta guerra a menos que armemos y unamos a todos los pueblos para que peleen por su propia libertad e independencia. El carácter de esta guerra no es algo que ha de venir como resultado de la victoria, al contrario, la victoria vendrá como resultado de que peleemos esta clase de guerra".

¿Están dispuestas las masas populares norteamericanas y británicas a realizar una guerra de esta clase? El Vicepresidente Henry A. Wallace ha formulado el pensar y el sentir de millones de americanos y de no americanos al afirmar en su discurso de Detroit (26 de julio de 1943): "No nos daremos por satisfechos con una paz que nos conduzca de los campos de concentración y muertes en masa del fascismo a una jungla internacional de Gobiernos de gangsters que entre bastidores están dirigidos por imperialistas hambrientos de poder y enloquecidos por el dinero... La Carta del Atlántico ofrece el amplio fundamento de las afirmaciones generales que salvaguardan nuestra voluntad. Es una Carta de la fe, que debe elaborarse para tener estabilidad y el pueblo americano quiere que tenga estabilidad".

La joven América está al lado de los viejos pueblos de Europa, que hoy claman que quieren ser sujeto de la guerra y no únicamente su objeto. Advierten que si las cosas continúan así serán en vano los millones de víctimas sangrientas. La guerra contra Hitler no puede conceptuarse como una guerra ordinaria entre dos Ejércitos. Sólo puede llevarse a cabo, si no ha de perder su carácter, como una guerra popular, por el pueblo y para el pueblo, como pregona la famosa fórmula de Jefferson.

De lo contrario, sí, de lo contrario la guerra mundial número 3 será inevitable.

MUSSOLINI, "EMPERADOR DEL YO"

Por *Pedro GRINGOIRE*

1. *Un personaje ibseniano*

Como un actor, a quien de súbito, en mitad de una escena hiciese el Director salir prontamente, por haber tergiversado los papeles, Benito Juárez Amilcare Andrea Mussolini, el hombre que durante más de veinte años ocupó el centro del tablado italiano y se tejió alfombra con la obediencia de su pueblo, hizo un mutis nada airoso, mientras los ejércitos aliados se desbordaban sobre Italia.

Todo pasó en un momento. Mussolini entró a la presencia del Rey, que lo había hecho dictador y a quien él, en cambio, había obsequiado con un Imperio efímero. Creía tener todavía a Italia y a la Corona, al pueblo y al Ejército, en el puño, y al enterarse de lo increíble—el Rey lo despedía como se despide a un palafrenero— se irguió con todos los músculos en tensión, lanzó al aire la imperiosa mandíbula, desorbitó los ojos según costumbre y profirió una amenaza. Fué el último ademán en su papel de autócrata. Se dice que uno de los propios cuadriunviros de la "marcha sobre Roma" le apuntó con su revólver, y que fué sacado a empellones. Y el drama, en que hasta ese instante había sido el protagonista, siguió, sin él, su desarrollo.

Así salió de la escena este personaje de Ibsen, con un mucho de Dostoievsky; combinación del egocentrismo de Peer Gynt y el sombrío nihilismo de Raskolnikoff. Tiene del segundo, la determinación siniestra de ponerse por encima de la ley, más allá del bien y del mal; de ser él mismo su única ley. Y del primero, la empedernida exaltación del Yo; el propósito frío y duro, como picacho nórdico,

de afirmar a toda costa su propia personalidad, de realizarse plenamente en la acción, de colocarse en el centro y cumbre del mundo.

2. *"Emperador del Yo"*

A PEER GYNT lo proclaman los asilados de un manicomio del Cairo, ciñéndole corona de paja, "Emperador del Yo". *¡Es lebe hoch des grosse Peer!* Sus proclamadores son alemanes. Y están locos. Doblemente locos por haber encontrado, al fin, un Fuehrer. Un emperador para los que sólo se preocupan de su *Yo*. "Cada uno tiene su *Yo* —dice el loco Begriffenfeld—. Aquí reina el *Yo*. Cada cual se encierra en su *Yo* como en un tonel".

Peer Gynt no está loco. Es un hombre normal, no un sujeto de la psicopatía. Pero padece de una dislocación interna, de una insania subconsciente. Intimamente, sus aspiraciones quieren lo que los locos proclaman a grito en cuello: ser un Emperador del Yo. Quiere ser "*yo* de pies a cabeza", "*yo,* en toda la acepción de la palabra". Estar todo en sí mismo y dentro de sí mismo. Y proyectar esa pujanza de su *yo* en el universo, sometiendo éste a su dominio. Constituir su *yo* en centro del universo. Egocentrismo.

Peer Gynt sueña en una ciudad, capital del mundo, que llevará su nombre: "*Peerópolis,* mi capital". Y en una era que comienza con él y que de él se nombra: "El mundo llega a su término: comienza una nueva era: la *Gyntiana,* con mi tierra que nace".

El parentesco de Mussolini con el héroe ibseniano es evidente. Mussolini no es un psicópata sino un hombre normal. Todos los intentos de explicar su personalidad apelando a categorías patológicas se resuelven en simple fantasía. Cosa que no sucede con su confederado, Hitler, en quien los relieves psicopáticos son muy acusados. Pero a Mussolini lo sacude una pasión: la de su propia afirmación. Afirmar su *yo* ante el mundo, sobre el mundo, a pesar del mundo. Tiene un concepto piramidal de la realidad. Una sola cúspide para las jerarquías. Y la cúspide, él.

"Sólo yo", frase que cita de él su biógrafa y partidaria Margarita Sarfatti, es un lema gyntiano. "Las jerarquías deben terminar —dijo una vez Mussolini— en una punta de alfiler... En el primer escalón, uno sólo —yo, en cuanto que represento al Estado— y sólo yo". Se refería de inmediato a la organización política, pero se le escapaba así, en un par de palabras, la clave misma de su ser, de su vida y su carácter. "Emperador del Yo". *¡Es lebe hoch des grosse Mussolini!*

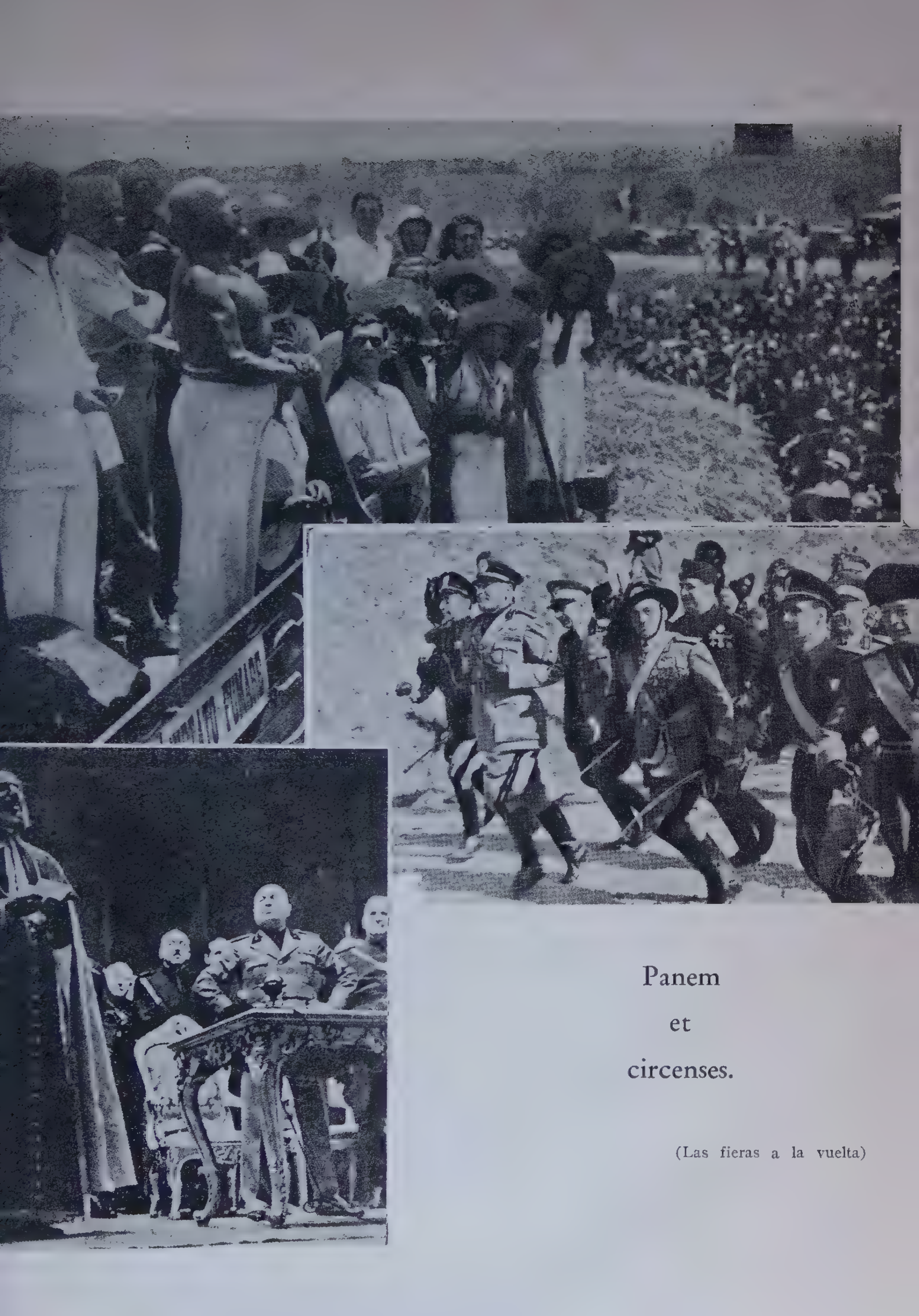
El, como Peer Gynt, quiso edificar una ciudad, *su* ciudad, *su* orden social, Roma, Italia fascista, *Mussolinópolis*, capital del universo. Y forzar a la historia a comenzar con él "una nueva senda de la civilización", una nueva era, *su* era, la era fascista, es decir, *Mussoliniana*. "Sólo yo" en el ápice de la historia.

3. *Yo gyntiano y yo mussoliniano*

HASTA ahí el paralelo. Viene luego la divergencia. Porque al lanzarse a la realización de su *yo*, Peer Gynt y Mussolini se separan. Peer Gynt sigue el camino del dinero; la suya es voluntad de lucro y de placer. "¡El *yo gyntiano!* Es la muchedumbre armada de las concupiscencias, de los deseos, de las pasiones... y como Dios tuvo necesidad de barro para ser el amo del mundo, yo necesito oro para ser emperador".

Peer Gynt ha soñado en esto desde niño. Se ha sentido predestinado a esta grandeza del dinero, que le pondrá en las manos el cetro del universo. "Quiero ser emperador... ¡Emperador!... Del mundo... Por la omnipotencia del oro. No es de hoy esta idea. Fué mi sostén en todas mis empresas. Niño, mis sueños me conducían sobre una nube y dominaba por encima de los mares. Antes de poder caminar solo, soñaba ya con cetros y mantos reales. Tropezaba, pero la idea seguía en pie".

Voluntad de lucro y placer, dominio del mundo para la satisfacción de sus deseos, camino del oro: éstos son los de Peer Gynt. Pero no los de Mussolini. Aquí es donde se desvanece el héroe ibseniano y se perfila el de Dosto-

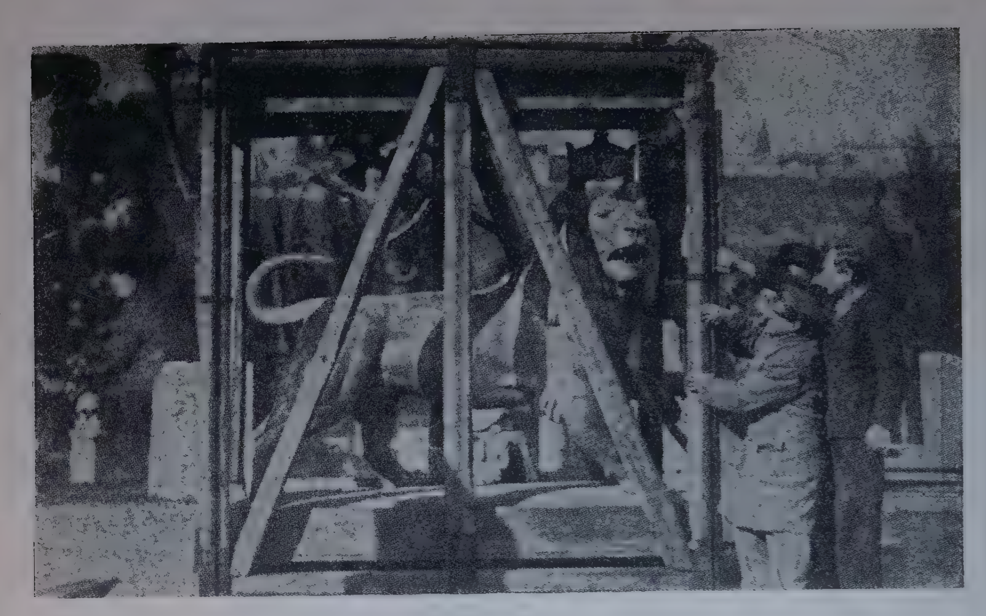


Panem

et

circenses.

(Las fieras a la vuelta)



El "León de Judá" llega a Roma.

(Célebre estatua de Addis-Abeba llevada por los italianos a Roma).

ievsky: Raskolnikoff. Mussolini no quiere afirmarse por el dinero. No tiene esa codicia. De pequeño ha conocido la pobreza. Joven y vagabundo en Suiza, ha conocido la miseria y el hambre. Pero, con todo, no ambiciona oro. "Odio a los hombres que se hacen ricos en la política", escribe en su Autobiografía. Y no hay pruebas contra su sinceridad a este respecto.

No busca tampoco los aplausos. Orador demagógico y teatral, parecería que los corteja, que le halagan y marean, que los disfruta como una droga deliciosa y estimulante. Pero no es así. Su placer no está en el aplauso mismo, sino en aquello de que el aplauso es manifestación ruidosa y visible: la sumisión de la multitud a su palabra, a él. El placer de dominar a las masas. Podrían cesar los aplausos y quedar la muchedumbre muda y quieta, como bajo un hechizo: para él, en tal caso, el placer sería mayor. Sarfatti puede ser veraz cuando dice de él que "huye del aplauso con el cuidado que otros ponen en buscarlo".

Ni persigue, en sí, la fama o la gloria. Nuevamente, se puede creer en que es sincero cuando exclama en el Prólogo a su biografía ya citada: "Detesto a quienes me toman como asunto de sus escritos y sus discursos". Lo mismo que cuando Ludwig, en las célebres *Conversaciones*, le habla de la gloria y él replica: "Ni he vislumbrado la gloria de pequeño ni la considero como la más poderosa fuerza de impulsión para un gobernante". Y otro tanto puede decirse de los honores, que no parece empeñarse en conseguir. Tampoco le entusiasma que le quieran hallar linaje y abolengo nobles. Cuando Ludwig le habla del escudo de armas que alguien exhumó para darle una genealogía ilustre, hace "un gesto de desdén" y estalla: "Me tiene completamente sin cuidado". En cambio, hay un antepasado que le interesa, a quien admira, de quien está orgulloso: "Un Mussolini que mató a su mujer en Venecia porque le había engañado; luego, antes de huir, le puso dos escudos venecianos en el pecho para que hubiera con qué enterrarla".

Cierto es que en su Autobiografía, escrita cinco años antes de las *Conversaciones*, alude a sus antepasados del siglo XIII en Boloña. Pero no es nobleza de sangre lo que

pretende en ellos ni por lo que los menciona. Hace hincapié en que eran gente trabajadora y honrada, en que uno de ellos fué caudillo de aquella belicosa ciudad y en que la heráldica del escudo de los Mussolini simboliza valor, audacia, fuerza. Y si cita a otro antiguo Mussolini, es a uno que vivió en Londres en el siglo XVIII y que era músico. "Tal vez es de él", dice, "de quien heredé el amor al violín".

Mussolini es orgulloso, pero no funda su orgullo en el abolengo, los honores, la gloria o la fama. El orgullo es para él simplemente "la conciencia de sí mismo". Mussolini es ambicioso, pero no son esas cosas su objetivo principal ni codicia el dinero. Tampoco persigue los placeres gruesos de la carne. Sin ser precisamente un modelo de castidad y fidelidad conyugal, no puede decirse tampoco que sea un crapuloso y libertino. Hasta hay cierto ascetismo en su régimen de vida. Y sin embargo, es egocéntrico enconado. ¿Qué clase de *yo* es, pues, el *yo* mussoliniano?

4. *Voluntad de poder*

El *yo* mussoliniano es, ante todo, voluntad de poder. Voluntad fría, desnuda, implacable, reconcentrada de dominación. "Voluntad de poder y empedernimiento de su realización", según ha dicho otro de sus biógrafos, Finer. Su problema es siempre, aporta Borgese, "el problema de su personalidad y su afirmación".

Mussolini ha dicho a menudo que la política es un medio, no un fin. La política fué el camino que él escogió —el medio, el instrumento— para lograr su fin supremo; el poder por el poder mismo. A diferencia de Peer Gynt, que eligió el camino del oro para hacerse con el imperio del mundo. Voluntad de poder, audacia, actividad, fuerza: tales son los ingredientes del yo mussoliniano. Poder, cada vez más poder. ¿Y placer? Sí, el placer que va imbíbito en el ejercicio del poder. Placer refinado e intenso. Subyugar, dominar, hacerse obedecer.

"Vileza y negocio, es decir, amor al dinero y al vivir tranquilo son los eternos enemigos del conquistador de ra-

za, más apartado de los bienes del mundo que el anacoreta de la Tebaida, ascéticamente enamorado del poder en sí, por conquistar un poder aún mayor; no como los ambiciosos de medio calibre, por las satisfacciones y goces hedonísticos inmediatos". Tal es el testimonio amigo de Sarfatti, que en otra parte le llama "asceta de la ambición que le quema las entrañas, ávido no de tener, sino de poder solamente". Testimonio con el que concuerda el de Ludwig: "Aparte del poder propiamente dicho, no conoce placer alguno; títulos, corona, nobleza, sociedades, son cosas que no le atraen lo más mínimo".

El poder es su pasión dominante. Sólo así, como pasión, lo concibe fecundo. Ha de ser pasión absorbente. Y es ella la que lo sustrae a la vida de sociedad —en la que fué siempre parco hasta lo huraño— y lo lanza a un programa agotante de trabajo diario. "Es notable a cuántas cosas hace renunciar el Poder", dice Ludwig a Mussolini, comentando esas circunstancias. "Como toda pasión — murmuró bajito".

Pasión de poder. "Pasional impulsivo", lo llama Sarfatti. En ello está la característica de la megalomanía mussoliniana. Porque hay dos tipos de megalomanía: una pasiva y ensoñadora; otra activa y terriblemente práctica. La primera, que linda con la paranoia, obtiene su satisfacción en sueños, en la imaginación, y en *recibir* aplauso, elogios, renombre. Es una megalomanía por lo general inofensiva y ridícula; todo lo más, resulta enfadosa. La segunda, se pone en acción tenaz, y, cuando es necesario, violenta; no se conforma con sueños, se entrega ardorosamente a hacerlos realidad. Y no admite obstáculos en su camino. Es agresiva e implacable. Arrolla, destroza, barre. Es siempre peligrosa. Porque no es una pasión soterrada y sorda, sino declarada y siempre en acción.

Por eso, en Mussolini, megalómano del segundo tipo, el culto fanático de la acción. "Me he convencido", dice a Ludwig, "de que a la acción le corresponde la primacía en todo. *Hasta cuando se equivoca*". (Yo subrayo). Y el fuego —ambición de grandeza y poderío— que devora sus entrañas y que no tiene empacho en confesar. " '¡Y no obstante, sí!', dice con rostro grave este típico hombre

de acción. 'Sí,' dice el jefe, y sus ojos brillan con un fuego interior apenas refrenado por la voluntad. 'Sí. Estoy poseído por esta pasión. Arde y me roe y consume por dentro como un mal físico; grabar una huella en el tiempo, con mi voluntad, como el león con su zarpa: así'. Y las manos se afilan en gesto rápido y diestro". (Sarfatti).

Confesión y ademán magníficamente reveladores del *yo mussoliniano*. "Hay en su andar —dice un admirador suyo, el ex embajador de los Estados Unidos, Richard Washburn Child— algo de acecho, una cierta sugestión del paso de un gato. Le agradan los gatos: su independencia, su decisión, su sentido de justicia y su estimación de la santidad del individuo. Le gustan los leones y las leonesas y juega con ellos hasta el punto de que los guardaespaldas protestan de esa sociedad. Su principal favorito es un felino persa que, siendo de abolengo aristocrático, exhibe orgullo no sólo de sus antepasados, sino, condescendientemente, de pertenecer a Mussolini". El Duce camina, añade Child, "tenso como un resorte, activo, listo a saltar . . .".

Este gusto por los felinos es un índice, un signo de su interior. Vaga recurrencia del *tótem* primeval. No sólo un símbolo del *yo*, resumen subconsciente del propio ser, de las propias aspiraciones, sino acaso un confuso, inconsciente, sordo anhelo de adquirir, en sociedad con tigres y leones, algo de su fuerza, de su rapidez para la ofensiva, de sus dentelladas y sus zarpazos. Desde sus tiempos de recién nombrado Primer Ministro, se hace retratar, para la publicidad, jugando con un tigrillo del Parque Zoológico, al cual mantiene bajo su puño. Y hay también de aquellos tiempos una fotografía que le muestra caminando a la orilla del mar, con ese paso de felino que describe Child. Cuando hace su primera visita a Hitler en Berlín, se deleita en una pequeña leonesa, propiedad de Goering, otro obseso de la felinidad. Y su gesto, sobre todo cuando habla al pueblo, adelantando la recia quijada y frunciendo los labios en visaje feroz, sugiere el mordisco súbito, la dentellada mortal.

5. *Su gran tema: Yo*

LLEVA, desde muy joven, unas Memorias. Variadas son las necesidades psicológicas a que responde un diario. En muchos casos, es compensación de la timidez, de la introversión. El diario es una forma de expresión libre, sin estorbos. Y quien halla, en la vida real, dificultades para la propia expresión, recurre a menudo a un diario. Ahí se expresa a sus anchas, sin necesidad de ruda lucha con el medio.

Pero Mussolini no es tímido ni introvertido. Al contrario, rebosa energía y agresividad. Su juventud es azarosa, llena de luchas y privaciones. Pero no lo hace refugiarse, acobardado, en el consuelo oculto de hacerse confidencias a sí mismo. Pero, ¿es a sí mismo a quien habla cuando escribe sus Memorias? No; se advierte desde luego, que escribe para ser leído. Que es el mismo impulso de exaltación del *Yo* lo que le hace hablar de sus antecedentes a fin de hacer ver en ellos la irrevocable premisa de su grandeza.

En 1927, a instancias de Child, dicta su Autobiografía. Ya entonces, tras cinco años de poder, siente que puede mostrar al mundo lo que ha realizado. El tema constante, monótono de esas páginas, es *Yo*. Pero, si se trata de una Autobiografía, ¿qué otro tema puede haber? ¿No es justamente de sí mismo, de su vida y carácter, de quienes ha de escribir todo autobiógrafo? Ciertamente. Pero léanse otras autobiografías, las escritas por hombres que no profesan este culto ardiente de sí mismos, y se hallarán notables diferencias. En ellas desfilan personajes que muchas veces ocupan el centro de la escena; se habla de otros, se admira a otros, se ve que el narrador, aunque habla de su propia vida, la rebasa continuamente y se desborda hacia la belleza, la verdad, la bondad que encuentra en lo que le rodea: cosas y personas. ¡Cuántas veces una autobiografía no ha sido sino el pretexto para retratar una época o exaltar la causa a la que se sirve! El autobiógrafo aparece en ella apuntando a algo más alto que él: Dios, la Patria, el arte, la ciencia, la justicia.

En la Autobiografía de Mussolini, no. El tema, repetimos, es *Yo*. Escribe en forma concisa y sobria. Pero se ad-

vierte que esa sobriedad es impuesta y que a cada momento va a estallar en ardiente panegírico de sí mismo. Se trasluce la megalomanía, la persistente afirmación de la voluntad propia, la complacencia del poder, la concentrada satisfacción en sí mismo.

"Mi alma llena de confianza". "Mi orgullo innato". "Mi éxito político". "He obedecido sólo el firme mandato de la voluntad y la conciencia que procede de mi interior". "Mi rudo corazón". "Mi alma recta y fiera". "Mi íntima fibra moral... que es invencible". "Siempre he sentido que tengo poder sobre los hombres y los sucesos". "Poseo algunas cualidades de valentía". "Suprimí con unos cuantos trazos de la pluma y unas cuantas medidas internas" ciertos intentos de cisma dentro del fascismo. "El movimiento que yo había creado y dominado, y que conducía a la Victoria". "Mi gran autoridad". "Fuí generoso con los liberales de la Derecha". "Hice declaraciones de peso". "Yo tenía que decidir todo...". "Manejo con seguridad un automóvil... Los automóviles me producen una nueva y vigorosa sensación de fuerza".

"El Gran Consejo (Fascista) ha tenido siempre buen éxito. Yo lo presido, y permítaseme añadir, como detalle, que todas las proposiciones e informes oficiales que han aparecido en los periódicos en forma concisa, han sido escritos de mi puño y letra". "Decidí disolver la Cámara...". "Nunca perdí la calma ni mi sentido de equilibrio y justicia". "Nadie ha negado jamás que poseo estas cualidades: inteligencia discreta, muchísimo valor...". "He probado mi energía". "En seis horas he sofocado una rebelión de los Guardias Reales". "Mi desdén y mi fuerza de expresión". "Yo era indispensable a mis hombres, a mi devoto pueblo, a todas las grandes corrientes del pueblo italiano". "Las balas pasan, Mussolini permanece". "La disciplina que he impuesto". "Hay poco que los estudios del bienestar social hayan considerado práctico para la economía nacional o sabio para la felicidad social, que yo no haya promovido ya". "Hice que el Gran Consejo aprobara...". "La reforma se ha llevado a cabo con energía bajo mi dirección". "Debido a mi posición personal, ha-

biendo creado el Partido, siempre lo he dominado". "Esta conciencia de mi incontestable dominio . . . ".

El capítulo XI de la Autobiografía, "En Marcha", muy breve, concluye con una andanada de *yos*, en rápida sucesión, como disparos de ametralladora: "Yo quiero . . . ". "Yo quiero. . .". "Yo soy. . .". Yo. . . yo. . . yo. . . yo. . .

¡Un verdadero "Canto a Mí Mismo".

6. *Resentimiento y rencor*

No se podría agotar la personalidad de Mussolini con una simple explicación freudiana por el resentimiento. Pero no cabe duda de que éste es un factor psicológico en la determinación de su vida y carácter.

Las raíces de su resentimiento se hunden, como es usual, en los años de su niñez. El hogar del herrero Alessandro Mussolini, en Dovia di Predappio, en la Romaña, era pobre. Es verdad que había lo suficiente para la satisfacción de necesidades modestas y que Mussolini no conoció, de niño, una miseria verdadera. Pero si aquella decorosa pobreza no hubiera sido insoportable para un ser ordinario, sí criaba intolerable sentimiento de inferioridad en quien, desde pequeño, abrigaba sueños de grandeza.

No era su estómago el que lastimaba aquella pobreza, sino su orgullo. Su modesta condición le atraía menosprecios que le herían vivamente. A Ludwig le confesará que su orgullo sufrió entonces pruebas "tremendas" y que fué víctima de "humillaciones insoportables e inmerecidas". En la Escuela Salesiana a donde asistió, había tres mesas: primero, la de los nobles, la de los ricos; luego, la intermedia, la de los regularmente acomodados; al fin, la de los plebeyos y los pobres; en esta última se hacía sentar al pequeño Benito. Esto le ocasionará un indeleble traumatismo psíquico. "Es algo que todavía quema mi alma".

Pero ante todo le faltó ternura. Su padre le trataba con rudeza. Si, cuando lo ponía a mover los fuelles de la fragua, no lo hacía bien, el viejo anarquista le largaba una bofetada o le azotaba con el cinturón. "¡Nunca podrás aprender!", le gritaba. Benito huía a veces, después de uno de estos castigos, y sólo volvía a casa entrada la noche

para ir a acurrucarse, silencioso y sombrío, en el jergón de hojas de maíz que compartía con su hermano Arnaldo. La madre, maestra de aldea, era dulce y valerosa, pero el trabajo no le dejaba mucho tiempo para mimar a sus hijos.

En la escuela, no se ganó, a la verdad, muchos afectos. Los chicos lo hostilizaban por venir de otra aldea. El era inquieto, irritable y vengativo. "Me lanzaban piedras, y yo contestaba el fuego. Como yo era solo contra muchos, a menudo me golpeaban . . . " "Yo era un pilluelo inquieto y levantisco. Muchas veces volvía a casa con la cabeza rota de una pedrada. Pero sabía vengarme". No era buen estudiante y sus arrebatos y pendencias le acarrearon dos veces la expulsión, a pesar de las súplicas intercesoras y llenas de lágrimas de la madre.

Mussolini recuerda con amargura enconada aquella infancia. "En cambio, ¿quién me trató con ternura entre las criaturas humanas? Nadie. ¡Pobre, pobre casa la mía! ¡Pobre, áspera vida la mía!". "No conocí nunca la serenidad y la dulce ternura de ciertas felices infancias". A eso atribuye su carácter "áspero y reconcentrado, espinoso y casi salvaje".

Emigrado, ya joven, a Suiza, lleva ahí la vida de un vagabundo, que trabaja de albañil cuando se puede. Ahí sí aprende lo que son el hambre y la miseria. Y todo ello va dejando en su espíritu un sedimento de rencor y alentando, como fuelle secreto, el fuego ardoroso de su ambición. ¡Algún día probará al mundo quién es él! Cuando llegue su hora, será implacable. Y no conocerá ni la ternura ni el perdón. Dice su biógrafo Finer: "Es como si una tempestad de resentimiento contra el Universo mismo hubiera estallado en él".

7. Un oscuro guerrero

MUCHO de la ambición bélica de Mussolini, podría comprenderse, igual que en el caso de su colega el ex cabo Hitler, como compensación de un secreto complejo de soldado fracasado. Mussolini ha hecho de la guerra una filosofía. Le parece la más alta expresión de la virilidad y la dignidad. Para él, sólo las hazañas militares merecen el título de he-

roicas. El signo más alto de la vitalidad de una nación es la conquista armada.

En el fondo, se trata principalmente del desquite de un oscuro bersaglieri que no llegó a tamaños de héroe. El conscripto Mussolini estuvo poco tiempo en las trincheras. "No tiene ni las dotes culturales ni las dotes morales necesarias para mandar un pelotón", dirá de él un informe de su capitán, Basso. Las heridas que sufrió fueron accidentales: un mortero de trinchera que estalla de repente. Larga convalecencia. Luego el armisticio. Ese fué Mussolini soldado.

Pero él insistirá con patética inmodestia en atribuirse perfiles heroicos. "Puedo decir —asienta en su Autobiografía— que fuí en todos sentidos un excelente soldado". Se lo repetirá más tarde a Ludwig: "Como soldado fuí verdaderamente un modelo". Y en otra conversación, cuando el escritor alemán le pregunta de qué hechos de su vida se enorgullece: "De haber sido un buen soldado —responde sin titubear—. Eso prueba que se tiene un alma fuerte. Sólo teniéndola puede un hombre aguantar un bombardeo".

En su prurito de megalómano, llega a incurrir en flagrante anacronismo. Cuenta a Ludwig que, herido e internado en un hospital de emergencia, no lejos del frente, sus amigos de Milán cometieron la indiscreción de publicar el nombre del sitio en que se hallaba encamado, "y entonces los austríacos empezaron a bombardear furiosamente el hospital".

Pero donde llega al colmo del alarde, es describiendo la defensa del edificio de *Il Popolo,* el 28 de octubre de 1922, cuando la "marcha sobre Roma". El se había quedado en Milán, para dirigir desde allí la lucha. "Me puse la camisa negra. Planté barricadas . . . Había provisto las oficinas de mi periódico con todos los medios de defensa contra un ataque . . . En las primeras horas de la mañana, vi apuntados sobre las oficinas y sobre mí los feos cañones de las ametralladoras. Hubo un rápido cambio de tiros. Cargué mi rifle y bajé a defender las puertas . . . Durante el tiroteo, las balas silbaban cerca de mis oídos. Un mayor de la Guardia Real, finalmente, pidió una tregua y solicitó

hablarme... Convenimos en que la Guardia Real se retiraría a doscientos metros...".

Ni una sola palabra sobre si tenía compañeros ayudándole en la defensa. El cuadro que pinta, es de él solo, armado de un rifle, obligando a todo un batallón de Guardias, armados de ametralladoras, a pedirle armisticio!

Y cuando después inicia su papel de rayo de la guerra, atacando por sorpresa la isla de Corfú, no tiene empacho en describir la acción como una brillante hazaña militar. "En cuarenta y ocho horas llevé una división de infantería y la mitad de la flota a Corfú. Estos gestos de energía —y el último asombró aun a uno de los más grandes generales de una nación amiga— los menciono para demostrar que no es energía la que me falta".

8. *Un escritor frustrado*

TANTO como la insignificancia de su carrera de soldado, le ha dejado profunda herida subconsciente su experiencia de escritor frustrado. He ahí otro paralelo significativo con su colega Hitler, artista fracasado.

Mussolini ensayó la poesía. Pero a qué llegó, puede verse por el concepto que de su éxito en ese campo tenían sus propios compañeros de los días de socialista. "Es apenas un poetillo, un poetillo que ha leído a Nietzsche", decía Anna Kuliscioff.

Le dió por filósofo, y se arrancó con un folleto: *Dios no Existe.* Y aun acometió una *Historia de la Filosofía,* cuyo manuscrito quemó por celos una muchacha aldeana que confundió los nombres extraños de los filósofos con nombres femeninos y creyó destruir cartas amorosas. En otra ocasión escribiría un artículo sobre el relativismo en la política, fundándose nada menos que en la teoría de la relatividad de Einstein. ¡Confusión de conceptos, digna de cualquier erudito a la violeta!

Quiso dárselas de novelista, y empezó con un folletón por entregas, pornográfico y rabiosamente anticlerical: *Claudia Porticella o la Amante del Cardenal.* Su propia admiradora, la Sarfatti llama a este engendro, "mazacote sin

pies ni cabeza" y Mussolini mismo doblega su vanidad ante una abrumadora evidencia y confiesa que es "un librote horrible". No es su única tropelía en el terreno de la religión. A Ludwig le dice —esta vez presuntuosamente que escribió "una monografía *del mayor valor* sobre los orígenes del cristianismo" (Yo subrayo).

Incursiona en varios géneros. Biografía: hace una de *Juan Huss.* Más novelas: *Nada es verdad, todo está permitido.* Dramas: *Los Cien Días* y otros que ha hecho representar tras el anónimo. Recuerda sus días de maestro rural y quiere codearse con catedráticos universitarios. Ya dictador, ocupa un día el estrado de la Universidad de Perugia para dar una conferencia. "Los eruditos la han calificado —dice orondo en su Autobiografía— como una ampliación del concepto que el mundo tiene sobre sus deberes para con la juventud". Se hace orador, rimbombante, de teatral efectismo. En la tribuna adopta actitudes grotescas, arrogantes, con los brazos en jarras como una manola en pendencia, el pecho esponjado, la frente proyectada a lo alto como cúpula y la mandíbula saltada como un ariete. Y una oratoria enfática, ¿qué es sino compensación de la falta de verdadera elocuencia y profundidad en el pensamiento?

"Con frecuencia—dice acertadamente Borgese—, cuando un poeta fracasa se hace periodista, cuando un filósofo no tiene éxito, se convierte en orador". Mussolini se metió también a periodista. Y es en esa carrera donde hace más ruido. Pero es por lo agresivo y desconcertante, más que por su inteligencia y solidez. Nunca el *Avanti,* bajo su dirección, ni *Il Popolo d'Italia,* que fundaba en el amarillismo político su poder de circulación, llegaron siquiera a aproximarse, en calidad, al *Corriere della Sera,* el gran diario rival de Milán.

Una faceta interesante de esta subconsciencia de escritor fracasado es su ingenua admiración por D'Annunzio, el famoso D'Annunzio. La correspondencia del célebre poeta, halaga su vanidad. Con el patético entusiasmo de un adolescente que recibe cartas de su ídolo, Mussolini enfatiza el apoyo que D'Annunzio le prestaba y copia textualmente sus letras en su Autobiografía. ¡Eso de que el

excepcional literato le escriba a él, con un "Querido Mussolini", lo sume casi en el éxtasis! Esta admiración llegó, nos informa Borgese, hasta una ridícula imitación de "la caligrafía megalomaníaca", de rasgos erectos y puntiagudos como bayonetas, de D'Annunzio. Después, el poeta se hizo con la vejez más irritable y regañón, y llegó a ser una moletia —gloriosa— para el Dictador. Este primer amor literario de Mussolini apenas se llegó a entibiar; el hombre se hizo insufrible, pero el escritor siguió disfrutando de la admiración de su antiguo discípulo.

9. *Misántropo y misógino*

MANEJAR a los hombres a su voluntad, pero no confiar en ellos, es la fórmula de Mussolini. "Los hombres le son necesarios como instrumentos, precisa que los conquiste y ligue a sí para llevarlos hacia metas de elevación, pero le repugna el tener que obtener y, sobre todo, pedir el consentimiento de las masas". (Sarfatti). No cree en nadie; no se fía de nadie: "Si volviese al mundo mi padre, no me fiaría ni siquiera de él".

Esta desconfianza se funda en el desprecio. "¿Qué merecen más los hombres: compasión o desprecio?", le pregunta Ludwig. "Me miró con su aire sombrío y dijo bajito: ¡Compasión! ¡Mucho más compasión!". Pero su compasión no es la de la caridad; no es el "padecer con" de la simpatía; la compasión mussoliniana es lástima impregnada, como quiera que él lo diga, de enconado desprecio; "desprecio radical", dice Sarffati. Y la misma biógrafa explica así el contacto de Mussolini con los hombres: "Los conoce, así en globo, y sabe juzgarlos por el lado inmediato, de actividad práctica, que a él le interesa. No tiene tiempo moral porque no quiere —es decir, no tiene interés humano— para conocerlos en su complejo de hombres. Supone *a priori* que siendo hombres serán mediocres y viles". Siente por ellos "un desprecio inexorable". Los utiliza simplemente como un mecánico a quien le interesa tan sólo el funcionamiento de la máquina. "Si distingue entre mil pedazos oscuros, un trozo que ajuste bien en el engranaje, el Duce se sirve de él inmediatamente".

En cuanto a la mujer, sucede lo mismo. Se ha nutrido en el antifeminismo sombrío de Otto Weininger. La mujer es también para él un instrumento; tampoco ve en ella otra cosa que "el lado inmediato, de actividad práctica". Su gran amor fué su madre, la dulce y atareada Rosa Maltoni, que murió cuando él tenía 11 años. Después de ella, el desprecio. Para su esposa, la buena y modesta Rachele, tiene por ahí una frase de condescendiente reconocimiento: "sabia y buena mujer que me ha seguido con paciencia y devoción en todas las grandes vicisitudes de mi vida". Pero Rachele no es sino la *mater familias* y aparte de ese oscuro papel casero por el cual podría el Gran Hombre sentir algún agradecimiento, no ha significado gran cosa en la vida de ese misógino huraño, áspero e imperioso.

En su juventud, sin embargo, ha habido dos mujeres que han tenido en él una influencia que, sólo por orgullo, no confiesa: Angélica Balabanoff, rusa, que le explicó el socialismo, y Margarita Sarfatti, judía italiana, de origen sefardita, amiga fiel de los primeros días del fascismo y más tarde su biógrafa. Se sentiría, sin embargo, humillado si reconociera esa influencia, si confesara lo mucho que les debe, en dos fases importantes de su carrera, a esas dos mujeres. Por eso, cuando Ludwig insinúa la posible importancia de la influencia femenina en la obra de los grandes, él reacciona con violencia: "¡No señor! Las mujeres no ejercen la menor influencia sobre los hombres fuertes".

Y en otra parte del diálogo se explaya "con mayor obstinación aún y con tono irritado: La mujer tiene que ser pasiva... Mi idea sobre su papel en el Estado es contraria al feminismo. Claro que no ha de ser esclava, pero si les diera el derecho del voto se reirían de mí. En nuestro Estado no deben contar para nada".

Este hombre, sin embargo, ha tenido aventuras galantes. No las elude. La paciente Rachele ha debido soportar muchos desvíos. Pero no hay en la vida amorosa de Mussolini, que se sepa, la ternura y el encanto de los idilios. La sumisión de una mujer a sus deseos acrecienta su sensación de poder. El arbitrio soberano de su voluntad no sería completo, si la mujer escapara a él. Y así sus aventuras asumen un carácter simbólico: la hembra de la especie subyugada

por el superhombre. No hay que olvidar que el único deleite que Mussolini conoce es el del poder.

En este respecto, su índole amorosa peregrina significativamente por las fronteras del chulismo. Se aproxima a la del clásico "castigador" y tiene algo de apachesco y, quizá, de sádico. No deja de ser reveladora la descripción que Sarfatti hace de su primer "idilio". En la escuela, gozaba "asustando a las chicas". Las dominaba "poniendo en la cara dos ojos, tan grandes y fieros, bajo la abombada frente". Su "preferida" era una chiquilla de siete años "y era la más linda de las pequeñuelas. La esperaba en los campos y surgía de los setos de improviso para asustarla, pero ¡ay de ella si gritaba! La aldeanita de ricas trenzas rubias le seguía atemorizada y tal vez un poco halagada por las atenciones del hijo de la maestra. 'Dame un beso, Marieta'. Luego le tiraba de las trenzas para jugar a los caballos, abandonándola en seguida, brusco e impetuoso, cansado repentinamente del juego y de ella. 'Vete, vete ahora mismo'. Y ella, confusa, volvía a seguir siendo niña buena".

¿Hay en estos arranques alguna influencia hereditaria? Angélica Balabanoff, en sus "Memorias", refiere cómo, ya joven, se siente Mussolini bajo el peso de una herencia patológica. En un momento de depresión, le dice, "en un tono tímido y salvaje al mismo tiempo": "Comprenda usted, con un padre sifilítico y alcohólico, ¿qué quiere que yo haga?". Y cuando más tarde, en Oneglia, su amigo Serrati, según cuenta Francisco Frola, le arroja de su casa, de donde era huésped, por haber intentado seducir a una hermana casada, Mussolini se disculpa: "Te ruego que tengas piedad de mí y que no olvides que soy hijo de un alcohólico".

De todas maneras, puede ser que ese mismo sentido imperioso de su superioridad y ese desprecio innato a la mujer, hayan defendido, en alguna manera a Mussolini hombre de Estado. Pues a pesar de sus aventuras, no puede decirse que haya tenido una verdadera Pompadour.

No siente, pues, estimación alguna por la persona humana como tal, en su valor trascendente. Mussolini, Emperador del Yo, absorbe en sí mismo la calidad humana,

él es EL HOMBRE. Los demás son cosas útiles o inútiles, pero en todo caso despreciables. Cuando se muestra —rara vez— indulgente, su indulgencia empapada de desprecio, es simplemente el ademán del "gran hombre", que intensifica su sensación de poder. Se sirve de los hombres, para satisfacerse a sí mismo, hasta cuando les otorga el don supremo de su "generosidad". Es inhumano, aunque haga alarde de su "humanidad".

A los hombres, prefiere los animales. Su filosofía a este respecto es profundamente cínica. "Y cuando me siento harto de los hombres —confiesa a Ludwig— me voy al mar. Por mi gusto viviría siempre en el mar! Ya que no puedo hacerlo, mis simpatías van a los animales; su vida espiritual no está lejos de los seres humanos y, sin embargo, no quieren nada de ellos: el caballo, el perro y, sobre todo, el gato son mis animales preferidos. O bien observo los animales feroces. Todavía hay en ellos fuerzas elementales de la Naturaleza!"

No extraña que un hombre así no tenga amigos; no sea amigo de nadie; *no quiera* tener amigos. No conoce, dice Sarfatti, "el significado íntimo de la fraternidad espiritual". A Ludwig le dice: "No puedo tener amigos. No poseo ninguno. En primer lugar, por causa de mi temperamento; después, por la idea que tengo de los hombres". Pero en sus momentos de irritación su expresión es violenta: "Si el Padre Eterno me dijera: Soy amigo tuyo, me daría inmediatamente de puñetazos con él" (Sarfatti).

En consecuencia, Mussolini está solo. El lo sabe, lo confiesa y lo hace signo de grandeza. "En el fondo siempre he estado solo" (Conversaciones con Ludwig). Los que le han tratado de cerca no vacilan en señalar el hecho. Washburn Child testifica: "Siente uno que (Mussolini) debe de haber estado siempre en esa soledad: soledad de muchacho, soledad como joven radical, aventurero, enamorado, trabajador, pensador... No hay hombre, mujer o niño que se halle, en ningún grado, dentro de la órbita íntima de su personalidad. Nadie". Y Sarfatti añade: "Se ha sentido siempre en la vida, ajeno a todo y a todos cuantos le rodeaban". El no acepta esa soledad, como si se la impusieran de fuera; no la soporta como algo inevitable

—¿hay algo inevitable para el superhombre?— sino que la desarrolla y cultiva, deliberadamente. Es no sólo su defensa; es también, para él, un signo inconfundible de su grandeza. Y si hay momentos en que lo humano que hay en él, eso íntimo que quizá no ha desaparecido de él por completo, lo lance a la tentación de desear secretamente el apoyo de una verdadera amistad, el consuelo de una grande y genuina ternura, tal vez se sacuda ese sentimiento como una debilidad. Alza la cabeza, aprieta los puños, y sigue solo en su soledad. Las cumbres están siempre solas. Y él es la cumbre más alta de la humanidad.

10. *El Dominador de las Masas*

Si las masas llegan a aclamar hasta el delirio a Mussolini, si caen en un éxtasis de derviches cuando gritan, rítmicamente, "Duuuu-ce! ¡Duuuu-ce!", si cuando aparece ante las oleadas humanas que llenan la Plaza Venecia las multitudes quedan arrobadas como ante una aparición celeste, no es porque él las halague, sino porque se les impone. No coquetea con la multitud; la domina con sus arrebatos de pasión y sus alardes de poder. A la multitud no le habla con halagos ni con lógica, sino con fuerza y pasionalmente. Y así ha podido, en un momento dado, y siempre que se lo propone, arrastrar a las masas en un frenesí de exaltación por su persona y por su obra.

"A la multitud hay que hablarle poderosamente": tal es su fórmula. Siente a la multitud como una masa de barro, dócil a la manipulación del escultor. Masa viva, variable, compleja. "La materia que tiene entre manos el político es el hombre... Todo depende, por tanto, de saber dominar a la multitud como un artista". Con los hombres, con el pueblo, como su material, Mussolini se siente el artista constructor de un Estado, el Miguel Angel de la Ciudad Fascista, la Roma Eterna.

Dominando a la multitud, experimenta una refinada voluptuosidad. Hay mucho de erotismo en el placer de que disfruta, como orador popular y caudillo de masas, al sentir a éstas rendirse, entregarse a él por entero. Es con ellas, no mimoso y azucarado como los demagogos vulga-



San Jorge matando al dragón bajo forma de lobo.

(Grabado anterior a 1450).



JEAN DUVET. La caída de la Gran Ramera.

res, sino áspero, hasta brutal. Reaparece en él el "castigador". A Ludwig le confiesa el placer que le invade cuando siente que las multitudes "ceden y se doblegan" en sus manos. "La multitud ama a los hombres fuertes", explica. "La multitud es una mujer".

Y sin embargo, siente desprecio por las masas. Desprecio y a veces repugnancia. Cuando las tiene ya rendidas, le hostigan o le impacientan. Siente el mismo impulso con que, en su niñez, despedía malhumorado a la aldeanita a quien había obligado a besarlo. "Para mí, —dice en las *Conversaciones*— la multitud no es más que un rebaño de carneros hasta que se organiza... La multitud no necesita saber; debe creer". Y añade que, una vez que tiene subyugada a la multitud, siente hacia ella "cierta aversión", semejante a la del escultor que "rompe, lleno de cólera, el mármol, porque no ha salido de sus manos exactamente como lo vislumbró al principio".

Observándolo, al dirigirse a las masas de la Plaza Venecia, Ludwig sorprende en él una "expresión oronda y satisfecha". Pero también una sonrisa patriarcal e irónica". Una sonrisa de satisfacción, por tener a la muchedumbre a sus pies. La sonrisa de un actor arrogante, que se ha metido a su público en el puño, y sabe que puede hacer con él lo que se le antoje.

11. *El Superhombre y el Príncipe*

POR las noches, en el hogar de Dovia, después de la cena de raíces silvestres hervidas y aderezadas con aceite, Alessandro Mussolini leía en voz alta, a la luz de la fragua, páginas de Maquiavelo. Desde un rincón, el pequeño Benito escuchaba atento. No entendía todo, pero desde entonces se sintió atraído por el ensayista florentino. Adivinaba en sus conceptos toda una escuela de política para hombres fuertes. Los contertulios anarquistas y socialistas del herrero, no reparaban en el rapaz que andando el tiempo haría de Maquiavelo su maestro y pondría en acción sus doctrinas, creando el neomaquiavelismo fascista.

A los veinte años, Mussolini ha devorado a Maquiavelo. Halla en él una filosofía que cuadra soberbiamente con sus

ambiciones. De él deriva su política de gobernar a los hombres utilizando fríamente sus pasiones, sus intereses, sus egoísmos. De él aprende que el Príncipe forja su propio código de moral y hace de su voluntad la ley. En 1924, escribirá para la revista *Gerarchia* un *Preludio a Maquiavelo,* que será, según el autor, "el comentario del año 1924 al *Príncipe*", libro que considera como el "*Vademécum* para el hombre de gobierno".

Schopenhauer y Stirner le imbuirían su pesimismo; Le Bon le dará ideas sobre la multitud; Sorel, el método de acción, la violencia; Pareto, argumentos de sabor filosófico y científico, para justificar su marcha al poder. Pero será Nietzsche, sobre todo, quien lo afirmará en la conciencia de su grandeza innata y en quien le parecerá hallar el índice que le señala su destino. El, Mussolini, será la realización, siglo XX, del Superhombre.

En Nietzsche encuentra la afirmación de la voluntad de poder. Esto le seduce, porque abroquela sus propósitos y presta una base a su programa de vida. Lo lee con efusión. Lo comenta, cuando apenas tiene 25 años, en un periódico republicano. "Todos los dioses han muerto; ahora esperemos que el superhombre viva. El superhombre: he aquí la gran creación nietzscheana". Se siente mareado ya por la teoría del *Unico,* el hombre superior que no obedece a leyes, que se atreve a ser "*único* contra todo y contra todos".

Esta adhesión al credo nietzscheano moldea su carácter y su vida, aunque él no haga referencia ni a ésta ni a ninguna de las otras influencias filosóficas, excepto la de Le Bon, en su Autobiografía. El superhombre no obedece a leyes, está más allá del bien y del mal, él es su propia ley. Nietzsche y Maquiavelo hacen conjunción. Y aunque Mussolini no haya leído a Dostoievsky, asume también los perfiles de Raskolnikoff, el nihilista moral.

Ludwig encuentra, desde el primer momento, a los dos primeros en la persona de Mussolini. "Creí observar claramente características que me recordaban las concepciones de Nietzsche", dice en el Prólogo de las *Conversaciones.* Y en otra parte añade que le recordó también a Cé-

sar Borgia. El amoralismo político y la audacia del condotiero, al servicio de la fría, acerada, inexorable voluntad de poder.

12. *Napoleón y César*

Es usual la creencia de que Mussolini se propuso imitar a Napoleón. Sin duda que le ha atraído la personalidad del genial corso, dominador de Europa y gran general. Algunos de sus retratos lo muestran con aspecto napoleonesco. Acaso, inconscientemente, se reflejen en él rasgos del primer Bonaparte imperial. Pero Mussolini es demasiado nacionalista para buscar su paradigma y prototipo en un extranjero. Napoleón, aun siendo corso, es decir, medio italiano, pertenece realmente a Francia. El Duce siente por él simpatía y respeto. Así lo expresa a Ludwig. Sin embargo, advierte: "Nunca he tomado a Napoleón por modelo". La historia napoleónica le enseñó los errores que hay que evitar como hombre de gobierno: el principal, haberse coronado, haber querido fundar dinastía. "¡Como Primer Cónsul sí que era grande!". (Y al decirlo, observa Ludwig, tenía un aspecto "endiabladamente napoleónico").

No que Mussolini repudie, así como así, el imperialismo. Porque el imperialismo es siempre un signo de la fuerza vital del hombre. Mientras uno vive es imperialista". Pero ha aprendido que una cosa es forjar imperios —"creación de hombres excepcionales"— y otra cosa darse título de Emperador. Por eso, cuando ha logrado conquistar a Etiopía, él se conforma con ser llamado "Fundador del Imperio". Deja, de buen grado, la corona imperial a Víctor Manuel.

A quien realmente admira con efusión Mussolini, y cuyas hañazas quisiera verdaderamente emular, es a César, héroe romano, fundador del antiguo Imperio. Mussolini, adicto al realismo maquiavélico, profesa sin embargo un romanticismo arqueológico. Las glorias pasadas de Roma le emocionan. Se cree llamado a revivirlas y devolver a Italia su grandeza imperial. Al alcance de la mano, cuando Ludwig le visitó, tenía el "Julio César" de Sha-

kespeare. "¡César —dijo Mussolini con el mismo tono sombrío, y con la misma emoción con que había pronunciado ya dos veces aquel nombre—. El mayor de todos los hombres, después de Cristo!".

Es, pues, secretamente, la sombra de César la que alienta en sus ambiciosos sueños imperiales, como en los del propio César la de Alejandro, creador, tan joven, de un vasto Imperio. Una fotografía, muy difundida por la publicidad fascista, muestra a Mussolini, en pie, al lado de la estatua de Julio César, en la Via Dell'Impero, con el brazo en alto. ¿Soñó alguna vez Mussolini en conquistar las Islas británicas, como lo hiciera aquel general romano? El Imperio que fundó, domeñando a Trípoli, Libia, Cirenaica, Etiopía y otras regiones africanas, fué efímero. Y no logró repetir la hazaña de César en las Galias y Gran Bretaña. Bien es cierto que a César no le salió de rival ningún jefe de bárbaros teutones.

En cuanto a su otro sueño magno, el de constituirse en jefe del mundo islámico, especie de Califa laico, no tuvo más satisfacción que la de nombrarse a sí mismo, enarbolando un pesado sable mahometano, "Protector del Islam". Lo demás lo desbarataron las legiones de Montgómery.

13. *Fatalismo y Voluntad*

Los hombres que no creen en nadie más que en sí mismos, son generalmente supersticiosos. Mussolini tiene una fe supersticiosa en el Destino. Tiene la convicción de ser el Hombre del Destino. Se ha sentido siempre seguro de que podrá concluir su obra y que mientras tanto será inmune. "las balas pasan; Mussolini permanece". Cree en una potencia misteriosa que vela por él y que determina inevitablemente las circunstancias más favorables para que él cumpla con su papel. Nada puede sucederle antes, que se lo impida. (¿Mantendrá esta fe aun después de su estrepitosa caída?) Las veces que escapó —más de diez— a atentados contra su vida, lo confirmaron en esta creencia.

Hay en ella ciertas influencias de la astrología y la quiromancia en que lo inició, de chico, la vieja Giovanna,

una extraña campesina que tenía fama de hechicera, y de la que él era asiduo compañero. Ella le hablaba de la influencia maléfica de la luna, el significado de los sueños, las predicciones de los naipes, el efecto de los astros y las constelaciones en el destino de los hombres. Muy seriamente, en sus Memorias, como si se tratara de un signo evidente de superior destino, Mussolini dice hablando de su nacimiento: "Hacía ocho días que el sol había entrado en la constelación del León".

Se siente, pues, llevado paso a paso, en su carrera megalomaníaca, por la mano invisible del Destino. Es un predestinado a la grandeza y la gloria. El curso de la historia converge en él. ¿Quién puede detener su marcha triunfal, si los dioses han dictado, con signos celestes, su victoria? Y también, como Hitler, cree que en su sangre, en su instinto, habla la voluntad cósmica: "La sangre me habla; precisa que yo escuche a mi sangre... Si hago caso a mi instinto, no me equivoco jamás".

¿Cómo concilia Mussolini este determinismo fatalista con su agudo voluntarismo? ¿Si el Destino tiene trazada la ruta y marcado el camino, qué lugar queda para el ejercicio, salvajemente autónomo, de la voluntad de poder? ¿Cómo compaginar el anarquismo del Unico y el cumplimiento de la soberana ley del Hado? Este problema le plantea Ludwig, que percibe con agudeza, la contradicción. Pero Mussolini responde sin inmutarse: "La voluntad debe preparar el camino en que ha de desenvolverse el Destino". Respuesta, dice el escritor alemán, "muy humana y hermosa". Círculo vicioso, en realidad. Pues equivale a esto: "Yo quiero lo que es mi destino; pero yo creo que mi destino es lo que yo quiero. Porque en mi voluntad habla el Destino".

14. *Egocentrismo y Altruismo*

Mussolini, Emperador del Yo. Pero él protestará de que se le califique de egocéntrico. Por el contrario, hablará constantemente de su completa abnegación, de su más aquilatado desinterés. Su satisfacción, dice en el Prólogo a la biografía escrita por Sarfatti, "es el pensamiento y

real comprobación de no pertenecerme a mí mismo". Es el ser de todos —amado por todos, odiado por todos— el ser elemento necesario para la vida de los demás, lo que me da una especie de embriaguez *nirvánica*. Además, cuando se es de todos no se es de ninguno. Ya se dijo que una multitud puede dar más que un desierto la alegría de la soledad fuerte a la vez que reposada". En su Autobiografía es aún más categórico: "Nada pido para mí ni como mío: ni bienes materiales, ni honores, ni testimoniales, ni resoluciones de aprobación que pretendan consagrarme ante la Historia. Mi objetivo es simple: quiero hacer a Italia grande, respetada y temida; quiero hacer a mi nación digna de sus nobles y antiguas tradiciones . . . He aniquilado en mí todo egoísmo: yo, como el más devoto de los ciudadanos, pongo por encima de mí y con cada latido de mi corazón, el servicio al pueblo italiano. Yo me proclamo su siervo".

¿Emperador del Yo, después de estas nobilísimas palabras? No obstante, sí. Una lectura más atenta descubre la clave. Es el Yo, a pesar de todo, el que reclama sus fueros de supremacía. Es el egocentrismo más refinado, porque es el que se sirve del altruismo para su propia satisfacción. ¿No se ve claro, por eso de la "embriaguez nirvánica" al saberse "elemento necesario para la vida de los demás"? Saberse necesario: esto halaga la conciencia de grandeza, el sentido de superioridad vital, la voluntad de poder. Y el fin es, al cabo, el no ser de nadie, el no estar en obligación con nadie, el alcanzar la soledad espléndida del superhombre. El altruísmo es sólo aparente, porque se hace de él un simple medio. No es la generosidad del que se da, negándose a sí mismo, sino el egoísmo exquisito del que ve en el servicio a los demás, a la nación, a la colectividad, una más honda y poderosa afirmación del Yo.

Que la Patria sea grande pero siempre que sea *yo* quien la haga grande. Me proclamo siervo del pueblo italiano, pero siempre que ese pueblo me obedezca como a su Duce infalible.

De nuevo Ludwig, que sorprende aquí algo contradictorio, interroga a Mussolini. "Repetidas veces ha reconocido usted que el fin esencial de su vida era sublimar su personalidad: 'De mi vida quiero hacer una obra maes-

tra' ... ¿Cómo es entonces posible que una naturaleza tan orgullosa pueda escribir: 'Mi fin principal es el interés de la colectividad'? ... Oyó mis palabras sin hacer el menor gesto. —No veo en ello la menor contradicción —dijo—. Al contrario; es absolutamente lógico. El interés de la colectividad es una cosa dramática. Sirviéndolo, multiplico mi existencia".

Mi existencia. Mi vida. Eso viene, pues, primero. Ese es el fin último. Simplemente, la línea que parte de mí —voluntad de poder— y que vuelve finalmente a mí —acrecentamiento de mi personalidad— atraviesa temporalmente la región del altruismo. Describe una elipse. Al partir es centrífuga, pero su movimiento final es centrípeto. La meta, en última y suprema instancia, soy *yo,* de todos modos *yo,* siempre *yo.*

15. *El mutis*

TAL es el personaje que ha salido, repentinamente, de la escena, dejando inconcluso su papel. Personaje hecho de una conjunción extraordinaria de Peer Gynt y Raskolnikoff, César Borgia y Napoleón Cónsul; Julio César redivivo, encarnación del Príncipe, meridional "Emperador del Yo", el Superhombre nietzscheano, el Unico ... Tal quiso ser su papel. Pero no tuvo, siquiera, el desenlace dramático del personaje que pretendió encarnar. Por una ironía de la Historia, que él creyó tener ya subyugada al imperio de su voluntad, le fué negado un fin digno de Superhombre.

Como Peer Gynt en el naufragio, vió hundirse su tesoro amasado durante tantos años de dura lucha. Pero Peer Gynt perdió su oro; Mussolini ha perdido su grandeza: lo que él estimaba más que la vida. Como el héroe ibseniano, bien puede decir: "¡Lamentable pobreza del alma que vuelve a la nada y se pierde en lo gris! ... Temo estar muerto antes de mi muerte".

Pero el regazo de Hitler, donde ha ido a refugiarse, dista mucho de ser el acogedor regazo —hecho de fe, esperanza y amor— de Solveig.

LA POLITICA EXTERIOR DE LOS ESTADOS UNIDOS

Cuando, en 1915, publicó Walter Lippmann su obra "Las sirtes de la diplomacia", Harold J. Laski afirmó que se trataba de un libro provocativo, anticipando que su autor llegaría a ser para Norteamérica lo que fué Bagehot para la Inglaterra victoriana: una gaviota de las grandes ideas, un hombre dotado del raro ingenio que es preciso para presentar e introducir nuevas tesis entre un público deficientemente preparado, aún, para comprenderlas. Disponía Lippmann, para aquella obra y las futuras, de una solidísima base académica, sobre la cual lanzaba al incierto futuro el arco de sus cristalinos razonamientos: su juventud universitaria había recibido la formación directa de Santayana, Münsterberg y Holt, y William James, apartado ya de las aulas, le distinguía y aleccionaba con su cálida amistad. Mientras el reverendo George R. Lunn fué alcalde socialista de Schenectady, procuró a Lippmann la oportunidad inapreciable de acompañarle durante tres meses de práctica febril. Creador de "The New Republic", inspiró Lippmann desde 1911 este poderoso órgano de opinión, y en el año 1913, después de un viaje a la Europa Central, vertió su experiencia freudiana en el libro "Un prefacio a la política". A fines de 1915 "The New Republic" se alineaba junto al wilsonismo, y recibía acres censuras de Roosevelt quien la consideraba como una revista progermánica.

Apenas iniciada la intervención americana en la primera guerra mundial, Lippmann instituyó, en el seno de la prestigiosa Sociedad Geográfica Americana, el famoso grupo "The Inquiry", donde se hicieron estudios y se arbitraron soluciones para los problemas de la post-guerra. Después de un viaje por los países aliados, como capitán de la "Intelligence Military Division" le fué encomendada una amplia glosa de los Catorce Puntos de Wilson, trabajo que desarrolló en una noche y fué, luego, reiteradamente consultado, en la mesa donde se discutió la paz.

Durante seis años (1923 a 1929) Lippmann fué animador personal de la página editorial del "New York World", considerada como la hoja más representativa del criterio nacional norteamericano. En esa

misma época escribió varias obras sobre la opinión pública, donde se vierte el contenido de su singular liberalismo: piensa Lippmann en un régimen político, libre hacia arriba, como pudo serlo el de los consejeros de Carlos III de España o María Theresia de Austria, riguroso y paternal hacia abajo: un "nuevo orden de samurais" una aristocracia de mente y de carácter, como pudiera imaginarla H. G. Wells. Lippmann pretende construir un tipo nuevo de libertad sofrenada e inteligente, limpia de frondas irresponsables, poniendo la gerencia de la libertad en manos expertas y serenas. Sin embargo, junto a esa rotunda afirmación de sensatez norteamericana, Lippmann adoptaba una extraña posición ante el mundo: Estados Unidos, un pueblo mayor de edad, libre por dentro, sigue mostrando a los países emancipados el hosco camino de una prolongada subordinación: "Nuestro comercio y nuestras inversiones en Hispanoamérica —decía— pueden ser fomentadas haciendo que los hispanoamericanos nos teman"... Ese mismo criterio que parece alumbrado por el siglo de las luces, rebrilla de nuevo en su último libro: "La política exterior de los Estados Unidos",[1] obra de realidades, escrita con el propósito de poner fin a una época de desunión doméstica norteamericana, en materia de política exterior; una construcción más, para perfeccionar la aristocracia gobernante yanqui, administradora de la libertad de su país y dispensadora de paz —¿con o sin libertad?— para los demás países. Un libro capital, a pesar de todo.

LIPPMANN había sido, hasta aquí, un cauto y habilísimo conductor del criterio público, maestro en el arte de modelar sin prisa la opinión norteamericana, piloteándola en las cambiantes coyunturas de su historia contemporánea. Con su reciente libro, sus clarinazos se han hecho más agrios, y se ha lanzado por el difícil camino de señalar los errores políticos de los gobernantes de su país, con la autoridad que dan el dominio de la materia y la previa confesión de las propias equivocaciones del autor, en el pasado.

La gran tesis de Lippmann puede concretarse en estos términos: La política exterior de un país es un balance entre sus obligaciones internacionales y los medios de fuerza de que dispone para cumplirlas. Cuando un Estado carece de los recursos de acción suficientes para

---

1 WALTER LIPPMANN, *U. S. Foreign Policy: Shield of the Republic.* An Atlantic Monthly Press Book. Little, Brown & Co., Boston, 5ª reimpresión, junio 1943. 1.50 $ U. S. A.

afrontar sus compromisos, está en plena bancarrota internacional, y la misión de sus gobernantes —como la del hombre de negocios en un trance análogo —consiste en nivelar ese balance desastroso, poniendo en juego todas sus disponibilidades.

Los Estados Unidos practicaron, desde 1812 hasta la paz de París que, en 1899, puso término a la guerra con España, una política exterior basada en ese prudente criterio de equilibrio entre disponibilidades y obligaciones: la declaración de Monroe, extendiendo el ámbito de los intereses norteamericanos a todo el Nuevo Continente, había sido posible durante el siglo XIX porque, sin compromiso expreso, Norteamérica contó siempre con el respaldo de la flota inglesa para afianzar su posición, frente a las potencias europeas interesadas en América. Pero el término de la guerra con España tuvo consecuencias revolucionarias para la política exterior de los Estados Unidos: la firma del Tratado de París llevó el límite de las obligaciones norteamericanas a 7,000 millas al Oeste de las costas de California. Desde ese preciso momento se inicia la disensión doméstica en materia de política exterior del país vecino. El senador Hoar, de Massachussetts, se opuso con tal vehemencia a la anexión de Filipinas, que en la sesión de 6 de febrero de 1899, la independencia de aquel archipiélago se perdió, en el Senado, por un solo voto. Subraya el almirante Mahan que fué Teodoro Roosevelt el creador del "Dominio asiático", y que, con ánimo de afianzarlo, comenzó a integrar desde luego los elementos precisos para una genuina política exterior: el aumento de la flota; la apertura del canal de Panamá, para facilitar los movimientos de la escuadra; la iniciación de una política de alianzas.

Era aquel, en efecto, el momento crucial para que Estados Unidos, no pudiendo cubrir por sí solo ese formidable compromiso, trazara un sistema de comunidad de poder con sus tradicionales amigos y con los enemigos de sus adversarios: en lugar de eso, y por una falsa interpretación de ciertos principios que son el evangelio para los norteamericanos tradicionalistas, se practicó una suicida política de aislamiento, complicada por el halago a los adversarios presentes y futuros: creció el poderío naval alemán, poniendo en entredicho la hegemonía inglesa de los mares; organizó el Japón su economía formidable, revelándose como el indefectible y cercano antagonista de los yanquis; se ganó en los campos de batalla la primera guerra mundial, pero el fortalecimiento de la paz naufragó en el pacifismo aislacionista de Wilson y de Harding; la Conferencia Naval de Washington (1922) —celebrada por el propio Lippmann como un triunfo contra los almirantes beli-

cosos— representó, con su limitación de flotas y de tipos, un premio a los actuales agresores; se presentó la guerra como el peor de los males, prefiriéndose perder la dignidad, ceder posiciones claves y dejar el país anulado estratégicamente, sin perjuicio de intervenir, por fin, en un conflicto armado, en tan tristes condiciones que los Estados Unidos estuvieron, como Inglaterra, a un paso de la ruina irreparable.

Cuarenta años ha durado esa situación ominosa que Lippmann califica, con dureza, de "insolvencia internacional". Hoy, en vísperas de una elección presidencial, en pleno esfuerzo de guerra que exige unidad de pensamiento y de acción, urge definir el buen camino para la conducción de la política exterior, y allanar los obstáculos que lo entorpecerían en el futuro. Todavía ahora, cada día, se producen conflictos de criterio que demandan una liquidación enérgica y una intervención inteligente. En un reciente discurso pronunciado en Los Angeles, Emil Ludwig ha declarado que la futura paz de Europa tiene una inexcusable premisa: el exterminio físico del pueblo alemán. En cambio, dos prominentes pensadores norteamericanos: Herbert Hoover y Hugh Gibson, hacen en su reciente libro, "Los problemas de la paz duradera", algunas afirmaciones que serán leídas con asombro. Según ellos un tratado de paz, hecho al término del presente conflicto con espíritu revanchista, sería la semilla de una guerra nueva: extendamos —dicen— el conocimiento de las cuatro libertades de la Carta del Atlántico entre las masas de los países del Eje, para que estén convencidas de que nuestras manos victoriosas no las sumirán en el terror. Una de las dos cosas es posible: paz o revancha, afirman esos escritores, pero no las dos a la vez. Nos hallamos ante problemas intrincados que habrán de ser resueltos, *desapasionadamente*, por expertos bien equipados con la técnica precisa para ello. Guiados por ese espíritu de una irritante ecuanimidad, de un frío olvido de todas las bestialidades nazifascistas, llegan a concluir para la post-guerra un programa de dieciocho puntos ("Le bon Dieu n'en fit que dix", decía Clemenceau) del cual entresacamos algunos cuya mera enunciación es suficiente para juzgar su espíritu: Mantenimiento de la integridad alemana (¿cuál? ¿la que resultó de Munich?); ninguna penalidad para los pueblos derrotados; nada de reparaciones. Piensan Hoover y Gibson que los actuales enemigos pueden ser, con el tiempo, útiles aliados, y es preciso tratarlos, desde ahora, en consecuencia.

Ningún *pueblo* —dice Lippmann— se halla tan capacitado para gobernarse a sí mismo como los Estados Unidos; pero los errores de cuarenta años hacen pensar si la persistencia en ellos anulará esa magnífica disposición. No existe, aún, en materia de política exterior, una clara línea de conducta que la mayoría de los ciudadanos acaten sin discusión y con entusiasmo. Hoy el núcleo pacifista no niega —naturalmente— su cooperación al esfuerzo de guerra, pero persiste en mantener su absurda posición de generoso olvido, ignorando que una nación pacifista puede desarmarse a sí misma, pero no a sus enemigos. Quienes pretendían que el aislamiento era, para Estados Unidos, la mejor defensa, recordaban las palabras de Washington, en 1796: "Europa tiene una serie de intereses fundamentales sin relación alguna con nosotros, o muy remota, al menos: por ello sería necio complicarnos, con lazos artificiales, en las vicisitudes de su política". Luego se citaba la frase angular de Jefferson, otro de los Padres de la Patria: "Amistad honesta, con todas las naciones; alianzas que nos traben, con ninguna".

Esa candorosa fe en la inviolabilidad del aislamiento había sido la base del idealismo de Taft y Wilson, y lo que —en la timidez de este último— dejó sin justificación suficiente la intervención de Norteamérica en la primera guerra mundial. El motivo verdadero de ella fué el temor de que Inglaterra fuera derrotada, y quedase abierto el camino a la hegemonía mundial de Alemania. Pero, una vez obtenida la victoria, el pueblo norteamericano tembló ante la idea de un nuevo "compromiso" que extendiera sus obligaciones hasta Europa, y cayó en un letargo del que sólo despertó con la agresión japonesa a Pearl Harbor. Recordemos, de paso, que al tiempo de adquirir su compromiso con Filipinas, se llevó a cabo por España la venta de las islas de los Ladrones, Marianas y Carolinas a Alemania; al acabar la primera guerra mundial Japón obtuvo un mandato sobre estas posiciones clave, y de ellas partió la pérfida agresión de los japoneses que dió comienzo al actual conflicto en el Pacífico.

Desde 1922 Japón tenía una superioridad manifiesta en el Pacífico occidental, y Estados Unidos, con su política referente a aquellas lejanas zonas, agravaba el problema: así, aceptaba de una parte no seguir fortificando Corregidor, Cavite y Guam, y de otra se avenía a prestar ayuda a China contra las crecientes exigencias de los nipones. Es decir, ampliaba el ámbito de sus compromisos, a la vez que reducía los medios de hacerles frente de un modo airoso.

Los acontecimientos de siglo y medio han mostrado a Norteamérica la validez de los principios eternos y la fácil mudanza de lo que es, de veras, accidental. Los principios son éstos, dichos en corto: proporcionemos nuestros compromisos exteriores a nuestras fuerzas; para afianzar la paz, seamos amigos de nuestros amigos, y de los enemigos de nuestros adversarios. Y ya que Norteamérica gusta de saborear el vino añejo de quienes crearon su gran país, recordemos una vez más a Washington. Lo que para él más importa no es la paz, sino la permanencia de la nación: así dice el Fundador en su "Discurso de despedida": "Que podamos elegir entre la paz y la guerra, según lo aconseje nuestro *interés, guiado por la justicia*".

Para esa tremenda elección decisiva será precisa, hoy, como en el futuro, una unión substancial interna en materia de política exterior, un dinamismo ardiente que busque para los Estados Unidos un puesto entre las naciones libres, y con ellas lleve la causa democrática a la solución de los problemas mundiales. Nada de defensa estática (en sus "Lecciones de la guerra con España" cuenta Maham cómo, de seguir los Estados Unidos esa técnica defensiva, el almirante Cervera pudo haber batido a la flota americana, partida en dos); ninguna condescendencia con el enemigo, hasta que pruebe la imposibilidad de seguir siéndolo.

A sostener este arco de futuro se orienta la parte final del reciente libro de Lippmann. Estados Unidos necesita, a juicio suyo, estrechar su amistad tradicional con Inglaterra, para atender a sus compromisos vitales; colaborar con Rusia en la paz del mundo futuro, respetando su existencia como país, negándose a fomentar cualquiera loca esperanza en la eficacia de un "cordón sanitario", afirmando que cuando un mínimo de honestidad humana corre por la base de las relaciones internacionales, importa poco una discrepancia —por fundamental que sea— en cuanto al régimen político interno; atisbar con cálida simpatía y espíritu de sincera ayuda el despertar de China, mundo preñado de enigmas y posibilidades. No consentir más paces romanas, en que un Estado absorba a otro en medio de un monstruoso silencio; huir de toda improvisación a la hora décima, torpe política de quienes por escuchar las sirenas pacifistas compran la victoria al más alto precio de vidas y haciendas. Sólo una "alianza nuclear" entre esos países, dice Lippmann, puede asegurar una paz duradera.

COMO en 1915, Lippmann ha escrito, esta vez, un libro "provocativo", que ya desde una superficial lectura suscita en el lector la adhesión cordial o la repulsa, cargadas de razones. Comienza para esa obra y para su autor una gloriosa polémica dentro y fuera de su país. En Norteamérica ha hallado, por lo pronto, en este año preelectoral, un gran eco de simpatía. Las naciones pequeñas y los países que hoy viven en un eclipse de su voluntad, no encontrarán resuelto el problema de su futuro en el libro de Lippmann, que el autor mismo presenta como "un principio". Porque ésta que Lippmann propone es una política exterior vista desde el ángulo interno de los Estados Unidos, y nada se nos dice aún de cuál será, conforme a ese ideario, en el cosmos de la post-guerra, la trayectoria de los mundos que nacen y de las estrellas que reviven. ¡Atención, Norteamérica! Cuando el destino pone en tus manos tal copia de recursos y posibilidades, cuando el mundo ha depositado en ti tantas esperanzas —fallidas hasta ahora— es preciso que con Jorge Washington, veas claro tu *interés,* y lo ilumines con la *justicia* que la humanidad debe a los pueblos oprimidos.

Manuel SANCHEZ SARTO.

Aventura del Pensamiento



EL HOMBRE Y SU MORADA

Por *Alfonso* **REYES**

I

TENEMOS que hacer un viaje a Sirio para contemplar objetivamente las relaciones entre la historia y la geografía, la lucha del hombre por establecerse en su morada terrestre, espectáculo de ajustes y desajustes continuos, que bastaría por sí solo para convencernos del estado de primitivismo en que todavía nos encontramos, si no supiéramos que los problemas sociales no admiten, por su naturaleza cambiante, soluciones definitivas. Las conclusiones de semejante estudio pueden llegar hasta la rectificación de los hábitos y emociones en que hemos sido educados, sobre todo en cuanto a ese extremo del sentimiento nacional que dista mucho de ser la "ultima ratio" de las sociedades humanas y que es en cierto modo reciente. Por de contado, el punto de vista de Sirio no podría servir de consejo inmediato a la política, y menos en épocas como la que ahora vivimos, cuando este despego de los impulsos defensivos podría fácilmente allanar el camino a las conquistas y a las infamias. Pero la confrontación con las especies universales nunca es perdida. Ella sirve de guía aproximada a la acción, que es siempre transacción. El ajuste, aunque sea cambiante, entre la historia y la geografía sólo sería justo en una humanidad plenamente justa; y por ahora se trata de sofocar un desborde de la injusticia, asunto previo y de inapelable urgencia vital. Con todo, y sin llegar a exageraciones que resultarían criminales ¿cómo negar que muchas veces las torres de la parroquia nos obstruyen el horizonte? ¿Cómo negar que un mundo donde aquí las poblaciones perecen de hambre, mientras allá se queman cosechas, es un mundo mal

repartido? Por eso será bien recordar que quien sólo vive en su tiempo no ve más allá de sus narices.

Desembaracemos la discusión. Aquí se trata de relatar sumariamente ciertas vicisitudes de la relación entre la historia y la geografía, acaso con la vaga intención de que tal relato sea ejemplar. Pero no se trata de repartir el mundo conforme a criterios teóricos que siempre resultan deficientes y olvidan, a sabiendas o no, algunos factores de futuros desastres, propio achaque de los que llamaba Quevedo "locos repúblicos". Las falsas particiones de Versalles están en el origen de los actuales conflictos. Siempre, a la hora de distribuir el patrimonio entre los herederos del rey, se escucha la voz amenazante de alguna Doña Urraca que dice:

A mí, porque soy mujer,
dejáisme desheredada:
irme he yo por esas tierras
como una mujer errada.

Ardua tarea contentar a todos, y quien más se inspira en la razón a lo mejor se deja del lado la razón de la sinrazón. En esta balanza pesa también el sentimiento ¡y ay del que se ponga a trazar planes para la reorganización futura sin tomar en cuenta a "la loca de la casa"!

Antes de seguir adelante, expliquémonos también sobre aquel extremo melindroso del nacionalismo, al que aludimos muy de pasada y en términos que podrían parecer equívocos. Por cuanto en este sentimiento se arraigan las nociones elementales de dignidad política y hasta de decencia personal, es peligroso moverlo sin que se sacuda el árbol de la entereza humana. Por cuanto en este sentimiento se refugia un mínimo indispensable de justicia y de respeto a los pueblos, sólo se lo podría tocar cuando hubiera otra garantía mejor con la cual sustituirlo. La constelación psicológica creada en torno a las tesis de independencia y soberanía de los Estados no puede desarticularse sin riesgo, mientras existan Potencias imperiales, prontas a aprovecharse de cualquier flaqueo en la conciencia nacional de los países débiles. Y tal es precisamente el enigma que se agita, sin resolverse, en la mente política contemporánea.

La expropiación petrolera, por ejemplo, es plausible a nuestras izquierdas, que ven en ella una redención posible del obrero mexicano, subyugado antes por los magnates del capitalismo extranjero. Pero esas mismas izquierdas, al concebir sus doctrinas sobre una distribución ecuménica de las riquezas, no admiten, en principio, que determinada riqueza pertenezca a un Estado particular, porque más allá de los Estados alcanzan a ver, única e igual, a la raza humana. La casualidad geográfica, parecen decir, no debe gobernarnos: hagamos de la morada humana un hogar para todos; pero, entretanto que llega el día, defendamos el derecho inmediato, que es, por lo menos, la restauración de una parte modesta en el derecho universal que soñamos.

Sea otro ejemplo de aplicación más amplia. Contra el nacionalismo de los actuales agresores, no hay más defensa que robustecer el propio nacionalismo —llámesele antinacionalismo en buen hora— aun para aquéllos cuya filosofía ha superado ya este término. Y tanto es así que, después de la guerra, las naciones unidas tendrán que vivir en guardia militar, si de veras quieren prevenirse contra nuevas sorpresas. Lo que, dicho en otros términos, significará una "nacificación" más o menos intensa de los propios enemigos del eje. Como en la superstición de los salvajes, el vencedor absorberá las condiciones del vencido para incorporarlas en su acervo, y entonces apreciaremos mejor lo que valían las libertades relativa y pasajeramente conquistadas por el denostado siglo XIX. Creemos que el alivio vendrá algo más tarde.

El conflicto, en su última trascendencia, puede describirse en las conclusiones pacifistas de Kant: el ideal es la paz, es el desarme; pero mientras uno solo esté armado, los otros no pueden desarmar. Y así será mientras no se produzca una transformación total del régimen, mucho más profunda que aquel Estado universal, aquella ecumene en que vivió la Edad Media antes de repartirse en naciones, o antes de que sus parroquias —lejanas herederas del sentimiento tribal— se hincharan hasta asumir los contornos de las naciones modernas.

Pues, en efecto, como hemos dicho, las figuras nacionales que hoy vemos son cosa relativamente cercana. En la ecumene medieval, los reinos eran fracciones subsidiarias del inmenso orbe cristiano. Y ya da mucho en qué pensar, sobre el carácter contingente de los Estados, el hecho de que un reino como el de Lotario, en el siglo IX, no corresponda a ninguna de las actuales fronteras europeas; o el hecho de que, en la edad moderna, el Estado español, que no debe confundirse con el pueblo español, ni siquiera cuente dos siglos y medio, pues que antes de Felipe V es un amasijo de tierras divididas por la geografía, las rivalidades y los recelos, donde mal se juntan peninsulares y extrapeninsulares, hispanos, flamencos, holandeses, zelandeses, sicilianos, napolitanos, milaneses y gente del Franco Condado. Y nótese todavía que el concepto actual de la unidad hispana sólo adquiere plena fisonomía cuando con la "guerra de independencia", el monarca cae de un lado y se somete a los invasores, y el pueblo, abandonado a sí mismo, se levanta por otro lado y rescata, en acción común que por primera vez acontece, la autonomía española. Pero ¿a qué multiplicar los casos, cuando tenemos tan cerca el de las repúblicas americanas, nacidas ha poco por desvinculación entre las antiguas colonias y las metrópolis europeas, y todavía desprendidas unas de otras dentro de la zona especial de Hispanoamérica?

Europa, como hoy la entendemos, data, "grosso modo", de Richelieu, en cuyas manos maduran las dos grandes energías que venían quebrando el cuerpo de la cristiandad. Richelieu en cierto modo edifica a Francia con los elementos mismos del futuro conflicto, poniendo a contribución, por una parte, la lucha entre la original cultura católica y el nuevo brote del protestantismo —el eterno choque de Epimeteo y Prometeo—, y poniendo a contribución, por otra parte, la religión del patrotismo, el culto sumo de la nación, el sacrificio de la unidad en aras de la localidad. Las lejanas consecuencias se llaman Bismarck, la guerra de 1914 y lo de ahora.

Tras este excurso sobre la idea nacional, se entiende mejor que, al referir la historia a la geografía como especies no nacionales, se hace tabla rasa de las consideraciones

prácticas del momento, al menos provisionalmente. Y nos colocamos en un ambiente utópico, donde hubiera sobrevenido ya una revolución total, que dejara inútiles muchas virtudes todavía vigentes, defensas inevitables contra los residuos del canibalismo, al modo que la institución jurídica dejó inútil la ordalía o "justicia de Dios", y la ley abolió la práctica de la venganza privada. Una cosa es procurar entender la historia en teoría; otra aconsejar una conducta política, la cual, irremediablemente, ha de guiarse por el criterio de la oportunidad saludable. Sólo una humanidad justa puede caber en la teoría.

II

PROCEDEN las sociedades humanas por la acción simultánea de un cuadro de normas o ideales y un cuadro físico, el cual se desdobla a su vez en tiempo y en espacio. Estos tres elementos, ideal, tiempo y espacio, reobran entre sí determinando las evoluciones sociales. El ideal puede llamarse, en el sentido más lato y etimológico, religión, liga espiritual del grupo. El temporal es cronología. El espacial es geografía. De la lucha y concordia entre ellos —el amor y el odio de Empédocles— resultan, primero, las aspiraciones, y luego, las instituciones.

Hay un instante en que el grupo humano emerge de la penumbra y se convierte en una civilización. La frontera es indecisa por esencia, e imprecisa por falta de documentos. Las instituciones, por ejemplo, bien pueden ser anteriores al hombre, pues éste no puede coexistir socialmente sin las instituciones. Así, el paso del infrahombre al hombre, aunque indocumentado, es el fenómeno más importante y fundamental de la historia humana. Así, la sociedad primitiva posee instituciones (superstición, tabú, etc.), mucho antes de constituirse en una civilización verdadera.

Aplicando a las vicisitudes humanas la analogía natural de la alternativa entre el reposo y el esfuerzo, entre el cansancio y el rejuvenecimiento, el vago límite entre la prehistoria y la historia propiamente tal es como el paso del estatismo al dinamismo. La historia aparece a modo

de aceleración en la cuesta arriba que conduce al hombre hacia sus destinos actuales. Naturalmente que en esta marcha puede haber divagaciones y desvíos y hasta detenciones esporádicas, como entre los esquimales, nómadas y osmanlíes. Otros, sin meterse en honduras, preferirán atenerse al criterio empírico: la historia —dirán— comienza con los primeros documentos destinados a perpetuar la memoria de los hechos sociales.

Podemos imaginar, con la relativa aproximación que la ciencia autoriza: 1) que el infrahombre evoluciona hacia el hombre en una época que bien puede datar de hace un millón de años; 2) que durante unos 300,000 años se produce el sueño o fatiga de las sociedades primitivas; 3) que hacia una época que podemos fijar en unos 6,000 años atrás los grupos primitivos emergen hacia las civilizaciones.

Las civilizaciones, y aun las sociedades primitivas que las preceden, no pueden ser explicadas aisladamente, sino en sus campos históricos inteligibles, que son una integración de religión, cronología y geografía. Los distintos grupos pueden darse aislados en el espacio y sucesivos en el tiempo; pero pueden también coexistir hasta cierto punto y desarrollar entre sí conexiones de radiación y atracción. La posible desconexión va borrándose a medida que se adelanta en la historia. Hoy por hoy, ella es imposible. Pero, desde que la historia puede registrarse, es vano querer trazar la vida de un pueblo, de una nación o de un Estado, sin referirla a su campo histórico cabal. Estos campos históricos definen distintos tipos de sociedades, cuya suma es la humanidad. La continuidad de la historia no implica una sucesión lineal de estas sociedades, ni tampoco un movimiento uniforme en sus desarrollos particulares.

Para esclarecer el concepto del campo histórico y la necesidad de referir a éste la historia de un pueblo, tomemos el ejemplo más cercano. ¿Qué sentido puede tener la historia de México si ignoramos sus relaciones con la civilización en que va injerta? Al aislamiento de los pueblos precortesianos, penumbra de nuestra historia, suceden el descubrimiento de América y la colonización hispana. El

descubrimiento nos lleva a las navegaciones europeas por el occidente africano, a la caída de Constantinopla, a la busca del paso al Oriente por Occidente, a Colón y los Pinzones. La colonización, al establecimiento en las Antillas, a las primeras excursiones por el litoral mexicano, a Velázquez y a Cortés, a los primeros gobiernos españoles en México, al régimen de Audiencias y de Virreyes y a las relaciones económicas, políticas, culturales y religiosas con la metrópoli, que a su vez tienen relación con el momento cultural europeo; a las rivalidades de las potencias colonizadoras, a la mezcla de razas, al paulatino desprendimiento de un nuevo sentido de autonomía. Después sobreviene la Independencia incomprensible a su vez sin la consideración de la guerra napoleónica y la difusión del liberalismo francés. El liberalismo francés comenzó obrando en América como reactivo contradictorio —cuando los precursores de las patrias americanas querían ofrecer al monarca hispano un trono libre de la Constitución de Cádiz, donde había aparecido esa entidad nueva que ellos no conocían, "el pueblo español"—, pero acabó obrando como impulso orientador para las nuevas normas de la autonomía nacional. Y la independencia americana es incomprensible también sin la lucha entre la economía hispana de monopolios coloniales y la economía inglesa de los mercados libres. Luego acontecen las luchas en vaivén de tradicionalistas y reformistas, que vino a ser la plataforma de maestros liberales, se inspiran constantemente en experiencias y ejemplos generales y no exclusivamente nacionales. La expropiación de manos muertas, que arranca de ciertos proyectos de la Corona española y no deja de tener concomitancias cercanas con el problema que, en la Península, quedó como legado de la guerra carlista, y cuya solución intentaron allá con varia fortuna Mendizábal, Espartero y O'Donnell. Aparecen los conflictos con las veleidades imperialistas de varios Estados extranjeros. Se fraguan Constituciones de inspiración francesa y norteamericana, etc. Inútil continuar: nuestra historia no puede trazarse exclusivamente por dentro sino sólo en referencia constante al campo histórico que la rodea y la nutre desde afuera. La candorosa afirmación del P.

Rivera que ve en la independencia una continuación lógica y natural del imperio azteca, estorbada por la oscuridad de varios siglos, es una de las mayores sandeces que se han escrito, aunque la haya recogido un día nuestra prensa universitaria, por expresa recomendación de un Presidente de la República. Las naciones no son universos suficientes, como no lo es el sistema solar, y mucho menos uno de sus planetas o uno de los satélites de éstos.

Y si la necesidad de sumergir la historia nacional en su campo histórico, para hacerla comprensible, es evidente en países "laterales" como el nuestro, también lo es respecto a países "centrales" del campo histórico. Así en el caso de Francia, con cuyas vicisitudes se confunden casi las vicisitudes de toda la civilización occidental. Así en el caso de la Gran Bretaña, cuya insularidad, geográfica y aun política —que también ésta es notoria en la época de su mayor apogeo imperial— no la salvan de la ley común. Las sucesivas etapas históricas de la Gran Bretaña pueden trazarse por accesos escalonados al campo histórico exterior: a la religión occidental, al feudalismo escandinavo y francés, al humanismo italiano, a la Reforma de la Europa noroccidental, a la expansión marítima que fué consecuencia de la "balanza del poder" y las guerras continentales. Finalmente encontramos en la Gran Bretaña la génesis del parlamentarismo y del industrialismo, a modo de efectos diferenciados de causas que eran comunes a toda Europa, o a modo de fenómenos sólo comprensibles en la Gran Bretaña por el hecho mismo de que este Estado se encontraba frente a Europa.

Las naciones se diferencian precisamente por su diferente reacción ante provocaciones supernacionales. Estas provocaciones generales dependen del campo histórico, en que cada nación o cada grupo es un caso particular. Y así, el campo histórico permite establecer tipos diferentes en las sociedades, sean sociedades no civilizadas —de que la ciencia ha podido catalogar, por vestigio o perduración, hasta unas 650—, sean verdaderas civilizaciones, de que Toynbee cree poder definir hasta veintiún tipos. Pues lo característico de la civilización es la tendencia al ensanche, a la nivelación entre las particularidades. Y, en principio,

con el desarrollo de las culturas el campo histórico tiende a bañar toda la tierra. Se ha dicho que las dos especies, civilizaciones y sociedades primitivas, guardan entre sí la proporción del elefante al conejo. La muerte del primer tipo es, digamos, biológica o por proceso propio. La del segundo, casi siempre es violenta y determinada por su encuentro con una civilización que llega de fuera.

Volvamos a los tres factores de la evolución social: cronología, geografía y religión. Conforme a la cronología, la casificación de las sociedades es obvia y apenas vale la pena de recordar que el criterio es relativo: 1º Porque puede darse la coexistencia, parcial o total, de tipos diversos en una misma época. En los orígenes de la historia, el Mediterráneo y el Lejano Oriente evolucionaban por cuenta aparte. Y aun dentro de un mismo país, hay capas sociales que parecen vivir en distinta época, desde la primitiva a la más adelantada, de modo que para tal país sería poco decir, como de la bíblica Rebeca, "dos naciones hay en tu seno". 2º Porque puede darse la desaparición de un tipo que no deja prácticamente sucesión alguna. Tal es para algunos respectos el caso de la arcaica y misteriosa civilización de Yucatán. 3º Porque puede darse la repetición de modalidades análogas a varios siglos de distancia y entre pueblos no directamente relacionados pero que parecen ceder a ritmos y pulsos semejantes de la naturaleza sin que esto quiera decir que "la historia se repita" en el sentido íntegro de la restitución o recurrencia. Cualquier hombre de negocios sabe fundar las probabilidades de su éxito en una estadística reconociendo así la analogía y repetición de hechos particulares sin que por eso niegue la fluidez cambiante de la vida. Así, desde 1914, ha sido una moda el comparar nuestra época con el fin del mundo antiguo bajo las invasiones nórdicas, o con la caída de Constantinopla que determinó un desvío en la marcha y puso fin a la Edad Media. Y ya de unos años antes, Rubén Darío había escrito su soneto profético: "Los bárbaros, Francia; los bárbaros, cara Lutecia".

Conforme a la religión, pueden establecerse unos cuantos tipos de civilizaciones: 1º Las absolutamente aisladas o no relacionadas con otra anterior o posterior, como la

egipcia y la andina, o que así nos aparecen al menos según lo averiguado hasta ahora, aunque no faltan exploraciones aventuradas que pretenden reducir a un solo orbe cultural la región que va desde la India hasta Egipto en una época anterior a la historia, fundándose acaso en el resbaladizo testimonio de las meras semejanzas específicas del fenómeno humano, puesto que a tanto acercar el microscopio se acaba por no ver la figura auténtica de las cosas y se la disuelve en gránulos iguales. 2º Las civilizaciones relativamente aisladas, de que no puede establecerse ascendencia aunque se rastrea la descendencia, como la sínica, la minoana, la sumeria, la maya. 3º Las sociedades afiliadas en grado máximo a las maternas de que proceden: babilónica, yucateca, mexicana. 4º Las sociedades filiales en grado mínimo o que no resultan directamente de la religión de la sociedad materna, sino del movimiento emigratorio que produjo la caída de ésta: hetita, siríaca, la índica, si al cabo resulta brotada de la sumeria, pues de lo contrario sube al grupo anterior; la helénica, en caso de que los antiguos misterios y el organismo sean rudimentos de una iglesia universal que la sociedad minoana apenas esbozó en el seno de su proletariado interno, pues si los misterios y el orfismo fueren desprendimientos de una religión orgánica instituída en la sociedad minoana, entonces la helénica pasaría al grupo siguiente. 5º Las filiales que penden de la sociedad materna por una iglesia de germen extranjero incubada en su proletariado: occidental, cristiano-ortodoxas bizantina y rusa, extremo-orientales continental y coreano-japonesa. 6º Las filiales que penden de la materna por una iglesia de germen indígena incubada en su proletariado: iránica, arábiga, hindú.

Con estos dos últimos tipos se relacionan las nociones de proletariado interno y externo respectivamente, entendiendo por proletariado, a la antigua, el grupo supernumerario que sólo hace prole, la masa humana dominada, que abulta la sociedad sin participar en sus normas activas. Por ejemplo: en la declinación helénica o grecorromana, como se prefiera llamarla, los cristianos representan un proletariado interno y los bárbaros un proletariado externo, y los gérmenes de la futura revolución son de ori-

gen extranjero; aunque el factor determinante de la nueva civilización ha de buscarse en la nueva configuración espiritual, en la Iglesia y no en los bárbaros entendidos como carne humana. Está ya mandada retirar la ilusión racista de la "nueva sangre", entendida como fertilización de un cuerpo moribundo. Entre la agonía de la antigüedad y el surgimiento de la civilización de Occidente hay un interregno cubierto por la Iglesia. De los Estados subsidiarios que crearon los bárbaros transitoriamente, sólo persisten la Austrasia, base del imperio de Carlomagno, gracias precisamente a la unidad que le dió la Iglesia, y Wessex, en que se resumió la heptarquía británica, gracias precisamente a sus afortunadas reacciones contra la barbarie escandinava.

La clasificación de civilizaciones conforme a la geografía nos da aproximadamente tres tipos: 1º Civilización cuya morada se fundó en suelo virgen, egipcia, andina; sumeria, minoana, sínica, índica, maya, ortodoxa rusa, coreano-japonesa. 2º Civilización cuyo hogar coincide con el de la civilización materna o queda comprendido en éste: babilónica hindú, cuerpos principales de la oriental y la ortodoxa, arábiga, yucateca. 3º Hogar que coincide en parte con el de la civilización materna, pero lo desborda: helénica, siríaca, hetita, iránica, occidental, mexicana.

Esto, en cuanto al pasado. En la época posterior es fácil distinguir cinco orbes: 1º El occidental, a que pertenecemos. 2º El cristiano-ortodoxo o bizantino, en la Europa sud-oriental y en Rusia. 3º El islámico, en la árida zona que va del Norte africano al Oriente medio y desde el Atlántico hasta la Muralla china. 4º El hindú, en la región subtropical de la India, al sudeste de la zona árida. 5º E extremo-oriental, en la región subtropical y templada que va de la zona árida al Pacífico. Junto a estos centros vitales, aparecen dos grupos más o menos fósiles, abandonados por las civilizaciones siríaca e índica: 1º Los cristianos monofisitas de Armenia, Mesopotamia, Egipto, Abisinia, los nestorianos del Kurdistán y Malabar, los judíos y los parsis. 2º Los budistas lamianos del Tibet y la Mongolia, los budistas hinayanos de Ceilán, Burma y Siam,

los jainianos de la India. Este cuadro se mantiene más o menos desde la emergencia definitiva de la civilización occidental, en el siglo VIII. Y en nuestros días, se revuelve con las guerras y las invasiones y con la aparición del comunismo, o como se llame a la nueva religión.

La esperanza en la final unificación, expresada ya en una epístola de Pablo a los romanos, quimérica según algunos y hasta transitoria como ideal, se alimenta en los acercamientos económicos, técnicos y políticos hasta hoy logrados por la expansión occidental, que por lo demás aún no alcanzan a penetrar en la diversidad profunda de las culturas, en lo íntimo de las concepciones de la vida. Ni siquiera sabemos si la fórmula occidental será la que domine mañana. Creer otra cosa es aceptar como definitivo un error egocéntrico de corto alcance; es seguir perpetuando aquellas absurdas concepciones imperiales a cuyos ojos cuanto desborda de nuestro cuadro no es humanidad propiamente dicha, sino una vegetación o una fauna de "nativos" destinados al sacrificio; es considerar el enorme hervidero de Oriente como trozo muerto e inmutable del planeta, lo que hoy por hoy supone una miopía incalificable. Desde el punto de vista de cada una de las cinco grandes civilizaciones existentes o las dos fósiles, puede caerse en igual error, y a veces con mayor justificación que los occidentales. ¡Pues no se diga lo que pensaría un egipcio de la época de las Grandes Pirámides!

En este cuadro sumarísimo y que sólo considera los rasgos más generales, podemos encontrar una gama que va desde la absoluta independencia, sin antecedente conocido ni verdadera posteridad (tipos egipcio y andino), hasta la dependencia y derivación casi confusa (tipos sumerio-babilónicos). El primer estado corresponde a la infancia, y el último a la madurez de las civilizaciones, único ya posible en el mundo. Las derivaciones acontecen por revolución de las mayorías dominadas contra las minorías dominantes y recuerdan los modos de proliferación de la célula biológica. En el fondo o seno de que cada nueva civilización se desprende pueden siempre encontrarse alguna o algunas de estas tres características anteriores, o las tres juntas: un Estado universal, una Iglesia univer-

sal y una agitación emigratoria. Cuando declina el mundo helénico-romano —el Imperio romano—, la Iglesia católica y las famosas emigraciones producen el desprendimiento del mundo occidental. A veces, en lugar de la Iglesia universal más o menos orgánica y ya ensamblada con el Estado universal, las emigraciones traen consigo una nueva religión de bárbaros.

Pero ¿cómo aconteció la génesis de las civilizaciones de origen independiente, egipcia, andina, sumeria, minoana, sínica, maya, acaso la índica si al fin resulta que no procede de la sumeria? Por la aceleración que determina el paso de la prehistoria a la historia, ayudada por la división del trabajo que establece un núcleo dominante y una masa dominada, y por la propagación de usos engendrada mediante la imitación o mímesis. De un modo general, la mímesis, que entre los primitivos tendía a ser epimeteica o hacia la preservación de los hábitos, emociones, ideas y aptitudes heredadas de los abuelos, entre los civilizados tiende a ser prometeica o volcada hacia el porvenir a procura de nuevas adquisiciones. Estas diferenciaciones se organizan en torno a un grupo aristocrático, que no puede científicamente referirse al concepto de raza, sino al de cultura, y que opera sobre el medio geográfico, aprovechándolo y combatiéndolo. La misma diferenciación de los tipos étnicos fué entendida por los griegos, desde los Libros Hipocráticos, como una modelación del medio que diversifica la masa común de la humanidad en aspectos puramente superficiales. Esta idea, en sustancia democrática, propalada por los antiguos sofistas tiende a corregir las limitaciones del instinto nacionalista que dividía a los hombres en helenos y bárbaros; halla su expresión histórica en la política de Alejandro, quien concibe ya a la humanidad como un imperio de todos los pueblos unidos con privilegios iguales, y halla su expresión filosófica más nítida en los estoicos, quienes reconocen la dignidad natural idéntica para todos los hombres, desde el emperador Marco Aurelio hasta el esclavo Epicteto.

III

UNA civilización puede o no estar plantada junto a otras, con las cuales se relaciona o no por radiaciones y atracciones; pero necesariamente está plantada dentro de una geografía. Entre el hombre y la tierra se produce un cambio, cuyo mecanismo se reduce a una invitación natural y a una respuesta humana. La invitación puede asumir la forma de una Ayuda, o bien de un desafío, de un obstáculo por vencer. Y esto nos conduce a la geografía como recurso interpretativo de la historia. A este punto queríamos llegar. La relación de la geografía con la historia es tanto más íntima, cuanto la geografía es una realidad menos mudable que las fugitivas formas del tiempo y las transitorias modalidades de la religión.

Pero no se entienda por eso que la geografía es una constante absoluta, junto a las variantes del tiempo y de la religión. No lo es siquiera en el sentido físico, puesto que la geología acusa transformaciones que sirven para explicar las emigraciones de los pueblos: por la faja de Bering, hoy desaparecida, llegan tal vez a América los hombres oceánicos; por puentes del Mediterráneo, hoy hundidos como en el legendario cataclismo de la Atlántida, bajan de Europa, en la época de los hielos, los precursores del hombre, para refugiarse en el Sáhara, entonces fértil e irrigado. Queda noticia de que la estepa afrasiana estaba irrigada hace algunos millones de años por una corriente comparable al Indo, cuya paulatina desecación corresponde a la del Sáhara y es el fenómeno general que sucedió a la era de los hielos, corriente que todavía escurría muy menguada en el siglo XIV de nuestra era, acaso bajo el nombre de arroyo Mihrán. Este factor geográfico, después desaparecido, influyó sin duda en los orígenes de la cultura del Nilo, incluyendo el Beluchistán, Sind y el Punjab inferior. Y Rousseau ha aventurado la curiosa hipótesis de que el lenguaje se hizo común, es decir, se hizo lenguaje, entre los habitantes de las islas, islas terrestres o marítimas, que quedaban "aislados" por las conmociones de la corteza terrestre, todavía inmatura, y se veían obligados a una mayor frecuentación.

Mucho menos podría la geografía entenderse como una constante en el sentido ya propiamente histórico, pues la tierra no se ofreció desde el principio a la obra de la historia con la fisonomía total que hoy nos presenta, prácticamente habitable o comunicable toda ella. Más aún: las regiones ya conocidas asumen una valoración humana variable a lo largo de la historia, según el distinto interés que se les aplica y según la transformación que el hombre, por su parte, ejecuta sobre su morada. El hombre, en efecto, trabaja como el castor, poniendo a provecho la materia terrestre que lo rodea, y su hazaña histórica bien podría describirse como un esfuerzo para la nivelación del planeta, encaminado a reducir las anfractuosidades del suelo —carreteras, terraplenes, puentes, túneles, pavimentos, canales— o a reducir las tardanzas de la comunicación con diversos vehículos —animales, carros, navíos, ferrocarriles, autos, aviones— o con distintos instrumentos —señales de fuego o de torres, bocinas, tambores, telégrafo, teléfono, radio, televisión—. El hombre puede decirse, redondea y achica la bola de billar del planeta.

Antes de entrar en algunas consideraciones sobre la historia concreta de este proceso, contemplemos en su conjunto lo que ha sido la domesticación de nuestra morada.

El trance más obvio de este proceso es el descubrimiento. Tierra no conocida es tierra inexistente, de valor nulo para el hombre. ¿Qué importancia podía tener América, en los saldos definitivos de la historia, antes de ser descubierta? Qué importancia las insospechadas regiones polares? El presentimiento de América, antes poético que geográfico, se reduce a aquel vago misticismo crepuscular que, desde los días de las leyendas egipcias, hacía meditar a los hombres —con raro anhelo— en lo que habría por aquella parte de Occidente donde a diario se pone el sol. Trátase todavía de una especie de gravitación imaginativa, en contracorriente con el movimiento de la rotación planetaria. Tal presentimiento sólo adquiere peso histórico cuando la Era de los Descubrimientos va acumulando noticias erráticas y trasnochadas de viajeros y náufragos, cuando la luz del Renacimiento se proyecta sobre las tradiciones de la cultura clásica y, resucitando por una parte

el sueño de las Atlántidas y las Tules, junta por otra las especies y atisbos sobre la redondez de la tierra y las arriesgadas premoniciones sobre la posibilidad de un viaje al Oriente por el Occidente, que datan al menos de aquel magnífico Posidonio de Siria, maestro de Cicerón y de Pompeyo.

Y esto nos conduce al segundo trance del proceso, que es la tierra mal conocida. Aquí la imaginación acumula mitos y fábulas, cíclopes y lotófagos, hombres de hielo u hombres de carbón, según que se adelante hacia las regiones frías o hacia las cálidas, regiones extremas ambas en que sólo se suponía que habitaban monstruos. Y a tal punto defiende sus fueros la imaginación, que el pobre masaliota o marsellés Pytheas —aunque bien conocido como viajero, astrónomo y matemático— pasó para la antigüedad por un embustero, abuelo del célebre Tartarín de Tarascon, sólo porque se atrevió a decir, de vuelta de su viaje a la famosa "última Tule", allá por los mares escandinavos, que en el Norte los hombres eran como todos, y las costumbres o los rasgos terrestres no tenían nada de maravilloso o temeroso. Todavía las viejas cartografías pintan endriagos y dragones en las regiones no visitadas, y llaman "mares tenebrosos" a los mares no frecuentados.

Cuando, con los viajes de Alejandro, se ponga de moda la literatura geográfica, aparecerán los relatos de tierras imaginarias, que tanto cuentan en los orígenes de la novela y que preparan el advenimiento de las Utopías; libros que, bajo la apariencia de amenidad, envuelven una intención de exégesis antropológica o mitológica y hasta una vaga propaganda política. Así Evemero pretende descubrir las tumbas de los dioses y, siglos más tarde, el mercader Yámbulo nos pinta alguna Ceilán de fantasía.

Además del descubrimiento propiamente tal, es otro paso en la captación del suelo el mero incremento de relaciones entre pueblos que están en el foco y pueblos que están en la penumbra. Junto a las dos fases antes consideradas —la porción de tierra que aún no existe para el hombre y la que apenas existe en especie de atisbo—, esta nueva fase viene a ser la porción de tierra cuya existencia casi se reduce a una referencia verbal, pero que carece aún de

verdadera valuación humana para los pueblos de determinada cultura. Tal fué, por ejemplo, la remota región "Sinae" o china para los pueblos de la Antigüedad clásica, mientras éstos no se relacionaron con ella.

El relato de este paulatino contacto bien podría trazarse, simbólicamente, con un hilo de seda que se desenvuelve de Oriente hacia Occidente. La conquista de la seda bajo el reino de Justiniano representa el término de las sucesivas etapas que el Imperio greco-romano recorre en su captación del Lejano Oriente. Hasta entonces, los gusanos de las moreras no habían salido de China. Los del pino, del roble y el fresno abundaban en los bosques de Asia y Europa, pero su cultivo era más difícil e incierto, y en general fué abandonado, con excepción de la pequeña industria de Ceos, junto a la costa Atica. Esta pequeña industria, inventada según se dice por una mujer daba un producto frágil, una especie de gasa destinada exclusivamente al uso femenino, y muy apreciada aunque de disfrute harto limitado. No es seguro que los medas y los asirios usaran la verdadera seda entre sus vistosos atavíos, aunque tampoco es imposible. La primera alusión clara a la seda china apenas aparece en Virgilio, quien cree que es producto de los árboles, y todavía Pausanias describe el gusano de modo extravagante. Los graves censores del tiempo de Tiberio rechazan este lujo excesivo y Plinio, con cierta afectación, abomina de una transparencia que considera funesta para la castidad de las costumbres. Varrón y otros habían hablado ya de "la toga vítrea" que descubre los nebulosos contornos. Ya las mujeres fenicias habían dado en aflojar y enrarecer los apretados tejidos chinos, cruzándolos con hebras de lino para obtener mayor rendimiento. La orientalización del Imperio y el gusto de las costumbres muelles de que es ejemplo Heliogábalo, extendió el uso de la seda a los atavíos masculinos. Bajo Aureliano, una libra de seda se vendía en Roma por doce onzas de oro. El precio descendió con el alza de la demanda, salvo alteraciones accidentales o monopolios. Pronto las manufacturas de Tiro y Berito ofrecían la tela a un precio nueve o diez veces menor. Hubo que dictar leyes para evitar que los senadores se vistiesen con los trajes pintorescos de los actores teatrales. Y la seda

teñida de púrpura vino a ser el privilegio exclusivo del emperador romano y de los sátrapas de Armenia, considerándose toda contravención de este uso por parte de los ciudadanos ambiciosos como un delito de traición. La seda, que abulta poco, era transportada a través de Asia, desde el océano chino hasta la costa siria, en caravanas cuyo viaje duraba doscientos cuarenta y tres días. Los mercaderes persas la vendían a los romanos que traficaban por Armenia y Nísibis. El comercio, siempre estorbado por la avaricia y los afanes de lucro, se interrumpía en las épocas de guerra entre las monarquías subsidiarias que heredaron los fragmentos del mundo alejandrino. Aunque Sogdiana y la misma Sérica o región de la seda se consideraban teóricamente entre los dominios del Gran Rey persa, de hecho la frontera acababa en el Oxo, y toda posibilidad de comercio con la otra banda el río dependía del capricho de sus conquistadores, hunos y turcos, aunque todavía Samarcanda y Bocara lograban mantener algunos tratos con China. En China —donde la industria serícola se tenía por oficio de reinas— los mercaderes eran recibidos como una embajada de suplicantes. No siempre lograban volver sanos y salvos, por entre zonas desérticas, emboscadas de hordas rapaces o expropiaciones tiránicas. Algunas caravanas se escondían por caminos desviados a través del Tibet, el Ganges o el Indo y esperaban en Guzerat o Malabar las flotas anuales del Occidente. Si los chinos hubieran tenido el genio marítimo de los fenicios o los helenos, hubieran podido desarrollar por sí mismos el tráfico hacia el sur, creando nuevas vías regulares, y es casi seguro que comerciaban entre Ceilán y el Golfo Pérsico. De todas suertes, el persa se interponía en el camino y cobraba el peaje al Imperio. Justiniano no quiso o no pudo remediarlo intensificando la vía de Egipto y del Mar Rojo. Pretendió valerse de los etíopes cristianizados de Abisinia, que penetraban hasta el Ecuador en busca de aromas, oro y esmeraldas, pero éstos declinaron el peligroso honor de competir con el persa. Finalmente, una casualidad vino a resolver el conflicto. El cristianismo se había extendido hasta Ceilán y la costa de la pimienta en Malabar. Dos monjes persas visitaron China, y acaso residieron en la capital de Nankín.

Comprendiendo que era imposible transportar el efímero gusano vivo a tanta distancia, pensaron que podía hacerse abundante provisión de huevos, y de regreso a Constantinopla, sometieron el proyecto a Justiniano, a quien consideraban —mucho más que al Rey persa— como su amo natural, por ser jefe de su religión. La empresa tuvo éxito. Por un hurto semejante al que en nuestro tiempo privaría al Brasil de los beneficios exclusivos del caucho, los huevos del bómbice, escondidos en cañas y tratados convenientemente para evitar el enfriamiento, llegaron hasta las tierras del Imperio, donde se hicieron plantíos de morera que permitieron a Constantinopla rivalizar con China. Gibbon, de quien he tomado estos datos, lamenta que los monjes persas no hubieran pensado también en trasplantar al Occidente las artes de la imprenta, que ya florecían en China.

Esta divagación sobre la economía suntuaria no tenía por único fin el sacudir la monotonía de las explicaciones abstractas, sino además el presentar un ejemplo de las vicisitudes, ya pacíficas o azarosas, que recorren los procesos de captación geográfica. La extensión de contactos puede, en efecto, ser más o menos pacífica —lo fué en buena parte entre helenos y fenicios, que de éstos heredaron los helenos muchos conocimientos sin pagar tributos de vasallaje—, ora proceda por contacto abierto, ora por maniobra disimulada como en la historia de la seda. Pueden tales contactos tomar el franco camino de las conquistas militares, como en los ensanches que las campañas de Alejandro procuraron al mundo antiguo. Aunque la verdadera intrusión helenística en la India no puede decirse que comience con la brillante expedición de Alejandro, parada militar que no dejó establecimientos de cultura, aunque les señaló una senda. La verdadera intrusión helenística en la India sólo comienza con Demetrio el Griego, rey de Bactra, uno de los Estados sucesores del antiguo Imperio Aqueménida, fundado en las cuencas del Oxo y el Yajartes. Demetrio cruzó el Indo-Kush y anexó a su reino algunos territorios de la India hacia principios del siglo II a. C. No multipliquemos los ejemplos.

La tierra está aquí, en su integridad, pero los distintos aprovechamientos humanos convierten la constante geo-

gráfica en una variante sujeta a las mismas transformaciones de la historia. Más claramente podemos apreciarlo en la última fase que deseamos recordar: aquélla en que la domesticación de la geografía procede por una inmediata transformación de la industria humana, transformación cuyos efectos pueden ser ventajosos para unos y desventajosos, al menos de momento, para otros. La apertura del Canal de Suez es una aplicación del mismo principio de economía que, en el afán de sortear al turco, redundó inesperadamente en el descubrimiento de América. Se trata, en ambos casos, de prescindir de intermediarios, lanzándose a campo traviesa. En el caso del canal, se llega, además, a rectificar la forma de la tierra. Las ventajas que obtuvo el Imperio Británico no lo eran seguramente para los que vivían de explotar el camino de rodeo. El Canal de Panamá, iniciado por Francia y rematado por los Estados Unidos, produjo de pronto la decadencia del emporio meridional de Valparaíso, dejando inútiles sus famosos almacenes de mercancías. Las transformaciones industriales pueden asumir magnitudes continentales, o meras magnitudes urbanas, como cuando el arquitecto Agache dinamitó el histórico Morro, origen de Río de Janeiro, para dar al barrio central, en torno a la Avenida Río Branco, la ventilación de brisas de que ahora disfruta. Hay, entre otros muchos que sin duda acuden a la mente de todos, verdaderos tipos de transformación política, como cuando un Estado cede algún territorio, y no sólo por la violencia. Chile tenía suficiente fuerza militar cuando, en noble evitación de una guerra, cedió a la Argentina sus pretensiones sobre las puertas del Atlántico meridional, que luego vinieron a resultar ricas regiones petroleras. Y como hay estos casos de enriquecimiento, entre natural e industrioso, puede haberlos de empobrecimiento, como cuando se agotan terrenos fosfatados o filones de minas, todo lo cual resulta en traslado de poblaciones rurales y abandono de anteriores establecimientos a la obra borrosa de la selva.

IV

Descritos algunos mecanismos generales de la relación entre la historia y la geografía, todavía se nos ofrece una discusión entre la que llamaremos "teoría paradisíaca" y la que llamaremos de Toynbee "teoría del desafío y la respuesta". Hemos mencionado el punto de pasada. Insiste la teoría paradisíaca en que las civilizaciones son fruto de zonas geográficamente privilegiadas, lo que es innegable, pero merece aclaraciones y distingos. Insiste la teoría del desafío y la respuesta en que el obstáculo geográfico es el verdadero incentivo de las civilizaciones. Creemos que la verdad está bien repartida entre ambas teorías, pero que, por sobre el ambiente propicio u hostil, lo determinante es el esfuerzo histórico; y de una vez lo ejemplificamos con el caso harto conocido del Brasil. Todo lo dió allá la naturaleza, exageran algunos. Sí, podemos objetarles, pero a condición de que el hombre apronte, a su vez su esfuerzo constante para domesticarla y urbanizarla, pues de lo contrrio la misma feracidad natural devora al hombre. Cada vez que paseemos una de las majestuosas avenidas de la ciudad carioca, recordemos el esfuerzo humano enterrado que la protege y la sustenta incesantemente.

Desde que Herodoto dijo: "El Egipto es un don del Nilo", hay riesgo de figurarse que la geografía trae por sí sola hasta la mesa del hombre el banquete de la cultura. Hasta el siglo pasado, y aun ahora mismo, no han faltado candorosos que interpreten groseramente esta dulce solicitud del medio, factor eminente en la célebre tríada interpretativa de Taine e inspiración más o menos expresa de muchos autorizados exégetas. Corrijamos el entusiasmo paradisíaco. El solo hecho de que las grandes civilizaciones hayan nacido al arrimo de las regiones irrigadas —la Mesopotamia, el Nilo—, una vez que, al retirarse los hielos europeos, se retiraron también las lluvias que hacían habitables los desiertos africanos, confirma sin duda la conveniencia de una base geográfica propicia. Pero también da en qué pensar el caso de los antiguos mexicanos quienes, establecidos en una región impropicia y pantanosa, que hubo que cegar y terraplenar pacientemente, adquirieron

en el desafío y la respuesta aquella musculatura imperial que les permitió someter a vasallaje y tributo a los pueblos vecinos. Algunas autoridades modernas procuran destacar lo que hubo de lucha y esfuerzo en la conquista del Nilo por los egipcios, y ven en este ejercicio por domeñar un ambiente de tremenda y amenazadora feracidad, y —hasta donde lo han esclarecido algunos vetustos testimonios— muy distinto en sus antiguas características del que ya conoce la historia, el incentivo y la tónica que permitió a los egipcios crear una gran civilización. Si bastara la geografía propicia, el valle del Jordán, que reproduce en miniatura las condiciones de Mesopotamia y Egipto, hubiera desarrollado también una gran civilización fluvial independiente. Y como este ejemplo pudiera citarse una docena, de que tenemos uno cerca en los valles del Colorado y del Río Grande. Paradisíaco es el Amazonas, que no dió una civilización; tampoco la dió el río de la Plata. En cambio, no es paradisíaca la alta meseta que produjo la civilización andina. De inverso modo, con esta meseta son comparables las alturas del Africa Oriental, donde los pueblos se han conservado en el mismo bajo nivel que los bosques tropicales del Congo, la zona paradisíaca correspondiente.

Pero, por otra parte, si la hostilidad del medio geográfico es realmente intensa, hay el riesgo de que la historia misma tienda al estatismo morboso. Tal acontece en la estepa de la Arabia septentrional, donde la adaptación humana se desenvuelve en límites tan estrechos, que la disciplina de subsistencia obliga a la rigidez de los hábitos, y los viajeros creen recorrer allí las primeras poblaciones descritas en el Libro del Génesis. Notable es también la persistencia de las formas arcaicas entre los pastores suizos y los antiguos constructores de los lagos alpestres, y sin duda por razones análogas.

No: el medio no basta a la explicación. Lo que importa es la respuesta humana, la valoración humana de la geografía; otra vez, el esfuerzo de la cultura, lo que hay de libertad creadora en la historia, aunque, claro está, con apoyo sobre el mismo suelo y no en especie aérea o abstracta. Sin este factor de movilidad humana, todo resulta im-

previsto e inexplicable. Así, la radiación de la civilización maya no fué a concentrarse sobre las cercanas mesetas de la América Central, sino que, por un efecto voluntario, vino a fecundizar la distante altiplanicie mexicana. En suma, el tipo fluvial, el de meseta, el de archipiélago, el de Continente, aun el de "jungla", pueden dar o pueden no dar una gran civilización pues el elemento geográfico, propicio u hostil, sólo es un factor en la cuenta, aunque muy importante. Ni Dios ni el Diablo —ha dicho Toynbee—, sino una conspiración entre ambos, como en Job y en Fausto. No se trata de una entidad, sino de una relación.

V

Si proyectamos la historia sobre el espacio geográfico, nos aparece como un proceso hacia la domesticación o captación creciente de la Tierra. Los campos históricos, que son primero como islotes de civilización rodeados de penumbras, se expanden, crean derivaciones que a veces resultan meros pseudópodos de tanteo, y otras determinan nuevas bases de operación permanente. Y así la mancha cambiante va extendiéndose hasta cubrir todo el planeta.

Si consideramos la vida de un pueblo como un organismo, apreciamos que sus dos problemas fundamentales se reducen a esta captación geográfica: 1º correcta respiración exterior o aseguramiento de fronteras y costas; 2º plena circulación interior o conquista de las comunicaciones internas, que cruce los obstáculos y no deje porciones inertes o vacías. Pues lo que se dice de un pueblo dígase de toda la humanidad o del campo histórico total hacia el cual se encamina la especie.

Este proceso no es más que el proceso hacia la interdependencia económica de todos los pueblos. Se acompaña, subsidiariamente, del proceso hacia la interdependencia política, por encima de las naciones. Tal es el espectáculo que nos da el siglo XX. Antes de abordarlo, examinemos el pasado.

A grandes rasgos, la marcha hacia la unificación del planeta queda descrita así: I. Ante todo, la Era Mediterránea: 1º Reducto de civilizaciones fluviales y aisladas

como la criatura en su cuna: Nilo, Mesopotamia; (también en el Oriente, el Indo y el Ganges, el Río Amarillo). Agricultura, urbanización, irrigación, canalización de territorios. 2º Civilización marítima que derrama los frutos acumulados y crea el gran tráfico comercial: Creta, los fenicios, los griegos. 3º La "homonoia" o primera y efímera unificación intentada por Alejandro, sin duda inspirándose en el ejemplo de los faraones guerreros y de los monarcas persas conquistadores, pero con un ideal definido de gran nivelación humana. 4º La unificación romana, que comienza a remontar por Europa y añade, al tráfico marítimo, la creación de las carreteras, sólo superadas en el siglo XIX. 5º El cambio entre el Imperio y los bárbaros nórdicos, en que comienzan a perfilarse los nuevos Estados europeos, y acontece la división del Imperio de Oriente y el de Occidente. 6º La invasión de los mahometanos desde el Sur, no bárbaros como los nórdicos, sino en algunos respectos más adelantados que los europeos, que va dando nueva configuración a las zonas orientales y meridionales del antiguo Imperio. 7º Los musulmanes dominan los puentes entre el Occidente y el Oriente y atajan el desarrollo del cristianismo romano. Las Cruzadas se esfuerzan por arrebatar, con el Santo Sepulcro, esas vías del comercio, debilitando el poderío musulmán. 8º Al final de la Era Mediterránea, aparición de otra cuenca secundaria y unida a la anterior por los grandes ríos europeos, cuyo tráfico se vuelca sobre Génova y Venecia. Tal es la cuenca hanseática, en los litorales del Báltico y del Mar del Norte.

II. Era de las Rutas Oceánicas, preparada en varios siglos por las exploraciones sobre el litoral del Africa en Occidente. 1º Caída de Constantinopla en poder del turco; la última invasión nomádica y destructora, intercepta los caminos de la economía entre Europa y la India, caminos ya indispensables a la subsistencia humana. 2º Descubrimiento de la ruta al Oriente por el sur del Cabo de Buena Esperanza, largo camino de rodeo. 3º Intento de abreviarlo llegando al Oriente por el Occidente y descubrimiento de América. 4º Alteración consiguiente de la balanza de poder, en que comienza, contra los países ibéricos en cuyas manos ha quedado el fruto del hallazgo, la

rivalidad de los países de la Europa Noroccidental, que dan frente al Océano y tienen la vía libre hacia América. El nuevo tráfico deja en penumbra las actividades mediterránea y hanseática. 5º El Protestantismo de las nuevas naciones rivales desconoce las reparticiones del Papa, jefe todavía mediterráneo, entre Portugal y España. Holanda e Inglaterra entran a la disputa, a reserva de disputar también entre sí, y Francia va y viene de uno a otro rival. 6º Derrota de la Grande Armada por Inglaterra. Comienza el predominio británico. 7º Entretanto, establecimiento de varios poderes europeos en colonias americanas, más o menos estables.

III. Las rutas terrestres, la penetración en el interior de los países, efectos sobre todo del vapor y el ferrocarril, revolucionan nuevamente la balanza económica, crean nuevos centros al conectar más intensamente a los países ya maduros, y conducen a la madurez económica y a la conciencia de la unidad política a los países en formación, como el Canadá, Estados Unidos, la India; incorporan a Rusia y a Alemania en la circulación histórica; determinan la rivalidad de los caminos marítimos de la Gran Bretaña con los caminos territoriales de Alemania. La Revolución industrial, el maquinismo, definen el carácter del siglo XIX.

IV. Albor de las rutas aéreas, cuyo efecto en la interdependencia económica del mundo ha sido momentáneamente desviado y perturbado por las dos grandes guerras.

El cuadro anterior es la historia del esfuerzo por la captación de la morada terrestre. El mundo no es ya un islote de civilización rodeado de penumbras. Los mares y los continentes se han comunicado, las tierras interiores se han hecho accesibles. La sangre puede, en principio, circular ya por todo el cuerpo. El proceso de la interdependencia económica de todos los pueblos está en marcha. La interdependencia política que de ella deriva avanza al lado, entre titubeos, tomando con frecuencia los desviados caminos del vasallaje injusto y la inicua explotación colonial. Nuevos ideales se perfilan, a cuya luz podemos interpretar el espectáculo de nuestra época.

VI

ENTRAMOS en el siglo XX. La revolución industrial ha dado sus frutos. La interdependencia económica busca una organización de la interdepencia política por los caminos del imperialismo y del nazi-fascismo. La religión socialista se dibuja como una justicia futura. El capitalismo imperante, que antes luchó por los mercados libres para crearse el ensanche indispensable a su desarrollo, ahora resucita las cortapisas y las barreras aduanales, lo que revela su inadaptabilidad vital al nuevo estado del mundo, ya en franca carrera de unificación. Pues la interdependencia económica es consecuencia necesaria del inmenso adelanto de las comunicaciones y transportes, de la radicación geográfica de las materias y terrenos propicios, que la naturaleza no ha distribuído uniformemente, y de las nuevas posibilidades de producción industrial. Como la humanidad vive sobre el saldo de estos tres factores, hay que alcanzar una circulación sin estrangulaciones ni embolias. Los productos sintéticos representan un recurso desesperado para remediar los obstáculos que la guerra opone al cambio normal. Las fórmulas de autarquía son recursos de guerra para escapar a la asfixia. Los provisionales "aislacionismos" han sido medidas sanitarias de urgencia.

Como quiera, la organización política del mundo, fundada en la división de países, no está al nivel de la interdependencia económica alcanzada, sino que representa un retraso de varios siglos, y nos retrotrae a la era de las antiguas poblaciones agrícolas y de los viajes a caballo. Las fronteras, aunque se llamen "naturales", son barreras artificiales para el desarrollo natural de la especie. El afán por saltarlas fácilmente asume formas bélicas en un mundo así dislocado. Las divisiones Panzer rompen la valla entre el hierro de Lorena y el carbón del Rur, que la industria humana necesita juntar, si ha de aprovecharlos. Entre los emporios de materias primas y los centros industriales hay una atracción semejante. Los intereses egoístas se atraviesan en el conflicto para buscar un medro propio a expensas del bien general. La igualdad teórica conquistada por la Revolución Francesa no funciona dentro del tablero del

nacionalismo. Las soluciones bélicas son a veces peores que la enfermedad por remediar. Así la partición del Imperio Danubiano en un conjunto de áreas, calculadas para atajarse unas a otras en sus mutuas hostilidades, sólo vino a hacer más irritable una situación que ya era mala de por sí y a fomentar nuevas exasperaciones y discordias. En suma, obtenida en principio la riqueza que podría bastar a todos los hombres, no hemos tenido el valor de transformar el régimen humano para lograr una justa distribución. De aquí las dos guerras mundiales, verdaderos estallidos de cáncer por asfixia, en que una célula se subleva contra el organismo y se propone vivir a sus expensas. La única solución consiste en la eliminación total de los provechos individuales ilegítimos y de los credos de dominio racial. Y ésta será la nueva era.

Volvamos al punto de partida. No esperamos el mundo justo del tira y afloja —ya previsible— que ha de traernos la postguerra. Sólo después de la postguerra comenzará a perfilarse el ideal que dejamos en herencia distante a las generaciones futuras: la cabal cooperación entre todos los pueblos, viejo sueño de la democracia. Pero entiéndase bien: no ya un internacionalismo de la casualidad, creado por las ciegas erosiones del tiempo, sino organizado y calculado. Entiéndase bien: no un esquema rígido, trazado según abstracciones caprichosas; sino un cuadro flexible, animado por una voluntad de simpatía y hecho de inteligencia y de bien; inspirado a la vez en la experiencia histórica, en las realidades científicas y también en las realidades del sentimiento, puesto que el hombre dista mucho de ser un pasivo artículo de comercio. Con científica objetividad, el antropólogo Ralph Linton termina así su libro *Estudio del hombre*: "Hemos llegado a una puerta más allá de la cual se encuentra un mundo de conocimientos que promete dar al hombre una vida mejor que nunca, pero no parece que tengamos muchas probabilidades de trasponerla. Son evidentes las señales de que esta era de libertad (*antes ha hablado del pensamiento griego*) también toca a su fin, y no cabe duda que el estudio de la cultura y de la sociedad será la primera víctima del nuevo orden. El Estado totalitario (*Linton llama así al Estado en guardia bélica y en exorbi-*

tancia de poder que teme para después de la guerra) no admite esta clase de estudios. De hecho, el que los hombres se preocupen por estas cosas es en sí una crítica del orden existente, un indicio de que se duda de su perfección. A menos que toda la historia esté equivocada, el investigador seguirá el mismo camino de los sucesores del filósofo griego (*es decir: el confinarse en adelante a cosas que no inspiran temor al régimen*). Sin embargo, también él dejará una herencia de técnicas para la investigación, y de problemas entrevistos si no resueltos; una nueva frontera desde donde las mentes libres reanudarán algún día su marcha hacia lo desconocido. Cuando este tiempo llegue, quizá al cabo de varios siglos de tinieblas y estancamiento, los hombres volverán la cara hacia nosotros, como nosotros la volvemos hacia los griegos. Por eso ha dedicado este libro *a la próxima civilización*".

¿Tenemos, pues, que adelantar por la vida tristes y cabizbajos, entonando sordamente nuestro *Morituri morituros salutant*? ¡Oh, no! Las cosas humanas no maduran fuera de nosotros, y desde ahora mismo tenemos que acercar el hombro a los esfuerzos comunes. ¿Quién ha dicho que sea indigna de vivirse una vida de empeños para la conquista de una tierra más justa? ¿Pues no han vivido en este afán los pueblos, durante siglos y siglos sin que se extinguiera, a pesar de la borrasca, la lumbre del espíritu? ¿Acaso la humanidad ha disfrutado constantemente de estas calmas transitorias que pueden llamarse estados de equilibrio? ¿No es el "agón", el combate por lo mejor, lo que da su verdadero perfil a la historia? Refiriéndose a los alumbramientos sociales, decía nuestro bravo Ignacio Ramírez: "Felicitémonos porque nos ha sido dado contemplar este espectáculo sublime, aun cuando seamos sus víctimas. ¡Silencio y confusión para los cobardes!".

CONSIDERACIONES SOBRE EL SUICIDIO HEROICO

Por el Dr. *Gonzalo R. LAFORA*

Ahora que han pasado las consecuencias inmediatas del dramático suicidio del político mexicano Sr. Meixueiro ocurrido en pleno Parlamento puede ya un extranjero, agradecido a México, meditar sobre ese hecho heroico e intentar a la vez el análisis psicológico de las motivaciones de tan extraño acto. Dicho análisis tendrá forzosamente que ser superficial porque como es sabido sólo se han podido hacer análisis profundos de la motivación psicológica de los suicidios en los casos de intentos frustrados, y cuando además el fracasado suicida se ha prestado después a colaborar en la investigación psicológica analítica de los antecedentes y causas determinantes finales de su acto. Por el contrario, el suicida que realiza con éxito su determinación, se lleva siempre consigo a la tumba el secreto de los detalles más importantes que determinaron la final decisión o el impulso que puso término a la previa elaboración del intenso tedio de la vida. Esta ansia de liberación de la carga insoportable de la existencia infeliz o angustiada, es lo que Freud ha llamado "el deseo de no-ser", para conseguir un estado de descanso, libre de conflictos y fricciones.

Aun en los suicidios de los enfermos mentales que nos están anunciando de continuo su deseo de morir, cuando el hecho ocurre con éxito, ignoramos el factor decisivo final que destruyó las últimas defensas del instinto de la vida. Esto ocurre aún más en los suicidios de personas que previamente no dieron signos de trastorno mental y que hasta el último momento conservaron una calma y ecuanimidad aparentes. Sólo por inferencias aproximadas podemos entonces hacer suposiciones más o menos plausibles, las cuales con seguridad no abarcan la totalidad del pro-

ceso real y su génesis última. Un suicidio es siempre *"una reacción personal"* interna o íntima cuyas causas primarias yacen ocultas en las profundidades de la personalidad humana. A éstas se añaden causas secundarias ambientales o externas (económicas, religiosas, políticas, sociales, tradicionales, simbólicas, etc.) que influyen sobre los factores biológico-psicológicos, como elementos desencadenantes del acto. La psicopatología moderna ha estudiado y aclarado una serie de esquemas, patrones o principios generales referentes a la conducta suicida, alguno de los cuales puede aplicarse o es valido para cada caso particular, pero en definitiva las diferencias y actitudes individuales son tan múltiples, que siempre cada individuo tiene su propia elaboración suicida exquisitamente diferente y personal. En último análisis, encontraremos tantas razones para justificar el acto como individuos cometen un suicidio. En resumen, el suicidio resulta un complejo fenómeno social, a la vez que un tipo personal de conducta y así mismo el resultado de costumbres sociales predominantes.

Recordemos brevemente el acontecimiento. El 18 de agosto pasado, reunido en el Parlamento mexicano el Bloque que había de discutir el dictamen de las secciones revisoras de las credenciales de los presuntos diputados, tomó la palabra el candidato Meixueiro. Después de defender su credencial en un discurso de tonos elevados, al ver que la votación le iba a ser adversa no obstante sus alegaciones, se mató de un tiro en la boca, causando estupefacción en los presentes y voces airadas de parte del público. El suicidio tenía la apariencia de una protesta simbólica contra las costumbres electorales. Por eso fué comparado con otro suicidio simbólico de un joven fotógrafo suizo ante la Asamblea de la Sociedad de Naciones, el 28 de junio de 1936 como protesta por el trato despreciativo dado al Emperador de Etiopía por los comisionados de Italia.

El suicidio dramático del joven político oaxaqueño presenta tres facetas principales: la política, la estética y la psicológica. Eludiremos la primera, y nos limitaremos sólo a abordar los otros dos aspectos interesantes del hecho.

ASPECTO ESTETICO EN LOS SUICIDIOS HEROICOS

AUNQUE todo suicidio origina en el individuo sano cierto sentimiento angustioso de repulsa por parecer algo incomprensible al que no sufre la profunda angustia del tedio de la vida; sin embargo, es preciso reconocer que hay suicidios espectaculares en los cuales al dramatismo del acto y la motivación ideológica que aparentemente los determina les presta una belleza a veces inusitada.

Esto ocurre en los suicidios idealistas por motivos religiosos, en los rituales y en los simbólicos. Tal sucede en los suicidios orientales de altos personajes, tras la muerte de su Emperador-Dios, en los "hara-kiris" japoneses de los guerreros en desgracia, en las inmolaciones rituales o suicidios de las viudas chinas y de las indúes (suttee) ante el cadáver del esposo lanzado a la hoguera purificadora. Se asemejan por ello grandemente al martirio voluntario por un ideal religioso o político en el hecho fundamental de que en ambos se cede la vida, grata y deseada, en holocausto de un ideal o de un rito social; no hay aquí "un tedio de la vida", que suprima o anule el instinto vital de supervivencia, como en el suicidio habitual, sino más bien una fuerte determinación de sacrificio de la vida por un ideal cuando se está en pleno goce de la misma, es decir contradiciendo toda la filosofía vitalista enraizada profunda e íntimamente en nuestro ser.

En todo libro sobre el problema del suicidio se dedica siempre una parte importante a los antecedentes históricos del suicidio ritual y del suicidio idealista por principios filosóficos o éticos. Se refiere entre otros el desprecio a la vida de los brahamanes hindúes de la secta de los *gymnosofistas* (filósofos desnudos) entre los cuales, uno de ellos Calamús, se quemó vivo en presencia de Alejandro el Grande y tres siglos más tarde otro llamado Jarmenochegra repitió el hecho ante Augusto. Aún hoy parece que se cuentan a millares los suicidios de los brahamanes en esa tierra mística. También merecen recuerdo, la Academia de comurientes (suicidas colectivos) en el Egipto del tiempo de Marco Antonio y Cleopatra, denominados los *synapotha-*

noumenes; las costumbres suicidas de los celtas enfermos, las de los filósofos de la escuela cínica que produjo el suicidio de Diógenes, la apología del suicidio de los filósofos de Cirenaica que originó una epidemia de suicidios entre los discípulos de Hegesias, llamado el "creador de la muerte", y tantas otras formas de esta misma tendencia al suicidio como costumbre social en diferentes épocas de la historia y en distintos países.

El suicidio ideológico alcanza a veces niveles supremos de emoción estética y ha sido objeto de extraordinarias elaboraciones literarias en la novela y en el teatro, desde los griegos hasta nuestros días. Esta emoción estética se produce en grado superlativo en el dramático suicidio del presunto legislador mexicano J. Meixueiro.

Hemos oído dar una interpretación económica como motivo profundo del suicidio, con lo que su aspecto heroico e idealista quedaría muy reducido. Se trata de cuestiones fuera del alcance de nuestra información y que, en todo caso, no alteran el dramatismo del hecho ocurrido en un ambiente político que actúa como determinante inmediato.

El suicidio de Meixueiro, con su preparación oratoria serena y humanamente bondadosa ante la asamblea de políticos y de público asistente al Parlamento mexicano, adquiere categoría de tragedia griega primitiva del Attica. Antes de Esquilo un solo personaje, actuando como mensajero de Dionysus, el dios del vino, o personificando al mismo Dios, recitaba las aventuras extraordinarias, ante el coro, el cual respondía con cantos y comentarios a la narración heroica del actor único. Posteriormente amplió Esquilo la tragedia a dos personajes que dialogan, más el coro que comenta y después Sófocles aún la ensanchó más, utilizando ya tres personajes y el coro.

La belleza noble del discurso del joven político oaxaqueño, prescindiendo de algunos recursos corrientes de oratoria efectista parlamentaria, es evidente. Sus palabras de respeto y adhesión a las dos organizaciones políticas a que pertenecía y que le iban a hacer víctima de una injusticia política por atender a ciertas influencias personales, la exhortación cordial a los compañeros de diputación de



El Lic. Jorge Meixueiro momentos antes de suicidarse en la tribuna parlamentaria defendiendo "su caso".



su Estado, las nobles frases al contrincante que le arrebataba el curul, la exposición entusiasta de su frustrado programa de trabajo que esperaba, había de ennoblecer al régimen político de la Revolución y a la etapa gubernamental del Presidente de la República Mexicana, los levantados elogios a sus electores campesinos a los cuales se sentía unido por lazos ideales de acciones políticas y sociales nobilísimas y justas, su ausencia total de rencor en medio de tan profunda desilusión, y, finalmente, sus hermosas frases de pundonor político propias del hombre íntegro, que no pudiendo cumplir la palabra dada a sus electores, se suprime del mundo, elevan esta pieza oratoria serena y dramática a una narración heroica de tragedia griega. Para que no falte ningún elemento, hasta la respuesta inmediata del coro es bella. El público de las tribunas, incluyendo las "porras" del partido que le anulaba su elección, se unieron en un clamor unánime de protesta (narraciones de la prensa del 19 de agosto) y de condenación del atropello y el Presidente provisional de la Cámara "pálido, pero sereno, alzó la mano, como queriendo dominar al público e imponerle silencio" mientras el secretario "con voz quebrada por la emoción, anunciaba que quedaba suspendida la sesión y pedía que fueran desalojadas las tribunas". Así, lo describe el periódico "Excelsior" y añade, "la víctima, con su supremo gesto, había obrado el milagro de despertar la conciencia de los partidarios"; pero este resultado ejemplar no podía ser totalmente fructífero por no sobrevivir el principal personaje del drama. Todavía se suma un nuevo elemento hermoso como actuación del coro. Nos referimos a la protesta de las Juventudes Unidas de la Sierra Juárez en Oaxaca, publicada al día siguiente, en la cual lanzaron apóstrofes de indignación contra el contrincante del héroe muerto y contra las organizaciones parlamentarias que le iban a dar el injusto triunfo sobre el victimario. Y para que nada falte a esta estructura dramática del acontecimiento histórico, todavía hay un elemento satírico que le da la apariencia de drama satírico. El mordaz escritor mexicano, Renato Leduc, ha dicho en la sección "TICS" de "Excelsior (1 de septiembre) que "algunos minutos después de que sonó el disparo que arrancó

la vida a Jorge Meixueiro, todavía numerosos representantes del pueblo mexicano no salían de debajo de los pupitres". Aunque haya exageración en tal comentario satírico se concibe cierta prudencia humana al oír unos disparos próximos; pero en tal momento dramático esto infunde un aspecto satírico a la situación.

Merece resaltarse, como colofón del heroico suicidio, las admirables reacciones heroicas de los familiares del victimario. Siempre encontramos en los antecedentes familiares de las personalidades heroicas otros individuos de la misma naturaleza. Así la madre de Meixueiro exclama ante el cadáver de su hijo: "¡Bien, hijo mío, bien hecho, has muerto con honor, como murió tu padre!". Y el hermano en su oración de despedida en el momento del sepelio pronuncia estas hermosas palabras: "Jorge, estamos orgullosos de ti. ¡Qué tu sacrificio no sea estéril!". Y no lo ha sido del todo, pues parece que la Comisión extraoficial de Diputados enviada a recorrer el distrito electoral comprobó que Meixueiro tuvo razón en lo que dijo antes de inmolarse.

En las tragedias griegas el héroe impreca al tirano o al culpable de sus desdichas y pide a Dios su castigo. En el drama del diputado Meixueiro con su suicidio condena indirectamente al responsable de la injusticia, que en este caso parece ser una organización política, la cual por compromisos especiales tuvo que privarle de su triunfo legítimo. Cumple así el intento punitivo o vindicativo inconsciente, que la posteridad valorará debidamente.

El Diputado Lamberto Elías calificó este suicidio de "caso típico de la hombría de los mexicanos" o lo que comúnmente se llama en México "machismo", es decir, virilidad pura y primitiva.

CONSIDERACIONES SOBRE EL MENOSPRECIO DEL VALOR DE LA VIDA

PARA el estudioso de la vida mexicana existen numerosos problemas complejos, psicológicos y filosóficos, que hacen interesante la investigación de los rasgos diferenciales de la personalidad racial. A fin de comprenderlos tendremos que recurrir en primer lugar a lo que los propios pensa-

dores mexicanos han escrito; después a lo que los observadores extranjeros señalaron y finalmente a las propias meditaciones personales.

Es éste siempre un tema delicado para ser tratado por un extranjero, siquiera éste haya demostrado suficientemente un gran afecto y una curiosidad inagotable por conocer la noble nación que le acogió cordialmente. Esperemos por ello que nuestras consideraciones se las mire sólo desde el lado amistoso del simpatizante que desea a la patria adoptiva todo lo mejor.

En el excelente ensayo sobre la psicología del mexicano, titulado "El perfil del hombre y la cultura en México", de que es autor el filósofo mexicano, profesor Samuel Ramos, se analiza minuciosamente el "complejo de inferioridad" del mexicano (Keyserling y Ortega y Gasset lo han señalado también en el argentino) y la actitud defensiva permanente bajo la forma de agresividad preventiva (espíritu belicoso lo llama Ramos), como así mismo la supercompensación de tal sentimiento depresivo con la "tabla de salvación" de la virilidad presuntuosa (machismo) que intenta infundirle fe a sí mismo.

Ahora bien, el filósofo mexicano no le concede un especial énfasis al otro rasgo peculiar del mexicano, que es: el auténtico *desprecio a la vida* como valor en potencia. Esta desvalorización de la existencia para el propio individuo (filosofía anti-vitalista), motiva, en contraste con lo que sucede en Europa, donde los hombres riñen a golpes y usando su destreza corporal, que en México la lucha pase rápidamente al pistoletazo tras unos insultos denigrantes. Así se termina pronto con la vida del contendiente, a veces por motivos fútiles.

Esta facilidad para el homicidio o para las lesiones graves por causas fútiles es un producto de varios factores. Entre ellos figura lo que Samuel Ramos llama el deseo imperioso de prepotencia o de superioridad sobre el contrincante, la irritabilidad o iracundia violenta derivada de la susceptibilidad por desconfianza en todos, el deseo de "ser un hombre que predomina entre los demás por su valentía

y su poder", rasgos que agota analíticamente S. Ramos; pero también es y no poco el resultado de cierto primitivismo cultural lo que origina esa *desvalorización de la vida*, propia y ajena, que es algo que una vez perdido no puede volver, riqueza potencial desconocida que no se debe destruir sin haberle dado margen a rendir sus mejores frutos, tanto para la colectividad como para el propio individuo. Quizá este rasgo nacional tenga relaciones íntimas con otra característica psicológica que el filósofo Ramos destaca con sutil maestría: "el porvenir es una preocupación que (el mexicano) ha abolido de su conciencia . . . " "ha suprimido de la vida una de sus dimensiones más importantes: el futuro". Así —añade— desvalorizado el futuro, resulta desvalorizada la vida más allá del "hoy y el mañana" como fines inmediatos que sólo interesan al individuo. Es cuestión compleja, que merecía minuciosos análisis, el determinar qué primacía tiene una de estas características sobre la otra.

Como es bien conocido, es una regla estadística que en los pueblos donde abundan los homicidios son escasos los suicidios e inversamente. En Europa, p. e. figura Alemania como el prototipo de nación con abundantes suicidios y escasos homicidios, relativamente, mientras que Italia aparece como el prototipo de lo opuesto.

En México parecen actualmente escasos los suicidios, excepto en las ciudades populosas, donde el contingente extranjero es mayor. Los historiadores de la conquista de México refieren, sin embargo, que a causa de la terrible destrucción de sus iglesias y de sus leyes por los conquistadores españoles los indios se suicidaban por millares en su desesperación (Esquirol. Maladies Mentales, t. II, p. 591) y justo es recordar respecto de esta actitud heroica que Bernal Díaz del Castillo refiere que después de la terrible batalla en que Cortés desbarató a las innumerables huestes de Coatemozin en el recinto de la ciudad de México al enviarle emisarios para que se rindiese heroicamente contestaron éstos: "No tornen a hablar sobre las paces, pues las palabras son para las mujeres y las armas para los hombres" y el propio Coatemozin al caer prisionero en el bergantín de Garci-Holguin y ser llevado ante Cortés le dijo

a éste sollozando: "Ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma luego ese puñal que traes en la cinta y mátame luego con él".

EVOLUCION MODERNA DE LAS IDEAS SOBRE EL SUICIDIO Y SU GENESIS

El primer libro de importancia sobre la cuestión del suicidio apareció en Inglaterra hacia fines del siglo XVIII (Ch. Moore: A Full Inquiry into the subject of suicide, Londres 1790, dos tomos). Poco después, en la primera mitad del siglo XIX se publican en Francia algunos trabajos valiosos. Pueden mencionarse entre éstos "MEMOIRE DU SUICIDE" de Esquirol, el "TRAITE DU SUICIDE" de Falret, el interesante libro del Dr. Des Etangs "SUR LE SUICIDE POLITIQUE CONTEMPORAIN", (1856), al que sucedió en 1860 una Memoria titulada "DU SUICIDE POLITIQUE EN FRANCE DEPUIS 1789 JUSQ'A NOS JOURS" en cuyo trabajo se recogen 182 casos de suicidios por motivos políticos ocurridos en su mayor parte durante la Gran Revolución francesa. A principios de la segunda mitad del siglo aparece el gran tratado sistemático del Dr. Brièrre de Boismont "DU SUICIDE ET DE LA FOLIE DU SUICIDE" (1855), fruto del cuidadoso análisis de 4595 historias de otros tantos suicidas y de 862 alienados, entre los cuales 115 presentaron ideas de suicidio y 150 hicieron tentativas. Este interesante y ameno libro tiene dos importantes y documentados capítulos, uno consagrado a la exposición de "las causas predisponentes y determinantes del suicidio" y otro al "análisis de los últimos sentimientos expresados por el suicida en sus escritos", con los que desarrolla el tema, tanto sociológica como psicológicamente. Ellos motivaron otro trabajo conocido del Académico y filósofo espiritualista francés E. Caro: "DU SUICIDE DANS SES RAPPORTS AVEC LA CIVILISATION" (*Revue Contempor*, t. 24. 1856), en el que después de estudiar las tres clases de sentimientos, (buenos, malos y mixtos) que según Brièrre de Boismont se perciben en los escritos finales de los suicidas, llega a la conclusión que es preciso combatir las tendencias suicidas con "la fir-

meza de las creencias religiosas", a las cuales considera como la más solida garantía contra la locura suicida y como el mayor obstáculo contra el tedio (ennui) de que habla Madame de Maintenon.

Merece señalarse que entre los *malos* sentimientos anotados por B. de Boismont en 374 casos (279 hombres y 95 mujeres), figuran las injurias, reproches, quejas y amenazas de los escritos últimos de 217 suicidas hombres y 87 mujeres, es decir LOS DESEOS DE VENGANZA POR OFENSAS SENTIDAS. En el cuadro estadístico de los sentimientos finales de los suicidas figuran también *sentimientos de culpa y deseos de expiación,* es decir, confesiones de crímenes, de malas acciones y pasiones (44 hombres y 4 mujeres) deseo de expiar una falta (13 hombres y 2 mujeres), remordimientos de haber cedido a una seducción (9 mujeres), remordimientos de la propia conducta (20 hombres y 2 mujeres). Por último, citaremos la desilusión por la vida (192 hombres y 45 mujeres).

El tema del suicidio ha sido objeto más tarde de importantes publicaciones que por lo general aparecen acumulativamente durante ciertas épocas de crisis suicidas que despiertan un resurgimiento del interés en el problema. Así, entre 1910 y 1914 aparecen en Alemania numerosos estudios sobre la cuestión, tales como los libros y trabajos de Hübner, Gaup, Pfeiffer, Wassermeyer, Mendel y la gran obra de Eulenburg sobre el Suicidio infantil y juvenil (Kinder und Jugend-selbstmörde, Halle 1914). Indudablemente la tensión económico-social que preparaba la primera Gran Guerra originó esta renovación del interés de los estudiosos ante la frecuente repetición de los suicidios. Poco después de terminada la Gran Guerra ocurren en la arruinada Viena innumerables suicidios, lo que da lugar a numerosos trabajos y libros importantes sobre la génesis psicológica profunda del suicidio, tanto infantil como del adulto, influídos ya por el auge de las teorías psicoanalíticas freudianas, que advienen tras la conflagración mundial. Se basan estos trabajos nuevos en el psicoanálisis de numerosos suicidios frustrados. Descríbense entonces unos cuantos patrones o esquemas psicológicos motivadores del suicidio, que pueden aplicarse

con modificaciones particulares, a cada caso individual de suicidio. Se aclara entonces perfectamente la influencia conjunta de los factores predisponentes personalísticos y de los ambientales, o mesológicos, extrapersonales (sociales, económicos, políticos, religiosos, etc.) que actúan como desencadenantes del acto y que originan las crisis o epidemias de suicidios. Todo ello conduce a una nueva agrupación de los motivos profundos del suicidio basados ya solamente en conceptos psicológicos puros.

En las publicaciones anteriores, hechas en su mayoría por médicos o por sociológos con preocupaciones económicas, se dan como motivos determinantes del suicidio: la enfermedad mental o las enfermedades consuntivas, incurables, el alcoholismo crónico y las toxicomanías (morfinismo, etc.), los desengaños amorosos, las dificultades matrimoniales y los celos, los antagonismos familiares, el deshonor, los remordimientos y la vergüenza, más los diversos factores económicos que añaden dificultades a la vida material de la familia, etc. En cambio, en los nuevos trabajos se considera que estos factores externos sintomáticos, aparentemente determinantes del acto y que se toman, ya de las declaraciones, ya de los últimos escritos y cartas dejadas por los suicidas, son sólo explicaciones superficiales que encubren el motivo profundo o conflicto psíquico causante de la conducta suicida. La intervención de estos factores externos consiste sólo en reavivar o exagerar los antiguos conflictos subyacentes.

¿Cuáles son ahora, según los psicoanalistas, los verdaderos motivos o conflictos psíquicos subterráneos que suprimen o aminoran el instinto vital y conducen al suicidio?

El análisis psicológico de los suicidas frustrados nos muestra que por debajo de la apariencia engañosa de esos factores externos, que parecieron provocar la decisión suicida, hay siempre otros motivos determinantes que son: el miedo y la ansiedad, el complejo de inferioridad, el odio u hostilidad, la agresividad, el deseo de venganza y el sentimiento de culpabilidad o remordimiento. Más adelante, veremos con algunos ejemplos, cómo estos mecanismos se comprueban en los diversos tipos de suicidio.

Este nuevo enfoque psicológico del suicidio ha dado lugar a numerosos trabajos de investigación psicoanalítica que trataremos de recoger o sintetizar, citando algunos de los más importantes. Freud, en su "Psicopatología de la vida diaria", describe el *suicidio inconsciente* que ocurre bajo la apariencia de un accidente mortal, refiriendo el caso de un oficial de caballería y experto caballista que en una fase depresiva motivada por la muerte de su amada madre tiene un grave accidente en una carrera de caballos, del cual sucumbe. La información posterior reveló numerosos indicios (augurios del propio oficial) de que se trataba de un suicidio semi-intencional. En otro trabajo de 1917 sobre "Aflicción y melancolía" analiza las etapas sucesivas que conducen a la conclusión de que los motivos psicológicos ocultos tras un suicidio son siempre el odio, la agresión, el crimen, la venganza o las ideas de culpabilidad. Por último, en un nuevo trabajo sobre "La psicogénesis de un caso de Homosexualidad en una mujer", analiza como causa del suicidio el deseo de muerte contra otra persona que fué amada y con la cual se identificó el suicida, deseo que después se vuelve contra sí mismo y origina el suicidio. No pudiendo matar al objeto de identificación, la víctima se mata a sí mismo.

En el caso analizado por Freud, se trataba de una bella e inteligente muchacha de 18 años que poco después de cruzarse en una calle con su padre, mientras paseaba con la mujer amada homosexualmente, saltó bruscamente por un terraplén a la vía del tren y quedó gravemente herida.

K. Abraham, discípulo de Freud publica en 1911 sus notas psicoanalíticas sobre la psicosis maníaco-depresiva y llega a la conclusión que la depresión melancólica que conduce al suicidio deriva con frecuencia de una actitud de la libido en la cual predomina el odio. Steckel, otro discípulo de Freud, en su trabajo "Sobre el suicidio" (1918) afirma que éste es un castigo que el propio suicida se infiere por remordimientos consecutivos al deseo de matar a otra persona o para evitar matarla.

El estudio de las estadísticas vienesas de suicidios infantiles, en las que resulta que el número de los intentos frustrados supera en más del doble a los conseguidos (44 frustrados

contra 17 conseguidos, en 1912) confirma este deseo de venganza contra los padres o maestros. Originó esta estadística un excelente libro de Redlich y Lazarus sobre los mecanismos profundos causantes del suicidio infantil y juvenil, estudiados mediante prolongados interrogatorios de niños suicidas frustrados y de sus familiares, seguidos del análisis de los antecedentes hereditarios, de las condiciones ambientales, del tipo de personalidad del sujeto y de la situación aparentemente motivadora de la decisión suicida. Los motivos profundos como en el adulto son: el temor (al padre violento o a la madrastra), el pesimismo de la vida y el deseo de venganza ante las constantes reyertas de los padres, la protesta contra las injusticias de uno de los padres o educadores, etc. El suicidio infantil y juvenil ocurre siempre —dicen— en criaturas psicopáticas, difíciles, sensitivas, independientes, irritables o con labilidad afectiva y con defectos éticos, o bien con carácter depresivo y triste, en todos los cuales se produjeron conflictos psíquicos precoces dentro de ambiente familiares desfavorables.

En 1928 separado ya Adler de Freud por sus distintas concepciones, publica su trabajo sobre "El problema del suicidio escolar" (en su libro "Heilen und Bilden", 1928), en el cual considera al suicidio infantil también como *un acto de venganza,* pero derivado del consabido "complejo de inferioridad" que el sujeto ha intentado vanamente de supercompensar.

En la vida infantil suelen ser los padres los que con sus abandonos, descuidos y reprensiones primeramente hieren este complejo oculto, y contra ellos va dirigida la venganza del infantil suicida. Más tarde en la vida es ya el maestro o la persona amada, o la sociedad, o el mundo, o la política de un grupo o partido, las que sustituyendo a los padres, infieren estas heridas dolorosas al complejo de inferioridad oculto y engendran el acto de venganza del suicida que siendo incapaz de matar, vuelve contra sí el arma agresiva. Así pues, el instinto de agresión rebota sobre el propio individuo originando el suicidio. Kunkel, discípulo de Adler, ha descrito brillantemente el suicidio de dos adolescentes vieneses que decepcionados por el fracaso de sus grandes

ambiciones (sobrecompensación del complejo de inferioridad) recurrieron al suicidio como venganza y triunfo.

Pero no sólo ocurre el suicidio como una consecuencia de tendencias subsconscientes homicidas o vindicativas que el sujeto es impotente para realizar y vuelve contra sí mismo, sino que en la experiencia diaria también se presenta el caso opuesto, es decir, el de individuos con tendencias suicidas motivadas por entusiasmos religiosos o por ideas de culpabilidad, los cuales careciendo del valor de suprimirse la vida, acaban por cometer un crimen en el primero que se encuentran, a fin de sufrir después la expiación de la pena capital y con ello reconciliarse con Dios. Esquirol ya citaba varios ejemplos de este tipo de crimen con tendencia expiatoria, que atribuía a monómanos tristes (lypemaníacos). Después ha sido objeto de interesantes estudios psicoanalíticos la neurosis criminal. Famoso entre estos criminales es el caso de Volkner, que en 1753 mata a una niña en Alemania para sufrir la pena capital que le prive del tedio vital derivado de sus concepciones religiosas y así poder alcanzar la felicidad celeste.

También es célebre el caso Strohrn, robusta muchacha de 32 años que asesina a una amiga durmiendo para ser condenada a muerte y tener un fin edificante, como había presenciado en dos ejecuciones públicas a las que asistió poco tiempo antes del asesinato.

El psicoanalista vienés Federn considera que el instinto de muerte y el de destrucción marchan juntos y motivan no sólo la agresión criminal, sino también la autoagresión y el suicidio. El instinto de muerte actúa —dice— en todas las manifestaciones del odio, venganza, castigo y culpa. En la vida familiar se inician los primeros conflictos de amor y odio, ante los esfuerzos del niño para independizarse y como consecuencia también, según Freud, de los complejos de Edipo y Electra. Así pues, las relaciones familiares difíciles son motivo de frecuentes suicidios, especialmente en la infancia y adolescencia. A veces estos suicidios basados en odios parentales ocurren tarde en la vida del sujeto, cuando un acontecimiento nuevo, doloroso los resucita. Así sucedía en el caso publicado en el "American Mercury", de noviembre 1931. Una muchacha americana

de 40 años, soltera, se suicida sobre la tumba de su padre dejando una nota en que dice matarse a pesar de vivir cómodamente en una casa espléndida y de querer mucho a su madre, dando como motivo la desilusión de no haber tenido nunca un novio o pretendiente. Sin embargo, el hecho de matarse ante la tumba del padre indica claramente su atracción inconsciente hacia éste y su odio a la madre, a la cual cita en la carta, después de mencionar la casa confortable. Se trata del conflicto psíquico por el complejo de Electra o de odio a la madre por atracción o fijación hacia el padre.

La mencionada relación íntima entre los impulsos agresivos criminales y los impulsos suicidas, que en realidad no son más que la negativa de aquéllos, ha sido también destacada por el famoso criminalista austríaco A. Lenz en su "Biología criminal" ("Grundriss der Kriminalbiologie", Viena, 1927, p. 134), cuando dice, que una vez satisfecho el impulso agresivo tras el crimen, y la consiguiente elevación del sentimento del yo, pronto sucede una vuelta al equilibrio psíquico que trae consigo un intenso rebajamiento de dicho sentimiento, lo que en los casos extremos puede conducir al suicidio (suicidio expiatorio).

En Norteamérica se publican hacia 1928-1929 otra gran serie de trabajos, unos estadísticos y otros analíticos, es decir, a raíz de la gran crisis de suicidios que se producen en la época de la *Depresión económica* que sucedió a los años de *Prosperidad*. Aparecen entonces trabajos como el de W. R. Roalfe "The Psychology of suicide (J. abn. a. social Psychol, 1928), en el cual afirma, que el suicida desea casi siempre la muerte de otra persona y que dramáticamente revierte sobre sí, lo que desea para otro; o como el de Fr. Alexander, "The need for punishment and the death instinct" (Intern. J. Psycho-Analysis, 1929), en el que analiza el sentimento de culpabilidad por actos indebidos, supuestos o reales, que debe pagarse con la muerte (suicidio). La muerte entonces libera al sujeto de los sufrimientos mayores originados por un sentimiento de culpa. También merece aquí mención especial el interesante trabajo de los Drs. Jameison y Wall "Some psychiatric aspects of suicide"

(The Psychiatric Quarterly. 1933) en el que analiza minuciosamente 25 casos de suicidio, llegando a interesantes deducciones sobre los motivos, mecanismos y acciones que condujeron al suicidio, lo que les lleva a concluir que el problema del suicidio debe ser enfocado desde el lado psicológico y psicopatológico para ser profundamente comprendido.

Trabajos americanos de carácter más sociológico y estadístico son: el de Caven, "Suicide" (Univ. Chicago Press, 1828) y el de Lendrum, "A thousand cases of attempted suicide" (Amer. J. Psychiat, 1933) en el que se estudian también los suicidios dobles o "*pactos suicidas*" como el reciente del escritor Stephan Zweig y su esposa en el Brasil, y las combinaciones de homicidio con suicidio: madre que mata a sus pequeños hijos antes de suicidarse, para salvarles de la miseria en que están sumidos. Por último, mencionaremos el popular libro de Dublin, Vicepresidente de la Metropol. Life Insurance Co.; "A Study of Suicide" (New York, 1933), en el que estudia el suicido desde sus múltiples puntos de vista, histórico, estadístico, sociológico y preventivo. Justo es recordar, entre los trabajos americanos antiguos acerca del suicidio, el del Dr. Brigham, que estudia 184 casos ocurridos en 1844 (Statistics of Suicides in the United States; Amer. J. Insanity, 1844-45), de los cuales sólo 30 corresponden al sexo femenino. En este trabajo se dan como motivos presumibles: las penas morales en 37, la locura en 29, los abusos alcohólicos en 14 las enfermedades corporales en 3 y desconocidos en 100. Es decir volvemos a ver aquí las causas aparentes económico-sociales que ocultan los verdaderos motivos profundos psicológicos.

Entre los trabajos ingleses con orientación psicológica merecen mencionarse el de Crichton-Miller, "The Psychology of suicide" (Brit. med. J. 1931), en el cual considera como factor genético primordial del suicidio la *emoción del miedo,* la cual puede tener tres diversas direcciones: miedo del fracaso o de la imposibilidad de satisfacer un instinto vital (hambre, sed, procreación), miedo a las relaciones sociales (por orgullo y excesiva sensiblería); y miedo a la futura vida ultraterrena o del más allá, lo que Una-

muno llamó el "*sentimiento trágico de la vida*" y que es base de la "*angustia*" de Kirgergaard.

A continuación referimos algunos ejemplos de los conflictos psíquicos que actúan como motivos profundos del suicidio.

LOS MOTIVOS PSICOLOGICOS PROFUNDOS DEL SUICIDIO

PARA la mejor comprensión de los posibles mecanismos psicológicos que intervienen en un determinado suicidio simbólico o idealista es conveniente dar previamente unos cuantos ejemplos de suicidios que fueron determinados por alguno de los diversos conflictos psicológicos motivadores; que ya mencionamos antes: miedo y angustia, el odio y hostilidad, el deseo de venganza, el complejo de inferioridad y los remordimientos, o el sentimiento de culpabilidad.

Trataremos en primer lugar del suicidio por *miedo* o *angustia* (ansiedad). Esta puede ser como ya dijimos de diversos tipos: miedo a los enemigos, miedo fóbico del psicasténico a las cláusulas mortales que van ligadas a los actos más simples (conexiones inconscientes con el instinto erótico), miedo a la locura, miedo a las responsabilidades de la vida, o a ser tomado como traidor a los ideales de la juventud, miedo a las alturas, o a los espacios abiertos o cerrados, miedo a la muerte; y por fin miedo a la vida misma, como una carga insoportable. Cualquiera de estos y otros muchos estados de terror o de angustia permanente prepara al individuo para buscar la paz en el nirvana de la muerte y en esta situación basta cualquier acontecimiento precipitante que llene la copa de la desesperación o del terror para que la decisión final se origine.

Durante la guerra civil española y la revolución social que en el lado republicano sucedió al levantamiento militar, el terror a ser víctima de los forajidos armados que buscaban víctimas entre las personas acomodadas o de ideología conservadora, hizo atentar contra su vida a muchas personas timoratas que preferían la muerte al estado de expectación angustiosa permanente de tan grave amenaza. Con frecuencia tuvimos que asistir a personas enlo-

quecidas por el terror expectante del peligro en perspectiva, incluso algunos sacerdotes o jesuítas que pedían la muerte o que la intentaron. Eran siempre naturalezas sensibles y neuróticas que no podían, como otras de gran entereza y decisión, resistir la terrible tensión nerviosa de la permanente amenaza. Lo mismo describe abundantemente Des Etangs, en su libro de 1860 "Sur le Suicide politique en France depuis 1789 jusqu'a nos jours", que ocurrió durante la Revolución francesa, donde el terror a la guillotina, la inquietud de ser calificado de sospechoso, el miedo de ser juzgado por los enemigos y la angustia de las persecuciones, causaron numerosos suicidios. En el diario del capitán Journiac de Saint-Meard, que titula "Mon agonie de trente-huit heures", refiere emotivamente los suicidios de sus co-detenidos de la prisión, que se apuñalaban, se herían con malos cuchillos, o se rompían la cabeza contra los muros ante el terror de la matanza revolucionaria en perspectiva. Ejemplo dramático de este suicidio político por terror es el del ex-ministro Clavière, que viendo en la lista de jurados a sus más crueles enemigos, pronunció un discurso sobre el suicidio y se partió el corazón declamando los versos de Voltaire:

"Les criminels tremblants sont trainés au supplice,
Les mortels généreux disposent de leur mort".

Hasta el Cardenal arzobispo de Loménie, después de haber sufrido todas las vergüenzas, incluso la de la apostasia, al ser detenido por segunda vez, se previno contra la prisión inexorable tomando un veneno como su colega el arzobispo de Grenoble.

Lo mismo ha sucedido en la Revolución rusa y seguramente en la mexicana ocurrieron actos similares motivados por el terror.

El miedo a las relaciones sociales originado por un intenso *complejo de inferioridad* es otro de los motivos de intentos suicidas. Un enfermo nos consultó expresando claramente la amenaza que si no se le curaba de la idea permanente que le angustiaba de que su conversación era poco interesante y de que creía ver en los demás el gesto o actitud de considerarle como un tonto, acabaría con su

vida de un pistoletazo. El análisis psicológico puso en evidencia que vivía continuamente atormentado por los celos en perspectiva de creer que su novia, lo engañaría algún día por su falta de atractivos físicos y espirituales (complejo de inferioridad). Cuando estaba alejado de ella constantemente pensaba que otro muchacho más atractivo estaría conversando con ella y preparando su fracaso.

Otro enfermo, agobiado por creerse observado y comentado por la gente, a causa de una erupción facial moderada, se recluyó en su casa y sólo se atrevía a salir de noche, habiendo interrumpido toda relación social. En todos estos sujetos con reacciones tan exageradas se trata de psicópatas evidentes (el segundo terminó desarrollando un síndrome esquizofrénico), en los cuales constitucionalmente existe un desequilibrio de las facultades y de los impulsos instintivos. El que se aísla o el suicida es un vencido en la lucha contra su complejo de inferioridad. Otras naturalezas enérgicas desarrollan un esfuerzo de compensación para vencer este sentimiento depresivo y con frecuencia lo consiguen, incluso exageradamente (supercompensación). Demóstenes, que era tartamudo, consiguió, tras un prolongado esfuerzo convertirse en el mejor orador de su época. La bravura aparatosa o el machismo de fachada es muchas veces una forma de encubrimiento de la propia debilidad o de la idea hipocondríaca de ser débil (complejo de inferioridad).

En una reciente investigación de una Sociedad de Seguros norteamericana resultó que el número de suicidas era mucho mayor entre los individuos deformes y con peso escaso o excesivo (motivos del complejo de inferioridad), que entre los bien constituídos y con su peso normal. Algunas personas afectas de este complejo esperan alcanzar notoriedad con el crimen o el suicidio. Tal sucedió con la señora que se tiró de un aeroplano dejando una nota en su bolso que decía: "Espero que la Prensa dedicará algún espacio a mi muerte".

Algunas veces el complejo de inferioridad es originado por preocupaciones de herencia de alguna enfermedad o desequilibrio mental de los progenitores. Aparte de la herencia de la tendencia suicida, como síntoma de las fa-

ses depresivas cíclicas de la psicosis maníaco-depresiva o de las distimias epilépticas y psicopáticas, que en algunas familias resulta bastante evidente, se da también el caso que en individuos de estas familias la tendencia suicida esté muy influída por la idea de un destino fatal familiar hereditario. Recordamos una enferma neurótica que intentó suicidarse por la idea obsesionante de que varios miembros de su familia paterna se suicidaron. Al enterarse, después del intento frustrado, que no era hija de su padre adoptivo, sino fruto de unos amores anteriores de la madre, que se lo refirió, sintió renacer en ella una nueva vida, libre ya de la fatalidad hereditaria que la había agobiado toda su vida. En julio de 1939 se suicidaba en Los Angeles (Cal.), a los 19 años, la joven esposa de un director de orquesta, mientras éste hablaba por teléfono; su madre se había suicidado tres años antes siendo la actriz más bonita del teatro americano. Hemos conocido una familia de 11 hermanos de los cuales 7 se suicidaron, y otras familias menores con varios suicidas.

El *odio* y *el sentimiento de hostilidad* hacia alguien o hacia la humanidad es otro frecuente motivo de conflicto psicológico que origina el suicidio. Freud, dijo en su trabajo sobre "La Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina", publicado en 1920 que "probablemente nadie siente energía suficiente para suprimirse la vida si al mismo tiempo no mata, en primer lugar al objeto con el cual se identificó, y en segundo lugar vuelve contra sí el deseo de muerte que iba dirigido contra alguien". En las reacciones a los celos o frente a la desilusión amorosa cada sujeto se conduce de distinta manera, influído por la estructura compleja de su personalidad: un individuo resuelve el conflicto con un crimen, otro se elimina suicidándose o bien alejándose de la región donde vive la causa de su sufrimiento (renunciación), y otro, por fin, comete primero el crimen y luego se suicida. Esto sucede en el homicidio y suicidio consecutivo que se publicó el 29 de septiembre último y que aparece en "Excelsior" con este título: "Dió de balazos a su novia y acto seguido se mató". Un joven de 18 años, excelente empleado, mata a su novia de 16 años de dos balazos y seguidamente se mata de un tiro en



La Muerte de Lucrecia, por Eduardo Rosales.



la cabeza. Parece que unos días antes encontró a su novia con otro individuo. En las cartas que dejó escritas no aludía para nada el motivo de su decisión, pero pedía que los dos cadáveres fuesen enterrados en fosas contiguas. Según el hermano del suicida, éste "era de carácter violento y tomaba rápidas decisiones cuando alguna cosa le disgustaba". Su patrón le calificó de "un buen muchacho", en el que tenía suma confianza, por lo cual pudo tomarle una pistola que guardaba en su buró.

Aquí vemos la *relación entre ambos actos, homicidio y suicidio,* en una misma situación, y cómo la naturaleza individual o las circunstancias del momento son las determinantes finales del hecho. Así nos podemos explicar cómo el suicidio muchas veces tiene la significación evidente de un crimen simbólico o de una punición contra el causante de los sufrimientos.

Este tipo de suicidio es muy frecuente en los niños y en las mujeres, faltos de energía para castigar de otro modo al que les ha hecho la vida intolerable. En el hombre es casi siempre signo de naturaleza bondadosa, de espíritu ético, delicado, de personalidades heroicas y limpias; pero algunas veces también es signo de deficiencia o de desviación sexual.

En el "New York Times" del 27 de abril de 1930 se publicó el suicidio motivado por odio de un empleado de 22 años que a los 4 meses de matrimonio descubrió que su mujer amaba a su hermano mayor. El suicida dejó cartas en las cuales procuraba hacer casi imposible el subsecuente matrimonio de los amantes a causa de la notoriedad que les daría la prensa. En la carta a la mujer decía: "Te amé; pero muero odiándote a ti y a mi hermano", y más adelante añadía: "es duro morir cuando uno es joven". El día antes de suicidarse tuvo una discusión con los dos amantes, amenazándoles de suicidarse con esta frase: "Bien, puedo haceros más daño muerto que vivo". Se ve aquí claramente el deseo punitivo contra los amantes. En una de las admirables novelas de Anatole France titulada "Histoire-Comique", un modesto muchacho, amante de una hermosa actriz francesa que le hace sufrir mucho

con otros rivales pudientes, acaba suicidándose una noche a la puerta de la casa de aquélla, al ver a través de los tules de la ventana iluminada la silueta de uno de sus rivales más odiados. El castigo sobre la actriz es evidente: en adelante ya no podrá sentir con ningún amante los inefables momentos, pues la imagen trágica del suicida se lo impedirá cada vez con su inoportuno recuerdo o aparición.

En China es frecuente el suicidio por venganza, con el fin de envolver al adversario en un proceso legal o mortificarle con la amenaza de visitas del alma del suicida.

Otro de los motivos de conflicto psicológico que conduce al suicidio son los *remordimientos* por alguna inmoralidad real o supuesta cometida por el individuo y que se le hace intolerable, por lo cual éste busca su expiación. Dicho motivo subconsciente y agobiador es causa también, como hemos dicho, de crímenes perpetrados con el fin de sufrir el castigo consiguiente. El sujeto se siente culpable de algo indefinido y busca cometer un delito definidor. Con frecuencia las ideas depresivas del melancólico le hacen sentirse culpable hasta de acciones ajenas o bien exagerar las propias, hasta elevarlas a la categoría de motivos del suicidio. En los psicópatas obsesivos con perversiones sexuales reprimidas, llegan éstas a motivar el deseo invencible de castigarse o suprimirse por la rigidez moral del sujeto. En algunos enfermos esquizofrénicos ocurren a veces mutilaciones sexuales que obedecen a este mismo deseo de autocastigo y muchas veces después de varios atentados parciales termina el enfermo por suicidarse.

Vemos por el análisis de estos motivos de suicidio que casi siempre se trata de individuos psicopáticos o de verdaderos enfermos mentales. La *cuestión esencial* que se plantea es *si una persona normal y equilibrada puede llegar al suicidio* por una causa externa o por motivos internos de conflicto psicológico. El hecho que las estadísticas muestren el gran aumento de los suicidios en los períodos de gran tensión económico-social y en ciertas estaciones del año no es prueba definitiva de que puede existir un suicidio *normal*, ya que es elevada la proporción de personas psicopáticas, que en circunstancias normales llevan adelante la carga de la vida venciendo las dificul-

tades considerables de tal estado de desequilibrio emotivo. En las grandes crisis económico-sociales estos sujetos son los que, no pudiendo resistir la tensión de las circunstancias, como lo hacen otras personas más normales, terminan por el suicidio. Hay por eso muchos psiquiatras que creen que todo suicidio es una reacción psicótica o psicopática y que el individuo que atenta contra su vida no tiene nada o nadie a quien amar, lo cual es indicio de anormalidad. Ahora bien, es preciso reconocer que en ciertas circunstancias una enfermedad corporal, que mina las energías individuales de un sujeto no psicopático, puede preparar el terreno para una reacción exagerada ante contrariedades morales que en épocas de salud corporal completa no llevarían al suicidio.

Las naturalezas heroicas, que con frecuencia muestran desarmonías psicopáticas del carácter, son pasto fácilmente de una reacción exaltada ante una contrariedad intolerable para su ideal social y ético.

EL SUICIDIO DE MEIXUEIRO Y SUS POSIBLES MOTIVOS

En la personalidad de Meixueiro hay algunos rasgos característicos que merecen anotarse. Desde niño reveló gran firmeza de carácter. Su hermano ha referido a la prensa que siendo muchacho solía decir de sí mismo: "Jorge Meixueiro afirma, u opina, o declara". Su amigo de la infancia Woolrich le describió como esforzado y obstinado en la defensa de los sagrados derechos. Otros amigos le señalan la hombría y el valor civil a toda prueba. En fin, es evidente que poseía entereza y energía de carácter, unida a generosidad y honradez.

Había dedicado su vida a la defensa de los trabajadores del campo y a resolver los problemas derivados de la nueva organización económica agraria. Había meditado y madurado sus planes de acción en el Parlamento. Se creía ya Diputado de la nueva Legislación tras unas elecciones que le dieron los votos en mayoría, e inesperadamente se siente traicionado por su propia organización y por el aparato político, que da y retira favores. Toda la

finalidad de su vida queda ya truncada e interrumpida. Le será preciso organizarse de nuevo y buscar otras actividades que llenen su existencia y le provean de medios económicos para sostener su hogar. Su decepción no tiene límites ante esta injusticia y por ello su temperamento firme forja el propósito de suprimirse si en el último intento de salvar su honor del naufragio ante el Parlamento no consigue, como ya sucedió en otra Legislatura, cambiar la opinión de la Comisión dictaminadora en favor suyo. De aquí el discurso noble y ponderado que espera produzca una reacción en favor suyo. Advierte a la Asamblea que para él es una cuestión de honor y de dignidad el reconocimiento de su triunfo, por lo cual empeñó su palabra de honor, y cuando se convence que todo es inútil y ve perdida su esperanza del último alegato público cumple sus planes suicidas, fríamente premeditados.

Merece anotarse que en su discurso menciona noblemente a su contrincante y alude a las organizaciones que van a decidir su suerte sin imprecarlas. Nada dice, en cambio, de los señores cuyo dictamen desfavorable le arrebata el triunfo. ¿Contra quién va entonces la intención condenatoria del suicidio? Es difícil señalarlo, pues en los escritos de los suicidas se ve que unas veces se menciona benévolamente al causante de la decisión suicida, como queriendo disimular el deseo de venganza inconsciente, y otras veces es al único que no se menciona y, por último, es también frecuente que se le señale como causante de la desgracia del suicida y se manifieste claramente el odio hacia él. Ello muestra los sentimientos más o menos elevados que agitan el alma del suicida antes de suprimirse.

Se ha dicho que en este suicidio simbólico han influído también factores económicos personales que constituían una especie de compromiso de honor del suicida. En todos los suicidios encontramos, en efecto, la confluencia de varios factores que cooperan en la creación de la situación suicida, pero en un hombre joven, de energía y voluntad, con probada capacidad intelectual, es difícil aceptar que esta sola causa sea la motivadora de tal decisión y por ello debemos pensar que el motivo más fuerte de los diversos que influyeron fué el de verse desplazado de la

trayectoria de su vida y, sobre todo, el de sentirse considerado como elemento negociable por la Organización política a la que pertenecía. Es decir, el verdadero motivo es la herida en el amor propio que reaviva un posible sentimiento de inferioridad previamente supercompensado. Esto en un hombre de gran firmeza de carácter y hombría, con tendencias heroicas heredadas, es causa suficiente para una determinación suicida.

El hecho es raro en políticos profesionales, acostumbrados a frecuentes decepciones de la política, y que suelen mostrar una gran capacidad de adaptación.

La fría preparación del acto, con un operador cinematográfico contratado por el propio suicida para captar sus últimos gestos, indica una intención de trascendencia política en el futuro y le da al acto caracteres de protesta heroica elaborada cuidadosamente.

Creemos que basta con estas consideraciones para facilitar la comprensión de un hecho tan particular.

México, octubre, 1943.

LA POLITICA Y LA TIERRA

Paisaje y mapa.

No son necesarias grandes dotes proféticas para prever que la reciente publicación en castellano de un libro sobre Geopolítica[1] va a estimular, como ha ocurrido en otros países, una pequeña epidemia de lucubraciones geográficas y de "alta estrategia". La geopolítica puede también convertirse entre nosotros en una moda que arrastre en su breve dominio el interés de los aficionados y de ciertos expertos. Las razones de su posibilidad son claras, pues la atracción que despierta en el gran público el "descubrimiento" de esa nueva "ciencia" no sólo se debe al deseo de conocer cómo piensa el enemigo o al señuelo de nuevos términos enigmáticos, sino a la sospecha certera de que se está ante un fenómeno que corresponde en cierto modo a las urgencias de nuestra edad. Ante esa expectativa conviene, en rápido examen, poner los puntos sobre ciertas íes, mas antes de emprender una primera criba de los diversos componentes de la Geopolítica para ver si algo nos queda viable entre las manos, importa darse cuenta de los aspectos positivos y negativos que puede tener el paso, más o menos rápido, de la moda anunciada.

Ante todo alegrémonos de la epidemia geopolítica si gracias a ella aprendemos todos un poco más de geografía. Todas las guerras traen un repaso de nuestros primarios conocimientos de esa ciencia, pero esta vez la Geopolítica remacha el clavo y es un buen estímulo para que se reforme y mejore una enseñanza ofrecida por todas partes con un retrato inverosímil frente a las exigencias de nuestro tiempo. Bien está asimismo, y buena falta nos hace, que la Geopolítica realice entre nosotros la misión educativa de enseñarnos "a pensar en grandes áreas", que es en buen romance la de abrirnos los ojos a horizontes más amplios y la de acabar con nuestra tremenda propensión municipal, madre de nuestro mediocre y arraigado separatismo. Loada sea la Geopolítica si la gente del mundo hispánico deja, gracias a ella, su excesivo localismo político y aprende una de las lecciones más importantes de la época.

1 HANS W. WEIGERT. *Geopolítica.* Traducción de Ramón Iglesia. México. Fondo de Cultura Económica. 1943.

Hasta aquí los aspectos positivos y favorables aludidos. Pero sería lamentable que tomáramos a la Geopolítica, en cuanto tal, demasiado en serio. Los peligros se presentan por varios lados. Uno consiste en traducir el original alemán al idioma de las propias potencias nacionales, reales o imaginadas, cayendo en la tentación que ofrece el ropaje prestigioso de una pseudociencia. De ello tenemos algunos ejemplos norteamericanos, pero no es lo probable que se produzca entre nosotros. Otro más real, es el de la perversión de la conciencia que supone la aceptación de la Geopolítica en su forma tudesca, cuando con ella se infiltran, consciente o inconscientemente, sus supuestos filosóficos y políticos. Una doctrina que degrada al hombre, al no dejar de lo humano, frente a "fatales" fuerzas de la naturaleza, sino sus pasiones más elementales y sombrías.

Hay un peligro más sutil y por eso más grave, pero que no representa sino una manifestación particular de un problema mucho más amplio y que es uno de los más serios de nuestra civilización avanzada. Aquí nos llega por medio del mapa. El tema que sugiero se encierra en la contraposición de mapa y paisaje y es tan sugestivo y actual que casi debiera ser el único contenido en esta rápida nota. El mapa es un símbolo gráfico, un instrumento de percepción, que evita de un golpe los rodeos lentos expuestos a fracasos de otros símbolos orales o escritos. Con el mapa se hacen visibles totalidades y conjuntos a los que llega difícilmente la descripción analítica. El símbolo gráfico del mapa se hace así con la cartografía un instrumento científico imprescindible. Pero como otros símbolos e instrumentos científicos, el mapa comparte el tremendo peligro no sólo de deshumanizar al hombre, sino de hacerlo inhumano. Lo primero es el precio que el hombre debe pagar hasta cierta medida por su invención prometeica de los símbolos abstractos, lo segundo es evitable y sólo depende de su convicción moral. El hombre no sólo debe evitar la tiranía del mapa sino más aún, su fraude y su perversión.

La experiencia fundamental que traduce la Geopolítica es simplemente ésta: el encogimiento de la tierra en la época del avión. Pero la mayoría de los humanos no puede hacer esa experiencia a bordo de un *Liberator,* como la tuvo vivida famoso candidato, y tiene que recurrir a un arsenal complicado de extraños simbolismos sobre la superficie de un mapa. Pero todos esos simbolismos ya nada dejan de la tierra misma y de la vida humana que en ella goza y sufre. Es decir, lo grave es que la tierra sólo es humana cuando se hace paisaje. La tierra vista como paisaje es amor, vista como mapa es indiferente

precipitado de líneas y colores, mero instrumento del saber abstracto o, lo que es peor, de la voluntad de poderío. El paisaje hecho saber es la "Radiografía de la pampa", el afán de poderío hecho mapa podría ser la Geopolítica de una hipotética expansión de X o Z. El problema humano de la construcción del mundo en nuestros días es que pueda entrar poco a poco como paisaje en el corazón de todos sus habitantes. Y valga este utópico anhelo si nos defiende un poco de la deshumanización cartográfica.

Pero si la cartografía en sí no tiene culpa ninguna en lo anterior y es mera técnica neutral al servicio del hombre, éste sí es culpable de haberla prostituído. Entonces la más grave amenaza del mapa es que se convierta —como se ha convertido— en instrumento de engaño y fraude. Pues bien, he aquí el pecado que ha cometido la famosa Geopolítica. El mapa ya no es un medio de conocimiento verdadero, sino de propaganda y persuasión. La perversión general de la ciencia, ante la que no ha dudado el nazismo, tiene en la "geografía mágica" creada por su propaganda su más plástica y "visible" manifestación. Los "suggestive Karte" acabaron en los mapas animados y fraudulentos destinados a convencer con simplicidad geométrica y emotiva a los buenos espectadores de los noticiarios de propaganda. Todo cuanto ha creado en este terreno una imaginación tan ingeniosa y fértil como pervertida moralmente en sus fines, se conoce hoy a la perfección por los observadores científicos del fenómeno. Pero lo grave para el hombre corriente es la justa suspicacia que le puede quedar por algún tiempo, pues todas las técnicas se aprenden. El mapa escolar más inocente puede convertirse en su perversión en artilugio diabólico de cualquier Goebbels más o menos embozado. Esto no es quizá sino un ejemplo de la cura moral e intelectual a que tendrá que someterse el hombre después de esta guerra. En este caso no dejará de ser una purga de una indigestión geopolítica.

Frutos de revancha.

La mayoría de los libros y artículos publicados últimamente en los Estados Unidos [2] sobre la Geopolítica parecen tener como propósito fundamental el desenmascararla en su aspecto de tapujo ideológico y de racionalización de las apetencias expansivas de la Alemania nazi. Cosa que es verdad y contagiosa por lo visto. De suerte que, dejando aparte las exageraciones escritas sobre la persona de Haushofer como

2 Como es el libro que da pie a esta nota.

científico y como mago consejero detrás de los responsables oficiales, lo que compatriotas conocedores de los hechos ponen muy en duda, puede en efecto exponerse la Geopolítica alemana como un programa de conquista encubierto en una terminología altisonante. Pero esto, con tener su interés no deja de ser superficial. Para un diagnóstico de lo que la Geopolítica ha sido y significa sería más importante analizar las circunstancias en que nace y se propaga y extraer de ese análisis generalizaciones aleccionadoras para el futuro. Nos encontraríamos que ha sido fruto del espíritu de revancha y manifestación de un especialismo que encuentra para su desborde una situación propicia. Pues la Geopolítica es simplemente un particularismo, una interpretación estratégica de la historia. La atmósfera de Munich dentro de la Alemania de la postguerra ha sido sugestivamente descrita por el propio Weigert, pero ese Munich no era el único lugar enfebrecido en un país en donde a la desesperación, a la quiebra de las ilusiones, al sentimiento de humillación y a un trágico nihilismo intelectual se mezclaba, subterránea o represa, la voluntad apasionada de revancha. Lo que puede dar de sí un pueblo vigoroso que pasa por ese estado lo hemos visto bien poco después. Líbrenme los hados de que se me interprete como apuntando excusas y absoluciones; lo ocurrido no tiene en efecto excusa ni absolución. Pero seríamos muy torpes si no extragéramos de esos acontecimientos la lección debida. Pues lo que interesa para el inmediato futuro es evitar el retorno de condiciones internacionales que hagan posible el mantenimiento en ninguna parte del espíritu de revancha. Continuar con esto me llevaría a una digresión inoportuna. Mas sí se debe insistir en que cuando aquel espíritu hace presa en un pueblo con tradición intelectual y con voluntad adiestrada pueden esperarse realizaciones sorprendentes. Como en el paranoico, los actos más lúcidos van cubiertos por la tiniebla de su demencia. Alemania nos ha dado con los "ersätze" y otras cosas más la "ciencia" de la Geopolítica; mas quién sabe lo que nos vendría de otro país en semejantes condiciones.

Hay que tener en cuenta esas condiciones geopolíticas, económicas y morales para comprender por qué la pseudociencia de la Geopolítica se propaga como una fe. En esos momentos de profunda crisis afloran, según una aguda hipótesis de un psicólogo (Rietzler), tres tipos de hombre que en la marea acaban por formar clases definidas. El "enloquecido", el "descastado" o marginal y el "experto". Son esos tipos humanos, dos de los cuales han tenido que ver evidentemente con la propagación, como nueva ciencia, de la Geopolítica. Su profeta

es un técnico, sus secuaces, en su mayor parte, hombres que perdieron su *status* anterior y son ahora marginales y "declassés". Los oyentes más apasionados de Haushofer son exoficiales exaltados de lealtad vacante y ese tipo de intelectual desilusionado que, perdido su primer ideal obsesivo, no sabe en dónde reposar de su desorientación. Haushofer es el estratega, es decir, el técnico militar, el hombre cuya profesión consiste en imaginar movimientos en el espacio. El hecho es que en tiempos normales los citados tipos humanos no sólo carecen de toda peligrosidad, sino que el experto cumple una función respetada y cada día más insustituíble. Pero en ocasión de crisis y pánico el experto puede encontrar su oportunidad y ofrecer su programa unilateral y miope al poder sin trabas que lo pueda imponer. La Geopolítica es la "idea" de un general febrilmente elaborada en un momento propicio. La interpretación estratégica de la historia que resulta no es nada nueva, pues en los archivos del pensamiento hay particularismos numerosos y para todos los gustos. Lo nuevo es que esa interpretación salga de los muros académicos para convertirse en una condición de masas. El gran experto ha impuesto sus orejeras y la vida sólo es como un gran despliegue conquistador sobre espacios cada vez más amplios. Cuando la tormenta se esfume el experto volverá quizá a su función limitada en el estado mayor y caerá en el olvido el "estrategismo" social, pero convendrá entonces recordar repetidamente las condiciones que hicieron posible ese fenómeno y que pueden darse con los mismos o distintos frutos en otras partes. No hay zonas inmunes.

La tierra y el Estado

HACE tiempo que en los círculos científicos está juzgada la pretensión fundamental de la Geopolítica, pues ésta no es más que la heredera, más o menos deforme, de una larga serie de esfuerzos respetables. En cualquier buen manual de Sociología puede encontrarse su filiación exacta y en los expositores de su "descubrimiento" no falta el capítulo correspondiente.[3] Por cierto que no adivino por qué en la cita de los llamados "precursores" se olvidan éstos del maravilloso Aben Haldum, grato siempre al recuerdo de un español, y muy superior a muchos de la larga lista que comienza con los griegos y acaba con los antropogeógrafos modernos. Pues bien, sociólogos, teóricos del Estado y geógrafos hace años que están de acuerdo en los límites

3 WEIGERT, cap. IV; ROBERT STRAUSZ-HUPE, *Geopolitics*, 1942, cap. 2º

del geografismo. La oposición teórica entre el "determinismo" de los primeros antropogeógrafos y la actitud "posibilista" a la que tanto contribuyó la escuela francesa, está resuelta definitivamente a favor de la última. El hombre no es un ser pasivo frente a las formas y las fuerzas de la tierra, sino más bien un "agente geomórfico". Y si lo es en muchos aspectos materiales, su acción tiene que ser mucho más libre en los planos cada vez más alejados de la pura naturaleza física. La idea de imputar el "destino político" a las exigencias del suelo, pertenece a un limbo infantil; se trata de una conexión causal irrealizable. La acción política no se cumple en el vacío y tiene que contar entre sus condiciones con las que ofrece el marco geográfico, pero ni está determinada por él ni mucho menos se resuelve en puros valores de espacio y de expansión. El suelo es un elemento permanente del Estado, pero un elemento permanente no quiere decir un factor determinante y exclusivo. No debe olvidarse, sin embargo, que lo que la ciencia verdadera sabe es en muchas circunstancias dolorosamente inoperante.

Se ha dicho por críticos autorizados que lo que hay de válido en la Geopolítica haushoférica no es más que la parte de herencia valiosa de esos ingredientes fundamentales. Lo vivo todavía del genial Ratzel y algunas de las intuiciones de Kjellen y Mackinder. Es posible. Ratzel en efecto, como todo genio, deja una herencia mezclada de percepciones profundas y de precipitadas equivocaciones; lo mejor de él pasa a la auténtica antropogeografía posterior. Mas para juzgar de su perversión en la atmósfera nazi basta pensar en la distancia que va del concepto todavía científico de *Lage* (Ratzel) pasando por el de *Lebensraum* (Haushofer) mucho más impreciso, romántico y político, al de *Befehlsraum*, puramente justificatorio y de propaganda. Y en cuanto a Mackinder me inclino en medio de todo a pensar con un comentador reciente de estas cosas: el corazón del mundo *(Heartland)* se encontrará siempre allí donde el mayor número de hombres ponga el máximo de *su* corazón.

El marxismo burgués.

La calificación de la Geopolítica como marxismo burgués, en el sentido de una concepción del mundo, sólo se puede aceptar con reservas y limitaciones. Las alusiones anteriores a la estructura social en que se produjo bastan para hacer dudar de que la burguesía, en estricto sentido, haya podido ser el soporte de esa concepción. Es en

realidad una ideología de desesperados. Pero es cierto que se la ha querido interpretar como tal, y que guarda además ciertos parentescos en lo que son las consecuencias de sus interpretaciones más vulgares o populares.

En una de las exposiciones más claras y concisas que se han hecho de la Geopolítica, Sigmund Neumann ha insistido con razón en éste su aspecto de *Weltanschaung*. Y ha visto en ello su mayor peligro. La Geopolítica como cosmovisión es la racionalización de un irracionalismo profundo y degradante, la nueva versión de un viejo naturalismo sin atenuaciones ya olvidado por el pensamiento social. Es, desde otro punto de vista, una salida del *nihilismo*. Lo que ha significado este movimiento en la historia contemporánea de la vida espiritual alemana se comienza ahora a desentrañar y no puedo pasar de esta alusión. Lo cierto es que la desesperación saca de sí misma nuevas creencias. El hombre de la "nada", si era filósofo, pudo encontrar en el existencialismo su consuelo metafísico; pero otros, los más, sólo encontraron como única realidad tangible la de la tierra inmensa sobre la que dar, a través de la muerte, un nuevo sentido a la vida. Vivir es matar en la lucha inexorable que nos imponen las "leyes naturales" de la tierra. Una falsa ciencia se convierte así en el mito vivificador de unos hombres que han perdido el sentido de los valores profundos.

Los conatos de un tiempo nuevo.

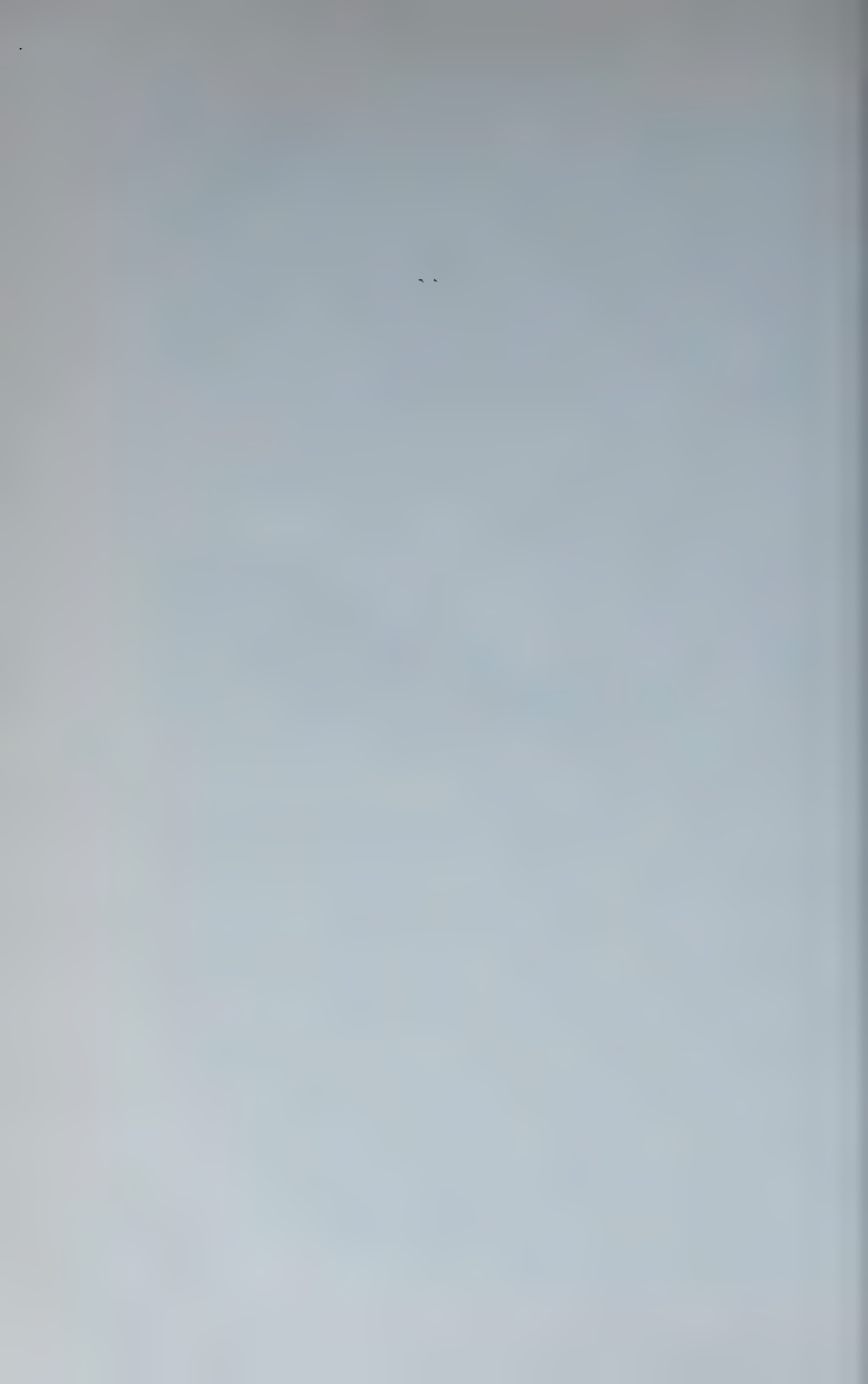
Como en otras manifestaciones del nazismo, sería un tremendo error no ver en la Geopolítica más que una pura manifestación de satanismo y barbarie. Bien está para la propaganda. Pero el deber de la inteligencia está en desentrañar en todas esas manifestaciones y a través de su confusión lo que son conatos de una nueva edad, y que aunque aparecen en formas monstruosas y repelentes encierran intuiciones susceptibles de iluminarse con valores distintos y de encarnar en formas encajadas en la tradición occidental. La tarea con la Geopolítica es menos espinosa que la que presentan otras cuestiones, pues se reduce a un problema académico: ¿qué es lo que hay de válido en la Geopolítica y cómo puede ser transformado o reelaborado? El intento de contestar a esta pregunta convertiría a esta nota en un artículo de revista técnica. Mas no quiero dejar de señalar aquello en que la Geopolítica es expresión de la época, aunque sea en una forma que por lo rápida toma dogmatismos profesorales: a) la experiencia básica de la contracción en distancias del mundo por obra de la técnica;

b) el intento de una ciencia sintética; c) la tendencia hacia una sociología (teoría del Estado) funcional y concreta. Lo primero constituye un hecho fundamental de nuestro tiempo que exige se tomen posiciones que han de comenzar por el pensamiento mismo. La frase poco afortunada de "pensamiento global" alude a algo que ha de impregnar poco a poco todas nuestras actitudes ante la vida. Lo segundo y lo tercero son tendencias subyacentes en el desarrollo de la ciencia contemporánea y aparecen en ella con unos u otros nombres y ropajes. Ahora bien, si la criba y reelaboración de todo eso habrá de denominarse Geopolítica o de otra manera carece desde luego de importancia.

La Geopolítica y la paz.

SIN embargo hay una cosa clara y es que la Geopolítica en su forma actual no es un instrumento de paz. Aun en sus expresiones más atenuadas lleva implícita la idea de equilibrio de poder y la preparación para la guerra. Por eso coquetean con ella en estos momentos todos los "realistas", sean profesores u hombres de acción; es un elemento conceptual de la contrarrevolución que amenaza al hombre. Si sus representantes se dejaran oír en las conferencias de la paz futura, perderíamos toda esperanza de reconstrucción duradera. De conservar el humor sería cosa de que floreciera en nuestras solapas un "No me hable Vd. de la Geopolítica".

José MEDINA ECHAVARRIA.



Presencia del Pasado



REFLEXIONES SOBRE LA AMERICA LATINA

Por *Paul RIVET*

SE PROCLAMA, muy a menudo, que el francés ignora la geografía, especialmente la de América. Una experiencia de cuarenta y dos años, durante los cuales he recorrido todas las Repúblicas americanas, me ha convencido de que esta ignorancia no es exclusiva de mi país. A pesar de la política de buena vecindad, el americano del Norte conoce muy mal los inmensos territorios que componen lo que llamamos América Latina, y el mismo hecho se nota aun entre las naciones que la componen. No creo aventurado decir que muchos americanos conocen mejor Europa que a sus vecinos del Continente. Podría encontrar en mis propios recuerdos mil pruebas, a veces muy graciosas, de esta verdad.

Muchos europeos, cuando hablan de América, son víctimas de la escala diferente de los mapas que representan en sus atlas el viejo y el nuevo Continente. Por esto, carecen de una idea exacta, acerca de la inmensidad de ciertas repúblicas que parecen tener en los mapas que consultan las mismas dimensiones que un departamento de Francia. ¡Cómo imaginarse que un país como el Brasil representa las nueve décimas partes de Europa! Un alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, ilustrado y culto, me dijo un día: "Puesto que mandamos a usted a México, ¿por qué no aprovechar esta coyuntura para dar un salto hasta Chile?". Estoy viendo todavía su mirada asustada cuando le contesté: "Si me mandara usted en misión a Estocolmo me pediría acaso que diera un salto hasta el Congo?".

Más grave que este error, en parte explicable, es la ignorancia o mejor dicho, el concepto erróneo de los euro-

peos y de los americanos del Norte, respecto a América latina y a sus habitantes. Creo que esto proviene, en gran parte, de los libros que se proponen precisamente dar a conocer este Continente al público. La mayoría son libros escritos de prisa por viajeros superficiales que, después de una visita de una o dos semanas a una República americana, después de haber contemplado el paisaje desde un aeroplano o la ventanilla de un wagón, y cambiado algunas impresiones o recogido algunos chistes entre compañeros de hotel, casi siempre paisanos suyos y más o menos agriados por algún desencanto en tierra extranjera, se creen capacitados para entregar sus impresiones al gran público. Así se crea un tipo del latino-americano absolutamente falso y artificial; así se crean ficciones absurdas. Aun cuando los autores estén bien informados sobre un determinado país, tienen por desgracia la tendencia de generalizar sus observaciones, como si fueran aplicables a toda la América latina. No hay cosa más absurda que estas extrapolaciones. ¿Qué diríamos de un extranjero si después de pasar algunos días o semanas en Marsella o en Berlín, escribiera un libro sobre Europa, la mentalidad de sus habitantes y el porvenir de ese Continente?

La inmensa mayoría de los libros sobre América dan una idea sumamente simplista de un mundo que es, al contrario, de una gran complejidad.

El único denominador común que existe entre todos los pueblos latino-americanos es la lengua (excepción hecha del Brasil) y la religión, y aun se podría discutir mucho sobre el tema. Cada país, al adoptar el español, lo ha transformado en un dialecto particular en cuya formación han intervenido factores nuevos: origen de los colonos, influencia más o menos marcada de los idiomas indígenas. El idioma argentino, desde el punto de vista lingüístico, difiere profundamente del idioma mexicano, y éste del peruano.

Lo mismo pudiera decirse del catolicismo, no obstante su conocida estabilidad. En todas las iglesias de América Latina se desarrollan fiestas religiosas, donde la influencia india se manifiesta claramente, merced a un inteligente y flexible oportunismo de los frailes y sacerdotes que evan-

gelizaron el Nuevo Mundo, pero que escandalizaría a un ortodoxo romano. No critico; solamente registro esta adaptación del culto católico a los medios tan diferentes donde llegó a imponerse desde la conquista.

A pesar de estas observaciones, acepto que la lengua y la religión constituyen en América Latina un substrato común a todos los pueblos que la componen, y un substrato sólido. Pero, fuera de esto, ¡cuántas diferencias profundas pueden observarse de unos a otros!

Por razones obvias no insistiré en el polimorfismo político de las Repúblicas latino-americanas. Bastará señalar las diferencias en la evolución política interna que se puede observar, desde la época de la emancipación, entre pueblos vecinos como Uruguay y Paraguay, Venezuela y Colombia, Costa Rica y Nicaragua.

Más diferentes todavía aparecen las Repúblicas latinoamericanas si se considera su composición étnica. Para demostrarlo, basta comparar dos pueblos vecinos, con frontera común, como Argentina y Bolivia. Argentina es una país inmenso, esencialmente poblado por razas blancas de origen europeo. El problema primordial para un país así constituído es un problema de inmigración. La gran cuestión del porvenir reside en saber con qué rapidez y con qué sinceridad se podrá asimilar, integrar a estos diferentes elementos blancos, y transformarlos en verdaderos nacionales. Bolivia, por el contrario, tiene una población en la que constituye una aplastante mayoría el elemento indígena, aymará o quichua, todavía sin asimilarse, usando aún su lengua primitiva. Su problema es un problema colonial semejante al planteado a todas las grandes potencias europeas, por ejemplo los ingleses en las Indias o en Malaca, los franceses en Indochina. Se trata de ver en qué condiciones se podrá educar a estas masas alógenas, darles poco a poco una cultura europea, e incorporarlas a la nación. Esta diferencia entre Argentina y Bolivia explica, sin duda, a lo menos, en parte, la diferencia de política exterior de ambos países en el conflicto actual. En un país como Argentina, completamente europeizado, las consideraciones de orden económico prevalecen mucho más que en Bolivia, donde una minoría de origen español tiene que gobernar y

dirigir a una mayoría bastante amorfa de elementos indígenas.

He escogido dos ejemplos particularmente característicos. Entre el aspecto argentino y el aspecto boliviano, es fácil encontrar todos los matices, todos los intermediarios, todos los estadios de una evolución sumamente diversa. Países como Perú, Ecuador, Colombia, México también tienen una población indígena que constituye una mayoría o una minoría importante de la nación. Pero mientras en Bolivia, por ejemplo, la asimilación de las razas autóctonas apenas se ha iniciado, en México, merced a un esfuerzo continuo desde la caída del gobierno de Porfirio Díaz, esta asimilación ha realizado progresos considerables. Séame permitido aquí recordar el papel magníficamente humano desempeñado en esta obra por un hombre que me honró con su amistad, y cuya desaparición prematura fué verdaderamente lamentable: Moisés Sáenz.

En otras regiones de América, el problema se complica aún más por la intervención de un nuevo elemento étnico, el elemento negro, de origen africano, introducido por la esclavitud y promovido al rango de ciudadano por la emancipación. En el Brasil, por ejemplo, este aspecto del problema es el aspecto esencial, por lo que la población india o ha desaparecido o no ejerce en el desarrollo del país ningún papel. Colombia tiene que asimilar, a la vez, una población indígena y una población negra.

Tampoco en todos los países donde encontramos un elemento considerable de origen indio, el problema se plantea del mismo modo. En ciertas repúblicas, los indios han olvidado su lengua nativa para adoptar el español, por ejemplo en Colombia; en otras, Perú, Bolivia, Ecuador, México, las lenguas indígenas están todavía tan vivas que no es raro encontrar indígenas que aún no hablan el español.

Aun en las fronteras de un mismo país, y según sus regiones, el problema no es idéntico. El Perú costeño, casi enteramente de población blanca, se opone al Perú de la Cordillera, donde predomina la raza india. Lo mismo sucede en Ecuador. En Chile, el problema indio se localiza en la región limitada donde viven los araucanos, mientras

que en todo el resto del país, donde prevalecen las colonias de origen europeo, la situación se emparenta con la de Argentina. En el Brasil, la influencia negra, tan importante en todo el litoral septentrional y oriental, desaparece del todo en las provincias meridionales pobladas por colonos blancos.

De todas estas consideraciones resalta que, desde el solo punto de vista de la evolución cultural y de la composición étnica, hay en América latina múltiples aspectos, resultan forzosamente ignorados en un estudio apresurado y superficial.

En América latina, el prejuicio de raza prácticamente no existe. Sin embargo, todavía se advierten diferencias entre sus diferentes países. México lo desconoce por completo. En Ecuador hay aún, en las clases altas de la sociedad, orgullosas de la pureza de su sangre, un cierto desprecio hacia los Indios. A pesar de esto, puede decirse que en América latina no hay ningún obstáculo teórico para forjar unidades nacionales con los elementos étnicos tan diferentes que constituyen estos países.

Si esta unidad nacional, cultural y física no está aún realizada, ello no depende de una oposición sistemática contra el mestizaje, como la que encontramos en América del Norte con relación a los negros, sino más bien del obstáculo que la Naturaleza opone a la buena voluntad de los hombres. Este factor ha obrado de un modo particularmente evidente en Colombia. La dificultad de las comunicaciones entre las diferentes partes de la gran República ha sido, hasta época muy reciente, sumamente grande. Para ir de Barranquilla, el puerto del Atlántico, a Bogotá, se necesitaba de 15 a 22 días; para ir de Pasto, la ciudad más meridional, a la capital, eran precisos 40 días y se decía graciosamente que antes de emprender tal viaje convenía hacer testamento. Entre las grandes ciudades como Medellín y Bogotá, el viaje exigía doce días muy penosos. Podrían multiplicarse estos ejemplos.

La consecuencia de tal estado de cosas fué que brotó un regionalismo sumamente pronunciado en las diferentes provincias de Colombia, y que el desarrollo de cada una de ellas se hizo de un modo casi completamente aislado.

Así se han constituído una mentalidad y un tipo antioqueño, bogotano, nariñense, con caracteres y tendencias muy distintas y marcadas, y aun con dialectos especiales de la lengua común. Se pudiera hacer una colección de chistes que expresan los antagonismos que resultaban de este desarrollo autónomo de cada departamento. Aun en tiempos felizmente ya pasados, estos antagonismos se manifestaron en tendencias separatistas. Esto explica ciertos acontecimientos históricos casi contemporáneos: por ejemplo, la facilidad con que la región de Panamá se separó del país colombiano, hace unos cuarenta años. Desde hace unos quince, se ha dejado sentir un gran factor de unificación de la nación colombiana: la construcción de carreteras y, sobre todo, el desarrollo extraordinario de la aviación comercial. Colombia ha sido dotada de una red de líneas aéreas, sumamente densa, que no tiene paralelo, según creo, en ningún otro país de América del Sur. Merced a esta red, las provincias hasta entonces aisladas han podido establecer comunicaciones frecuentes y rápidas. Por ejemplo, ahora el viaje de Bogotá a Barranquilla se realiza en dos horas y media, a Pasto en seis horas, a Medellín en cincuenta minutos. Las relaciones comerciales se han fortalecido con uniones de familia, los intercambios culturales se han multiplicado. La prensa capitalina ha podido penetrar hasta los rincones más apartados de la República.

Se cuenta que en la capital hay ahora 80,000 habitantes de origen antioqueño. Hemos presenciado, pues, en un lapso de tiempo muy reducido, en Colombia, un fenómeno, muy reciente y sumamente interesante para el porvenir del país: la intercomunicación y acercamiento de poblaciones que, hasta la fecha, se habían desarrollado de un modo casi completamente aislado. Es claro que esta intercomunicación es todavía demasiado reciente para haber producido todos sus efectos, y especialmente una mezcla perfecta de todos los elementos étnicos del país; Colombia no ha alcanzado todavía ni su unidad física, ni su unidad cultural, ni aun su unidad lingüística, pero es evidente que tiende con una rapidez cada día más acelerada a realizar esa triple unificación. No hay duda que, en

otras Repúblicas de América latina, se está produciendo en los últimos años un fenómeno parecido, aunque menos brusco. Constituye un espectáculo sumamente curioso e instructivo: ver a un pueblo, a una nación en formación, que no sabe todavía hacia qué tipo físico, hacia qué tipo cultural orientará su equilibrio definitivo.

Esta incertidumbre respecto al porvenir de la raza y de la civilización colombianas, que existe también para muchos otros pueblos de la América latina, no deja de inquietar a excelentes espíritus, que se preguntan con verdadera ansiedad cuál habrá de ser el resultado último de este revoltillo que presencian y de crear, en algunos, un inquietante complejo de inferioridad.

Uno de los más ardientes patriotas que conocí en Bogotá, hombre de ciencia dedicado esencialmente a estos problemas, me hablaba con frecuencia de la "anarquía física" que advertía en los tipos humanos de sus conciudadanos, anarquía que él tendía a interpretar como una verdadera enfermedad colectiva. Supongo que en muchos lugares de América hay hombres que comparten estas angustias.

Creo que el estudio de la prehistoria de Europa proporciona datos que permiten afrontar con serenidad la evolución física del tipo americano en todas las regiones donde el mestizaje, ya con la raza india, ya con la raza negra, ya con ambas razas, interviene de un modo poderoso. La prehistoria europea nos ofrece, en efecto, un ejemplo del todo semejante al que actualmente se registra en la mayoría de las poblaciones de América latina. Durante el Cuaternario superior, en Europa occidental, se han encontrado restos de tres tipos humanos comparables a los que ahora en el Nuevo Mundo se están afrontando y mezclando: la raza de Cro-Magnon, que era seguramente blanca, la raza Chancelade, sin duda amarilla, y la raza de Grimaldi, que se emparenta con las razas actuales de Africa y de Oceanía. Del cruce de estas tres razas, y de la mezcla posterior con otros elementos étnicos aportados por las invasiones ulteriores, ha salido la población francesa y de la Europa occidental. Sin jactancia, puede

decirse que este mestizaje no ha dado, ni desde el punto de vista físico ni desde el punto de vista cultural, muy malos resultados.

Hechos absolutamente similares han ocurrido en el otro extremo del Viejo Mundo, en la China oriental. En una cueva de la célebre región de Chu-Ku-Tien, cerca de Pekín, no lejos del yacimiento donde se desenterraron los restos del *Sinanthropus pekinensis*, se han encontrado, en 1933, en una capa perteneciente con seguridad al Cuaternario superior, los restos de siete individuos (4 adultos, 1 adolescente y 2 niños). Tres de estos cráneos han sido estudiados con todo cuidado por Franz Weidenreich. Uno, que perteneció a un hombre de 60 años, poco más o menos, se emparenta netamente con la raza de Cro-Magnon. El segundo, femenino, presenta las más grandes analogías con los cráneos neolíticos del alto Tonkin y los cráneos melanésicos actuales. El tercero, también femenino, se asemeja a un cráneo esquimal moderno. Todas las poblaciones del oriente asiático descienden de la mezcla de estos tres tipos humanos cruzados con otros invasores posteriores.

Las situaciones de la Europa occidental y del Asia oriental en la época del Cuaternario Superior resultan, pues, idénticas, y es probable que, cuando se realicen investigaciones detenidas en la Europa oriental y en el Asia occidental y central, podrá establecerse un vínculo entre los dos núcleos humanos ya identificados. De todos modos, este aspecto étnico de la Europa occidental y del Asia oriental, en el Cuaternario Superior, se asemeja de un modo extraordinario al aspecto étnico actual de muchas Repúblicas de la América latina, y autoriza a predecir con certeza que, cuando se logre el equilibrio entre los elementos étnicos que ahora se están mezclando a nuestra vista, el resultado no será inferior al logrado en Europa o en Asia.

Otra observación de suma importancia merece ser apuntada aquí. El estudio de la evolución humana en América, tanto en la época precolombina como desde la época colonial, demuestra que la sangre negra, por efecto de los cruzamientos con los blancos y los indios, se eli-

mina progresivamente. Río de Janeiro era, todavía hace un siglo y medio, una ciudad negra, y ahora es esencialmente una ciudad blanca, a pesar de que el fenómeno no puede explicarse ni por una inmigración masiva de elementos europeos, ni por una disminución de la fecundidad de los negros trasplantados. Esta eliminación de la sangre negra es patente, también, en otros puntos de la costa brasilera, en Pernambuco, por ejemplo.

En Colombia, un estudio detenido de los grupos sanguíneos en poblaciones aparentemente negras, aisladas en medio de poblaciones indias, demuestra que es el grupo O, característico de los indios, el que prevalece en el mestizaje.

Naturalmente, para participar de mi optimismo, es preciso creer que todas las razas humanas, a pesar de que no han alcanzado el mismo nivel, tienen la misma potencialidad de desarrollo; en otros términos, que no hay razas superiores y razas inferiores innatas. Quisiera citar, en apoyo de esta opinión, una observación que para mí tiene el valor de un experimento.

En el curso de una exploración etnológica, por un concurso de circunstancias que sería superfluo relatar aquí, un sabio francés recogió a una niñita de 16 meses poco más o menos, perteneciente a una de las tribus indígenas más atrasadas de América del Sur, los Guayakí. Bastará con mencionar que esta tribu no tiene todavía habitaciones fijas, que no conoce la agricultura ni el hierro ni la alfarería y que se alimenta esencialmente con miel de abejas salvajes. Mi amigo adoptó a esta niña y la educó como si fuera una hija propia. Ahora tiene catorce años, habla francés como una parisiense y español con absoluta corrección. En sus estudios, se muestra igual y aun superior a la mayoría de sus compañeras blancas. Nada en sus inclinaciones, en sus tendencias morales o en su inteligencia, la diferencia de ellas. Insisto una vez más en el hecho de que esta niña no fué escogida, y que fué una pura casualidad la que determinó su cambio de medio.

Apoyándome en esta nota de optimismo justificado por los hechos, concluyo estas observaciones sobre la América latina.

LOS COLOSOS DE TULA

Por *Jorge R. ACOSTA*

En las presentes líneas doy a conocer una serie de notas relacionadas con las últimas exploraciones arqueológicas efectuadas en las ruinas de Tula, Hgo., que en cierta forma vienen a ser un complemento de las publicadas en el número de esta revista correspondiente a Marzo-Abril del año próximo pasado. No tienen más pretensión que la de anticipar algunos de los aspectos y conclusiones a que se ha podido llegar últimamente conforme a los recientes descubrimientos en el campo.

Nuestros esfuerzos, como ya lo presentíamos hace más de dos años, no se han visto defraudados, y nuestras esperanzas en futuros hallazgos las hemos visto plenamente cristalizadas.

Como se recordará, el hallazgo de grandes segmentos de piedra esculpidos, correspondientes a pilares y a un gran ídolo, se efectuó en la cara norte del montículo vulgarmente conocido bajo el nombre de la Luna. Al continuar la exploración en dicho lado nos percatamos de que al eje del montículo se prolongaba una cala precortesiana, la que una vez descubierta nos reveló un nuevo camino por seguir en la búsqueda de piedras esculpidas.

A medida que se avanzaba dentro del montículo fueron apareciendo más segmentos esculpidos. En la actualidad se ha llegado más allá del centro de la pirámide. El total de las secciones esculpidas halladas últimamente es de 17, que sumadas a las anteriores producen un total de 28 segmentos.

Ya con este número, hemos podido darnos cuenta de que las piedras esculpidas corresponden a tres diversos detalles arquitectónicos diferentes, a saber: pilares, colum-

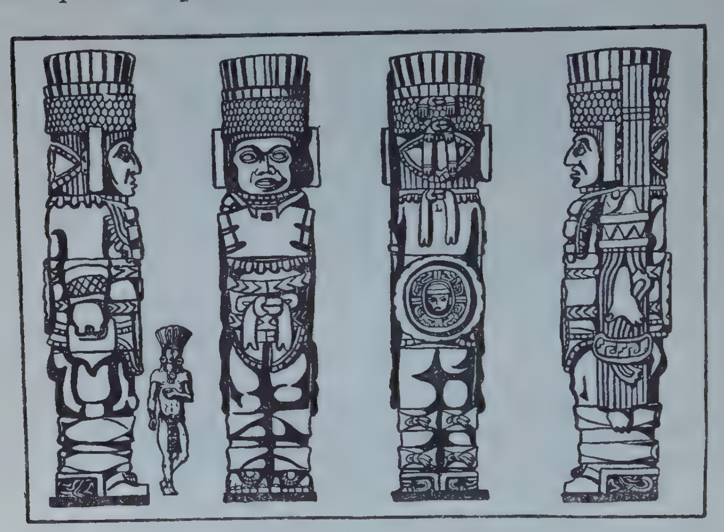


Dibujo de las cuatro caras de cada uno de los pilares.

nas y cariátides, todos ellos elementos de que estaba formado el templo superior del mencionado edificio, y que a la destrucción de la ciudad, fueron derribados para ser llevados a otra parte o simplemente para ser enterrados en el seno de la misma pirámide que les sirviera de base de sustentación. En la actualidad ya se puede determinar el número de cada una de estas piezas, que según los datos obtenidos en el terreno son: cuatro pilares, cuatro cariátides y dos columnas en forma de serpiente. Cada uno de estos elementos arquitectónicos tiene una altura de 4.60 metros, que debió ser la altura interior del templo.

Puesto que ya se hizo la descripción de los motivos escultóricos que decoran los pilares,[1] en las presentes líneas nos limitaremos a describir los otros dos elementos restantes mencionados.

Lo que en un principio habíamos creído ser un gran ídolo resultó que era una de las cuatro gigantescas cariátides que con posterioridad se fueron descubriendo. El



nombre de cariátide creemos que es el más apropiado para esta clase de esculturas, debido a la función que desempeñaban, que era la de sostener con la cabeza las vigas del techo, a semejanza a las clásicas. Estas cariátides son inmensos colosos, únicos en América por su talla y concepción. Son representaciones masculinas con atributos que más adelante analizaremos. Cada una de ellas está formada por cuatro secciones que se unen por medio de espiga y caja, al igual de los pilares ya descritos.

Las cuatro cariátides son idénticas. He aquí la descripción de una de ellas:

Se trata de la representación de un guerrero lujosamente ataviado y decorado, a semejanza a los esculpidos en los pilares. Su tocado está constituído por una banda celeste con representaciones de luceros que remata en plu-

[1] Cuadernos Americanos, 2, Marzo-Abril 1942, p. 121.

mas de águila. Los amarres del tocado cuelgan por la parte posterior de la cabeza, sobre los largos cabellos. Sus orejeras son cuadrangulares y la decoración facial es a base de rojo y de azul. En la nariz lleva huellas de haber portado además una nariguera, quizá de jade.

En términos generales, la manera como están tratados los rasgos fisonómicos de la cara es, además de fuerte, definitiva, pues con un mínimo de planos queda plasmado el gesto y la expresión, dando un gran realismo a la escultura.

Sobre el pecho lleva un gran pectoral que estiliza la forma de una mariposa sobre una serie de collares de cuentas. En la parte correspondiente a la cintura ostenta un cinturón que sostiene, en la parte posterior del individuo, la hebilla que en mexicano se llama *tezcacuitlapilli* y que no es otra cosa que un adorno en forma de un disco solar que tiene los siguientes elementos: al centro una cara humana relacionada con los ritos solares, que está rodeada de círculos concéntricos que enmarcan cuatro serpientes de fuego o *xiuhcoatl*, separadas entre sí por rayos solares.

Lleva un corto *maxtlatl* anterior, ajorcas y tobilleras y preciosos *cactlis* adornados con serpientes emplumadas. En la mano derecha lleva un *atlatl* o tiradera y en el brazo izquierdo un brazelete de plumas de quetzal de las que emerge la mano sosteniendo un *hulche* o espada de madera y los dardos de la tiradera, amén de una bolsa de copal.

Toda la enorme escultura estuvo policromada a base de colores primitivos, teniendo una decoración corporal distintiva que se relaciona con los sacrificados, o sea aquella que se traza en líneas paralelo-longitudinales.

El otro elemento arquitectónico hallado últimamente corresponde a las columnas talladas en forma de serpiente. De éstas, en la actualidad no tenemos sino dos secciones que corresponden a dos arranques de columna. Son cilíndricas y están esculpidas en bajo relieve y policromadas. Aunque incompletas, nos dan una idea exacta de la clase de columnas a que pertenecen, se trata de aquellas ya ampliamente conocidas, que tienen la cabeza descansando so-

bre el suelo, el cuerpo de la serpiente sirviendo de fuste y la cola de cascabeles haciendo de capitel para sostener los dinteles de la entrada, como es claro el caso en el frontis del templo de los Guerreros de Chichén Itzá.

Ya al final de la última temporada de exploraciones, se intentó armar algunas de las piezas, pero en vista de que no se contaba con todos los elementos adecuados para tal efecto no se pudo completar el trabajo.

El estado de destrucción en que se encontraba el montículo de la Luna era bastante avanzado, debido no sólo a la obra del tiempo y de los elementos naturales sino, como posteriormente se ha podido determinar, a la toma de esta ciudad por los Aztecas.

Sin embargo, en el curso de las exploraciones se han podido rescatar de entre los escombros de la pirámide casi todos los elementos arquitectónicos que son necesarios para la reconstrucción hipotética de este edificio, así como del templo superior. A continuación daremos una idea de lo que pudieron haber sido ambos cuando se encontraban en uso.

El ascenso al edificio se hacía por el lado sur,[2] es decir, desde la gran plaza. Una corta escalera servía para salvar la diferencia de niveles entre la plaza y la plataforma en que está asentado el montículo de la Luna. Sobre esta plataforma existía un gran portal abierto, de pilares cuadrangulares, sosteniendo un techo corrido. Este portal servía de estrado a la escalera de la pirámide, que como en el caso del Templo de los Guerreros de Chichén Itzá, emerge debajo del portal mencionado.

La pirámide constaba de cinco cuerpos escalonados de talud y tableros decorados con losas esculpidas en bajo relieve con representaciones de águilas, zopilotes, ocelotes y un ser mítico apodado *Acolacatl.* Toda la pirámide estuvo pintada de blanco.

Al fondo de la plataforma superior de la pirámide existía un templo de grandiosas dimensiones. La fachada de este templo (que daba igualmente al sur) tenía una en-

[2] Los edificios de Tula no guardan una relación exacta con el N. astronómico, sino que acusan una desviación aproximada de 17° al E. del N. astronómico.

trada monumental con tres claros de acceso, determinado por dos grandes columnas talladas en forma de serpiente que sostenían los dinteles de madera. Sobre éstos venían una serie de frisos y cornisas decoradas con diversos motivos arquitectónico-decorativos, tales como pequeñas columnitas, *chalchihuites* y serpientes emplumadas cuyas fauces convergían al centro de la fachada. Rematando la techumbre del inmenso templo venían blancas almenas. Todos estos elementos decorativos se han encontrado en el curso de las exploraciones.

El inmenso claro interior del templo era una estancia sembrada de pilares y cariátides en dos filas de cuatro. Entrando, la primera hilada corresponde a la de las cariátides y la segunda a los pilares. Semejante distribución enmarcaba el altar del fondo sostenido por pequeñas figuras humanas en funciones de atlantes.

Ante tanta magnificencia, no podemos menos de pensar que el nombre de Toltecas con que apodaron pueblos posteriores a los constructores de estos templos y pirámides, estaba más que justificado, y el porqué pueblos sin cultura propia como los Aztecas, se designaron a sí mismos descendientes de aquéllos cuya cultura destruyeron.

El señor Hugo Moedano, compañero nuestro en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, ha hecho un estudio profundo acerca del simbolismo de todos los motivos ornamentales y arquitectónicos que se encontraron en la exploración de este edificio, llegando a la conclusión de que el tradicionalmente llamado montículo de la Luna estuvo dedicado y bajo la advocación de *Tlahuizcalpantecuhtli*, manifestación nocturna de *Ehecatl-Quetzalcoatl*, o sea Venus, el lucero de la tarde. El señor Moedano ha dado las primicias de sus estudios ante los asistentes del VI Congreso Nacional de Historia, reunido recientemente en la ciudad de Jalapa. En términos generales sus conclusiones están basadas sobre el conjunto de elementos que recuerdan a cada paso el dios mencionado, tales como ocelotes, águilas, zopilotes, guerreros y sus atributos, la decoración facial y corporal de las cariátides así como sus diversos ornamentos y los elementos que más adelante se señalarán al hablar del *coatepantli.*

Otro de los interesantes descubrimientos últimos lo constituye un vistoso *coatepantli* o muro decorado por ambos lados con representaciones de serpientes y que limita por el lado norte la pirámide dedicada a *Tlahuizcalpantecuhtli.*

Este muro se había desplomado casi en su totalidad, y por una verdadera suerte encontramos todas las piedras correspondientes a la cara sur de esta estructura, tiradas sobre el suelo en el mismo orden en que estuvieron colocadas en el muro. Sólo de esta manera fué posible volverlas a colocar en su sitio.

El *coatepantli* es un muro de 2.20 metros de altura (sin contar el remate de las almenas), compuesto por un tablero por ambas caras. El tablero está formado por tres fajas de losas esculpidas en bajo relieve y policromadas, separadas entre sí por cornisas. Las fajas, superior e inferior, están decoradas con grecas escalonadas que nos recuerdan a la Mixteca. Estas, enmarcan la central, que es más ancha que las anteriores y que está decorada con un mismo motivo repetido a todo lo largo de los cuarenta y tantos metros del *coatepantli,* y que es una serpiente devorando un ser semidescarnado, que no es otra cosa que la representación del mencionado dios estelar *Tlahuizcalpantecuhtli-Quetzalcoatl.* El remate del muro lo constituye una serie interrumpida de blancas almenas que representan caracoles marinos cortados transversalmente.

Tanto los conquistadores, Bernal Díaz entre ellos, y los frailes cronistas del siglo XVI mencionan a menudo la existencia de este motivo arquitectónico que se llama *coatepantli,* pero sólo ahora, gracias a los modernos procedimientos científicos de exploraciones arqueológicas en el campo, se ha podido salvar el único ejemplar conocido hasta la fecha.

Cuatro temporadas de exploraciones nos dan la suficiente autoridad para ir apuntando algunas conclusiones, rectificar múltiples errores que se tenían por verdades y abrir en cierto modo nuevos caminos de investigación.

Desde luego, es indiscutible que los restos arqueológicos de Tula, Hgo., identifican a esta zona como la sede del gran pueblo Tolteca, de que nos hablan los cronistas



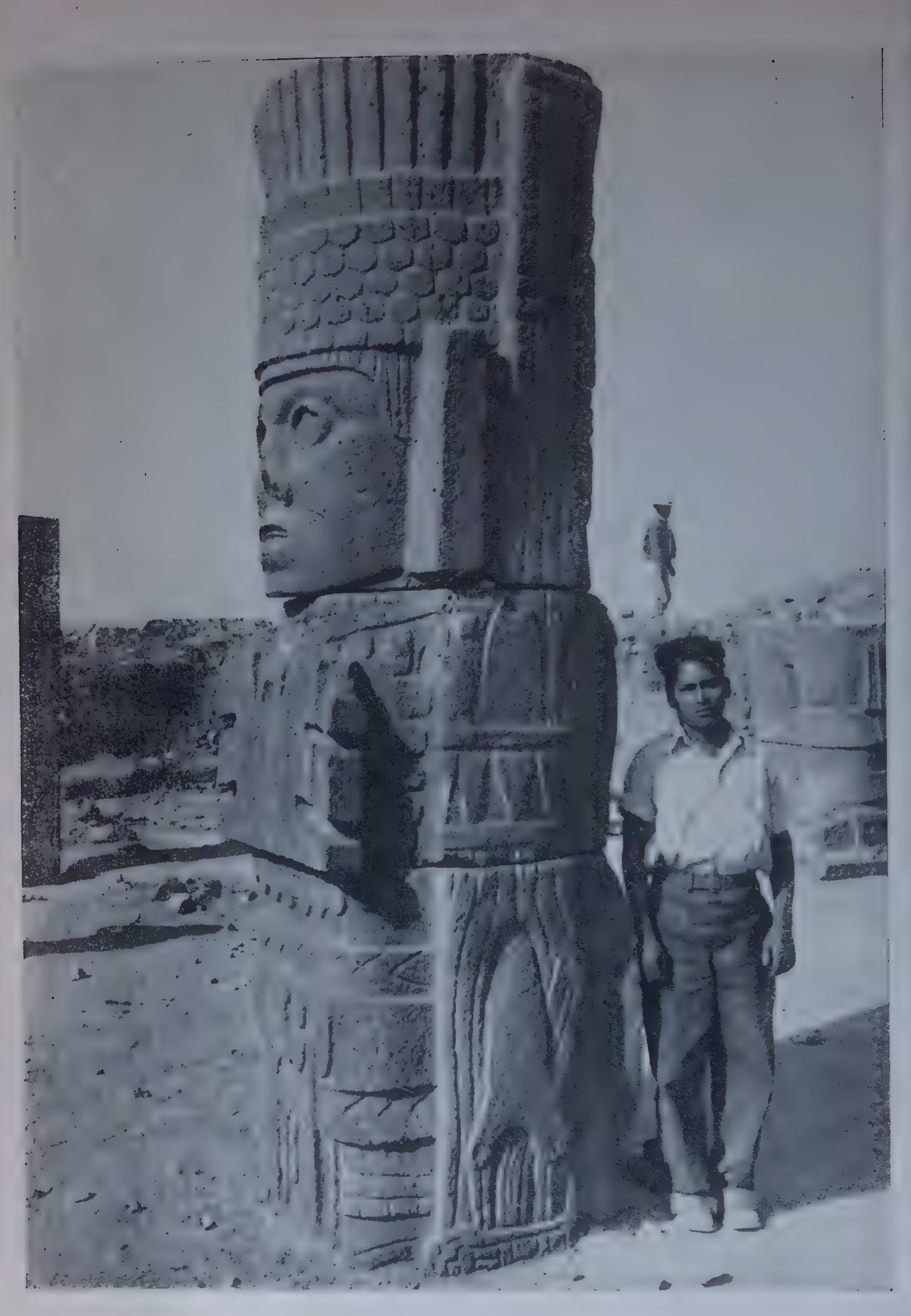
Vista general de algunos de los pilares y cariátides sobre el fondo de la Pirámide de Tula, Hgo.



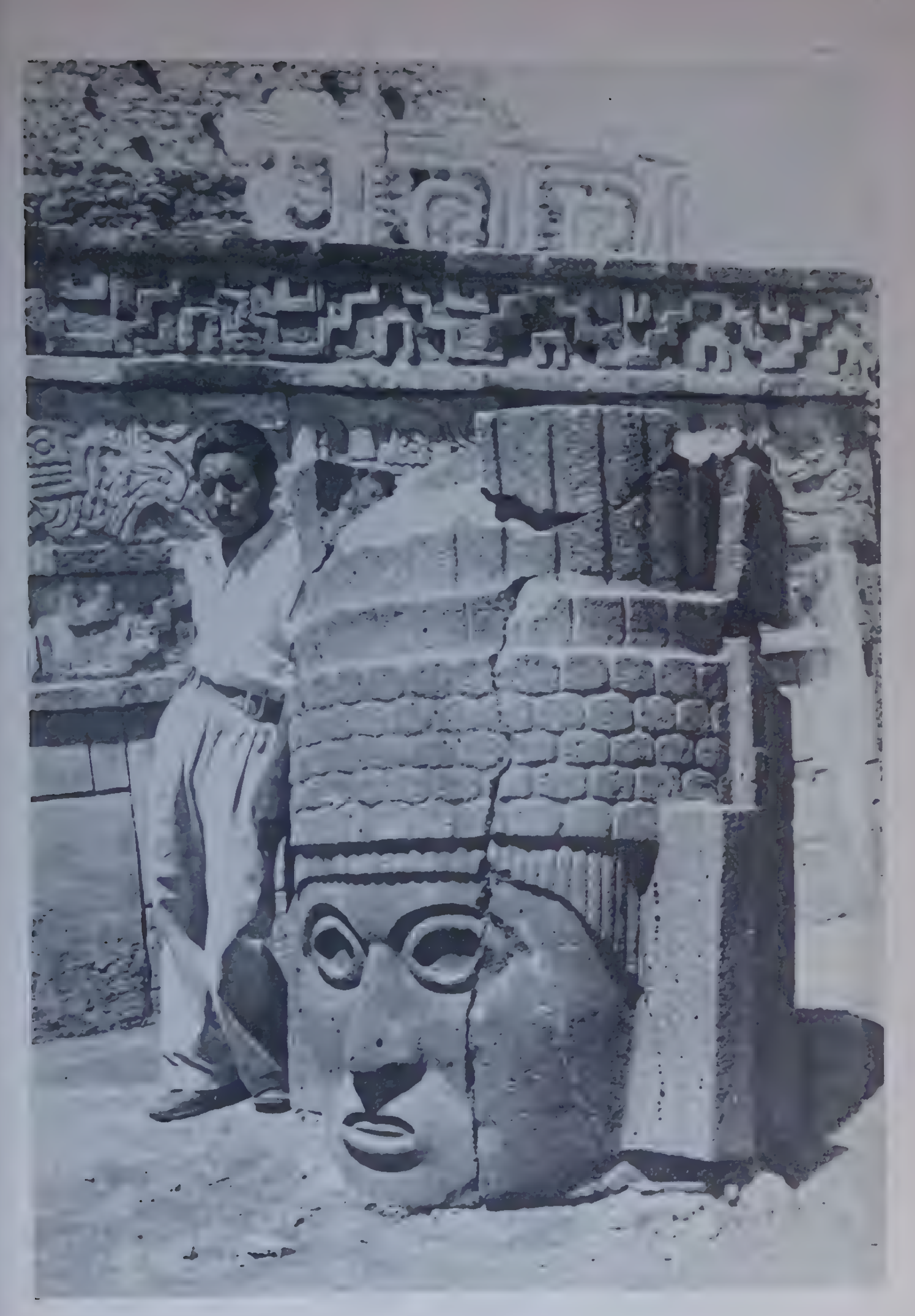
Vista general de las cariátides.



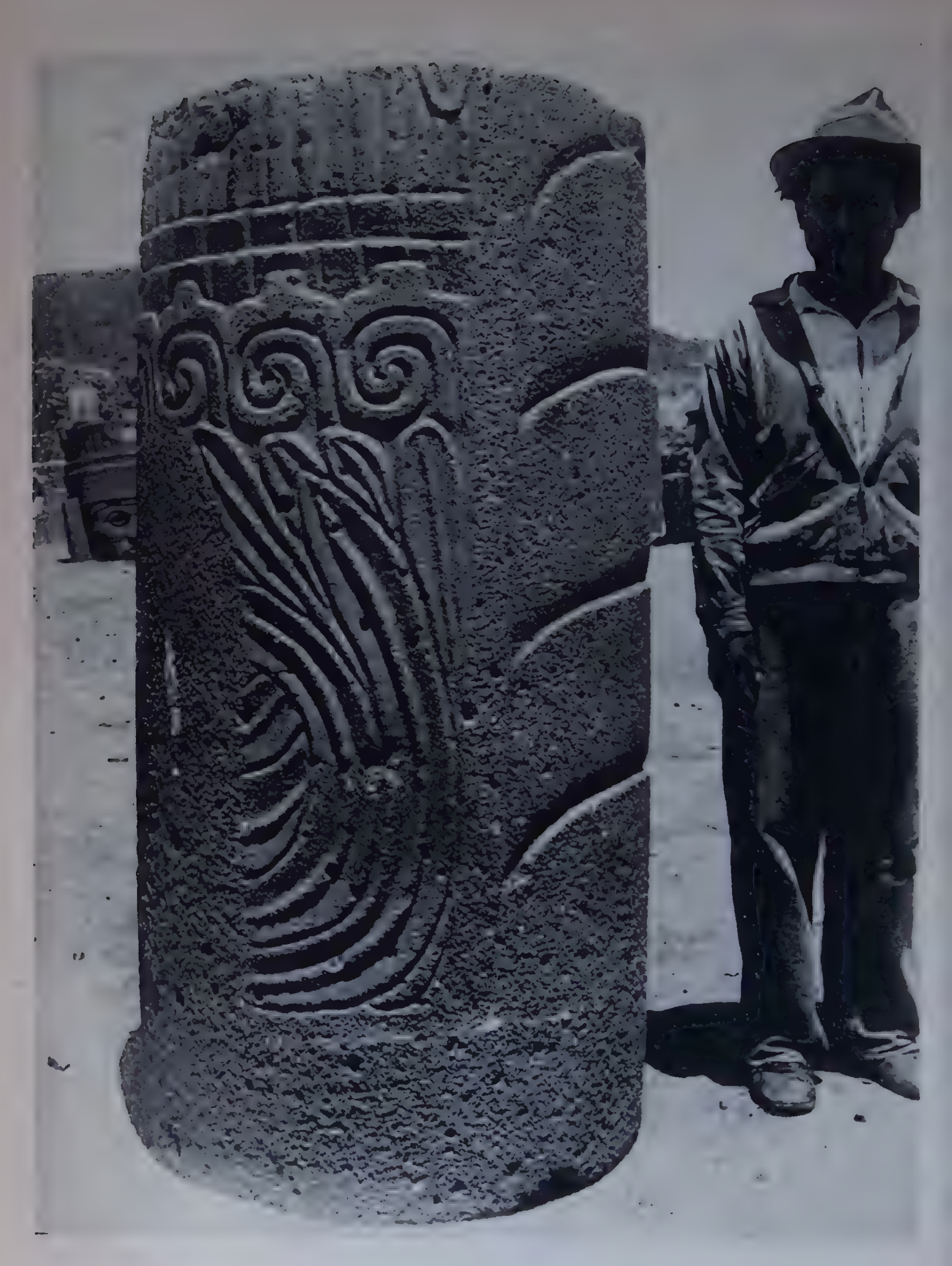
Una de las cariátides, de 4.60 mts. de altura. Está sin cabeza.



Una de las cariátides que tiene 4.60 mts. de altura. Le faltan las piernas.



Cabeza de una cariátide.



Un segmento de columna esculpida en forma de serpiente emplumada.



Tablero decorado de la pirámide de *Tlahuizcalpantecuhli.*



Lado norte del *coatepantli.*

e historiadores, y no Teotihuacán, como se había venido pensando hasta hace poco. Por otra parte, se ha podido ratificar que los llamados "mexicanos" que llegaron a Yucatán allá por el año de 1194 y que influenciaron tan profundamente a la cultura Maya, no son más que una de las olas migratorias que salieron de Tula, Hgo., a raíz de su destrucción. Los motivos arquitectónicos, el sentido con que se trazó el nuevo Chichén, nos están revelando que sólo pudieron ser gentes de Tula las que inyectaron su nueva manera de concebir las cosas. No de otra manera encontraremos en el Templo de los Guerreros de Chichén-Itzá, una réplica del edificio dedicado a *Tlahuizcalpantecuhtli,* de Tula, Hgo.

Por otra parte, el estudio de la cerámica estratigráfica de la región nos ha proporcionado algunos datos de sumo interés. La cerámica conocida bajo la denominación de *Mazapa,* y que hasta hace poco era de un carácter puramente local, ha venido a ocupar un lugar preeminente, ya que viene a ser el prototipo de la cerámica de la cultura Tolteca, en lugar de la Teotihuacana como erróneamente se consideraba sin ningún fundamento científico. En Tula, sede de los Toltecas, no se ha encontrado un solo tepalcate Teotihuacano hasta la fecha. (Se han revisado más de 100,000 tepalcates).

La cerámica estudiada nos ha servido para saber cosas que no se sabían y para rectificar muchos errores, pero a la vez nos ha venido a complicar los escasos conocimientos de que se dispone. Por ejemplo: la Historia nos dice que la destrucción de Tula se efectuó a mediados del siglo XII; por otra parte los datos del campo han venido a demostrar que la destrucción de Tula la hicieron las gentes que fabricaban la cerámica llamada *Azteca II.* Ahora bien, todos los investigadores sostienen que el *Azteca II* lo podemos situar al final del siglo XIII, o sea más de cien años después de la caída de Tula. ¿Que sucede entonces? Tenemos que remontar la fecha del *Azteca II* o tenemos que adelantar la de la destrucción de Tula, lo que es menos factible debido a que la fecha está basada en crónicas y petroglifos.

La posición cronológica de un tipo de cerámica llamado *Coyotlatelco* ha resultado ser otra espina de discordia. Este tipo de cerámica, reconocido desde hace cuarenta años, ha sido considerado como una manifestación tardía, en parte contemporáneo del *Azteca* y hasta ligado con este último. Los pozos estratigráficos en Tula, Hgo., han demostrado lo contrario. El tipo *Coyotlatelco* se encuentra en los niveles más profundos, casi sobre la roca y en asociación con las primeras manifestaciones de la cerámica del llamado tipo *Mazapa*. El *Coyotlatelco* desaparece por completo en las capas superiores donde empieza a aparecer la cerámica del *Azteca II*.

Desgraciadamente los nuevos problemas que ha provocado la cerámica de Tula no podemos aún resolverlos en un sentido o en otro, hasta nuevos trabajos en el campo. Los nuevos datos nos autorizan a afirmar que existen graves errores en la interpretación de la cerámica, pero no permiten hacer mayores comentarios.

El entusiasmo y la buena fe de los primitivos investigadores no contaba con la ayuda de la técnica, a la sazón bastante deficiente, y de esta manera sus conclusiones a veces adolecen de falsas interpretaciones. De suerte que, partiendo de bases falsas, enredaron la cronología de tal manera que materialmente es imposible colocar el desarrollo lógico de una cultura donde los casilleros cronológicos preestablecidos las amontonaban, sobre todo en los siglos que precedieron al XVI. Afortunadamente tenemos la fecha de la conquista, si no, seguramente alguno hubiera colocado al *Azteca IV* en el siglo XVII.

ASPECTOS DEL PENSAMIENTO MORAL DE GALDÓS

Por *Angel del RIO*

Hacia una revisión necesaria

FECHA propicia la del centenario de Galdós —que ahora se celebra— para meditar sobre la significación del mayor novelista español del siglo pasado. Urge, ante todo, rectificar el mal disimulado desvío que hacia él ha mostrado una parte considerable de los escritores contemporáneos. Raros han sido los críticos de algún valor que en nuestro tiempo se han acercado a Galdós con mente limpia de prejuicios. Los pocos que así lo han hecho han podido percibir ya en su obra el relieve de las creaciones perdurables.[1] Nadie ha disputado a Galdós la gloria de ser el más fiel cronista de la realidad española del siglo XIX ni que sus libros sean tesoro inagotable de observación. Pero algunas de sus facultades artísticas de mayor rango, entre ellas, el humor de su fantasía y la serenidad de su espíritu al enfrentarse con la dramática coyuntura de una España escindida en permanente discordia civil, no se han subrayado suficientemente aunque hayan sido señaladas

[1] Entre los escritores españoles que en los últimos veinte años han reconocido claramente la superioridad de Galdós y la universalidad de su obra, cabe recordar a Madariaga *(Semblanzas literarias contemporáneas)*, Onís *(Valor de Galdós*, en *Nosotros*, 1928, LX y *Ensayos sobre el sentido de la cultura española)*, y Pérez de Ayala *(Las máscaras)*. También Díez Canedo, Marañón y Luis Bello han hablado con admiración de la obra galdosiana. Desde hace años Joaquín Casalduero, profesor de Smith College, estudia con detención a Galdós. Ha publicado ya algunos artículos sobre aspectos parciales de su obra y, según tenemos entendido, tiene en prensa un libro completo sobre el autor de los *Episodios Nacionales*.

en ocasiones. Esa serenidad suya fundada en un sentido liberal, religioso y humano de la vida, encierra para nosotros hondas enseñanzas, al punto que si otras razones de índole puramente artística no lo justificaran, haría casi imperativo el retorno a Galdós.

En plena guerra española, una escritora que se había distinguido entre los entusiastas de la nueva literatura —poco favorable, por tanto, a estimar los valores del arte realista—, Rosa Chacel, publicó en *Hora de España* (núm. II, feb. 1937) un breve artículo con un título significativo: "Un hombre al frente; Galdós". Recogiendo el sentimiento colectivo del doloroso trance, cuando la juventud literaria empezaba a hacer examen de conciencia tratando de volver a las raíces entrañables de lo hispánico, Rosa Chacel escribía:

> Cada pueblo y cada hombre debe escarbar en su propio tesoro hasta encontrar el oro puro que para muchos no será más que una palabra, acaso un nombre.
>
> Estas líneas están escritas únicamente para esto, para hacer sonar un nombre; para recordarle, para hacerle revivir entre lo más vivo, destacar desde lo más hondo hasta lo más alto, para que despierte de la fría memoria a la inflamada actualidad que al incorporársele purificará aún más la luz de su llama: Galdós.

Y como lección suprema de confianza en el destino de España, en aquella hora grave y comprometida como ninguna otra de su azarosa historia, recordaba las palabras de emocionante videncia esperanzada que Galdós escribió al final de *Zaragoza,* después de describir con sombrías tintas goyescas el desfile por El Coso de los escasos supervivientes en la defensa de la ciudad aragonesa. Habla allí de las "grandes subidas y bajadas", los "grandes asombros y sorpresas", las "aparentes muertes y resurrecciones" que la Providencia tiene reservadas a los españoles, "porque su destino es poder vivir en la agitación como la salamandra en el fuego", y añade, "pero su permanencia nacional está y estará siempre asegurada".

¡Supremo optimismo nacido de haber meditado largamente sobre el sentido trágico que la vida y la historia tienen para el español.

Aquel llamamiento de Rosa Chacel tuvo, al parecer, escaso eco.[2] Todo hace pensar, sin embargo, que nos hallamos hoy en situación de espíritu favorable a una verdadera comprensión del mundo galdosiano, salvada la crisis valorativa de la generación siguiente: la del 98 y el modernismo.

Como es sabido, aquella generación alzó bandera contra la literatura anterior y aunque Galdós fué de los pocos escritores respetados, no salió enteramente ileso en la liquidación revisionista. Se insinuó entonces —recuérdense los severos juicios de Unamuno— que ni su arte ni su concepción de la vida rebasaban gran cosa la mediocre categoría espiritual de la realidad madrileña retratada en sus novelas. Faltaba en ellas un sentido filosófico trascendente y faltaban las poderosas individualidades que yerguen su personalidad heroica ante el destino. Comparados con los rebeldes protagonistas del drama ibseniano o con los héroes atormentados de la novela rusa, los personajes de Galdós aparecían como seres enteramente vulgares, carentes de substancia ideológica. Conclusiones fáciles de comprender en un momento de exaltación individualista, caracterizado por influencias como la de Ibsen, Carlyle y Nietzsche.[3]

---

[2] Tan sólo otra mujer, María Zambrano, en quien la guerra descubrió una honda y soterrada emoción de lo hispánico, volvió a hablar de Galdós (véase la misma revista, núm. XXI, sept. 1938), dedicando un penetrante artículo a *Misericordia*, justamente la misma novela que nosotros vamos a estudiar como clave del pensamiento moral de Galdós.

[3] Típico de aquella actitud nos parece, por ejemplo, el siguiente juicio de Tenreiro, en el que no es difícil descubrir un eco de las críticas de Unamuno: "Otra falta... hemos de reconocer también en estas obras y, en general, en toda la producción del autor; la carencia de una concepción general del sentido de la vida que se encarne en sus personajes y acaecimientos. Claro que no la tenía su época ni apenas comienza a tenerla la nuestra. Galdós, más que lo trascendental, ve lo pintoresco, lo gracioso, lo nimio, lo mismo en la psicología de sus figuras que en los hechos exteriores, y en medio de tanto primor de movimientos psicológicos como en sus libros hay a cada paso, de tantos diálogos llenos de verdad y descripciones de escenas naturales rebosantes de vida, falta una de esas grandes páginas en que aparece expresado algo fundamental de la existencia humana que a veces encontramos en Balzac, en Dostoyewsky o en Tolstoy", R. M. Tenreiro, "Galdós, novelista", en *La Lectura*, 1920, XX, núm. 232, pág. 332.

Al desvío fundado en razones ideológicas se unió otro, no menor, de carácter estético, producido por lo que se consideró desaliño en el estilo. Se censuraba el que su prosa, recargada de vulgarismos, estuviese, en muchos casos modelada sobre la lengua popular tan abundante en los diálogos de sus novelas o cayese, otras veces, en las formas de la retórica tradicional que habían perdido ya toda virtualidad artística.[4]

Acusaciones precipitadas, aunque explicables y alguna no enteramente injustificada. El desvaloramiento y aun la negación de lo precedente obedecen a una ley necesaria en la evolución de las generaciones literarias. Pero hoy, cuarenta años más tarde, ante una orientación espiritual que se aparta cada vez más del doble credo —intelectualista y estético— del modernismo, es posible que pueda empezarse a ver la grandeza indudable de Galdós precisamente en la aparente intrascendencia de su obra: en haber mostrado en todos sus personajes su común humanidad y en haber desdeñado los primores de estilo, sin pretender dar a la palabra un valor poético por sí misma.

Empezamos a entender que la literatura, como el arte todo, como el pensamiento, como la vida, no tienen sentido si no se fundan en una jerarquía de valores, al frente de la cual deben situarse los valores morales y religiosos. Vemos iniciarse ya en la conciencia artística el retorno a los contenidos de la vida. Se tiende a limpiar el adjetivo "humano" de las taras e implicaciones que le achacaron

[4] No pasaron inadvertidas estas censuras para Galdós. Las recoge en una conversación con Luis Bello, de la que es interesante recordar ahora algunas palabras: "Ya sé que mi estilo no parece estilo a muchos que buscan...; buscan otra cosa. Creen que lo mío es fácil. Yo les entiendo; comprendo que trabajen. Pero sería demasiada inocencia si yo me entretuviera en esos perfiles con tantas cosas como tengo que contar. Para mí el estilo empieza en el plan... Comprenderá usted que dando tal extensión al estilo, ya puedo despreocuparme un poco de lo que para ustedes es esencial y casi único... En general, los arrepentimientos que yo tengo no son por errores de estilo, sino por precipitaciones de plan". Y luego, preocupado por el juicio de la posteridad, añade: "Yo imagino, sin embargo, un tiempo en que cambiarán de parecer los que hoy empiezan a verme como un viejo maniático, obstinado en tomar en serio las luchas del siglo XIX y en ver en todas partes supervivencias del absolutismo". Luis Bello, "Aniversario de Galdós: Diálogo antiguo", en *El Sol*, 4 de enero, 1928.

los deshumanizadores. La filosofía existencialista y la del personalismo, hoy en boga, se debaten por dar una base firme al pensamiento como parte de la experiencia vital. El espíritu, aislado en sus operaciones intelectuales o estéticas, sólo conduce a abstracciones peligrosas, porque queda por debajo, libre y autónoma, la realidad inescapable de las apetencias humanas. La razón, la fantasía y la imaginación sólo pueden realizar plenamente sus altos fines cuando se apoyan en la vida, en lo específicamente humano, para expresar, cada una a su manera, el ser total del hombre, que es por naturaleza un ser ético y religioso antes que nada.

Esto es lo que nunca olvidó Galdós y lo que encuentra expresión patente en su obra. Su actitud se define desde el principio, pero la preocupación religiosa va acentuándose hasta el punto incluso de desvirtuar con una proyección idealista el vigor artístico de su realismo. Sin embargo, el mundo galdosiano va ganando en hondura.

Lo moral y lo psicológico en algunas "Novelas contemporáneas"

UNA y otra vez cuando leemos cualquier libro de Galdós —con rarísimas excepciones— nos encontramos con el problema religioso. Debe aclararse que no se trata simplemente de un tema de la época, de una corriente literaria, como ocurre, por ejemplo, en Valera o Alarcón. Lo religioso o, dicho con mayor precisión, lo moral, es inseparable de la visión del mundo, de la vida, en Galdós. Está en la raíz misma del drama histórico y psicológico español que es, en rigor, el tema fundamental de toda su obra.

De la España de Galdós, como de cada una de sus novelas podría decirse —¡y con cuánta más razón!— lo que de la Francia de su tiempo decía De Vogué en *Les morts qui parlent*: "il n'y qu'une question, la question religieuse. . . le probleme insoluble de notre vie nationale".

Ahora bien: este elemento religioso, siempre presente, no tiene la misma significación ni el mismo relieve artís-

tico en toda su obra, sino que va desplazándose de lo político y social hacia la conciencia íntima del personaje. Ese desplazamiento, que es a la vez una depuración, obedece a una doble causa que se ha señalado repetidamente en la evolución de la novela galdosiana: de un lado, a un proceso de depuración artística que se traduce en un análisis más detenido del personaje como tal; de otro, a los cambios del pensamiento europeo de su época dirigidos hacia una restauración espiritualista. Los aspectos de esta nueva etapa se manifiestan en el creciente influjo de la filosofía alemana, en la reacción contra el positivismo en Francia y en la difusión de la literatura rusa.

La nueva actitud se percibe con mayor claridad en las novelas posteriores a FORTUNATA Y JACINTA. A partir de REALIDAD, el elemento individual y psicológico adquiere franco predominio sobre lo descriptivo y el cuadro social de costumbres. Paralelamente los factores ideales empiezan a influir en la concepción novelística. Va así liquidándose, poco a poco, la posición puramente realista que trata de reproducir exacta y objetivamente "lo que es", mediante la descripción escueta del ambiente y de los actos individuales, independientemente de las causas que los motivan.[5] La novela va a centrarse de aquí en adelante —REALIDAD, ANGEL GUERRA, los cuatro volúmenes de TORQUEMADA, NAZARÍN, HALMA, MISERICORDIA, EL

[5] Una de las definiciones más precisas de lo que fué el realismo, al menos en su concepción teórica, es la dada por Edmond Duranty, redactor de la revista *Réalisme*, en una polémica con Bonaventure Soulas. Dice así: "Remarquez bien que toutes les idées de l'homme se bornet a une seule et meme opération: reconnaître, constater *ce qui est*. Science, art, philosophie, tout cela n'est que description; aussi le réalisme est-il la plus juste compréhension de *ce qui est*, qu'on exprime par la plus juste description". Edmond Duranty, "Réalisme et réalistes, réponse à M. Soulas", *Réalisme*, 15 mars 1857, p. 69. Cit. por J. Henry Amiel, "Réalisme et Positivisme: Divergences entre l'esthétique positiviste et l'esthétique réaliste", en *The Romanic Review*, 1942, XXXIII, 107. Claro que ni Galdós ni ninguno de los novelistas españoles de su tiempo siguieron ciegamente las fórmulas del realismo francés. Prefirieron combinarlas con los procedimientos del realismo clásico español, mucho más amplio y comprensivo. Es éste un punto que se discute largamente en las polémicas críticas de la época como puede verse en las obras de Valera, Clarín, Emilia Pardo Bazán y otros muchos críticos.

ABUELO— en la conducta y sus motivos, de índole casi siempre moral o sentimental en los personajes de Galdós.

En las primeras novelas, obras de tesis como GLORIA o DOÑA PERFECTA, la conducta aparece determinada hasta cierto punto por las ideas: pero no como algo pensado por el individuo mismo, sino como fuerzas creadas por la tradición que el novelista hace encarnar en el carácter de sus personajes. Están aún en la órbita de lo histórico desarrollada por entonces principalmente en los EPISODIOS NACIONALES. La religión tiene en ellas una significación fundamentalmente política y social que ahora no nos interesa analizar. Más tarde, en las novelas propiamente madrileñas —desde LA DESHEREDADA a MIAU— rara vez nos muestra Galdós los resortes íntimos de la conducta. De acuerdo con la estética naturalista, que influye en esta etapa de su producción, es el ambiente lo que impera, y lo psicológico se manifiesta principalmente —salvo en casos excepcionales como en el fino análisis de EL AMIGO MANSO— en impulsos vitales cuya motivación moral queda obscurecida. Por eso los personajes de esas novelas pueden darnos la impresión de seres moral e intelectualmente vacíos. De ahí también que se haya podido creer que Galdós se detiene en lo superficial y pintoresco y que sus obras son una galería de tipos sociales. Esta interpretación no es exacta ni justa porque en el vacío aparente de sus personajes ha reflejado Galdós el drama psicológico profundo de la vida española moderna. Lo absurdo de la vida de los infinitos seres que pueblan la novela galdosiana, sin una finalidad clara en sus actos, sin una razón poderosa que mueva su voluntad fuera de las pequeñas ilusiones y prejuicios que cada uno siente, es el producto clarividentemente observado del desequilibrio íntimo del español. Lo absurdo, juzgado sobre todo según el concepto racionalista de la vida, forma en él una especie de segunda naturaleza, porque nace de un desequilibrio histórico sin entender el cual hay que renunciar a entender a España.

El aspecto histórico de la vasta obra galdosiana no termina en los EPISODIOS. Permanece como subyacente en todas y cada una de sus páginas. Hasta puede decirse que la visión histórica se ahonda en las obras puramente novelescas. Vemos en ellas no el cuadro épico, sino la substancia

misma de la vida española donde se forjan las pasiones colectivas que hacen luego explosión violenta en las luchas políticas, religiosas y sociales historiadas en los EPISODIOS. Tienen los incontables personajes que Galdós crea en sus novelas una honda verdad humana por la cual alcanzan a revelarnos una realidad que ya es independiente de ellos: una realidad nacional.

Es de observar que todos los personajes galdosianos, los grandes como los pequeños, viven en una contradicción interna, cuya causa psicológica se halla, aunque de manera inconsciente para ellos, en la dualidad ideológica que caracteriza a toda la historia de España desde el siglo XVIII. Ahora bien: si en gran parte de su obra el Galdós realista se limita a retratar tal estado de espíritu como observador impasible, al entrar en su plenitud empieza a ver esos mismos personajes con un patetismo conmovedor que se traduce en un vivísimo sentimiento de tolerancia y amor cristiano. Este sentimiento es el que inspira todas sus creaciones desde REALIDAD hasta MISERICORDIA. En rigor y en cuanto a caracterización externa se refiere, los personajes de estas novelas no son muy distintos a los concebidos antes por Galdós. La única diferencia consiste en que ahora los impulsos volitivos o sentimentales aparecen ya francamente determinados por preocupaciones de índole moral. No se trata de una moral impuesta por ningún imperativo categórico e intelectual, como en Ibsen, por ejemplo,[6] sino por algo que radica en el carácter, en una manera casi inconsciente de sentir la vida. No sería difícil demostrar que, en último término, las fuentes de esa moral provienen del fondo *católico* que todo español lleva más o menos

---

[6] Casalduero ha señalado un paralelismo o coincidencia entre el Orozco de *Realidad* y los personajes de Ibsen. Afirma que su "ética (la de Orozco) se basa en el imperativo kantiano pasando por Kierkegaard", y concluye: "de aquí su parecido con los héroes ibsenianos", J. Casalduero *Ana Karénina* y *Realidad*, en *Bull. Hispanique*, 1937, XXXIX, 392. Esta opinión de Casalduero nos parece acertada, pero no desvirtúa nuestra tesis, porque Orozco no es uno de los personajes vivos, por decirlo así, de Galdós. Pertenece a la categoría de símbolos intelectuales que se encuentran a veces en sus novelas —recuérdense Teodoro Golfín o Pepe Rey— que a nuestro juicio, no pueden considerarse como personajes enteramente logrados.

soterrado y que Galdós entendió mejor que ningún otro escritor de su tiempo.

La vida de Federico Viera, de Angel Guerra, de Torquemada, de Nazarín, del conde de Albrit, se desarrolla en un medio real, pero también en un plano de preocupaciones ideales y más concretamente religiosas y morales compatibles con su indigencia intelectual en unos casos; y en otros, con la indignidad de su conducta a los ojos de las convenciones sociales. Precisamente el haber llevado los problemas espirituales de su época a las capas ínfimas de lo humano es rasgo fundamental de la novela galdosiana en este período. Lo mismo que en la crisis intelectual de la contrarreforma se creó frente a los arquetipos del humanismo renacentista el tipo del "loco-razonable" que encuentra expresión acabada en Cervantes, estos novelistas de fines del siglo XIX, y Galdós entre ellos, en la crisis de la moral positivista hicieron encarnar, a veces, en los seres más aparentemente abyectos la angustia por dar a la vida un contenido ideal. Este es el caso de Federico Viera a quien Orozco absolverá de todos sus pecados en nombre de una moral ideal y absoluta: "Mi opinión —dice Orozco en el simbólico diálogo que cierra la novela— es que moriste por estímulos del honor y de la conciencia; te arrancaste la vida porque se te hizo imposible. . . Has tenido flaquezas, has cometido faltas enormes; pero la estrella del bien resplandece en tu alma. . . Tu muerte es un signo de grandeza moral".

Propende Galdós aquí, quizá excesivamente, hacia lo didáctico moral, rasgo que, más tarde, unido a un exagerado simbolismo evangelizador suele rebajar la calidad artística de algunas novelas. Tal es el caso de NAZARÍN y HALMA. Esa íntima contradicción humana en la que viven sus personajes sólo puede resolverse artísticamente en el plano de la ironía. Es el que alcanza Galdós de manera suprema en el personaje que probablemente representa su máxima cración: Francisco Torquemada, el grotesco y sórdido avaro atormentado por un ansia de inmortalidad. Para ser precisos, más bien que de ironía —comprensión fríamente intelectual, sin simpatía hacia el sufrimiento del hombre— hay que hablar de una superior categoría: del humor que encuentra en el dolor, compasivamente, la

substancia de lo cómico. Por el humor tiene el arte de Galdós el don de redimir a sus personajes. Su visión de las debilidades y locuras humanas podría traducirse en una fórmula de indudable sentido cristiano que parece querer decir: 'ésta es la materia de que están hechos todos los hombres y nadie puede creerse mejor ni más sabio que otro'.

Se trata indudablemente de una manera muy humana de juzgar al prójimo. Entre los grandes novelistas europeos del siglo XIX sólo en Dickens encontramos una cualidad semejante. Los franceses, son más analíticos; su actitud hacia el mundo que pintan en sus novelas está determinada por una perfecta indiferencia de base intelectual, racionalista. En ellos —Balzac, Stendhal, Flaubert, o Zola— la pura objetividad intelectual alcanza su mayor altura. Lo comprenden todo, pero sin sentirlo. Dominan el campo de lo psicológico o de lo social, según su particular inclinación estética: el realismo objetivo de Balzac; la minuciosa penetración psicológica de Stendhal; la fina sensibilidad artística de Flaubert; o el determinismo de Zola. Los rusos, Tolstoy o Dostoyewsky, sienten indudablemente una fuerte compasión por sus personajes, hasta llegar —sobre todo Dostoyewsky— a identificarse con ellos; pero es una compasión trágica. Si hay humor es humor angustiado. Si nos reímos ante la insensatez, la locura o la abyección de un personaje es siempre con risa dolorosa y desesperada. Dickens, en cambio, como Galdós, sabe reírse y hacernos reír sana, espontáneamente, ante los apuros más patéticos de sus personajes. Al hacer estos paralelos no tratamos de valorar, sino de comprender. Pudiera añadirse, a modo digresivo, que España o Inglaterra son los dos únicos grandes pueblos modernos que entienden verdaderamente el humor y que por muy diferentes que parezcan son muy semejantes en su esencia el humor inglés y el humor español. Se ha hecho notar muchas veces que el español y el inglés, enteramente diferentes y aun contrapuestos en muchos sentidos, son, en cuanto a carácter se refiere, los dos pueblos más individualistas de Europa. En ello yace acaso la razón de las coincidencias entre Dickens y Galdós. No en vano los verdaderos creadores de esta categoría del humor en el arte post-renacentista —en el fin del humanismo— fueron Cervantes y Shakespeare, los pri-

meros que concibieron y realizaron en la literatura la unión de la risa y el dolor, de lo cómico y de lo trágico. Francia, por el contrario, es la patria de la ironía, que transcurre desde el viejo "esprit gaulois" hasta Molière, Voltaire o Anatole France.

Moral y religión en MISERICORDIA

CREEMOS que en MISERICORDIA, la última realmente de las novelas contemporáneas,[7] es donde culmina y puede estudiarse mejor la visión moral cuyas líneas generales hemos venido señalando. Por esta razón vamos a dedicarle un examen detenido. Quizá no tenga MISERICORDIA, artísticamente considerada, ni la verdad ni la amplitud de algunas obras como FORTUNATA Y JACINTA o la serie de Torquemada, pero siendo su tema central el sentimiento religioso por excelencia, el de la caridad, nos revela más claramente que ninguna otra el pensamiento de Galdós en este aspecto.

Empecemos por señalar cómo todos los componentes de la obra son de una aparente elementalidad, casi triviales. La historia carece de complicaciones que realcen su interés; se reduce en substancia a relatar los apuros de una simple criada para mantener a la familia a quien sirve, venida a menos, con el cuadro de la miseria madrileña como fondo y los delirios amorosos del ciego Almudena como contrapunto ideal. Los personajes son seres enteramente vulgares —Doña Paca Juárez y sus hijos; Juliana, la planchadora; el desgraciado y caballeresco Frasquito Ponte; los mendigos que piden limosna en la parroquia de San Sebastián. El estilo aparece, más que en ninguna otra novela de Galdós, desprovisto de toda gala retórica, modelado sobre la lengua familiar como si el narrador se hubiera sumergido dentro del mundo elemental de la novela. Y sin embargo, tras esta simplicidad pronto descubrimos el profundo significado de la obra.

---

[7] *Misericordia* se publicó en 1897, el mismo año que *El abuelo*. En las novelas siguientes: *Casandra* (1905), *El Caballero encantado* (1909), y *La razón de la sinrazón* (1915), el arte de Galdós cambia en gran medida de carácter.

Es, por de pronto, sintomático que Galdós haya elegido como fondo de la novela la vida de las capas más miserables de la sociedad, donde el sufrimiento físico del hambre se funde con el sufrimiento moral del espíritu. Estamos aún lejos de los parias amorales de Gorki o del pueblo con conciencia revolucionaria de Baroja. Y no es menos sintomático que haya querido dejarnos el retrato de la perfección moral en una pobre criada como Benigna, alma simple que a su baja condición social y a la elementalidad de su psicología une, por añadidura, un marcado carácter picaresco. Benigna, mientras la familia a quien sirve se halla en buena posición, ejercita todas las artes de la sisa; cuando esta familia cae en una miseria vergonzante, será capaz de todos los sacrificios hasta aparecer como la encarnación heroica de la caridad y como símbolo de puro cristianismo.[8]

La concepción ideológica de la novela está encuadrada, como veremos más adelante, en una serie de ideas religiosas y sociales que preocupan al pensamiento europeo a fines del siglo XIX, pero en su arranque directo es fundamentalmente española.

La esencia peculiar de la caridad, según la entiende y practica Benigna, consiste en carecer en absoluto de todo sentido social. Su raíz es estrictamente humana. Está por encima del bien y del mal socialmente entendidos. No tiene en cuenta ni un solo momento la eficacia o ineficacia para lo que se ha llamado el buen orden de la sociedad. Sería, por ejemplo, lo opuesto del espíritu de beneficencia pública que es una creación típica del humanitarismo racionalista. El contraste queda claramente establecido cuando Benigna es detenida por la policía e internada en un Asilo de mendigos por el delito de pedir limosna para socorrer a todos los necesitados que viven a su alrededor. El desprecio irónico por las Asociaciones benéficas organizadas como pasatiempo por las damas de buena clase que practican la caridad sin amor es un tema muy repetido en Galdós. Se encuentra, por ejemplo, en MARIANELA y luego en HALMA.

---

[8] Esta doble naturaleza de Benigna parece reunir cualidades que aparecen esbozadas por separado en algunos personajes galdosianos anteriores y especialmente en Andara y Beatriz de *Nazarín*.

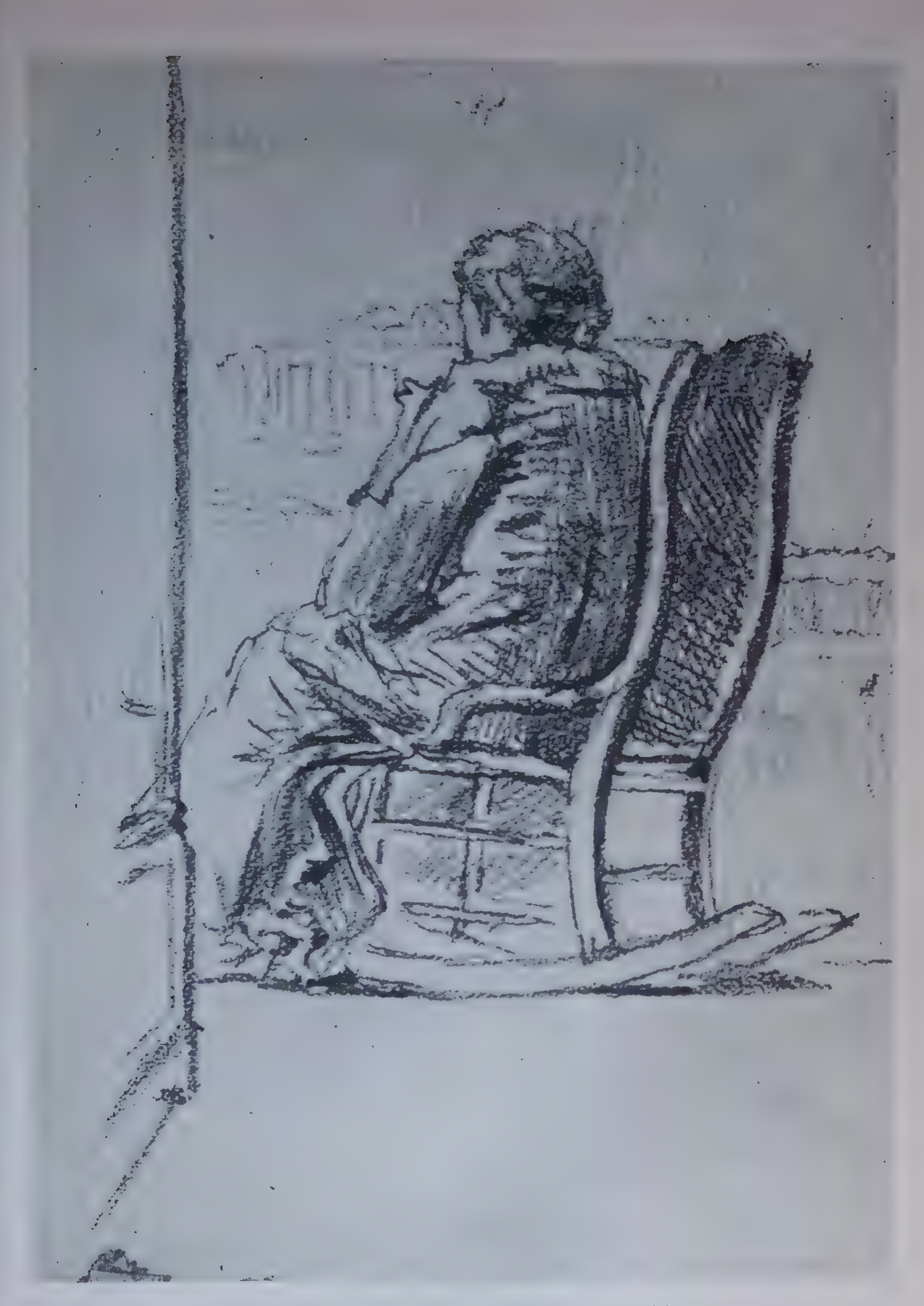
Juzgados los actos de Benigna a la luz de las conveniencias morales aparecen como algo paradójico y absurdo. Socialmente, es una gran paradoja —inexplicable dentro de cualquier sociedad formada según los fundamentos de una filosofía utilitaria— que quien practica la caridad sea un mendigo y que los que de ella se benefician pertenezcan a una clase social más alta. Moralmente no es menos paradójico que sea además un pícaro. Benigna usa el engaño como uno de sus métodos favoritos; engaño bien intencionado, ciertamente, pero engaño al fin. No le preocupa, por otra parte, que el dinero que obtiene en uno de los momentos de mayor apuro proceda de manos poco limpias; haya sido ganado por una mujer de dudosa virtud. No se trata de un recurso del novelista para dar vigor al tema, sino de una situación que encontramos repetidamente en Galdós porque nace de su visión del hombre y es hasta cierto punto natural dentro de la vida española que él pintó siempre con verdad. Recuérdese la protección de La Peri a Federico Viera o la de "la tía Chanfaina" a Nazarín.

No es el autor de MISERICORDIA el primer español que ha dado forma artística a esta manera paradójica de entender las relaciones humanas. Un antecedente clásico se encuentra en el tercer tratado de nuestra primera novela picaresca, cuando Lázaro de Tormes comparte con su amo, el famélico hidalgo, por pura compasión, los mendrugos y la uña de vaca que por la tarde ha recogido de limosna. Otro ejemplo más alto, distinto en la apariencia, idéntico en los motivos, se halla en algunos pasajes de insondable emoción de la segunda parte del *Quijote*, en los que Sancho, el interesado y escéptico Sancho, mantiene los ideales de su señor, cuando éste, a fuerza de golpes y de desilusiones, empieza ya a dudar de ellos y de sí mismo. Aquí ya no se opera sobre lo material; ya no es el hambre física el objeto de la caridad; es hambre espiritual como lo es en el fondo en MISERICORDIA, porque doña Paca, el desgraciado Ponte y todos los protegidos de Benigna, seres social y moralmente derrotados, más que a aplacar sus necesidades materiales a lo que aspiran es a salvar su dignidad menospreciada por la miseria.

Todo esto en Galdós, como en el anónimo autor del *Lazarillo,* como en Cervantes, es simplemente la expresión de un sentimiento radical de la igualdad humana, entrañado tan íntimamente en la psicología del español que por él podrían explicarse casi todas las cualidades eminentes de su carácter y también sus defectos tremendos. De ese sentimiento nace el espíritu de caridad y sacrificio como lo ejemplifica Benigna; la simpatía hacia el caído; la protesta ante la injusticia; la tolerancia hacia la conducta ajena y hacia las debilidades del prójimo. En el reverso: la soberbia, la envidia, la intransigencia hacia el pensamiento original y hasta la crueldad, pasiones todas cuyo origen es el ciego furor que se apodera del hombre, y muy particularmente del español cuando sospecha que "el otro" puede en ningún momento sentirse superior.

Volviendo a Benigna, hay que señalar aún que su misericordia no distingue de clase. Sólo piensa en la necesidad de los individuos. La define ella misma cuando doña Paca se niega a admitir en la casa al ciego Almudena, después de haber acogido allí a Ponte. Benigna no entiende estas distinciones. Dispuesta a seguir la suerte de Almudena, ya enfermo de lepra, dirá: "A casa le traía, sí señora. Como traje a Frasquito Ponte, por caridad... Si hubo misericordia para el otro, ¿por qué no ha de haberla con éste? ¿O es que la caridad es una para el caballero de levita y otra para el pobre desnudo? Yo no lo entiendo así, yo no lo distingo... Por eso lo traía; y si a él no se le admite, será lo mismo que si a mí no se me admite".

Otro rasgo digno de notarse en el carácter de Benigna es el de que actúa de manera espontánea, sin pensar en que haya nada de extraordinario en su proceder ni en la menor idea de recompensa. Obra, y esto también es típicamente español, por impulso. Sus decisiones son rápidas. No piensa si lo que va a hacer es bueno o malo, justo o injusto, conveniente o perjudicial para ella. Una vez decidida, todos sus actos van encaminados al fin inmediato. No se detiene ni ante el peligro de contagio de la lepra de Almudena. Posee además fe absoluta en lo imprevisto, en la suerte. Sus guías son el instinto y una confianza completa en sí misma. Sabe que obrando bajo el impulso del momento podrá solucionar, improvisada-



Dibujo a lápiz por D. Benito Pérez Galdós.



Dibujo original de D. Benito.

Proyecto para su casa "San Q

mente, los problemas que se presenten. Piensa, sobre todo, o, más bien, siente que en último término, justificada ante sí misma en su conducta, lo demás no importa. Si lo peor ocurre, Dios proveerá.

Esto no es fatalismo, como pudiera pensarse fundándose en un falso concepto de herencias semíticas en el alma del español. Nada tan lejos de la psicología española como el aceptar la fatalidad como resultado de fuerzas superiores ajenas al hombre. Antes que de fatalismo debe hablarse de otra cualidad que en el alma del español tiene viejas raíces religiosas y estoicas *de la serena aceptación de la realidad*, base primordial del llamado realismo español, cuya subsistencia es moral antes que estética. De esta aceptación de la realidad, previa a todo problema de conocimiento, dimana el sentido activo que la existencia tiene para el español.[9] En rigor, pocos pueblos modernos hay que sean más extraños al ansia racional de conocer. El problema puramente intelectual del conocimiento lo da previamente resuelto. El mundo es su apariencia, lo que está aquí en frente de nosotros; el pan, pan; el vino, vino. Así su vida se justifica en la lucha activa, en el hacer inmediato, pero en un hacer inmediato carente de fin práctico y especialmente del fin económico con que lo práctico se ha identificado en la filosofía moderna. El español cuando no actúa se dispara en sus sueños, apariencia del actuar, viviendo en un mundo de ilusiones o, ante el fracaso, se fortifica con la resignación.

Vemos cómo leyendo a Galdós con atención se nos iluminan muchas zonas del alma española. No hemos de creer, sin embargo, que su obra carezca de significación universal.

Si no nos engañamos, quiso Galdós en MISERICORDIA, ya al final de su período de mayor producción, poner de manifiesto una de las verdades olvidada por la humanidad moderna, que a medida que en un proceso de superación

[9] El caso de Don Quijote parecería ser una excepción capital a esta interpretación. El discutir el tema nos llevaría muy lejos; pero obsérvese que lo característico de Don Quijote no es tanto poner en duda la realidad en sí, como substituirla *por otra realidad*, creada por su mente trastornada. El resultado en cuanto a la conducta es el mismo, el de dispararse inmediatamente a la acción.

necesaria pierde la fe religiosa se halla en peligro de perder lo eterno e indestructible de todas las religiones: sus fundamentos morales. Había mostrado Galdós en otras novelas de carácter polémico, como Gloria y Doña Perfecta, el furor destructivo de la intransigencia religiosa. Aquí pretendió afirmar, dándole vida artística en forma conmovedora, la fuerza del sentimiento moral como consuelo y sostén del hombre en su dolor.

A manera de complemento y contraste aparece en la novela otro tema de índole religiosa, el tema místico, que Galdós había tratado antes en varias obras, especialmente en Angel Guerra y Nazarín.

Almudena representa en Misericordia el misticismo exaltado de la fantasía. En la creación del personaje combina Galdós tres cualidades: la cualidad del mendigo, la ceguera y el origen semítico, que queda indeciso entre lo árabe y lo judío. Pertenecen a lo que podría llamarse un sistema simbólico-ideológico de interpretación de lo místico y del idealismo que aparece repetidamente en la novela galdosiana, sobre todo en la de esta época. Un rasgo de carácter social, otro psicológico y otro de carácter histórico. Sólo de pasada podemos aludir a lo que significan:

Por lo que respecta a lo social, el misticismo va vinculado a la pobreza; la forma más elevada del sentimiento religioso se identifica con la total carencia de bienes materiales. Interpretación del cristianismo muy de la época que encuentra su expresión acabada en Tolstoy y que Galdós lleva a su extremo en Nazarín.

La cualidad psicológica, la ceguera, representa la exaltación imaginativa del hombre que no ve. Tema presente en Galdós desde Marianela y que luego se repite en Rafael del Aguila, el cuñado de Torquemada. El ciego incapaz de percibir la realidad del mundo, mira hacia dentro y dentro de sí mismo descubre la substancia ideal—poética— de la vida: Pablo forja en su imaginación la belleza ideal de Marianela, ideal que se derrumba al recobrar con la vista la capacidad de ver la realidad. Rafael del Aguila es el único que en su familia mantiene el valor ideal del honor. Cuando siente su fracaso, se suicida. Almudena, en Misericordia, de acuerdo con el ambiente religioso de

toda la novela, llegará a la revelación casi apocalíptica de un nuevo Sinaí sentado sobre un montón de basura en las escombreras de Madrid.

En cuanto a la cualidad histórica, la condición semítica de Almudena, obedece a una idea del momento. El hombre occidental en sus dudas empieza a sentir la nostalgia de la tranquilidad espiritual y a sospechar en el oriente, antes despreciado, una sabiduría de orden superior. También en el caso de Nazarín se alude a los rasgos semíticos de su fisonomía. Se trata además de una interpretación del misticismo español que luego recoge Ganivet —muy influído por Galdós— en el *Idearium* y que anticipa indirectamente algunos de los descubrimientos de los arabistas de nuestro siglo.

El misticismo de Almudena, el personaje mismo, están pintados con toda la intensa simpatía hacia la locura y hacia el idealismo de que es capaz Galdós, pero con una simpatía irónica. La simpatía de un escéptico que admira la firmeza de la fe[10] y la pureza de los ideales pero para quien la religión sólo tiene ya validez en su aspecto práctico, moral, representado por Benigna.

Es de notar que si, por un lado, la realización artística de MISERICORDIA y la actitud ante la vida que nos revela están fuertemente unidas a una tradición española, por otro, se inspiran en corrientes características del pensamiento social y estético de la segunda mitad del siglo XIX.

---

[10] Sobre la actitud de Galdós ante los creyentes sinceros y sobre su actitud total ante lo religioso son de gran interés unas palabras en las que se comparaba con Pereda, en la recepción académica de éste, precisamente el año mismo que se publicó *Misericordia*. Decía así: "Pereda no duda; yo sí. Siempre he visto mis convicciones obscurecidas en alguna parte por sombras que venían no sé de donde. El es un espíritu sereno; yo un espíritu turbado, inquieto. El sabe a dónde va, parte de una base fija. Los que dudamos mientras él afirma, buscamos la verdad, y sin cesar corremos hacia donde creemos verla, hermosa y fugitiva. El permanece quieto y confiado, viéndonos pasar, y se recrea en su tesoro de ideas, mientras nosotros, siempre descontentos de las que poseemos, y ambicionándolas mejores, corremos tras otra, y otras, que una vez alcanzadas, tampoco nos satisfacen". *Discursos leídos ante la Real Academia Española en las recepciones públicas del 7 y 21 de febrero de 1897*. Madrid, 1897, pp. 154-155.

Galdós, tan español, es sin duda el escritor más europeo y universal en la España de su tiempo. En tanto que va siguiendo los nuevos procedimientos técnicos —realismo, naturalismo, desarrollo del análisis psicológico—, ideológicamente, al menos en los primeros años, se inspira de cerca en las nuevas doctrinas filosóficas y científicas, especialmente en el positivismo, sin renunciar, por supuesto, a su visión muy personal de la vida. En la etapa que estamos examinando viene a coincidir, a través de una evolución interna de su pensamiento, con las tendencias neoespiritualistas de fin de siglo. Podríamos señalar en Galdós ecos de las diversas formas del nuevo idealismo. Hay en él, por ejemplo, un reflejo de la reacción que en nombre del relativismo histórico había iniciado Quinet en el *Genio de las religiones*, luego recogida y universalizada por Renán, que se traduce en una nueva posición ante el conflicto entre religión y ciencia. Compárese la afirmación del valor de la ciencia en novelas como MARIANELA y DOÑA PERFECTA con las siguientes palabras de Nazarín en su diálogo con el señor de Belmonte: "Decía que en la humanidad se notan la fatiga y el desengaño de las especulaciones científicas, y una feliz reversión hacia lo espiritual. No podía ser de otra manera. La ciencia no resuelve ninguna cuestión de trascendencia en los problemas de nuestro origen y destino, y sus peregrinas aplicaciones en el orden material tampoco dan el resultado que se creía. Después de los progresos de la mecánica, la humanidad es más desgraciada, el número de pobres y hambrientos mayor, los desequilibrios del bienestar más crueles. Todo clama por la vuelta a los abandonados caminos que conducen a la única fuente de la verdad, la idea religiosa". Claro que no es Galdós quien habla, sino un personaje de cuya cordura no estamos seguros, pero únicamente nos interesa señalar la presencia de estas ideas.

Muy viva es también la sugestión que sobre él ejercen por estos años Tolstoy y la novela rusa aunque Galdós esté muy lejos de ese desprecio del hombre y de sí mismo, nacido del sentimiento de culpa y del afán de purificación que da su dramatismo a la obra de Dostoyewsky.

Pero aún en este momento es evidente que sigue viva en su pensamiento la influencia de Augusto Comte.[11] El fin que Comte asigna al arte en el *Discurso sobre el conjunto del positivismo* es el del perfeccionamiento moral del hombre: "Una doctrina —dice— que llama a la humanidad al perfeccionamiento universal debería incorporarse profundamente las especulaciones más propias a desarrollar nuestro instinto de perfección: las del carácter artístico. Sólo se subordinan al estudio sistemático de la realidad para proporcionar a la idealidad una base objetiva, indispensable a su consistencia y dignidad." Su teoría estética se funda en una jerarquía de las facultades humanas según la cual la razón debe subordinarse al sentimiento. "Toda inversión de este orden —afirma Comte— es igualmente funesta para el corazón y para el espíritu."[12]

El sentimiento como base del arte y, también, como base de la religión. He aquí una de las ideas que iluminan una zona muy amplia del mundo galdosiano. La razón es incapaz de dar base firme a la religión. ¿No es en el fondo esta insuficiencia de la razón para satisfacer nuestros anhelos religiosos lo que Galdós caricaturiza en el razonador y práctico Torquemada? A veces la razón puede incluso llevar a un fanatismo feroz. Pero la imaginación sin freno conduce al delirio místico de Nazarín o de Almudena. Sólo el sentimiento puede hacer que la religión, al traducirse en obras, se convierta en algo vivo y consolador. Benigna es todo sentimiento. Del sentimiento nace y se alimenta su espíritu de caridad, su amor al prójimo.

El amor —en su sentido cristiano— como solución única de las luchas tremendas en las que veía dividido a su pueblo, parece haber sido una de las obsesiones de Galdós que da a toda su obra, tan aparentemente fría y objetiva, un carácter patéticamente humano. Es digno de señalarse que esta idea aparece en él casi desde que empieza a es-

---

[11] Para las relaciones entre Comte y Galdós, véase J. Casalduero, "Auguste Comte y *Marianela*", Repr. fr. *Smith College Studies in Modern Languages.* Allí se examina la cuestión fijándose en otros aspectos del ideario galdosiano.

[12] Consúltese el artículo ya citado de J. Henry Amiel, "Réalisme et Positivisme: Divergences entre l'esthétique positiviste et l'esthétique réaliste".

cribir y está ya explícitamente formulada en EL AUDAZ, su segunda novela que tiene como tema los disturbios políticos a fines del reinado de Carlos IV, primera manifestación en España del proceso revolucionario moderno: "Los hombres —dice Muriel a su amada— no han de ser iguales destruyéndose, no; no ha de haber igualdad en el mundo sino por el amor".

Semejante actitud —la de resolver los problemas producidos por las nuevas ideas igualitarias mediante la conciliación y no mediante la lucha— revela el pensamiento de Galdós en lo referente a los conflictos sociales de clase. A partir de REALIDAD, y en cierto modo, de FORTUNATA Y JACINTA, advertimos una constante preocupación por señalar la posibilidad de que surja una nueva clase mediante la unión de la aristocracia y el pueblo. Los ejemplos son evidentes y numerosos. En REALIDAD es el matrimonio de Clotilde, en contra de la oposición de su hermano. En TORQUEMADA, la redención financiera de la noble y arruinada familia del Aguila por el matrimonio de Fidela con el avaro Don Francisco, hombre de bajo nacimiento que se eleva a una alta posición social. En LA LOCA DE LA CASA, la unión de Victoria con Cruz, antiguo sirviente de la familia enriquecido en América. En todos los casos la idea de Galdós está clara. Hasta puede acusársele de una excesiva simplicidad. Galdós quiere salvar los valores ideales que en su estado de extrema decadencia e inutilidad aún conserva la aristocracia, vigorizándolos con la vitalidad de las clases populares. La aristocracia se redime de sus vicios, que son muchos, uniéndose al trabajo creador, pero al mismo tiempo el pueblo se eleva moderando sus impulsos adquisitivos y su resentimiento al entrar en un mundo de valores más elevados. Debe tenerse en cuenta que en ningún caso idealiza Galdós, demagógicamente, al pueblo. Entiende su poder y sus virtudes, pero no sólo no oculta sus defectos, sino que en los casos de Torquemada y de Cruz parece complacerse en acentuarlos. Lo importante es que la armonía final no se logra por medio de una adaptación a las necesidades sociales o por la comunidad de intereses, sino mediante la comprensión humana. Torquemada y Fidela llegan a sentir una honda simpatía mutua basada en la piedad; Victoria y Cruz, en LA LOCA DE

LA CASA, descubren, después de un sordo conflicto entre sus respectivas naturalezas, que se necesitan mutuamente, que el uno es el complemento moral y psicológico del otro. Como dice Cruz al final de la obra, "Ni yo puedo vivir sin ella ni ella sin mí". Una vez más triunfa en Galdós lo moral sobre lo económico o utilitario.

Como otros aspectos del pensamiento moral de Galdós, este último encuentra en MISERICORDIA una expresión acabada y se ejemplifica en el matrimonio de Antonio y Juliana. Esta, rechazada primero a causa de su humilde origen, al entrar por fin en la familia, no sólo redime a su marido de su inutilidad y vagancia, sino que con sin igual energía logra poner en orden el desbarajuste económico que reina en el hogar de Doña Paca. Junto a estas virtudes evidentes, Galdós no disimula su egoísmo ni la soberbia con que obra al elevarse de condición. Finalmente, la pureza de Benigna logra también redimirla moralmente corrigiendo su egoísmo y haciendo que se arrepienta de su mal proceder con Almudena y de su ingratitud hacia la misma Benigna. La semilla ha caído en buena tierra. Juliana, ante el temor —puramente ilusorio por proceder de un sueño, reflejo, por tanto, de su conciencia— de perder a sus hijos, acude a Benigna que ahora va a ejercer su misericordia en el plano del espíritu consolando a Juliana en su dolor, y la obra termina con una nota evangélica, recuerdo de las palabras de Jesús a Magdalena, que viene a confirmar su inspiración predominantemente religiosa: "No llores. . . y ahora vete a tu casa y no vuelvas a pecar."

No agota, por supuesto, nuestro análisis toda la significación del pensamiento galdosiano en el plano religioso y moral; mucho menos en el artístico. Con razón se ha dicho que la obra de Galdós es un mundo: es la imagen viva de una época de la historia vista, al menos, en todas las proyecciones de la vida española. Creemos, sin embargo, que los aspectos analizados son capitales. Y que se hallan indisolublemente unidos a los íntimos resortes de la creación artística en Galdós. Esos resortes habría que buscarlos también en el fondo de la tradición española que Galdós vivifica mucho más que los tradicionalistas del neocasticismo. Galdós es —se ha dicho muchas veces— el verdadero y casi único heredero de Cervantes en nuestra li-

teratura. Como Cervantes parte siempre de lo humano, del individuo. Quizá no se eleve nunca como su maestro a la región de la alta poesía, pero es indudable que posee el genio natural de ver en las cosas más simples y humildes, y con frecuencia en las más feas, los valores morales y estéticos que otros tipos de artista y otras literaturas encuentran en los temas nobles y en las formas artísticas elaboradas. La rebelión contra este último criterio artístico, contra el culto al pasado clásico y a su dictadura en el espíritu y en la forma, es la aportación definitiva de España al arte moderno en su Siglo de Oro. En esa línea está Galdós: en la de elevar lo humano y lo vulgar al plano de los grandes valores. La raíz de tal actitud nos la revela él mismo al comienzo de MISERICORDIA cuando al crear el ambiente en que va a situar a todos sus personajes, en la descripción de la parroquia madrileña de San Sebastián, habla "del encanto, la simpatía, el *ángel*, que despiden de sí, como tenue fragancia, las cosas vulgares o algunas de las infinitas cosas vulgares que hay en el mundo".

De MISERICORDIA decía el crítico francés La Jeuneuse —según referencia de Gómez Carrillo al dar cuenta de una visita de Don Benito a París— que le hacía pensar "en un Gorki que tuviera el alma de Tolstoy y la gracia piadosa de Anatole France".

Quizá exageraba un poco. Pero no hay duda que en esta novela, como en otras suyas, supo unir Galdós su vigoroso realismo con un profundo sentido moral y religioso de la vida y con un humorismo de superior calidad artística, que es, en último término, lo que garantiza su permanencia. Porque nada de este pensamiento moral, que sólo en algunos rasgos salientes hemos tratado de analizar, alcanzaría la significación que hoy tiene para nosotros, si no hubiera sido expresado en una forma artística adecuada que lo aleja de lo didáctico para convertirlo en pura creación. Galdós sabe salvar el escollo donde el aleccionamiento moral hace naufragar a la poesía, aunque ambas cosas aparezcn en su obra, como en mucho de la mejor literatura española, indisolublemente unidas.

Dimensión Imaginaria



CORONA DE SOMBRA

PIEZA ANTIHISTORICA EN TRES ACTOS Y ONCE ESCENAS

por

RODOLFO USIGLI

A Josette, con todo.
R.

PERSONAJES:
(por orden de aparición)

El Portero.—El Profesor Erasmo Ramírez.—La Dama de Compañía.—Carlota Amalia.—El Doctor.—La Doncella.—Maximiliano.—Miramón.—Lacunza.—Bazaine.—Labastida.—Fischer.—Mejía.—Blasio.—El Duque.—Napoleón III.—*Eugenia.—El Papa.—Un Monseñor.—El Cardenal.—El Alienista.—La Dama de Honor.—El Chambelán.—El Capitán.—El Rey de Bélgica.*

ESCENARIOS:

ACTO I

Doble salón de un castillo en Bruselas - 1927 (19 de enero)
(Derecha) Alcoba de Carlota en Miramar - 1864 (9 de abril)
(Izquierda) Alcoba de Maximiliano en Chapultepec - 1864 (12 de junio).

ACTO II

(Derecha) Salón de Consejo (1865)
(Izquierda) Boudoir de Carlota en Chapultepec - 1866 (7 de julio)
(Derecha) Salón en las Tullerías - Agosto de 1866
(Izquierda) Despacho del Papa en el Vaticano - 1866

ACTO III

(Derecha) Salón de un palacio en Viena - 1866
(Izquierda) Salón en el castillo de Bruselas - 1927

(Derecha) Celda de Maximiliano en el Convento de Capuchinas - 1867
(19 de junio)
El doble salón del principio - 1927

ACTO PRIMERO

La escena representa un doble salón, comunicado y separado a la vez por una división de cristales. El fondo de la sección izquierda consiste en una puerta de cristales que lleva a una terraza, la que se supone comunica con un jardín por medio de una escalinata. En la pared divisoria de cristales hay una puerta al centro, que comunica los dos salones. Puerta a la derecha. Un Balcón al fondo. Pocos muebles. En el lado derecho hay una consola con candelabros de cristal cortado, un costurero, un sillón, una mecedora y cortinajes. En el salón de la izquierda, hay además, dos puertas en primero y segundo términos; una gran mesa de mármol y dos sillones.

Al levantarse el telón la escena aparece desierta. Es de mañana y la luz del sol penetra tumultuosamente por el balcón y la terraza. Por la puerta de primer término derecha entra un hombre. Es viejo y lleva un uniforme cuyo exceso de cordones dorados denuncia una posición enteramente subalterna. Mira en torno suyo, asoma por la terraza, y luego va a la pared de cristales para atisbar. Al satisfacerse de la absoluta ausencia de personas vuelve a la puerta de primer término izquierda, adelanta el brazo, asoma la cabeza y habla.

EL PORTERO: Puede usted pasar.

Se aparta para dejar paso a un segundo hombre, que entra y mira en torno suyo a su vez, pero sin recelo o zozobra, con una moderada curiosidad. Es el Profesor ERASMO RAMIREZ, *historiador mexicano. De mediana estatura, que por un poco sería baja; de figura un tanto espesa y sólida, Erasmo Ramírez tiene por rostro una máscara de indudable origen zapoteca. Su pelo es negro, brillante y lacio, dividido por una raya al lado izquierdo. Viste de negro, con tal sencillez que su traje parece fuera de época: el saco es redondo y escotado, el chaleco cruzado y sin puntas, el pantalón más bien estrecho. Lleva un sombrero negro de bola, un paraguas y un libro en la mano. Habla*

con lentitud pero con seguridad, sin muchos matices o inflexiones, y su voz es clara, pero sin brillo. Parece continuamente preocupado por algo que está dentro de su manga izquierda, cuyo puño mira con frecuencia mientras habla. Su corbata de lazo, anticuada y mal hecha, completa una imagen un tanto impresionista y vaga que juraría uno haber visto hace mucho tiempo.

ERASMO: ¿Qué es esto?

PORTERO: Es el salón.

ERASMO: Eso parece, en efecto. ¿Y allá? *(Señala la terraza.)*

PORTERO: Una terraza.

ERASMO: También lo parece. ¿Pero allá, más lejos?

PORTERO: El jardín.

Erasmo se acerca a la terraza y mira hacia afuera. El portero da señales de nerviosidad. Tose para hablar. Erasmo se vuelve.

ERASMO: También, visto desde aquí, parece un jardín. *(El portero tose.)* ¿Tiene usted tos?

PORTERO: Ya que lo ha visto usted todo, caballero, será mejor que nos vayamos.

ERASMO: Desearía ver primero el otro salón.

PORTERO: Imposible.

ERASMO: ¿Por qué?

PORTERO: Porque comunica con las habitaciones privadas.

ERASMO *(Mira su reloj)*: Tengo entendido que me dijo usted que a estas horas no hay nadie aquí. Tenemos tiempo. *(Se dirige a la puerta del centro.)*

PORTERO: Podría venir alguien. No me atrevo. *(Tose.)*

ERASMO *(Sacando metódicamente una cartera y de ella un billete)*: Esto le curará la tos. Es una medicina infalible.

PORTERO: *(Tomando el billete)*: No debería yo . . . no debería . . .

Erasmo empuja sencillamente la puerta de la pared divisoria y pasa al salón de la derecha. Mira en torno suyo. El portero lo sigue después de mirar a todos lados.

ERASMO: Esto parece un costurero.

PORTERO: Lo es.

ERASMO: ¿Esa puerta?

PORTERO: Da a la recámara; después hay un baño y la recámara de la dama de compañía, al fondo del pasillo.

Erasmo deposita su sombrero, su paraguas y su libro en el sillón, saca una libreta de notas y un lápiz y hace anotaciones mientras va preguntando.

ERASMO: ¿Usted la ve a menudo?

PORTERO: Muy poco, caballero. Claro que la he visto muchas veces, pero a distancia.

ERASMO: ¿Y habla con usted?

PORTERO: No. Nunca. Ayer nada menos . . .

ERASMO: ¿Hay alguien con quien hable? ¿Podría yo hablar con esa persona?

PORTERO: No— no lo creo. Quizás hable con la dama de compañía, o con el doctor. No sé. Pero sé que habla siempre. Ayer precisamente . . .

ERASMO: No habla nunca, pero habla siempre. No entiendo.

PORTERO: Es decir que ayer, por ejemplo. . .

ERASMO *(Interrumpiéndolo otra vez)*: ¿Por qué no acaba usted? ¿Quiere decir que ayer le dijo algo?

PORTERO: No, pero . . .

ERASMO *(Distraído otra vez)*: ¿Hace alguna labor de costura?

PORTERO: No, ella no, la dama de compañía. Pero ayer dijo algo. *(Erasmo alza la cabeza.)* Y es curioso, porque dijo la misma frase que le oí decir cuando vine aquí por primera vez, hace treinta años. *(Erasmo espera.)* Dijo: "¡Todo está tan oscuro!".

ERASMO: ¿Qué hora era?

PORTERO: Las diez de la mañana, caballero, y había más sol que hoy. Da dolor, usted comprende — es una enfermedad inventada por el diablo. Se lo dije a la dama de compañía: ¿Por qué le parece oscuro todo cuando hay tanto sol? Y ella se afligió mucho y me dijo: Sí, ayer precisamente pidió luces toda la mañana. Hubo que encender la luz eléctrica, pero ella misma prendió unas bujías . . .

ERASMO *(Señalando)*: ¿Estas?

PORTERO: *(asiente)*: . . . y se las acercó a los ojos a tal grado que parecía que iba a quemárselos. Y siguió pidiendo luces toda la mañana.

ERASMO: Extraño. ¿Tiene ochenta y siete años, ¿verdad?

PORTERO: No lo sé. Parece tener más de cien. ¿Se ha fijado usted, caballero, que los viejos nos encogemos primeramente, pero que, si seguimos viviendo, volvemos a crecer? Le pasó a mi abuelo, que murió a los ciento siete años y era tieso como un huso. Le pasa a ella. No sé, pero da un gran dolor todo esto. *(Se sobresalta como si hubiera oído algo.)* Por favor, salgamos ya, caballero. Me hará usted sus preguntas afuera. Pueden venir . . .

ERASMO *(Mirando en torno)*: ¿Ningún retrato de su marido?

PORTERO: No, no, no — usted comprende. Desde aquella horrible desgracia no . . .

ERASMO: ¿Sabe usted si habla de él a veces?

PORTERO: No lo sé. Yo he oído decir que nunca. Se lo ruego, caballero, vayámonos.

ERASMO: Me gustaría ver su alcoba.

PORTERO: Oh, no, no. Es imposible, caballero. Por favor. Me siento como si estuviera cometiendo un crimen, una deslealtad.

ERASMO *(Interesado)*: ¿Siente usted eso? ¿Por qué?

PORTERO: Si alguien se enterara de que lo he hecho entrar a usted aquí — ¡a un mexicano! *(Desesperado.)* No me perdonaré nunca. ¿Por qué ha venido usted aquí?

ERASMO: Ya se lo he dicho. Soy historiador, he querido ver este lugar histórico, esta tumba; pero no por pura curiosidad, sino porque era necesario para el libro que preparo.

PORTERO: No me perdonaré nunca.

ERASMO saca filosóficamente otro billete de su cartera, pero el portero lo rechaza con dignidad. Cobrando valor, saca de su bolsa dos o tres billetes más, y los devuelve a Erasmo, que rehusa.

PORTERO: Por favor, tómelos, para que pueda yo perdonarme. Y ojalá Dios y ella me perdonen también.

ERASMO recoge su paraguas, su sombrero y su libro.

PORTERO: ¿No hablará usted mal de ella, por lo menos, en ese libro? ¡Dígame! ¿No hablará mal de ella?

ERASMO: Yo soy historiador, amigo. La historia no habla mal de nadie, a menos que se trate de alguien malo. Esta mujer era una ambiciosa, causó la muerte de su esposo y acarreó muchas enormes desgracias. Era orgullosa y mala.

PORTERO: *(Ofendido)*: Tendrá usted que irse en seguida.

ERASMO *(Mirándose la manga)*: Me gustaría hablar con ella, hacerle preguntas; pero está peor que muerta. *(Con súbita decisión.)* Hablaré con ella.

PORTERO: Señor, me echarán de aquí. Soy un viejo — *(transición)* un viejo imbécil y desleal.

ERASMO: Ayudará usted a la historia, habrá hecho un servicio al mundo civilizado, mejor que su gobierno, que me negó el permiso. Le prometo que nadie se enterará de que usted me hizo entrar. Déjeme aquí.

PORTERO: Eso nunca, señor. Prefiero que me despidan, prefiero morirme.

ERASMO: ¿La quiere usted?

PORTERO: No es más que una anciana, mayor que yo, pero la quiero como a nadie. Y usted me engañó. Primero me dijo que la admiraba mucho, y ahora la llama ambiciosa y mala.

ERASMO: La admiro. ¿Cómo no admirarla si todavía hay un hombre que quiere morir por ella cuando es ya nonagenaria? Tengo que hablarle, no tiene remedio.

PORTERO: Señor, por Dios vivo, váyase de aquí.

ERASMO pasa tranquilamente al salón de la izquierda, deja su sombrero y su paraguas, se instala en un sillón y abre su libro.

PORTERO *(Que lo ha seguido)*: En ese caso llamará a la guardia.

ERASMO: Y entonces pasará usted por un desleal, por un traidor. Lo echarán ignominiosamente a prisión. Váyase de aquí y déjeme.

PORTERO: No, señor. Correré todos los riesgos, pero usted saldrá de aquí.

Se prepara al ataque. En este momento se oye, detrás de la segunda puerta izquierda, un ruido de pasos.

LA VOZ DE LA DAMA DE COMPAÑIA: Si Vuestra Majestad quiere esperar aquí, yo lo traeré.

ERASMO levanta un rostro transfigurado por la expectación. El portero junta las manos. ERASMO se levanta y los dos salen rápida y sigilosamente por la terraza. Casi en seguida, la DAMA DE COMPAÑIA, mujer de aspecto distinguido y de unos cincuenta años, entra en el salón, busca en la mesa, luego pasa al salón de la derecha y sigue buscando algo, sin encontrarlo. Entre tanto entra en el salón izquierdo CARLOTA AMALIA. Es alta, delgada y derecha. Viste un traje de color pardo y lleva descubierta la magnífica cabellera blanca en un peinado muy alto. No habla. Va lentamente al sillón donde estuvo sentado Erasmo, apoyándose en un alto bastón con cordones de seda. Mira el sillón y recoge de él el libro olvidado por ERASMO. Sonríe, toma el libro y abre varias veces la boca sin emitir sonido alguno. Se sienta con el libro en la mano. La DAMA DE COMPAÑIA regresa.

DAMA DE COMPAÑIA: Vuestra Majestad debe de haberlo dejado en el jardín. *(CARLOTA no contesta. En su mano descarnada levanta el libro y sonríe. La DAMA DE COMPAÑIA lo toma.)* ¿No prefiere Vuestra Majestad leer en el costurero? ¡Hay tanto sol aquí!

CARLOTA mueve negativamente la cabeza. La DAMA DE COMPAÑIA se dirige al otro sillón, lo acerca un poco y se instala, abriendo el libro. En seguida levanta la cabeza, extrañada.

DAMA DE COMPAÑIA: ¿Qué libro es éste? *(Lee trabajosamente)*. Historia de México.

CARLOTA *(Muy bajo)*: México... *(Sube la voz)* México... *(Colérica de pronto)*. ¡México!

DAMA DE COMPAÑIA *(Levantándose)*: Aseguro a Vuestra Majestad que no entiendo...

CARLOTA: Luces, ¡pronto! ¡Luces!

La DAMA DE COMPAÑIA mueve la cabeza con azoro. El sol entra a raudales.

CARLOTA: ¡Tan oscuro, tan oscuro! ¡Luces!

La DAMA DE COMPAÑIA corre a la puerta de la terraza y deja caer las cortinas. Pasa rápidamente al costurero, busca cerillos en una bolsa de costura, corre las cortinas del balcón, enciende las velas de un candelabro y pasa al salón izquierdo. Deposita el candelabro cerca de CARLOTA, sobre la mesa.

CARLOTA: ¡Luces!

La DAMA DE COMPAÑIA sale precipitadamente por la segunda puerta izquierda. CARLOTA se levanta y se acerca a la mesa apoyándose en su bastón. Levanta su mano libre y la pasa cerca de las llamas de los velones, mirándolos, como fascinada. Deja caer el bastón y aproxima sus dos manos a las velas, como acariciando las llamas. De pronto algo parece resonar en su memoria. Busca el libro dejado por la dama de compañía sobre la mesa, lo acerca a las luces y lo abre.

CARLOTA *(Leyendo)*: Historia de México. *(Repite muy bajito)*: México... México...

De pronto se lleva la mano a la boca con un gesto de horror. Sus ojos se dilatan. Hace un terrible esfuerzo, echando la cabeza hacia atrás. Al fin puede articular y lanza un grito horrendo y desgarrado:

CARLOTA: ¡Max!

Se tambalea y, falta de apoyo, cae. Su mano levantada hace caer el candelabro.

Un hombre entra. Es de edad madura y usa una levita de la preguerra. Tras él viene la DAMA DE COMPAÑIA. Una ojeada basta al hombre para comprender la situación. Se acerca a CARLOTA, arrodillándose, y le toma el pulso.

DAMA DE COMPAÑIA *(Viendo a CARLOTA tirada en el suelo)*: ¡Majestad!

DOCTOR: Déme usted pronto el aceite alcanforado, la jeringa hipodérmica, el alcohol, el algodón.

La DAMA DE COMPAÑIA va rápidamente al salón derecha y desaparece por la puerta de la derecha. Entre tanto, el

médico levanta el candelabro y reenciende las velas. Ve el libro, lo abre y mira con extrañeza al aire. La DAMA DE COMPAÑIA regresa con los objetos pedidos.

DOCTOR: Ayúdeme usted a levantar a Su Majestad.

Entre los dos acomodan el cuerpo de CARLOTA en un sillón, detrás de la mesa, hablando siempre.

DOCTOR: ¿Qué fué exactamente lo que ocurrió?

DAMA DE COMPAÑIA: Su Majestad me ordenó que le leyera la historia de Bélgica. En realidad nunca atiende la lectura, pero usted me ha dado órdenes de no contradecirla, doctor.

Metódicamente, el DOCTOR pone a hervir la jeringa. Mientras lo hace, y mientras el agua hierve, sigue el diálogo.

DOCTOR: ¿Y luego?

DAMA DE COMPAÑIA: Busqué el libro, pero Su Majestad debe de haberlo olvidado o escondido en el jardín, como hace a veces. Pasé al salón de al lado, y cuando volví ella tenía este libro en las manos. Lo tomé, pensando que era el otro, y resultó ser algo de México . . .

DOCTOR *(Preparando la ampolleta para cargar la jeringa)*: Y cómo vino a dar aquí ese libro?

DAMA DE COMPAÑIA: No lo sé. Entonces gritó México tres veces. Parecía enfadada. Y pidió luces, a pesar del sol. Como usted me lo ordenó, corrí las cortinas y encendí estas bujías.

DOCTOR *(Procediendo a cargar la jeringa)*: ¿Oyó usted el grito de Su Majestad cuando llegábamos?

DAMA DE COMPAÑIA: Sí, doctor. ¡Me asustó tanto!

DOCTOR: ¿Qué fué lo que gritó?

DAMA DE COMPAÑIA: Me pareció que gritaba: ¡Max! Pero es imposible. No ha pronunciado ese nombre en los veinte años que llevo cuidándola. Nunca. Probablemente oí mal.

DOCTOR: Yo oí lo mismo. Probablemente también oí mal. Tenga usted la bondad de ayudarme.

Los dos cubren a CARLOTA y el médico aplica la inyección. Callan. EL DOCTOR vuelve a tomar el pulso de la emperatriz.

DAMA DE COMPAÑIA *(Recogiendo los objetos de la mesa)*: ¿Vive, doctor, vive?

DOCTOR: Vive. Quizás éste sea el último ataque, la crisis definitiva. Toda resistencia tiene un límite. Me pregunto quién puede haber traído aquí ese libro.

Volviéndose a mirar a CARLOTA una vez más, la DAMA DE COMPAÑIA cruza al salón derecha, sale por el fondo, llevando los objetos, y vuelve un instante después. Los

dos observan atentamente a CARLOTA. *La* DAMA DE COMPAÑIA *cruza las manos y baja la cabeza, como si rezara. El médico espera con intensidad.* CARLOTA *hace uno, dos, tres movimientos como de pájaro. Abre los ojos y se incorpora lentamente.*

CARLOTA: Más luces.

La DAMA DE COMPAÑIA *pasa al salón derecha y regresa con otro candelabro. El* DOCTOR *la ayuda a encender los velones.* CARLOTA *mira en torno, se yergue. A la luz de las velas sus cabellos blancos parecen resplandecer.*

CARLOTA: Eso es, claro. ¡Todo está claro ahora!

DAMA DE COMPAÑIA: ¿Se siente mejor Vuestra Majestad?

CARLOTA: Haced decir a Su Majestad que debo verlo en seguida. En seguida.

DAMA DE COMPAÑIA: ¿A Su Majestad el Rey de...?

El DOCTOR *la hace callar con un signo negativo.*

CARLOTA: Haced decir a Su Majestad el Emperador que tengo que hablarle con urgencia.

El MEDICO *hace una señal afirmativa.*

DAMA DE COMPAÑIA: Sí, Majestad.

CARLOTA: Esperad un instante. *(Se lleva las manos a la frente)*. ¿Por qué estoy fatigada? ¡Oh, claro! Ese viaje tan largo. Debo de estar espantosa. *(Se toca los cabellos)*. Haced decir a Su Majestad el Emperador que me vea dentro de media hora. *(Mira su traje pardo.)* Debo quitarme primero este horrible traje de viaje... peinarme un poco. Pero decidle que es importante que no hable con ninguno de los ministros hasta que me vea. Nadie debe saber que he regresado. Nadie.

Se levanta. LA DAMA DE COMPAÑIA *y el* DOCTOR *la ayudan.*

CARLOTA: Creí que no llegaría nunca. Quiero mi traje azul más reciente.

La DAMA DE COMPAÑIA *mira con desaliento al* DOCTOR, *que le hace seña de seguir adelante.* CARLOTA, *hablando siempre, se dirige al salón derecha.* EL DOCTOR *toma uno de los candelabros.*

CARLOTA: Por fortuna llego a tiempo. Ahora veremos. Decid a Su Majestad que... *(Se detiene.)* No, no; se lo diré yo misma. El traje azul estará bien. ¿Habéis desempacado ya todo?

DAMA DE COMPAÑIA *(Alentada por el* DOCTOR*)*: Sí, Majestad. Todo está listo.

CARLOTA: Luces. Traed más luces.

El DOCTOR entrega a la DAMA DE COMPAÑIA el candelabro que lleva, pasa al salón izquierda y regresa con el otro.

CARLOTA: Sobre todo, que nadie se entere de mi regreso más que el Emperador. Y que venga dentro de media hora. No tardaré más. Sólo mi traje azul y un retoque en el pelo. Y mis peinetas de carey con rubíes. Mi traje azul y mis cabellos. Me disgusta sentir así mis cabellos. Es la brisa del mar. *(Sale.)*

DAMA DE COMPAÑIA: Es espantoso, doctor. ¿Qué quiere decir esto. ¿Qué haremos?

DOCTOR: ¿Se conservan algunos de los antiguos trajes de Su Majestad?

DAMA DE COMPAÑIA: Quedan dos o tres en su armario — todos ajados.

DOCTOR: No importa, ojalá haya uno azul. ¿Tiene las peinetas?

DAMA DE COMPAÑIA: Sí, doctor. *(Reflexiona.)* Creo que hay un traje azul, precisamente.

DOCTOR: Tanto mejor. Deje usted a Su Majestad al cuidado de una doncella. Que no se la contradiga en nada. Y en seguida haga usted avisar por teléfono a Su Majestad el Rey y a la familia real.

DAMA DE COMPAÑIA *(Conmovida)*: ¿Acaso?. . .

DOCTOR: Creo que Su Majestad la Emperatriz morirá pronto, señora.

DAMA DE COMPAÑIA: Pero . . . ¿ha recobrado la razón?

DOCTOR *(Mirando las llamas de las velas)*: Señora, la muerte se parece a la vida como la locura a la razón. Las llamas crecen mucho para apagarse. Haga usted lo que le he dicho. Yo veré si puedo hacer algo aún. Debo comunicarme con algunos colegas.

La DAMA DE COMPAÑIA sale por el fondo derecha. El DOCTOR, después de reflexionar un momento, pasa al salón izquierda, deja el candelabro sobre la mesa y sale por la primera puerta izquierda. Al cabo de un momento, la DAMA DE COMPAÑIA reaparece y sigue rápidamente el mismo camino del DOCTOR, dando indicios de mayor tristeza a pesar de su evidente premura.

Un momento después el viejo PORTERO asoma por entre las cortinas de la terraza, mira en torno y hace una señal hacia afuera. Entra ERASMO RAMIREZ.

PORTERO: Por fortuna no se han quedado aquí. ¿Va usted a irse ahora, caballero?

ERASMO: Vuelvo a suplicarle que me deje aquí.

PORTERO: Sea usted humano, se lo ruego, sea usted . . .

ERASMO *(Interrumpiéndolo)*: ¿Por qué han corrido las cortinas, y qué quieren decir estas velas?

PORTERO: No lo sé, señor, pero . . .

ERASMO: Es curioso. Quizás ella ha vuelto a pedir luces. *(Ve su libro de pronto.)* ¡Ah, mi libro! *(Lo toma. Mira al viejo PORTERO, que da muestras de abatimiento.)* No se desespere, amigo. Si no quiere usted ayudarme no me quedará más remedio que renunciar a mi idea. Pero voy a explicarle una vez más lo que busco. Busco la verdad, para decirla al mundo entero. Busco la verdad sobre Carlota.

PORTERO: Su Majestad la Emperatriz.

ERASMO *(Suave y persuasivo)*: En México la llamamos todos Carlota — no se ofenda usted. Es ya una anciana, una enferma. Puede morir de un día a otro, y nadie en el mundo podrá saber ya nada sobre ella. Quizás en lo que diga habrá algo, algo que me ayude en mi trabajo, que me ayude a entenderla mejor.

PORTERO: Usted la odia — todos los mexicanos la odian. Es natural que la odien.

ERASMO: La historia no odia, amigo; la historia ya ni siquiera juzga. La historia explica. Piense usted que he venido desde México para esto. Si usted no me ayuda, perderé mi esfuerzo y no tendré qué decir. Yo no creo, como todos en mi país, que Carlota haya muerto porque está loca. Creo que ha vivido hasta ahora para algo, que hay un objeto en el hecho de que haya sobrevivido sesenta años a su marido, y quiero saber cuál es ese objeto. Usted me dijo en el jardín que ha dedicado toda su vida a la Emperatriz; yo he dedicado toda mi vida a la historia, y las dos son lo mismo.

PORTERO *(Persuadido a medias)*: Puede hacerle daño — puede pasar algo terrible. No, ¡no puede ser! ¡Por favor!

ERASMO: Piense que será usted, un servidor de este castillo, el que habrá ayudado a hacer la historia. Le prometo ponerlo en mi libro, cerca de la Emperatriz. Allí vivirán los dos hasta después de muertos — los dos: la emperatriz más orgullosa, el portero más humilde. Pero no voy a obligarlo. *(EL PORTERO calla. ERASMO suspira, se encoge de hombros y se dirige a la primera puerta izquierda.)*

PORTERO: ¿Es verdad todo eso? ¿Me dará usted un pequeño lugar, muy humilde, en su libro sobre la Emperatriz?

ERASMO: Le prometo dedicarle mi libro. A usted, sí, a usted. ¿Cómo se llama?

PORTERO: Etienne . . .

En este momento se oye abrirse la puerta de la recámara ERASMO y el PORTERO retroceden, adosándose a la pared, semiocultándose en los pliegues de la cortina de la terraza. CARLOTA aparece vestida de azul, con un traje

1866, arrugado y marchito, pero de seda aún crujiente. Sus cabellos blancos, su máscara de vejez, realzan la majestad de su figura erguida. La precede una doncella vieja con el otro candelabro. CARLOTA camina mirando al vacío. Al llegar a la puerta divisoria se detiene. Habla sin volverse.

CARLOTA: Ved si avisaron a Su Majestad el Emperador que le aguardo aquí. Yo dije media hora, pero no ha pasado tanto tiempo. Sin embargo, parece que ha pasado mucho tiempo. ¿Y qué es el tiempo? ¿Dónde está el tiempo? ¿Dónde lo guardan? ¿Quién lo guarda? *(Acaricia un poco su traje.)* Mi traje azul. Parece que hace un siglo que no vestía yo de azul. Decid a Su Majestad que se dé prisa. Tengo que decirle que . . . ¿No recuerdo? Callad, indiscreta. Sí recuerdo; pero sólo a él puedo decírselo. Por eso he callado durante todo el viaje — un viaje tan largo que parecía que no alcanzaría el tiempo para hacerlo. Pero el tiempo está guardado. Yo sé dónde está el tiempo. Pero no puedo decirlo. Sólo a Su Majestad el Emperador. Decidle que venga pronto. Id, id ya.

La DONCELLA, instruída sin duda por LA DAMA DE COMPAÑIA, se inclina y desaparece por la puerta del fondo. CARLOTA pasa al salón izquierda. Se acerca al candelabro, lo mira y pasa su mano por entre las llamas de los velones.

CARLOTA *(Como cantando)*: Max, Max, Max. El tiempo está en el mar, naturalmente. No cabría en otra parte. Lo descubrí al hacer el viaje de regreso. Me di cuenta de que no teníamos nada más. Pero tenemos mucho. Con eso triunfaremos. ¿Estás aquí, Max? *(Se vuelve.)* ¿Quién ha corrido estas cortinas? *(Con creciente imperio.)* Vamos ya. Decid a Su Majestad que se dé prisa. Tenemos mucho tiempo, pero no debemos perder un minuto. ¿Quién ha corrido estas cortinas? ¡Descorredlas en seguida!

Las descorre apenas, y al hacerlo deja al descubierto la figura del viejo PORTERO, que se inclina desconsolado.

PORTERO: Señora . . .

CARLOTA: ¿Habéis avisado a Su Majestad? ¿Vendrá pronto? Id a llamarlo otra vez. Decidle que . . . No. Sólo puedo decírselo a él. Pero está claro. Ese es el secreto de todo. Con eso triunfaremos.

Abre las cortinas por el centro, sin objeto aparente, sin mirar siquiera, y deja al descubierto la figura desconcertada, pero inmóvil, solemne y respetuosa de ERASMO RAMIREZ.

CARLOTA: ¿Sois vos? ¿Hace mucho que estáis aquí?

PORTERO: ¡Perdón, señora! ¡Perdón, Majestad!

CARLOTA *(AL PORTERO)*: Debisteis avisarme antes *(A ERASMO.)* Pasad, señor, y sentaos. *(Le tiende la mano. ERASMO, vencido, la toca con la punta de los dedos.)* (Al PORTERO) Id pronto! Decid a Su Majestad que tenía yo razón. *(El PORTERO, petrificado, duda.)* Vamos, ¡id ya de una vez! No me gusta mandar dos veces la misma cosa. Decid al Emperador Maximiliano que lo esperamos aquí. ¿Entendéis? Que *lo esperamos.*

Levanta la mano con tal imperio, que el PORTERO obedece y sale por la terraza. ERASMO ha permanecido inmóvil, de pie, como fascinado por la figura de la Emperatriz.

CARLOTA: Sentaos.

ERASMO: Señora . . .

CARLOTA: Sentaos, os lo ruego. Yo no puedo sentarme. Tengo demasiada energía para sentarme. No me sentaré mientras no venga el Emperador.

Siempre digno y respetuoso, ERASMO se sienta en uno de los dos sillones. Sigue mirando a CARLOTA y espera.

CARLOTA *(De pie frente a él)*: Yo sabía que vendriáis, que no podiáis desoír mi mensaje. Lo sabía todo el tiempo mientras venía en ese barco tan largo. Y oía todo el tiempo las palabras de Max en mis oídos. "Es un hombre honrado, es un hombre honrado", me decía. Ese barco tan largo. Sois vos, claro, sois vos. Nadie quería oírme, nadie quería creerme. Pero sois vos. Yo lo sabía. Yo sabía que vendríais. *(Pausa. Luego, con el tono de quien confiere una alta distinción.* Os lo agradezco tanto, señor Juárez.

ERASMO se levanta, electrizado pero siempre solemne, y se inclina. Se apagan las luces y se corre la cortina parcial en el salón de la derecha.

CARLOTA: Sentáos. Me sentaré yo también. Es curioso, señor — siempre que oía vuestro nombre, siempre que pensaba en vos, me parecía sentir que os detestaba, que os odiaba. Oí vuestro nombre cuando veníamos de Veracruz a México en una diligencia. Una voz gritó desde un lado del camino: "¡Viva Juárez!" Un camino tan largo. Y me pareció desde entonces que os odiaba. Pero ahora os veo aquí, frente a mí, y sé que no es verdad. Yo no os odio — nunca os he odiado. Es curioso: nadie me inspira confianza ya, nadie — parece que hace mucho tiempo. ¿Qué es el tiempo? Pero vos me inspiráis confianza. Debo decíroslo antes de que venga Max — debo decíroslo todo.

ERASMO *(En su papel de historiador, pero siempre solemne y respetuoso)*: Señora, ¿por qué fueron ustedes a México?

CARLOTA: Estoy segura de que vos podréis entenderme. Debo decíroslo, señor Juárez. Parece haber pasado tanto tiempo. No, no es eso, no. *(Se levanta y toma el candelabro, acercándolo al rostro de ERASMO.)* Yo se lo expliqué todo a Max, se lo expliqué aquella noche en Miramar. Aquella noche.

Echa a andar, con el candelabro en la mano, hacia la puerta divisoria. Cuando va a trasponerla se apaga la luz en el salón izquierda, sobre la figura inmóvil de ERASMO, y se corre la cortina parcial un momento después. No hay interrupción entre las escenas.

OSCURO

ESCENA SEGUNDA

Se ilumina el salón de la derecha con la luz de los velones; pero quien tiene ahora el candelabro es MAXIMILIANO, envuelto en una bata de época. Deposita el candelabro sobre una mesilla. El salón derecha está convertido en la recámara de CARLOTA. Se ve una parte del gran lecho y un tocador al fondo. La iluminación baja debe completar la ilusión de ambiente. MAXIMILIANO parece pensativo. Un instante después entra CARLOTA por el fondo, envuelta en un peinador. Es joven ahora, como en 1864, y, despojada de la peluca blanca, lleva sueltos sus cabellos, que peinará ante el tocador durante la primera parte del diálogo.

CARLOTA *(Sorprendida)*: ¡Max!

MAXIMILIANO: Quiero hablar contigo. Estoy preocupado, Carlota.

CARLOTA: ¡Es tan tarde, querido! Estaré hecha un horror en la ceremonia de mañana.

MAXIMILIANO: Tú siempre estarás bien y siempre serás bella. Es tu privilegio. La princesa más bella de Europa.

CARLOTA: Y el archiduque más hermoso.

MAXIMILIANO: Deja tus cabellos un momento, querida, escúchame.

CARLOTA: Tengo que peinarme.

MAXIMILIANO: He venido a pedirte una cosa — quizás sea demasiado pedir *(Ella espera, mientras se peina.)* He venido a pedirte que sigas siendo la princesa más bella de Europa.

CARLOTA *(Volviéndose a mirarlo)*: Y tú, ¿qué serás entonces?

MAXIMILIANO: Un archiduque cualquiera — tan feliz a tu lado como un cualquiera que no fuera siquiera archiduque.

CARLOTA *(Dejando sus cepillos)*: Max, no hablas en serio. ¿Qué ocurre? *(Se acerca a él.)*

MAXIMILIANO: He pensado si tenemos derecho a... si tengo derecho a arrastrarte a una aventura semejante — a destruir nuestra felicidad.

CARLOTA *(Muy lenta)*: ¿Eres feliz tú, Max?

MAXIMILIANO: Más que en toda mi vida. Te tengo a ti, tenemos este castillo, una vida tranquila para amar, para escribir y leer, para ver el mar. He pensado que podríamos emprender viajes, ahora que hay nuevas rutas, nuevos medios de transporte — ver el Oriente. ¡Hay tantas cosas en la naturaleza sola, amor mío, que no alcanzaría la vida para verlas! ¿Qué más queremos?

CARLOTA: ¿Te has preguntado si soy feliz yo, Max?

MAXIMILIANO *(Después de una pausa)*: Creí que lo eras. Perdóname, soy un egoísta.

CARLOTA *(Cerca de él)*: Eres un niño bueno. Yo no soy feliz, Max. No soy feliz aquí encerrada. Si tuviéramos hijos me dejaría engordar como las princesas alemanas, y dedicaría mi vida a cuidarlos con la esperanza de que alguno de ellos llegara a reinar un día — en Bélgica o en Austria, por un azar cualquiera. Creo que haría calceta y política, y si tuviera una hija la casaría con un monarca poderoso. Pero, ¿puedo alimentar esa esperanza? ¿Qué nos detiene, Max? No tenemos nada que nos encadene en Europa. Allá seríamos emperadores.

MAXIMILIANO *(Paseando un poco)*: A mí me detienes tú, Carlota: tu amor, tu felicidad, tu tranquilidad. Nacimos tarde para los tronos, y llegará un día en que los tronos se acaben. Entonces los pobres príncipes serán felices, libres.

CARLOTA: Nacimos tarde. ¿Y tú te resignas? No digas disparates, Max. Los tronos no se acabarán nunca, y es preferible que se sienten en ellos príncipes de sangre, educados para eso, que usurpadores o dictadores. ¿Qué somos aquí, Max? ¿Qué somos, te lo pregunto?

MAXIMILIANO: Dos amantes. Todos los príncipes de Europa nos envidian.

CARLOTA: No, Max, no, Max, no. Somos dos parias, dos mendigos dorados, dos miserables cosas sin destino. Tendrían que morir tu her-

mano y sus hijos para que pudieras reinar en Austria. Y eso si no sobrevivía tu madre.

MAXIMILIANO: ¡Carlota!

CARLOTA: Tendría que acabar toda mi dinastía para que tuviéramos una débil esperanza de reinar en Bélgica. Por ningún lado tenemos derechos ni esperanzas. . .

MAXIMILIANO: ¿Por qué no confiar en la vida? A veces la vida nos trae sorpresas. Somos jóvenes, tenemos tiempo.

CARLOTA: No, mi ciego adorado, no, ¡no tenemos tiempo! El poder sería nuestro tiempo, los hijos serían nuestro tiempo. No tenemos nada. ¿Y no es ésta, justamente, la sorpresa que nos trae la vida? ¿No crees que es nuestro destino que aparece al fin?

MAXIMILIANO: Eres ambiciosa, amor mío. El poder no dura, no es más que una luz prestada por poco tiempo al hombre. Una luz que se apaga cuando el hombre trata de retenerla demasiado. Por eso se han acabado y se acabarán las dinastías. El poder sólo sigue siendo luz cuando pasa de una mano a otra, como las antorchas griegas — y nosotros estamos fuera de la carrera.

CARLOTA: ¿Estás ciego, Max? Mira en torno tuyo. Mira a Victoria, emperatriz; mira a mi padre buscando colonias; mira cómo Italia y Alemania se unifican, para hacerse fuertes; mira a Napoleón, emperador. ¡Da risa! Si creyéramos a las malas lenguas, tú tendrías más derecho que él a ocupar el trono de Francia.

MAXIMILIANO: ¡Carlota!

CARLOTA: No te ofendas, amor mío. Se dice que el duque de Reichstadt fué tu padre.

MAXIMILIANO: Carlota, te ruego que. . .

CARLOTA: Si es que a nadie le importaría. Nuestras familias están llenas de esas cosas. Pero dime si no es irrisorio, mi Max, ¡irrisorio! Bonaparte emperador, y tú mendigo con uniforme y con medallas. ¡Eugenia emperatriz! Una pequeña condesa española — ni siquiera es más bella que yo — emperatriz de los franceses. Y yo una mendiga cualquiera. ¿Tú sabes lo que piensa mi familia de mí? ¿Mi padre, mi hermano? ¡Pobre Carlota Amalia! De niña quería ser la reina siempre en todos los juegos — y no es más que la reina de Miramar.

MAXIMILIANO: La reina de Maximiliano.

CARLOTA: La reina de Miramar, la reina de su casa, una pobre burguesa sin importancia. Y alrededor de nosotros se forjan los grandes

imperios, Max, y todo se nos va de las manos — no tenemos raíces en Europa.

MAXIMILIANO: ¿Las tenemos acaso en América?

CARLOTA: No, ya lo sé, no las tenemos, no; pero entonces no te das cuenta de lo maravilloso de eso mismo. En la tierra de Europa no hay savia para nuestras raíces, Max; en México la tierra es nueva y nos absorberá. En México conquistaríamos como en los siglos más valientes. ¡Comprende!

MAXIMILIANO: No, Carlota. Yo conozco la naturaleza, la he observado, la he estudiado. No es posible trasplantar ciertas raíces. Si fuéramos a México como conquistadores, tendríamos que regar nuestras raíces con sangre, y yo no nací para derramar la sangre de los hombres.

CARLOTA: Eres débil — tan débil como el duque de Reichstadt.

MAXIMILIANO: ¡Carlota, por favor! ¿Estás loca?

CARLOTA: Débil como Hamlet. ¿Te vas a pasar la vida esperando a que las gentes acaben de orar, o de comer, para decidirte? ¿Vas a esperar hasta que una flor muera para atreverte a cortarla? Eres débil, Max, débil, ¡débil!

MAXIMILIANO *(Levantándose)*: Basta, Carlota. Me creo más fuerte que tú, que te dejas arrastrar por la ambición; me creo más fuerte que Napoleón, porque tengo escrúpulos; porque es más fuerte el que se abstiene que el que se rinde; porque hay a veces más valor en no hacer ciertas cosas que en hacerlas; porque se necesita ser muy fuerte para no delinquir. Lo que tú llamas mi debilidad es mi fuerza. Y no cortaré la flor viva, si tú quieres, porque no tengo derecho a cometer la cobardía de privarla de la vida.

CARLOTA: ¡Sofisma todo, Max, sofisma, mentira!

MAXIMILIANO hace ademán de salir. CARLOTA cambia de actitud de pronto. Se sienta, como vencida, en la cama. Habla con una voz quebrada.

CARLOTA: Max, no te vayas.

El se vuelve, se inclina sobre ella y le pasa las manos por los cabellos. Ella toma sus manos, se las lleva al rostro, las besa y lo hace sentar a su lado.

MAXIMILIANO: Pobrecita mía — ¿no te das cuenta de que todo es un sueño?

CARLOTA: Por eso lo creía posible, Max. Por increíble, por maravilloso. ¿No hablabas de un viaje por Oriente? ¿Crees que podría ser más maravilloso que un imperio? Además, es el destino — ni tú ni yo lo buscamos. Los mexicanos vinieron solos, cayeron de las nubes. Es

algo más milagroso que el reinado de Victoria; es el único cuento de hadas de este siglo. Conquistar, gobernar una tierra nueva, un imperio de oro y plata . . .

MAXIMILIANO: Despierta, Carlota, por favor. Tengo la idea muy clara de que los mexicanos no cayeron del cielo. Napoleón los mandó a nosotros con algún fin tortuoso y sórdido como él. ¿No invadió a México en '62? ¿Nos dejaría reinar acaso? ¿No intentará reinar sobre nosotros y conseguir beneficios para Francia? Es un mal hombre.

CARLOTA: ¿Y qué importaría eso? Lo venceríamos. ¿No eres bueno tú, no dices que el bien es más fuerte que el mal? ¿No te sientes capaz de reinar con justicia? Te llaman, te quieren más que a mí, querido mío. Por algo es. ¿Qué has esperado entonces todo este tiempo de tu vida si no eso? Cuando veías a tu alrededor el mal y la injusticia de nuestros primos y de nuestros hermanos, los monarcas de esta Europa podrida para nosotros, ¿no sentías el deseo, la esperanza de gobernar bien, de hacer justicia?

MAXIMILIANO: Es cierto — pero era un sueño. ¿Quién sabe en México de mí, pobre archiduque segundón de una familia tan vieja que su vejez me infunde miedo? ¿Quién puede quererme allá?

CARLOTA: Tu destino. ¿No te han dado pruebas los mexicanos? ¿No te han mostrado los documentos del plebiscito que te llama?

MAXIMILIANO: Nombres desconocidos todos, de seres de otra raza, de otro clima, de otro paisaje — ¿qué pueden esperar de mí?

CARLOTA *(Levantándose)*: Esperan amor y justicia, creen en el sol de la sangre y del rango. Me he informado, Max, tú lo sabes; he aprendido el español al mismo tiempo que tú, he leído mil cosas sobre México. Es el país del sol y tú te pareces al sol. Te lo dije siempre — y siempre deseé que el príncipe que me desposara se pareciera al sol como tú.

MAXIMILIANO: Un país rico de gentes pobres, de mendigos sentados sobre montañas de oro. Una lista de nombres desconocidos para mí como yo lo soy para ellos. Pudieron firmar todos con cruces y sería lo mismo. Cruces. El nombre mismo del país tiene una *x* que es una cruz.

CARLOTA: Quiere decir que allí se cruza todo, ¿no lo ves? Nuestra sangre y la de ellos.

MAXIMILIANO: Es verdad, Carlota, ¡es verdad! Todo se cruza allí. Las viejas pirámides mayas y toltecas y la cruz cristiana; los sexos de las mujeres nativas y de los conquistadores españoles; las ideas de Eu-

ropa y la juventud de la tierra Todo puede hacerse allí, ¿no crees que todo puede hacerse?

CARLOTA: Todo puedes hacerlo tú, Max.

MAXIMILIANO *(Levantándose)*: Un imperio en el que cada quien haga lo que debe hacer.

CARLOTA: Eso es una democracia, Max.

MAXIMILIANO: Ahora ya sabes mi secreto. Por eso voy, y por ti, mi mendiga, mi reina. Pero no será una corona de juego, Carlota. Habrá otras cosas — habrá lágrimas tal vez. ¿Serás feliz así?

CARLOTA: ¿Lo preguntas?

MAXIMILIANO: "Todo puedo hacerlo yo". ¿Qué podría yo hacer sin ti, que eres mi voluntad y mi sangre y mi fuerza?

CARLOTA: No digas eso, Max, no digas eso. Tu fuerza es tu bondad — yo soy tu esclava.

MAXIMILIANO: Me pregunto si no nos odiarán, si no nos sentirán intrusos hasta el odio.

CARLOTA *(Volviendo a sentarse)*: ¿Tú crees que pueden odiar el sol en parte alguna? Nos admirarán, los deslumbraremos, son una raza mixta, inferior . . .

MAXIMILIANO: No digas eso. No hay razas inferiores. El hombre está hecho a semejanza de Dios: ¿cómo podría una semejanza de Dios ser más baja que otra? No digas nunca eso. Si vamos, iremos con amor.

CARLOTA *(Sintiéndolo ya vencido)*: Tú pondrás el amor, Max.

MAXIMILIANO: Los dos, Carlota. Esa es la condición.

CARLOTA: Los dos.

Callan un momento. Las llamas de los velones consumidos a medias se agigantan. CARLOTA se reclina en un cojín, con los ojos en lo alto. MAXIMILIANO se arrodilla al pie del lecho, reclinando la cabeza en el regazo de CARLOTA.

CARLOTA *(A media voz, como quien arrulla a un niño)*: Maximiliano emperador — Maximiliano emperador . . .

MAXIMILIANO *(Con la voz soñolienta)*: Es un sueño, Carla.

CARLOTA: Por eso es verdad, Max. ¿Quieres apagar esas luces?

Bajo la mirada de CARLOTA, MAXIMILIANO apaga las bujías, una a una.

CARLOTA *(En la oscuridad)*: Ven, Max. Aquí estoy.

OSCURO

ESCENA TERCERA

En la oscuridad se escucha la voz de CARLOTA, vieja.

LA VOZ DE CARLOTA: Nuestra primera noche en México, ya acostada, en mi alcoba, sentí un deseo imperioso de ver a Max. Me acerqué a la puerta de comunicación. Oí voces, y esperé hasta que las voces se apagaron.

Una como procesión de sombras, guiadas por la luz de las velas encendidas, pasa de derecha a izquierda. Se ilumina la escena al entrar en el salón de la izquierda, primero, un lacayo con el candelabro; detrás MAXIMILIANO, detrás MIRAMON y LACUNZA. Otras figuras confusas quedan atrás.

MAXIMILIANO: Buenas noches, señores.

El lacayo sale, las sombras pasan del centro a la derecha y desaparecen. Se corre el telón parcial sobre el salón de la derecha. MIRAMON y LACUNZA se inclinan, para salir.

MAXIMILIANO: No, quedaos, general Miramón. Quedaos, señor Lacunza.

Los dos se inclinan.

MIRAMON: Su Majestad debe de estar muy fatigado. Mañana habrá tantas ceremonias que...

MAXIMILIANO: No sé bien por qué, general, pero sois la única persona, con Lacunza, que me inspira confianza para preguntarle ciertas cosas. Ya sé que sois leal — otros lo son también; pero nunca les preguntaría yo esto. *(MIRAMON espera en silencio.)* Será porque sois europeo de origen como yo. Bearnés, es decir, franco. Habéis sido presidente de México, ¿no es verdad?

MIRAMON: Dos veces, sire.

MAXIMILIANO: Y eso no os impidió llamarme a México para gobernar.

MIRAMON: No, Majestad.

MAXIMILIANO: ¿Por qué? *(Pausa.)* Os pregunto por qué.

MIRAMON: Pensaba cuál podría ser mi respuesta sincera, sire. Nunca pensé en eso. Hay motivos políticos en la superficie, claro.

MAXIMILIANO: ¿Aceptasteis la idea de un príncipe extranjero sólo por odio a Juárez?

MIRAMON: No, sire.

MAXIMILIANO: ¿Entonces?

MIRAMON: Perdone Vuestra Majestad — pero todo se debe a un sueño que tuve.

MAXIMILIANO: ¿Podéis contármelo?

MIRAMON: No sé cómo ocurrió, sire, pero vi que la pirámide había cubierto a la iglesia. Era una pirámide oscura, color de indio. Y vi que el indio había tomado el lugar del blanco. Unos barcos se alejaban por el mar, al fondo de mi sueño, y entonces la pirámide crecía hasta llenar todo el horizonte y cortar toda comunicación con el mar. Yo sabía que iba en uno de los barcos; pero también sabía que me había quedado en tierra, atrás de la pirámide, y que la pirámide me separaba ahora de mí mismo.

MAXIMILIANO: Es un sueño extraño, general. ¿Podéis descifrar su significado?

MIRAMON: Me pareció ver en este sueño, cuando desperté, el destino mismo de México, señor. Si la pirámide acababa con la iglesia, si el indio acababa con el blanco, si México se aislaba de la influencia de Europa, se perdería para siempre. Sería la vuelta a la oscuridad, destruyendo cosas que ya se han incorporado a la tierra de México, que son tan mexicanas como la pirámide —hombres blancos que somos tan mexicanos como el indio, o más. Acabar con eso sería acabar con una parte de México. Pensé en las luchas intestinas que sufrimos desde Iturbide; en la desconfianza que los mexicanos han tenido siempre hacia el gobernante mexicano; en la traición de Santa-Anna, en el tratado Ocampo-McLane y en Antón Lizardo. En la posibilidad de que, cuando no quedara aquí piedra sobre piedra de la iglesia católica, cuando no quedara ya un solo blanco vivo, los Estados Unidos echaran abajo la pirámide y acabaran con los indios. Y pensé que sólo un gobernante europeo, que sólo un gobierno monárquico ligaría el destino de México al de Europa, traería el progreso de Europa a México, y nos salvaría de la amenaza del Norte y de la caída en la oscuridad primitiva.

MAXIMILIANO *(Pensativo)*: ¿Y piensan muchos mexicanos como vos, general?

MIRAMON: No lo sé, Majestad. Yo diría que sí.

LACUNZA: Todos los blancos, Majestad.

MIRAMON: Tomás Mejía es indio puro, y está con nosotros.

MAXIMILIANO pasea un poco.

MAXIMILIANO: Quiero saber quién es Juárez. Decídmelo. Sé que es doctor en leyes, que ha legislado, que es masón como yo; que cuando era pequeño fué salvado de las aguas como Moisés. Y siento dentro de mí que ama a México. Pero no sé más. ¿Es popular? ¿Lo ama el pueblo? Quiero la verdad.

MIRAMON: Señor, el pueblo es católico, y Juárez persigue y empobrece a la iglesia.

LACUNZA: Señor, el pueblo odia al americano del norte, y Juárez es amigo de Lincoln.

MIRAMON: Juárez ha vendido la tierra de México, señor, y el pueblo, además, ama a los gobernantes que brillan en lo alto. Juárez está demasiado cerca de él y es demasiado opaco. Se parece demasiado al pueblo. Ese es un defecto que el pueblo no perdona.

LACUNZA: Señor, el pueblo no quiere ya gobernantes de un día, y Juárez buscaba la república.

MIRAMON: El mexicano no es republicano en el fondo, señor. Su experiencia le enseña que la república es informe.

LACUNZA: El mexicano sabe que los reyes subsisten en Europa, conoce la duración política de España, y aquí, en menos de medio siglo, ha visto desbaratarse cuarenta gobiernos sucesivos.

MAXIMILIANO: Iturbide quiso fundar un imperio.

MIRAMON: Se parecía demasiado a España, señor, y estaba muy cerca de ella. Por eso cayó.

MAXIMILIANO: Decidme una cosa: ¿odia el pueblo a Juárez, entonces?

Los mira alternativamente. Los dos callan.

MAXIMILIANO: Comprendo. Juárez es mexicano. Pueden no quererlo, pero no lo odian. Pero entonces el pueblo me odiará a mí.

MIRAMON: Nunca, señor.

LACUNZA: El pueblo ama a Vuestra Majestad.

MAXIMILIANO: ¿Me ama a mí y ama a Juárez? Eso sería una solución, quizás: Juárez y yo juntos.

MIRAMON: ¿Se juntan el agua y el aceite? El pueblo no os lo perdonaría nunca.

MAXIMILIANO: Si el pueblo nos amara a los dos, ¿no sería posible ese milagro?

LACUNZA: Nunca, señor.

MAXIMILIANO: Pero vosotros sois mexicanos y me aceptáis y me reconocéis por vuestro emperador. Los que me buscaron en Miramar también lo eran. ¿Os alejaríais de mí si Juárez se acercara? *(Los dos hombres callan.)* Si el pueblo es católico, si el pueblo odia a los Estados Unidos del Norte, ¿cómo puede amar a Juárez? Comprendo bien: Juárez es mexicano. Pero si se acercara a mí eso os apartaría. Luego entonces, vosotros, toda vuestra clase, que está conmigo, lo odia.



Oleo inédito de
F. Morales.

Carlota
Emperatriz de [illegible]



Oleo inédito de
F. Morales.

MIRAMON: No lo odiamos, señor. No queremos que la pirámide gobierne, no queremos que muera la parte de México que somos nosotros, porque no sobramos, porque podemos hacer mucho.

MAXIMILIANO: Como ellos.

MIRAMON: Yo no odio a Juárez, señor. Lo mataría a la primera ocasión como se suprime una mala idea. Pero no lo odio.

MAXIMILIANO: Pero lo mataríais. No me atrevo a comprender por qué. Decídme, ¿por qué lo mataríais?

LACUNZA: Porque Juárez es mexicano, Majestad.

MAXIMILIANO: Ese era el fondo de mi pensamiento: la ley del clan. Adiós, señores.

Los dos hombres se inclinan y van a salir.

MAXIMILIANO: Me interesan mucho vuestros sueños, general Miramón. Si alguna vez soñáis algo sobre mí, no dejéis de contármelo, os lo ruego. Señor Lacunza, quiero leer mañana mismo las Leyes de Reforma, y escribir una carta a Juárez. Buscadme a Juárez.

LACUNZA y MIRAMON levantan la cabeza con asombro. MAXIMILIANO los despide con una señal, y salen después de inclinarse. Solo, MAXIMILIANO pasea un momento. Se oye, de pronto, llamar suavemente a la segunda puerta izquierda. MAXIMILIANO va a abrir. Entra CARLOTA.

MAXIMILIANO: ¡Tú!

CARLOTA: No podría dormir hoy sin verte antes, amor mío. *(En tono de broma.)* ¿Vuestra Majestad Imperial está fatigada?

MAXIMILIANO: Mi Majestad Imperial está molida. ¿Cómo está Vuestra Majestad Imperial?

CARLOTA: Enamorada.

Se toman de las manos, se sientan.

MAXIMILIANO: ¿Satisfecha por fin?

CARLOTA: Colmada. Tengo tantos planes, tantas cosas que te diré poco a poco para que las hagamos todas. Ya no hay sueños, Max, ya todo es real. Tendremos el imperio más rico, más poderoso del mundo.

MAXIMILIANO: El más bello desde luego. Me obsesiona el recuerdo del paisaje. He viajado mucho, Carla, pero nunca vi cosa igual. Las cumbres de Maltrata me dejaron una huella profunda y viva. Sólo en México el abismo puede ser tan fascinante. Y el cielo es prodigioso. Se mete por los ojos y lo inunda a uno, y luego le sale por todos los poros, como si chorreara uno cielo.

CARLOTA: Max — ¿recuerdas ese grito que oímos en el camino? Yo lo siento todavía como el golpe de un hacha en el cuello: "¡Viva Juárez!" Por fortuna mataron al hombre, pero su voz me estrangula aún.

MAXIMILIANO *(Levantándose)*: ¿Qué dices? ¿Lo mataron?

CARLOTA: Oí sonar un tiro a lo lejos.

MAXIMILIANO: ¡No! ¡No es posible! Tendré que preguntar... *(Va a tirar de un grueso cordón de seda).*

CARLOTA *(Levantándose y deteniendo su brazo)*: ¿Qué vas a hacer?

MAXIMILIANO: A llamar, a esclarecer esto en seguida. ¡No, no, no! No es posible que nuestro paso haya dejado tan pronto una estela de sangre mexicana. ¡No!

CARLOTA *(Llevándolo)*: Ven aquí, Max, ven, siéntate. Quizás estoy equivocada, quizás no hubo ningún tiro — quizás el hombre escapó.

MAXIMILIANO: ¡Carla!

Se deja caer junto a ella, cubriéndose la cara con las manos.

CARLOTA: ¿Si no hubiera escapado oiría yo su grito aún? Tienes razón Max, no es posible. No puede haber pasado eso.

MAXIMILIANO: No, ¡no puede haber pasado!

Ella lo acaricia un poco; él se abandona. Pausa.

CARLOTA: Max, escuché involuntariamente al principio, deliberadamente después, tu conversación. ¿Para qué quieres escribir a Juárez?

MAXIMILIANO *(Repuesto)*: Este es el país más extraordinario que he visto, Carlota. Ahora puedo confesarte que todo el tiempo, en el camino, al entrar en la ciudad, a cada instante sentí temor de un atentado contra nosotros. Hubiera sido lo normal en cualquier país de Europa. Pero he descubierto que aquí no somos nosotros quienes corremos peligro: son los mexicanos, es Juárez. Por eso quiero escribirle.

CARLOTA: ¿Qué dices?

MAXIMILIANO: Quiero salvar a Juárez, Carlota. Lo salvaré.

CARLOTA: Max, olvida a ese hombre. No sé por qué, pero sé que lo odio, que será funesto para nosotros. Tengo miedo, Max.

MAXIMILIANO: ¿Tú, tan valiente? La princesa más valiente de Europa. ¿O conoces otra que se atreviera a esta aventura? No, amor mío, no tengas miedo. Tú me ayudarás. Nosotros salvaremos a Juárez.

CARLOTA: ¡Oh, basta, Max, basta! No he venido a hablar de política contigo, no quiero oír hablar nunca más de ese hombre. Olvidemos todo eso.

MAXIMILIANO: Es parte de tu imperio.

CARLOTA: Esta noche no quiero imperio alguno, Max. He sentido de pronto una horrible distancia entre nosotros. Estaremos juntos y separados en el trono y en las ceremonias y en los bailes; tendremos que decirnos vos, señor, señora. ¡Oh, Max, Max! Nunca ya podremos irnos juntos de la mano y perdernos por los jardines como dos prometidos o como dos amantes.

MAXIMILIANO: ¡Mi Carlota, mi emperatriz!

CARLOTA: No me llames así, Max. Carla, como antes. Dime, Max, ¿no podremos ser amantes ya nunca?

MAXIMILIANO: ¿Y por qué no?

CARLOTA: ¿No nos separará este imperio que yo he querido, que yo he buscado? ¿No tendré que arrepentirme un día de mi ambición? ¿No te perderé, Max?

MAXIMILIANO *(Acariciándola)*: ¡Loca!

CARLOTA: No. ¿Acaso no vi cómo te miraban estas mexicanas de pies asquerosamente pequeños, pero de rostros lindos? Todas te miraban y te deseaban como al sol.

MAXIMILIANO: ¿Me haces el honor de estar celosa? Por ti acepté el imperio, Carlota; pero ahora sólo por ti lo dejaría. Vayámonos ahora mismo, si tú quieres, como dos amantes. *(Sonríe ampliamente.)* Qué cara pondrían mañana los políticos y los cortesanos si encontraran nuestras alcobas vacías y ningún rastro de nosotros. ¡Cuántos planes, cuántas combinaciones, cuántas esperanzas no se vendrían abajo! ¡Sería tan divertido!

CARLOTA: Si hablas en serio, Max, vayámonos. Te quiero más que al imperio. Me persigue todavía aquella horrible canción en italiano . . .

MAXIMILIANO *(A media voz)*: "Massimiliano — non te fidare . . ."

CARLOTA: No sigas, ¡por favor!

MAXIMILIANO *(Mismo juego, soñando)*: "Torna al castello — de Miramare". *(Reacciona.)* No podemos volver, Carla. Tú tenías razón: nuestro destino está aquí.

CARLOTA: Si tú quieres volver, no me importará dejarlo todo, Max.

MAXIMILIANO *(Tomándole la cara y mirándola hasta el fondo de los ojos)*: ¿Quieres volver tú, renunciar a tu imperio? Di la verdad.

CARLOTA: No, Max. Hablemos con sensatez. Yo lo quería y lo tengo; es mi elemento, me moriría fuera de él. Pero soy mujer y no quiero perderte a ti tampoco. ¡Júrame . . .

MAXIMILIANO: ¿Desde cuándo no nos bastan nuestra palabra y nuestro silencio? Sólo los traidores juran. *(La acaricia.)* Hace una noche de maravilla, Carla. ¿Quieres que hagamos una cosa? *(Ella lo mira.)*

El bosque me tiene fascinado. Chapultepec, lugar de chapulines. Quisiera ver un chapulín: tienen un nombre tan musical... *(Se levanta, teniéndola por las manos.)* Escapemos del imperio, Carlota.

CARLOTA: ¿Qué dices?

MAXIMILIANO: Como dos prometidos o como dos amantes. Vayamos a caminar por el bosque azteca cogidos de la mano. ¿Quieres? *(La atrae hacia él y la hace levantar.)*

CARLOTA: ¡Vamos! *(Se detiene.)* Max...

MAXIMILIANO: ¿Amor mío?

CARLOTA: He estado pensando... No quiero perderte nunca de vista. ¿Sabes qué haremos ante todo? *(MAXIMILIANO la mira, teniendo siempre su mano.)* Haremos una gran avenida, desde aquí hasta el palacio imperial.

MAXIMILIANO: Es una bella idea; pero, ¿para qué?

CARLOTA: Yo podré seguirte entonces todo el tiempo, desde la terraza de Chapultepec, cuando vayas y cuando vuelvas. ¡Dime que sí!

MAXIMILIANO: Mañana mismo la ordenaremos, Carla. Vamos al bosque ahora.

CARLOTA: Con una condición: no hablaremos del imperio, te olvidarás para siempre de Juárez.

MAXIMILIANO: No hablaremos del imperio. Pero yo salvaré a Juárez.

CARLOTA *(Desembriagada)*: Hasta mañana, Max.

MAXIMILIANO: ¡Carlota! Espera.

CARLOTA: ¿Para qué? Has roto el encanto. Yo pienso en ti y tú piensas en Juárez.

MAXIMILIANO: No podemos separarnos así, amor mío. Vamos, te lo ruego.

Le besa la mano; luego la rodea por la cintura con un brazo. Ella apoya su cabeza en el hombro de él. En la puerta de la terraza, Carlota habla.

CARLOTA: Quizás sea la última vez.

Salen. La puerta queda abierta. Un golpe de viento apaga los velones semi consumidos. Cae el

Telón

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

El telón se levanta sobre el salón derecha, mientras el de la izquierda permanece en la oscuridad. MAXIMILIANO y CARLOTA descienden del trono. BAZAINE está de pie, cerca de la puerta divisoria. MEJIA, BLASIO y LABASTIDA componen otro grupo, a poca distancia del cual está, a la derecha el Padre FISCHER.

MAXIMILIANO: He satisfecho al fin vuestro deseo, Mariscal. Tenéis el apoyo de ese decreto. Procurad serviros de él con moderación, os lo encarezco.

BAZAINE: Vuestra Majestad sabe que el decreto era necesario. No es cuestión de regatear ahora.

CARLOTA: Su Majestad el Emperador no es un mercader ni el Imperio de México es un mercado, señor Mariscal. Se os recomienda moderación, eso es todo.

BAZAINE: Permitidme, señora, que pregunte a Su Majestad el Emperador por qué firmó el decreto si no estaba convencido de que no había medio mejor de acabar con la canalla.

MEJIA hace un movimiento. MAXIMILIANO se vuelve a él y lo contiene con una señal.

MAXIMILIANO: Ocurre, Mariscal, que esa canalla es parte de mi pueblo, al que vos parecéis despreciar.

BAZAINE: ¿Quiere Vuestra Majestad que admire a gentes desharrapadas que se alimentan de maíz, de chile y de pulque? Yo pertenezco a una nación civilizada y superior, como Vuestras Majestades.

CARLOTA: Es cosa que a veces podría ponerse en duda, señor Mariscal. ¿No casasteis con una mexicana?

BAZAINE: Como mujer, aunque extraordinaria, Vuestra Majestad pierde de vista ciertas cosas, señora.

Esta vez MEJIA lleva la mano al puño de la espada y adelanta un paso.

MAXIMILIANO: Basta, señor Mariscal. Todo lo que os pido es que conservéis mi recomendación en la memoria. Habláis de los alimentos del pueblo, pero olvidáis dos que son esenciales: el amor y la fe. Yo vine a traer esos alimentos al pueblo de México, no la muerte. *(Se vuelve a LABASTIDA.)* Su Ilustrísima comparte mi opinión sin duda.

LABASTIDA: Señor, Jesucristo mismo tuvo que blandir el látigo para arrojar del templo a los mercaderes. Vuestra Majestad ha sacrificado, por razones de Estado, a muchos conservadores leales, en cambio. Lo que es necesario es necesario.

BAZAINE: Eso es lo que nos separa a los militares de las gentes de iglesia: ellos hacen política, nosotros no. Ellos creen en el amor y en el látigo; nosotros creemos en el temor y en la muerte. Todo gobierno tiene dos caras, señor, y una de ellas es la muerte.

MAXIMILIANO: No mi gobierno, señor Mariscal.

BAZAINE: En ese caso, anule Vuestra Majestad su decreto. Yo dudo mucho que sin una garantía de seguridad por parte de vuestro gobierno consienta el Emperador Napoleón en dejar más tiempo a sus soldados en México.

CARLOTA: ¿Pretendéis dar órdenes o amenazar a Su Majestad, señor Mariscal?

BAZAINE *(Con impaciencia)*: Lo que pretendo, señora, es que Su Majestad haga frente a la verdad de las cosas. Pero Su Majestad es un poeta y cree en el amor. Excusadme por hablar libremente: soy un soldado y no un cortesano. Como soldado, encuentro vergonzoso el pillaje del populacho, la amenaza de la emboscada contra mis soldados, que son como hijos míos, que son la flor de Francia: valientes y galantes. Me importa la vida de mis soldados, no la de los pelados de México.

MAXIMILIANO: Os serviréis retiraros y esperar mis órdenes, señor Mariscal.

BAZAINE hace un altanero saludo.

MEJIA *(Temblando de cólera)*: Si Vuestras Majestades me dan su graciosa venia para retirarme...

Tiene los ojos en alto y la mano en la espada. BAZAINE se vuelve a mirarlo. Todos comprenden la inminencia del choque.

MAXIMILIANO: Quedaos, general, os lo ruego *(MEJIA hace un movimiento.)* Os lo mando.

Pero la tensión persiste un momento aún. MEJIA y BAZAINE se miden lentamente de pies a cabeza.

BAZAINE *(Sonriendo, a media voz)*: *Mais regardez-moi donc le petit Indien.*

MAXIMILIANO *(Conteniendo a MEJIA)*: Mariscal, voy a...

PADRE FISCHER *(Interponiéndose)*: Con perdón de Vuestra Majestad, desearía hacer algunas preguntas al señor Mariscal antes de que se retire.

MAXIMILIANO: Podéis hacerlo, Padre.

BAZAINE, que tenía la mano en el picaporte, la baja y espera sin acercarse. MEJIA se retira junto a BLASIO y LABASTIDA. CARLOTA se acerca a MAXIMILIANO.

PADRE FISCHER: ¿No estimáis acaso, señor Mariscal, que el decreto de Su Majestad, grave como es, encierra un espíritu de cordialidad hacia el Emperador Napoleón y hacia el ejército francés?

BAZAINE: Así parece, en principio.

PADRE FISCHER: Entonces, ¿por qué no dais prueba de un espíritu análogo acatando el deseo de moderación que os ha expresado Su Majestad? Aun así, haríais menos de lo que ha hecho el Emperador.

BAZAINE: Yo no soy político, Padre Fischer. Entiendo lo que queréis decir, sin embargo: debería plegarme en apariencia al deseo de Su Majestad y hacer después lo que me pareciera mejor, ¿no es eso?

PADRE FISCHER *(Descubierto)*: Interpretáis mal mis palabras, señor Mariscal. No añadiré nada. Yo no soy un traidor.

BAZAINE: Si insinuáis con eso que yo —

CARLOTA: Había yo entendido que el señor Mariscal se retiraba.

BAZAINE *(Asiendo el toro por los cuernos)*: Ya sé, señora, que en vuestra opinión no soy más que una bestia. *(Carlota se vuelve a otra parte.)* Mi elemento es la fuerza, no la política. Soy abierto y franco cuando me conviene, y ahora me conviene. Mis maneras son pésimas, pero mi visión es clara. El imperio estaba perdido sin ese decreto, que no es más que una declaración de ley marcial, normal en tiempos de guerra. El imperio estará perdido si lo mitigamos ahora. Lo único que siento es que Su Majestad lo haya promulgado tan tarde. Unos cuantos colgados hace un año, y estaríamos mucho mejor ahora. El único resultado de la indecisión del Emperador es que ahora tendremos que colgar unos cuantos miles más.

MAXIMILIANO: Creía yo que vuestro ejército se batía, Mariscal, y que se batía por la gloria.

BAZAINE: No contra fantasmas que no luchan a campo abierto, señor, y la gloria es una cosa muy relativa si no está bien dorada.

MAXIMILIANO: Se ha pagado a vuestros soldados, ¿o no?

BAZAINE: Con algún retraso, sí. Hasta ahora.

MAXIMILIANO: ¿Creéis que he cerrado voluntariamente los ojos ante el pillaje innecesario de vuestro ejército? No, señor Mariscal. Tengo que esperar por fuerza el momento oportuno para ponerle fin. Pero le pondré fin.

BAZAINE: Con mi bestial franqueza diré a Vuestra Majestad que no hay que impedir que los soldados se diviertan. Para algo se juegan

la vida, ¡qué diablo!, si Su Majestad la Emperatriz me permite jurar. No os aconsejo que reprimáis a mis soldados, Sire. Sabéis de sobra que sin ellos vuestro imperio no duraría un día más. Seamos francos.

CARLOTA: Seamos francos, sí. ¿Pretendéis acaso gobernar a México en nombre del Emperador de Francia, imponernos vuestra ley?

BAZAINE: Señora, yo tengo mis órdenes y las cumplo.

MAXIMILIANO: ¿Ordenes de quién?

BAZAINE: De Napoleón III, señor.

MEJIA: Permitidme deciros, Mariscal, que el único que puede daros órdenes en México es el Emperador Maximiliano.

BAZAINE: Para eso sería preciso que tuviera yo la dudosa fortuna de ser mexicano, general.

MEJIA: Retiraréis esas palabras. *(BAZAINE ríe entre dientes.)*

MAXIMILIANO: ¡Señores! ¿Qué significa todo esto? Si no podéis conteneros en nuestra presencia. . .

MEJIA: Pido humildemente perdón a Sus Majestades. Yo también soy soldado, pero creo en la gloria, en la devoción y en el heroísmo. Si el ejército francés se retirara, como lo insinúa el Mariscal, aquí estaríamos nosotros, señor, para morir por vos, para que nuestra muerte diera vida al imperio.

BAZAINE: Yo no pienso morir por nadie, aunque mate por Vuestra Majestad.

MEJIA *(A MAXIMILIANO)*: Y he pensado que me gustaría, señor, encontrarme con el Mariscal y su ejército en mi pueblo y en mi sierra.

LABASTIDA: Majestad. . . *(MAXIMILIANO le hace seña de que hable.)* Señor Mariscal, creo que nos hemos salido del punto. Yo comprendo los nobles escrúpulos del Emperador. Son los escrúpulos de un alma cristiana; pero creo que no hay que exagerarlos. Toda causa tiene sus mártires y sus víctimas; los del otro partido son siempre los traidores. Quizás esta nueva actitud del Emperador cambie la penosa impresión que subsiste en el ánimo de Su Santidad Pío IX, y traiga nuevamente al gobierno a los leales conservadores. Mi impresion es que la índole tan drástica del decreto impondrá el orden y el respeto a la ley que Vuestra Majestad necesita para gobernar en paz, y que es una garantía contra los facciosos juaristas, enemigos de su propio país. Por una parte, veo sólo efectos benéficos en lo moral, y por la otra creo que se derramará muy poca sangre —la estrictamente necesaria— gracias a la amplitud misma del decreto.

BAZAINE: No se hace una tortilla sin romper los huevos, señor. Lo que me maravilla, Ilustrísima, es que la iglesia siempre se las arregla para tener razón.

LABASTIDA: La iglesia es infalible, señor Mariscal, gracias a Su Santidad Pío IX. *(Se acerca a MAXIMILIANO.)* Tranquilizad vuestra conciencia, Majestad, con la idea de que un poco de sangre juarista no agotará a México, en tanto que el triunfo de Juárez sería la destrucción y la muerte del país. Y meditad en mi consejo, os lo ruego. *(Va a CARLOTA.)* Señora, en vuestras manos está el devolver la paz al ánimo de Su Majestad el Emperador con vuestro inteligente y dulce apoyo y con vuestra clarísima visión de las cosas.

MAXIMILIANO: Agradezco a Su Ilustrísima este consuelo — es el de la iglesia.

LABASTIDA palidece, va a añadir algo más, pero se contiene. Da su anillo a besar a CARLOTA y a MAXIMILIANO, en vez de hablar, y sale sonriendo ante esta pequeña venganza.

BAZAINE: En todo caso, señor, me permitiré indicar a Vuestra Majestad que escribiré sobre esta entrevista al Emperador Napoleón.

MAXIMILIANO: Os ruego que lo hagáis, señor Mariscal. Quizás el mismo correo pueda llevarle mi versión personal de las cosas.

BAZAINE se inclina ligeramente ante los monarcas y sale. CARLOTA se acerca al trono y se apoya en el brazo. Allí permanece, de pie, mirando al vacío, durante la escena siguiente.

MAXIMILIANO: Padre Fischer, os ruego que penséis en una manera de poner fin a esta situación.

MEJIA: Si Vuestra Majestad me diera permiso, yo tendría mucho gusto en pedir su espada al Mariscal Bazaine.

MAXIMILIANO: No, general. Hay que evitar la desunión en nuestras filas.

FISCHER: Aunque el Mariscal me ha ofendido, autoríceme Vuestra Majestad para conversar con él en privado. Parece como si la presencia de la Emperatriz y la vuestra propia, sire, lo exasperaran siempre. Procede groseramente por no sé qué sentimiento de humillación, porque cree que así se pone a la altura. Es una especie de... No encuentro la palabra precisa. *(Piensa.)* Creo que no la hay. En todo caso, Majestad, no hay que precipitar la enemistad de Francia. El Mariscal es un hombre con intereses humanos. Permitidme...

MAXIMILIANO *(Cansado)*: Habladle, Padre. Gracias.

El Padre FISCHER sale después de saludar.

MAXIMILIANO: General Mejía, sois un hombre leal.

MEJIA: Gracias, señor. Quisiera poder hacer algo más. Quizás si enviáramos a Napoleón un embajador de confianza, un hombre hábil. . .

MAXIMILIANO: Se necesitaría vuestra lealtad. . .

MEJIA *(Sonriendo)*: El indio es cazurro y es valiente, pero no es diplomático.

MAXIMILIANO *(Pensativo)*: De confianza. . . Gracias otras vez, General. *(MEJIA se inclina y va hacia la puerta.)* Blasio. *(BLASIO se acerca.)* Hoy no trabajaremos en mis memorias. *(BLASIO se inclina y se dirige a la puerta.)* Y, Blasio. . . *(BLASIO se vuelve. (MAXIMILIANO duda.)*

BLASIO: ¿Sí, Majestad?

MAXIMILIANO: Y omitiremos esta conversación de ellas. Id, amigos míos.

BLASIO: Comprendo, sire.

MEJIA *(Desde la puerta)*: Majestad, permitidme desafiar al Mariscal entonces. No puedo soportar su insolencia para con el Emperador.

MAXIMILIANO: No, Mejía, reservad vuestra vida y vuestro valor para el imperio.

MEJIA suspira, se inclina y sale. BLASIO lo imita. Una vez solos, MAXIMILIANO Y CARLOTA se miran. El va hacia ella.

MAXIMILIANO: ¿He hecho bien? ¿He hecho mal, Carlota mía? Los mexicanos me odiarán cuando yo quería que me amaran. ¡Oh, si sólo me atreviera yo a deshacer lo hecho! Pero me siento inerte, perdido en un bosque de voces que me dan vértigo. Nadie me dice la verdad. Sí, quizás Bazaine.

CARLOTA: Ese bajo animal.

MAXIMILIANO: ¿He hecho bien? ¿He hecho mal, Carlota? Dímelo tú — necesito oírlo de tus labios. Tu voz es la única que suena clara y limpia en mí. ¡Dímelo!

CARLOTA: Has hecho lo que tenías que hacer, Max. Para gobernar, para conservar un imperio, hay que hacer esas cosas. No me preocupa tanto eso como la insolencia desbocada de ese cargador, soldado de fortuna, detestable palurdo. Ya sabía yo que Napoleón no haría bien las cosas, pero nunca creí que nos infligiera la humillación de este hombre repulsivo y vil.

MAXIMILIANO: ¿Por qué hablas así, Carla, por qué?

CARLOTA: Detesto a Bazaine — me estremezco a su sola presencia, como si estuviera cubierto de escamas o de gusanos.

MAXIMILIANO: Pero yo he hecho lo que tenía que hacer, dices. Y yo no lo sé y no sé cuándo sabré si eso es verdad. No traía más que amor, no buscaba más que amor. Ahora encuentro muerte.

CARLOTA: La muerte es la otra cara del amor también, Max. Era preciso defendernos. Tu amor lo han pagado con odio y con sangre. ¿No te das cuenta? Nos matarían si pudieran.

MAXIMILIANO: Cuando llegamos aquí, aun antes de llegar, cuando el nombre de México sonaba mágicamente en mis oídos, sentí que había habido un error original en mi vida — que no pertenecía yo a Europa, sino a México. El aire transparente, el cielo azul, las nubes increíbles me envolvieron, y me dí cuenta de que era yo mexicano, de que no podía yo ser más que mexicano. Y ahora se matará en mi nombre — quizás por eso. "Por orden de Maximiliano matarás". "Por orden de Maximiliano serás muerto". Me siento extranjero por primera vez y es horrible, Carlota. Mejía hablaba de un embajador de confianza. Y yo busqué entonces mi confianza de antes y no la encontré ya en mi alma. Estamos solos, Carlota, entre gentes que sólo matarán o morirán por nosotros.

CARLOTA: Yo siento esa soledad como tú — más que tú. Me mato trabajando para olvidar que a ti te han amado las mujeres.

MAXIMILIANO: Carlota, ¿cómo puedes ahora . . . ?

CARLOTA: No siento celos, Max — no hablo por eso. He dejado de ser mujer para no ser ya más que emperatriz. Es lo único que me queda.

MAXIMILIANO: ¿No me amas ya?

CARLOTA: Me acuerdo siempre de nuestra primera noche en México, cuando nos fuimos cogidos de la mano a caminar por el bosque — nuestra última noche de amantes. Ese recuerdo llena mi vida de mujer y te amo siempre. Pero el poder ha cubierto mi cuerpo como una enredadera, y no me deja salir ya, y si me moviera yo, me estrangularía. No puedo perder el poder. Tenemos que hacer algo, Max. Napoleón nos ahoga con la mano de ese insolente Bazaine con algún objeto. Cuando nos haya hecho sentir toda su fuerza, nos pedirá algo, y si no se lo damos se llevará su ejército y nos dejará solos y perdidos aquí. Hay que impedir eso de algún modo.

MAXIMILIANO: ¿Qué piensas tú?

CARLOTA: Tu familia no quiere mucho a Napoleón desde Solferino. Si explotas eso con habilidad, Austria puede ayudarnos.

MAXIMILIANO: Tienes razón. Escribiré a Francisco-José, a mi madre. Pero tú sabes que mi familia . . .

CARLOTA: No vas a explotar ahora sentimientos de familia, Max, sino a tocar resortes políticos, a crear intereses. Tampoco a Bismarck le gusta Napoleón — lo detesta y lo teme, y lo ve crecer con inquietud. Estoy segura de que haría cualquier cosa contra él. Pero hay que ser hábiles. Yo recurriré a Leopoldo, aunque no es muy fuerte ni muy rico. ¡Si mi padre viviera aún! Pero no caeremos, Max. no caeremos. Yo haré lo que sea.

MAXIMILIANO: Pero, ¿no es aquí más bien donde habría que buscar apoyo y voluntades? Ni los austríacos, ni los alemanes ni los belgas nos darían tanta ayuda como un gesto de Juárez.

CARLOTA: El indio errante, el presidente sin república que nos mata soldados en el Norte. No, Max. Ese es el peor enemigo.

MAXIMILIANO: ¡Quién sabe! Carlota . . . he vuelto a escribirle.

CARLOTA: ¿A quién?

MAXIMILIANO: A Juárez. Lo haría yo primer ministro y gobernaríamos bien los dos.

CARLOTA: ¡Estás loco, Max! Has perdido el sentido de todo. El imperio es para ti y para mí, nada más. Seríamos los esclavos de Juárez. Lo destruiremos, te lo juro. Podemos . . . eso es. Mandemos a alguien que acabe con él.

MAXIMILIANO: *(Dolorosamente)*: ¡Carlota!

CARLOTA: ¿Qué es un asesinato político para salvar un imperio? ¡Max, Max! Vuelve en ti, piensa en la lucha. ¿O prefieres abdicar, convertirte en el hazmerreír de Europa y de América, en la burla de tu madre y de tu hermano; ir, destronado, de ciudad en ciudad, para que todo el mundo nos tenga compasión y nos evite? No puedes pensarlo siquiera.

MAXIMILIANO: No lo he pensado, Carlota. Pero he pensado en morir: sería la única forma de salvar mi causa.

CARLOTA: ¿En morir? *(Muy pausada, con voz blanca.)* Yo tendría que morir contigo entonces. No me da miedo. *(Reacciona.)* Pero es otra forma de abdicar, otra forma de huir, Maximiliano.

MAXIMILIANO: Tienes razón.

CARLOTA: No tenemos un hijo que dé su vida a la causa por la que tú darías tu muerte.

MAXIMILIANO pasea pensativo. CARLOTA se sienta en el trono y reflexiona.

CARLOTA: Victoria es demasiado codiciosa y no nos quiere; pero con

los ingleses siempre se puede tratar de negocios. Sería bueno enviar a alguien, ofrecer alguna concesión...

MAXIMILIANO, de pie junto a la puerta, no responde.

CARLOTA: Max — *(El se vuelve lentamente.)* ¿En qué piensas?

MAXIMILIANO: En ti y en mí. Hablamos de política, hacemos combinaciones, reñimos, como si el poder nos separara.

CARLOTA: No digas eso, ¡por favor! Ven aquí, Max. *(El se acerca al trono. Ella le toma las manos.)* Esta crisis pasará pronto, y cuando haya pasado nos reuniremos otra vez como antes, como lo que éramos.

MAXIMILIANO *(Con una apagada sonrisa)*: ¿Una cita en el bosque mientras el imperio arde?

CARLOTA *(Suavemente)*: Eso es, Max. Una cita en el bosque, dentro de muy poco tiempo. Ahora hay que luchar, eso es todo — y hay que desconfiar — y hay que matar.

MAXIMILIANO se deja caer en las gradas del trono y se cubre la cara con las manos.

MAXIMILIANO: "¡Por orden del Emperador!".

CARLOTA baja del trono, se sienta a su lado en las gradas y le acaricia los cabellos.

CARLOTA: ¡Niño! *(Lo abraza.)*

MAXIMILIANO solloza. Las luces de las velas se extinguen, una a una, sobre las pobres figuras silenciosas y confundidas en las gradas del trono.

O S C U R O

ESCENA SEGUNDA

En la oscuridad se escucha:

LA VOZ DE CARLOTA: Entonces vino la última noche. Luces. ¿Dónde están las luces? La última noche.

Se enciende una bujía en el salón izquierda. Es el boudoir *de CARLOTA. Hay un* secretaire, *un sillón, una otomana y cortinas. Es una doncella quien enciende las luces. Permanece de espaldas mientras lo hace y sale por la segunda puerta izquierda, apartando la cortina. Se oye afuera, por la primera puerta:*

LA VOZ DE MAXIMILIANO: Carlota. ¡Carlota!

MAXIMILIANO entreabre la puerta y abre. Se acerca al secretaire *y toma un sobre cerrado que hay en él. Lo mira*

pensativamente y lo deja otra vez en el mueble. Pasea, pensativo. Va al fondo y llama de nuevo.

MAXIMILIANO: ¡Carlota! ¿Estás allí?

LA VOZ DE CARLOTA: ¿Eres tú? Un instante, Max.

MAXIMILIANO: Te lo ruego.

MAXIMILIANO se abandona en la otomana.
Tiene aspecto de gran fatiga. Su voz es opaca. CARLOTA entra al cabo de un momento, cubierta con un chal o una manteleta.

CARLOTA: ¿Qué ocurre, Max?

MAXIMILIANO: Es preciso que hablemos cuanto antes con Bazaine. *(CARLOTA hace un gesto negativo, lleno de desdén.)* Es preciso, Carlota. Tiene algo malo para nosotros. ¿Me permites que lo haga entrar aquí?

CARLOTA: ¿Aquí? ¡Oh, no, Max, por favor!

MAXIMILIANO: Es preciso que nadie nos oiga, te lo suplico.

CARLOTA *(Dominándose)*: Bien, si es necesario . . . *(Va al* secretaire *y toma de él el sobre.)* Max. . . escribo otra vez a mi hermano Leopoldo.

MAXIMILIANO: Gracias, Carlota.

Se dirige a la primera puerta izquierda y llama:

MAXIMILIANO: Pasad, señor Mariscal.

BAZAINE entra. Su saludo a CARLOTA es más profundo, pero parece más irónico esta vez.

MAXIMILIANO: Os escuchamos.

BAZAINE: Nadie podrá oírnos, ¿no es cierto? *(MAXIMILIANO no contesta.)* ¿No nos oirá nadie, Majestad?

MAXIMILIANO: Podéis hablar libremente.

BAZAINE *(Después de una pausa deliberada)*: Y bien, tengo noticias importantes para Vuestras Majestades — noticias de Francia. *(Se detiene deliberadamente, MAXIMILIANO permanece inconmovible, CARLOTA espera sin moverse)*. He recibido orden del Emperador Napoleón de partir con mis tropas.

CARLOTA se yergue; MAXIMILIANO sonríe.

MAXIMILIANO: ¿Y para eso tanto misterio, Mariscal? Hace mucho que esperaba oír esa noticia. Veo que Napoleón se ha acordado al fin de nosotros . . .

CARLOTA *(Interrumpiéndolo)*: En la única forma en que podía acordarse.

MAXIMILIANO: ¿Habéis esparcido ya tan misteriosa noticia en el palacio, señor Mariscal?

BAZAINE: Hasta el momento nadie sabe nada fuera de nosotros, sire.

MAXIMILIANO: En ese caso debéis de tener algo más que decirnos.

BAZAINE: Vuestra Majestad ha acertado. *(Espera la pregunta, que no viene. MAXIMILIANO se pule dos o tres veces las uñas de la mano derecha en la palma de la mano izquierda. BAZAINE espera, sonriendo. CARLOTA lo mira y se adelanta hacia él.)*

CARLOTA: ¿Qué es lo que pide Napoleón ahora?

BAZAINE: Como sea, señora, no podrá negarse que sois una mujer práctica. Señora, el imperio se hunde sin remedio. Lo que os dije cuando Su Majestad firmó el decreto empieza a realizarse.

MAXIMILIANO: Olvidáis, señor Mariscal, que asegurasteis entonces que ese decreto nos salvaría.

BAZAINE: Vuestra Majestad me recomendó moderación.

CARLOTA: Si no estuvierais ante el Emperador de México, a quien debéis respeto, Mariscal, creería que estáis jugando a no sé qué siniestro juego.

MAXIMILIANO: Las pruebas de vuestra moderación me son bien conocidas, señor Mariscal. Decid pronto lo que tengáis que decir.

BAZAINE: Si mis soldados dejan el país, señor, las hordas de Juárez no tardarán en tomar la capital. Pero antes de que eso ocurra, las turbas de descamisados y de hambrientos asaltarán el palacio y el castillo, y las vidas de Vuestras Majestades se encontrarán en un serio peligro.

MAXIMILIANO: ¿No pensáis que nos hacéis sentir miedo?

BAZAINE: Conozco el valor personal de Vuestras Majestades. Sin duda que sabréis hacer frente al peligro, pero eso no os salvará. Sabéis de sobra que vuestros soldados no sirven. Y no hablo de Miramón, de Mejía o de Márquez, sino del ejército, que no cuenta, porque en este país parece que no hay más que generales. Si salváis la vida, señor, tendréis que hacer frente a la deshonra, a la prisión; o podréis huir, y entonces — perdonad mi franqueza de soldado — tendréis que hacer frente al ridículo. Claro que yo, personalmente, os aconsejo que abdiquéis. Pienso que vale más un archiduque vivo que un emperador muerto. Pero yo no soy más que un plebeyo.

CARLOTA: Decid de una vez lo que pide Napoleón.

BAZAINE: Ya he tenido el honor de poner a Vuestras Majestades al corriente de los deseos del Emperador. Un pedazo de tierra mexicana no vale los cientos de millones de francos que México cuesta a Francia, pero sí la vida y el triunfo de Vuestras Majestades.

MAXIMILIANO: ¿Cree Napoleón que conseguirá amenazándome lo que no consiguió con halagos, con trampas y mentiras? Conozco sus deseos y hace ya tiempo que veo sus intenciones con claridad. El glorioso ejército francés fracasó en sus propósitos en 1862, y Napoleón pensó entonces que podía mandar a México, en calidad de agente de tierras, a un príncipe de Hapsburgo.

CARLOTA: Sacar la castaña con la mano del gato. *(A MAXIMILIANO, graciosamente.)* Perdonad mi expresión, señor, pero no se puede hablar de Napoleón sin ser vulgar.

MAXIMILIANO: Decid a Napoleón, señor Mariscal, que se equivocó de hombre. Que mientras yo viva no tendrá un milímetro de tierra mexicana.

BAZAINE: Si ésa es la última palabra de Vuestra Majestad, me retiraré con mi ejército previo el pago de las soldadas vencidas, que Francia no tiene por qué pagar, señor.

MAXIMILIANO: No escapa a vuestra malicia, Mariscal, que estáis en México, y que el Emperador de México tiene todavía la autoridad necesaria para pediros vuestra espada y someteros a un proceso.

BAZAINE: ¿Declararía Vuestra Majestad la guerra a Francia de ese modo? No tenéis dinero ni hombres, señor. Y si me pidiérais mi espada, como decís, aparte de que yo no os la entregaría, no serían las hordas juaristas sino el ejército francés el que tomaría por asalto palacio y castillo.

MAXIMILIANO: Exceso de confianza. ¿No sabéis que vuestros hombres os detestan ya? No pueden admirar a un mariscal de Francia vencido siempre por hordas de facciosos. Y sería milagrosa cosa: si los franceses nos atacaran, México entero estaría de mi lado.

BAZAINE: Hagamos la prueba, señor.

CARLOTA: Conocéis mal a Napoleón, Mariscal. No movería un dedo por un soldado de vuestra clase, que no ha sabido dominar una revuelta de descamisados mexicanos.

BAZAINE *(Herido)*: Señora, Vuestra Majestad olvida que hice la guerra de la Crimea y que soy Mariscal de Francia. Ya os dije una vez que tenía órdenes, ¿no es cierto? ¿Creéis que no hubiera podido hacer polvo a los facciosos y colgar a Juárez de un árbol hace mucho tiempo? Pero Napoleón III es un gran político. Me dijo: Ponedles el triunfo a la vista, pero no se lo deis si no es en cambio del engrandecimiento de Francia; Me dijo: Hacedles entrever la derrota, pero no la dejéis consumarse a menos que sea necesario para Francia. Y ahora es necesario para Francia, Majestad.



El Emperador Maximiliano rodeado de los generales: Miguel Miramón (izquierda), Tomás Mejía (arriba), Juan N. Almonte (derecha) y Ramón Méndez (abajo).



Visita de Maximiliano y Carlota a Pío IX.

CARLOTA: Eso es lo que yo sentía en su presencia, Maximiliano. El estremecimiento, la repulsión invencible de la traición.

BAZAINE: Yo soy leal a mi Emperador.

CARLOTA: Dejaréis de serlo un día, Mariscal. Lo presiento. Sois un hombre funesto. Traidor a uno, traidor a todos.

BAZAINE *(Colérico)*: ¡Señora!

MAXIMILIANO *(Enérgicamente, con grandeza)*: Esperaréis mi venia, señor Mariscal, para proceder al retiro de vuestras tropas. Podéis retiraros ahora.

BAZAINE: Esa orden, señor, se opone con la que he recibido del Emperador de Francia.

MAXIMILIANO: Sabed que el ejército que me envía Francisco-José llegará de un momento a otro. Servíos hacer vuestros arreglos y esperar mis noticias.

BAZAINE *(Desmontado)*: ¿Un ejército austríaco? Pero eso sería la guerra con Francia, contra Napoleón.

MAXIMILIANO: Creíais saberlo todo, ¿no es verdad? como Napoleón creía dominarlo todo. La guerra contra él tenía que venir de todos modos, desencadenada por su ambición y por su hipocresía, y está muy lejos de ser el amo de Europa. *(BAZAINE quiere hablar.)* Se os odia mucho en México, señor Mariscal: no publiquéis demasiado vuestra partida — podría atentarse contra vos.

BAZAINE: ¿Debo sentir miedo, Majestad?

MAXIMILIANO: Recordad solamente que, para vos, vale más un mercenario vivo que un mariscal muerto.

CARLOTA: Buenas noches, señor Mariscal.

BAZAINE duda. Está tan furioso que podría matar. Con un esfuerzo, se inclina tiesamente ante MAXIMILIANO, luego ante CARLOTA, y sale.

CARLOTA *(Corriendo hacia Maximiliano)*: ¡Estuviste magnífico, Max! ¿Es cierto, dime, es cierto?

MAXIMILIANO: ¿Qué?

CARLOTA: El ejército de tu hermano. ¿Viene en camino? ¿Llegará pronto?

MAXIMILIANO *(Lentamente, con amarga ironía)*: Cuando un monarca necesita apoyar su trono sobre bayonetas extranjeras, eso quiere decir que no cuenta con el amor de su pueblo. En un caso semejante, hay que abdicar o que morir.

CARLOTA: ¿Qué es lo que dices?

MAXIMILIANO: Repito, más o menos, las palabras de Francisco José. Estamos perdidos, Carlota, abandonados por el mundo entero.

CARLOTA: ¡No!

MAXIMILIANO: Toda Europa odia a Napoleón, pero nadie se atreve aún contra él — ni los franceses. Tengo otros informes que me prueban que no valemos la pena para nadie allá. Si Austria nos enviara soldados — Bazaine lo dijo — sería la guerra con Francia; si Inglaterra nos prestara dinero, sería en cambio de tierras, y yo no puedo vender la tierra de México. Además, eso sería la guerra con los Estados Unidos. Te digo que es el fin.

CARLOTA: ¡No, Max!

MAXIMILIANO: Y ahora es tarde ya para buscar ayuda aquí, para atraer a Juárez o a Díaz a nuestro partido — o para destruirlos. ¡Y yo que sentía que mi destino era proteger, salvar a Juárez del odio de México! ¿Por qué salimos de Miramar, Carlota? Por un imperio. Por un espejismo de tres años, por un sueño. Y ahora no podemos irnos de aquí, porque eso sería peor que todo. Ni el ridículo ni la abdicación ni la cobardía de la fuga me detienen. Estoy clavado en esta tierra, y arrancarme de ella sería peor que morir, porque tiene algo virginal y terrible, porque en ella hay amor y hay odio verdaderos, vivos. Mejor morir en México que vivir en Europa como un archiduque de Strauss. Pero tú tienes que salvarte.

CARLOTA: ¡No, Max, no!

MAXIMILIANO: Tenías razón tú, como siempre: aquí está nuestro destino.

CARLOTA *(Creciendo como fuego mientras habla)*: Nuestro destino está aquí, Max, pero es otro. Eramos la pareja más hermosa y más feliz de Europa. Seremos los emperadores más felices del mundo. Max, yo iré a Europa.

MAXIMILIANO: ¿Qué dices?

CARLOTA: Iré a Europa mañana mismo: sé que hay un barco. Veré a ese advenedizo Napoleón, lo obligaré a cumplir. Y si no quiere, veré a Bismarck y a Victoria; veré a tu hermano y a tu madre; veré a Pío IX; buscaré un concordato y una alianza, intrigaré; desencadenaré sobre Napoleón la furia y el aborrecimiento de toda Europa — interrumpiré el vals en que vive con los cañones de Alemania. Es fácil, Max, ¡es fácil! Les prometeré a todos el tesoro de México, y cuando seamos fuertes, cuando estemos seguros, ¡que vengan a reclamar su parte! Sabremos cómo recibirlos. Haré luchar a Dios contra el diablo o al diablo contra Dios, pero venceremos. No perderemos

nuestro imperio, Max, ¡te lo juro! Seré sutil y encantadora, tocaré todos los resortes, jugaré a todas las cartas. Mañana mismo, Max, mañana mismo. No tenemos tiempo. ¡No tenemos tiempo que perder. Triunfaremos: ¿no dices tú que el bueno es más fuerte que el malo?

MAXIMILIANO: No, amor mío, no te irás. ¿Qué haría yo sin ti? Es preciso no perder la cabeza. Todavía hay mucho que intentar en México, y lo intentaré todo. Te ofrecí un imperio y he de conservártelo, y México tendrá que abrir los ojos a mi amor.

CARLOTA: ¡Iluso, iluso, iluso! Nuestro mal no está en México, está en Europa, en Francia. Nuestro mal es Napoleón, y hay que acabar con él.

MAXIMILIANO: ¡No te vayas, Carlota!

CARLOTA: Tú defenderás nuestro imperio aquí; yo lo defenderé allá. No podemos perder.

MAXIMILIANO se levanta, pasea, reflexiona mientras CARLOTA habla.

CARLOTA: Ya sé que aquí parece una locura, un sueño, pero lo mismo nos pareció el imperio cuando estábamos allá. Y no tomará mucho tiempo lograrlo. Si es preciso, provocaré una revolución en Francia —¡yo, una princesa de Sajonia-Coburgo! Es fantástico, Max, te digo que es fantástico. Los Borbones siguen ambicionando el trono, y si ellos no quieren, allí están Thiers y Lamartine, Gambetta y Víctor Hugo. ¡Conspiraré con ellos y Napoleón caerá!

MAXIMILIANO *(Suavemente)*: Carlota.

CARLOTA *(Saliendo de su sueño de furia)*: ¿Sí?

MAXIMILIANO: No digas locuras, amor mío.

CARLOTA: ¡Locuras! Ahora veo que no confías en mí. Te han dicho que eres débil y que yo te manejo a mi capricho. Te han dicho que el odio del pueblo no se dirige contra ti sino contra mí, que te impongo mi voluntad, que soy yo quien gobierna. Te lo han dicho, ¿no es cierto?

MAXIMILIANO: Nadie sabe lo que hay entre nosotros.

CARLOTA: Hace mucho que lo sé, Max. Dicen que te dejo en libertad de amar a otras para que tú me dejes en libertad de gobernar. Soy ambiciosa y soy estéril, soy tu ángel malo. Te digo que lo sé todo.

MAXIMILIANO: Te prohibo que hables así, Carlota.

CARLOTA: No quieres que parezca que yo voy a servirte de agente en Europa, y prefieres que perezcamos aquí mientras Napoleón baila y

festeja. Ya no tienes confianza en mí, Max. Me duele muy hondo saber, sentir que desconfías de mí.

MAXIMILIANO: No, amor mío, no es eso. Lo que hay entre tú y yo es sólo nuestro. Tengo miedo a que te forjes ilusiones excesivas, a que sufras una humillación en Europa. ¿No ves en la actitud de Bazaine un indicio claro de que Europa nos desprecia y no quiere nada con nosotros?

CARLOTA: Bazaine es un servil y un traidor. No, Max, no me forjo ilusiones — no es imaginación ni es locura. Sé que ésa es la única forma de triunfar, y tienes que ayudarme. ¿O prefieres que nos quedemos aquí los dos, inertes, vencidos de antemano, y que caigamos como Luis XVI y María Antonieta?

MAXIMILIANO *(Reaccionando violentamente)*: No. Tienes razón, Carlota. Siempre tienes razón. Es preciso que partas. Confío en ti, y me devuelves mi esperanza.

CARLOTA *(Dubitativa de pronto)*: ¿Estás seguro?

MAXIMILIANO: Tienes razón, claro. Es lo que hay que hacer. Pero verás a Napoleón antes que a nadie. No sabemos si Bazaine ha estado jugando con cartas dobles. Si Napoleón duda o niega, verás a Su Santidad. Si el Papa aceptara el concordato . . .

CARLOTA *(Tiernamente)*: Y así dicen que soy yo la que gobierna. *(Seria de pronto.)* Max, ¿estás completamente seguro?

MAXIMILIANO *(Mintiendo)*: He pasado semanas preguntándome a quién podría yo enviar a Europa. Perdóname por no haber pensado antes en ti.

CARLOTA: Júrame que estás seguro, Max.

MAXIMILIANO: ¿Es preciso? *(Ella asiente.)* En ese caso, te lo juro, amor mío.

CARLOTA: ¿Te cuidarás en mi ausencia? No quiero que te expongas demasiado en los combates.

MAXIMILIANO: Me cuidaré por ti y por México.

CARLOTA: ¿Y me amarás un poco mientras esté ausente?

MAXIMILIANO: Nunca he amado a nadie más que a ti.

CARLOTA: Entonces, esos devaneos de que te acusan . . . Cuernavaca . . .

MAXIMILIANO: Carlota.

CARLOTA: Perdóname, no debí decir eso. Es vulgar y estúpido. Max, ¿sabes lo que siento?

MAXIMILIANO: ¿Qué?

CARLOTA: Que ha llegado la hora de nuestra cita en el bosque. Ya no

hay nada que nos separe — volvemos a estar tan cerca como al principio, mi amor. *(MAXIMILIANO mira su reloj.)* ¿Qué pasa?

MAXIMILIANO: Tengo dos o tres cosas urgentes — órdenes para mañana, instrucciones especiales para impedir que Bazaine desmoralice a nuestra gente con la noticia de su partida; el dinero para sus soldados. Tendrás que perdonarme, Carlota.

CARLOTA: No podría. Estaré esperándote, Max. Dentro de media hora, en el bosque.

MAXIMILIANO: Dentro de media hora, amor mío.

Besa la mano de Carlota, profundamente. Luego la atrae hacia él. Se miran a los ojos un momento.

MAXIMILIANO: ¡Carlota!

CARLOTA: ¿Porqué me miras así, Max? Tienes los ojos tan llenos de tristeza que me dan miedo. ¿Qué te pasa?

MAXIMILIANO *(Desprendiéndose)*: Media hora. ¿No es demasiado esperar? Carlota...

CARLOTA: ¿Qué?

MAXIMILIANO: No quería decírtelo. Tengo que dar órdenes de campaña a mis generales. La situación es grave. Quizás pasaré toda la noche en esto. Tú tienes que preparar tu viaje...

CARLOTA: Sí. Estamos condenados, ya lo sé.

MAXIMILIANO: ¡No lo digas así!

CARLOTA: Nos veremos en el bosque, Max; pero a mi regreso. Sólo entonces podremos volver a ser nosotros mismos.

MAXIMILIANO: A tu regreso...

CARLOTA: En el bosque, Max.

Sale por el fondo, no sin volverse a dirigir una sonrisa melancólica a MAXIMILIANO, que la sigue con la vista. Cuando ha desaparecido la figura de CARLOTA, MAXIMILIANO toma el candelabro y sale por la segunda puerta izquierda.

OSCURO

ESCENA TERCERA

LA VOZ DE CARLOTA: Ahora sé por qué Max me hizo ese juramento entonces.

Un lacayo penetra en el salón de la derecha llevando un gran candelabro con velas encendidas, y desaparece. La luz, sin embargo, es diurna. Angulo de un salón en las Tullerías. Entra CARLOTA. Tras ella, el DUQUE.

CARLOTA: Creía encontrar aquí al Emperador.

DUQUE: Su Majestad vendrá en seguida, señora. Si Vuestra Majestad quiere tomarse la molestia de sentarse un momento...

CARLOTA: Estoy tan cansada que no podría sentarme, señor duque.

DUQUE: ¿Vuestra Majestad tuvo un viaje agradable?

CARLOTA: Largo. Un viaje largo.

DUQUE: Debo decir a Vuestra Majestad que la sorpresa del Emperador Napoleón y de la Emperatriz Eugenia no reconoce límite. Están fuera de sí del gusto de tener a Vuestra Majestad con ellos, y cuentan con organizar un baile en vuestro honor, aunque yo no debía decirlo.

CARLOTA *(Impaciente)*: Decidme otra cosa, señor duque. ¿Va a permitirse Napoleón el lujo de hacerme esperar?

DUQUE *(Desconcertado, pero impertinente)*: Dios mío, señora, si así fuera, sería con el más profundo pesar por parte de Su Majestad. El Emperador tiene graves quehaceres y preocupaciones.

CARLOTA: Pero seguramente...

Se oye, fuera de escena, una risa prolongada.

CARLOTA: ¿Quién ríe?

DUQUE: El Emperador, señora.

LA VOZ DE NAPOLEON: ¿Y sabéis quién estaba detrás de la cortina? ¡El Arzobispo de París en persona!

Se escucha de nuevo su risa, a la que hace eco una risa de mujer. CARLOTA se yergue y se vuelve hacia la puerta, como una estatua. Un instante después entra NAPOLEON III, riendo aún.

NAPOLEON: ¡Señora! *(Saluda profundamente y besa la mano de CARLOTA.)* La visita de Vuestra Majestad es una sorpresa magnífica, magnífica. Lucís espléndidamente, señora, tan bella como siempre... Felices los mexicanos, que os ven más a menudo.

CARLOTA: Sire, he venido desde México para...

NAPOLEON: Os ruego que os sentéis, querida prima. ¡Qué sorpresa magnífica! La Emperatriz vendrá en seguida. Nos sorprendéis en plenos preparativos de un baile que ahora será para vos, si tenéis la gentileza de permitirlo. La pobre Eugenia está loca de gusto. ¿Cómo habéis dejado a nuestro querido primo Max? *Quel bougre de prince!* No le envidio tanto el imperio como la vista de las mexicanas. Bazaine me cuenta en sus cartas que son deliciosas. ¿Os sentís mal?

CARLOTA: Quisiera hablar con Vuestra Majestad a solas.

NAPOLEON: Por supuesto, si lo deseáis. Mi querido duque . . .
DUQUE *(Inclinándose)*: Con la venia de Vuestras Majestades . . .

EUGENIA DE MONTIJO entra en ese momento. En su traje, en su sonrisa, palpita toda la frivolidad de su imperio. Se dirige a CARLOTA con un tumulto de gasas y volantes y encajería.

EUGENIA: ¡Querida Carlota! *(La besa en ambas mejillas.)* ¡Qué belleza! ¡Qué cutis! ¿Qué hacéis para conservaros tan linda? ¿Habéis visto, señor?

NAPOLEON: Es todo lo que he podido hacer, señora: ver y admirar. *(Hace disimuladamente seña al DUQUE de quedarse.)*

EUGENIA: Me siento feliz de teneros con nosotros. La Emperatriz de México será el sol de nuestro baile.

CARLOTA: Perdonadme, señora. Llevo luto por mi padre, y no he venido a Europa a bailar.

EUGENIA: Dadme noticias de Maximiliano, os lo ruego. ¿Tan hermoso como siempre? Nos acordábamos de él el otro día. Mérimée hizo un concurso de ortografía francesa entre nosotros — ya sabéis que es mi maestro de francés. ¿Y quién creéis que ganó? El príncipe de Metternich, querida. Derrotó al Emperador, a Feuillet y a Dumas. Pero no os dejo hablar. ¿Cómo está vuestro esposo?

CARLOTA: Maximiliano se enfrenta con la muerte, señora.

EUGENIA: ¿Qué decís?

CARLOTA *(Exasperada)*: Por culpa del Emperador vuestro esposo.

NAPOLEON: Señora, esa acusación . . . No comprendo.

CARLOTA: No, no. He dicho mal. No es culpa vuestra. Es culpa de Bazaine, ese palurdo . . .

NAPOLEON: Buen soldado.

CARLOTA: Os traicionará un día también a vos, señor. Os ha traicionado ya al decirnos que le habías ordenado tenernos en jaque y retirarse con sus soldados si no accedíamos a vuestras demandas. No puede ser cierto, sire. Fué otra cosa la que nos ofrecisteis.

NAPOLEON: Señora, querida prima, en vuestras palabras entreveo una mala inteligencia que es preciso aclarar. Os amamos demasiado, a vos y a vuestro esposo el Emperador, para permitir que una falsa impresión nos separe.

EUGENIA: Por supuesto.

CARLOTA: ¿Ordenasteis o no a Bazaine que se retirara con sus tropas?

NAPOLEON: A fe mía, señora . . .

CARLOTA: Decidme sí o no.

NAPOLEON: No escapará a vuestra inteligencia, querida prima, que nos era difícil mantener un cuerpo de ejército en México durante tanto tiempo.

CARLOTA: ¿Y por qué, si lo paga el Emperador de México?

NAPOLEON: No hablo de eso, señora. Lo pagaría yo mismo — aunque México nos cuesta ya cèrca de novecientos millones de francos — si creyera que servía de algo; pero sé que es superfluo. Si el pueblo mexicano os ama, como yo creo, las tropas francesas son innecesarias. Pero si no os amara, no serían ellas las que os ganarían su amor, aunque me parece una tontería que puedan no amaros.

CARLOTA: Nada de frases, señor. Decidme — ¿es cierto que ordenasteis a Bazaine que no acabara con Juárez mientras no os diéramos las tierras y las concesiones que pedíais?

NAPOLEON: ¿Os dijo eso Bazaine? Es un buen soldado, pero un pobre diplomático.

EUGENIA: Vamos. Conocéis demasiado al Emperador para creerlo capaz de una cosa semejante, querida.

CARLOTA: Tenéis razón. En ese caso, sire, os pediré una cosa.

NAPOLEON: Pedidme el imperio de Francia, señora. Os lo daré entero si es para contribuir a su grandeza.

CARLOTA: Os pido solamente que no privéis de apoyo a Maximiliano. Hacéis bien retirando a Bazaine. Ha robado, saqueado, matado sin escrúpulo — ha hecho que los mexicanos odien a Francia, a la que adoraban antes. Enviad otro jefe, reforzad las tropas, levantad un empréstito que os será reembolsado íntegramente. Cumplid la palabra que nos disteis.

NAPOLEON: Señora, tengo la impresión de haberla cumplido hasta el límite. ¿No es cierto, Eugenia? ¿Y qué recibo en cambio? El odio de México para Francia. Me parece injusto.

EUGENIA: Calmáos, querida mía, calmáos.

CARLOTA: Me he expresado mal sin duda. Ese viaje interminable puso a prueba mis nervios. Los mexicanos amarán a Francia si enviáis a un hombre honrado y justo, si hacéis lo que os pido.

NAPOLEON: En Francia, que es el país del amor, os dirán, señora, que el amor entretiene, pero que no alimenta. Bazaine os habrá explicado cuáles eran mis deseos — qué esperaba yo a cambio de mi ayuda a vuestro imperio.

CARLOTA: ¿Ignora Vuestra Majestad que Maximiliano juró conservar y defender la integridad del territorio de México?

NAPOLEON: Estamos entre monarcas, querida prima. Yo también he jurado cosas y... Son los lugares comunes de todo gobierno.

CARLOTA: ¡Ah! Pero vos...

NAPOLEON *(Interrumpiéndola)*: Echo de menos a Morny, señora. Si no hubiera tenido la humorada de morirse hace un año, él os explicaría la cosa mucho mejor que yo. Trataré de hacerlo, sin embargo. Tenéis un gran imperio, pero os faltan dinero, armas y hombres. ¿Qué importan unos palmos de tierra más o menos en esa extensión territorial? Francia os ayudaría a civilizar a México. Max no es un ingenuo — no puede haber esperado un apoyo gratuito de Francia. Y si él lo esperaba, vos sois demasiado inteligente para que os escapara eso. ¿Comprendéis ahora?

CARLOTA: Comprendo que no comprendéis lo que os he dicho, señor. Es natural. Max es un Hapsburgo, no un Bonaparte. Tiene costumbre de cumplir su palabra.

EUGENIA: ¿Os sentís mal, querida?

NAPOLEON: Los hechos contradicen vuestra afirmación, señora. El Bonaparte ha cumplido; el Hapsburgo no. Os amamos mucho, pero la política es la política, como decía el Cardenal Mazarino.

CARLOTA: ¿Queréis asesinarnos entonces?

EUGENIA: ¡Válgame Dios!

NAPOLEON: Lejos de mí ese horrible pensamiento, señora. Os amo demasiado para que esa atrocidad...

CARLOTA: Claro. Así hablasteis a la República Francesa, y sin embargo os hicisteis coronar emperador.

NAPOLEON: Señora, creo que no estáis en vos.

CARLOTA: Abandonaré mi orgullo entonces, si es lo que queréis, y os pediré de rodillas ayuda para Maximiliano. ¡No lo dejéis morir! Vos lo hicisteis entrar en esto. Ayudadlo ahora. ¡Os lo supli...

La frase se ahoga en su garganta. EUGENIA se acerca a abanicarla con su pañuelo y le pasa la mano por la frente.

EUGENIA: Estáis ardiendo, Carlota. ¿Por qué no reposáis un poco? Después seguiremos hablando.

NAPOLEON: Querido duque, haced traer un vaso de naranjada para Su Majestad, os lo ruego.

El DUQUE se inclina y sale.

CARLOTA: No, estoy bien, gracias. Os lo suplico, Napoleón: cumplid vuestra palabra.

NAPOLEON: Señora, querida prima, me hace daño veros así. Eugenia dice bien. Descansad. Os haremos preparar habitaciones en las Tu-

llerías y hablaremos de todo esto después del baile. Sois demasiado inteligente para que no podamos entendernos.

CARLOTA: Os digo que estoy bien, señor. Vuestra promesa me aliviará más que todo el descanso del mundo.

El DUQUE vuelve, seguido por un criado que lleva una charola con una jarra de cristal, llena de naranjada y vasos. Deja la charola sobre una mesa y sale. El DUQUE llena un vaso que el Emperador toma y ofrece a CARLOTA.

NAPOLEON: Esto os hará sentir mejor, señora. Tomadlo.

CARLOTA toma el vaso, lo mira, va a llevárselo a los labios, pero lo deja caer de pronto, como asaltada por un pensamiento.

EUGENIA: Su pulso tiembla. Es preciso que os reposéis, querida.

El DUQUE llena otro vaso. NAPOLEON lo toma, besa la mano de CARLOTA y le entrega el vaso, que CARLOTA acerca apenas a sus labios y devuelve en seguida.

CARLOTA: Estoy dispuesta a tratar sobre otra base, sire. No hablemos de territorio. Max ha jurado conservarlo. Pero hay otros medios. Pensadlo bien, señor.

NAPOLEON: ¿Queréis que os diga la verdad, señora? Estamos rodeados de políticos voraces. Tenemos que fomentar las obras públicas, la agricultura, el comercio, la industria, para subsistir, y tenemos poco dinero. Traicionaría yo a Francia si os diera lo que pedís. ¿Por qué no recurrís al Emperador de Austria y le recordáis que tiene obligaciones de familia para con el bueno de Max?

EUGENIA: Naturalmente, lo que Maximiliano debe hacer es salvar su vida, abdicar.

NAPOLEON: Que luche, si quiere: admiro a los espíritus de lucha. Pero si las cosas se ponen demasiado difíciles en ese país de salvajes, dejadlo. Ellos serán quienes pierdan. Que abdique Max, como dice Eugenia. Vuestro cubierto estará puesto siempre en las Tullerías.

CARLOTA *(Levantándose)*: ¡Canalla!

EUGENIA: Carlota, os excitáis en exceso.

CARLOTA: ¿Qué había en ese vaso?

EUGENIA: Sólo un poco de naranjada, querida.

CARLOTA: ¡Oh, mi cabeza! Si no tuviera yo esta jaqueca atroz . . .

EUGENIA: Tengo unos polvos de milagro para eso. Voy a daros una dosis, querida. *(Va hacia la puerta.)*

CARLOTA: No. No quiero nada de vosotros. ¿Qué había en ese vaso?

NAPOLEON: Señora, la Emperatriz os lo ha dicho ya. Un poco de naranjada.

EUGENIA: Apenas si lo rozasteis con los labios.

NAPOLEON se acerca para reponer sobre los hombros de CARLOTA la manteleta, que ha resbalado.

CARLOTA: No me toquéis. Lejos de mí — ¡lejos! Ahora me doy cuenta. Claro. Estoy envenenada.

EUGENIA: ¡Carlota!

NAPOLEON: ¡Señora!

CARLOTA: Me habéis envenenado... Dejadme ya. Ahora me doy cuenta. Veneno — veneno por dondequiera. Veneno por años y años. ¿Qué hace el veneno de Europa en el trono de Francia? Estoy saturada de vuestro veneno. No me toquéis. ¡Advenedizo! Se lo dije bien claro a Max. ¿Qué puede esperarse de un Bonaparte? Veneno — nada más que veneno. Os haré caer del trono, Bonaparte. Cáncer de Europa — veneno de Europa. Veneno de México. Os haré caer. Haré que os derroquen, que os persigan, que os maten, y vuestro nombre será maldito para siempre. ¡Dejadme!

Se dirige hacia la puerta.

NAPOLEON: Acompañad a Su Majestad, querido duque. Atendedla en todo. Me llena de dolor. Si quiere descansar aquí, alojadla. *(Más bajo:)* Alojadla en el ala opuesta, donde no nos moleste.

CARLOTA *(Cerca de la puerta)*: Veré a Pío IX, veré a Bismarck, a Leopoldo, a Victoria. Pagaréis cara vuestra traición, os lo aseguro.

DUQUE *(Ofreciendo el brazo)*: Si Vuestra Majestad se digna concederme el honor.

CARLOTA: Apartad. Dejadme. Veneno — veneno — ¡maldito!

Sale, seguida por el DUQUE. NAPOLEON y EUGENIA se miran.

NAPOLEON: No sé qué decir. Es de un mal gusto inconcebible.

EUGENIA: Yo me siento avergonzada. ¡Qué modales absurdos!

NAPOLEON: De princesa, querida mía. A mí me ha fastidiado la digestión.

EUGENIA: Olvidadla. Tenemos que pensar en el baile de esta noche. ¿Creéis que pueda hacer algo?

NAPOLEON: ¿Quién?

EUGENIA: Carlota.

NAPOLEON: Oh, no, no. Está loca de atar. *Dommage! avec ce galbe superbe!*

EUGENIA: Decidme, querido, ¿en qué momento preferís el baile español? ¿Al principio o al final?

NAPOLEON: En cualquier momento. *(Se sirve un vaso de naranjada).* Esa mujer me ha dejado la boca seca. *(Bebe.)* En cualquier momento, en cualquier momento. Las bailarinas españolas son deliciosas siempre.

OSCURO

ESCENA CUARTA

Primeramente vemos que un candelabro con bujías encendidas es instalado en una mesa del salón izquierda. La luz se hace un momento después en el despacho del PAPA PIO IX, en el Vaticano. El PAPA estará de espaldas al público todo el tiempo.

LA VOZ DE CARLOTA *(Mientras son instaladas las luces)*: Veneno, Santo Padre, ¡veneno! Veneno de Europa — cáncer de Europa.

Se hace la luz.

EL PAPA: Serenaos, hija mía querida. Vuestra causa es noble y piadosa y requiere toda vuestra serenidad.

CARLOTA: Hemos sido traicionados, Santo Padre. No sabéis lo que ha sido esta tortura de tres años. Siempre la duda, siempre la incertidumbre. Y Napoleón lo esperaba todo entre tanto. Esperaba que Maximiliano fuera malo, débil y cruel, y faltara a su palabra.

EL PAPA: Hija mía, la política de los hombres es tortuosa, y el poder temporal los alucina y a veces los envilece. Es el precio del poder temporal. Pero no debéis perder la confianza.

CARLOTA: Vuestras palabras me alivian tanto, Santo Padre. Yo sé que Dios está con Maximiliano porque su causa es buena, porque él es bueno y limpio.

EL PAPA: Dios da su corona a los buenos, y es una corona más bella que la corona imperial, hija mía. Decís que vuestro esposo quiere salvar a la iglesia en México, en el país de la Guadalupana, y ésa es una grande y noble acción. Pero, ¿abrogará entonces esas leyes tan parecidas a las de Juárez, que nos separaron?

CARLOTA: Os aseguro, Santo Padre, que si aceptáis el concordato todo se arreglará. ¿No representa mucho acaso para la iglesia contar con un príncipe católico en América?

EL PAPA: Hija mía, he luchado y lucharé con todas mis fuerzas por el dogma de la infalibilidad pontifical y por el dogma de la Inmaculada Concepción, y creo que Dios se dignará coronar mis esfuerzos.

Pero veo esfumarse poco a poco el poder temporal de la iglesia. Dios sabe por qué y su voluntad sea hecha. Mi influencia secular es nula casi. Los reyes, los príncipes y los ministros se abandonan a sus ambiciones de poder y olvidan a la iglesia, y los pueblos se encrespan como las aguas del mar y olvidan a Dios. Vivimos una época extraña y difícil. Maximiliano mismo ha cedido a la influencia del siglo; pero yo sé que es bueno. Haré cuanto pueda por vos y por él, cuanto pueda por el pueblo de México; pero hay que volverlo a Dios.

CARLOTA: Gracias, Santo Padre, muchas gracias. Un barco tan largo que parecía que nunca llegaría yo al fin. Maximiliano tenía razón. Leal como siempre, me dijo: Si Napoleón duda o niega, acude al Santo Padre, propónle un concordato. Pero no podía yo llegar al otro extremo del barco. *(Reacciona.)* ¿Qué es lo que he dicho, Santo Padre?

EL PAPA: Dijisteis que Maximiliano tenía razón.

CARLOTA: ¿Nada más, Santo Padre?

EL PAPA: Estáis cansada y débil, hija mía. Vuestra prueba es dura, pero Dios sólo manda esas pruebas a los que son grandes y limpios de corazón. Tomaréis una taza de chocolate conmigo.

CARLOTA *(En un monotono)*: No sé si pueda. Estoy saturada del veneno de ese hombre. Todo lo que tomo se convierte en veneno. Lo negó todo, ¡todo!

EL PAPA: Debéis perdonar y olvidar, hija mía. Los imperios de la tierra duran poco. Los tronos temporales son de ceniza y las coronas son de humo. El hombre es una sombra por la que pasan brevemente la sangre y el sol de la vida. Pero debéis confiar también, y descansar un poco.

Se levanta y, siempre de espaldas, llama tirando de un cordón de seda.

CARLOTA *(En un monotono)*: No me digáis eso, Santo Padre, por favor. ¿Cómo podría yo descansar ni cerrar los ojos mientras Maximiliano vela y espera? Quizás se bate a estas horas, y yo no he conseguido nada. Me han rechazado dondequiera y Napoleón quería dar un baile para mí. Es amargo. ¿Cómo podría yo llegar al otro extremo del barco? Todas las gentes me miraban en las Tullerías como si hubiera estado loca, y Napoleón sonreía. El veneno sonreía. *(Transición.)* ¿Qué se lo que he dicho, Santo Padre?

EL PAPA: Nada, hija mía. El recuerdo de vuestro esposo llena vuestro corazón y vuestra mente.

Entra un MONSEÑOR llevando una charola en la que hay tres tazas y el chocolate del PAPA, que lo sirve en persona.

El MONSEÑOR dice algo al oído de Su Santidad. EL PAPA mueve afirmativamente la cabeza. El MONSEÑOR sale.

EL PAPA: Esto os reanimará. Viene de vuestro imperio, hija mía.

CARLOTA acepta, un poco mecánicamente, la taza que le tiende el PAPA, y la lleva a sus labios.

CARLOTA: Dije que me miraban como si pareciera yo loca. No, no puede ser. ¿Creéis que estoy volviéndome loca, Santo Padre?

EL PAPA: Dad un poco de reposo a vuestra imaginación, hija querida.

Entra un CARDENAL. Saluda al PAPA y a CARLOTA; El PAPA lo mira; el CARDENAL mueve negativamente la cabeza. El PAPA le indica con un gesto el chocolate; el CARDENAL se sirve.

CARLOTA *(Dando un sorbo)*: Es un buen chocolate éste. El sabor me recuerda las tardes con Maximiliano, haciendo planes para el bien de México. *(Reacciona.)* Santo Padre, el Concordato es el único remedio. Decid que sí.

EL PAPA: Os explicaba antes, hija mía, que la iglesia pierde su poder temporal. Si accediéramos al concordato no podríamos ayudaros más que moralmente. La iglesia es pobre, y nos inquieta, ya os lo dije, ver que hace presa en Maximiliano ese espíritu del siglo.

CARLOTA: Pero él ayudará a la iglesia, Santo Padre. Podríamos ir más lejos aún. Vuestra Santidad puede aliar a todos los países cristianos de Europa, recordar sus deberes a Francisco-José; yo convenceré a Leopoldo. Napoleón tendrá que someterse. Sería como una cruzada. No podéis negaros.

EL PAPA: Un pontífice no puede negarse sin negar a Dios. Pero también os dije antes que mi influencia es nula.

CARLOTA: Es claro, claro *(Deja su taza.)*

EL PAPA: ¿Os sentis mejor, hija mía?

CARLOTA: Me siento perfectamente, Santo Padre. He abusado de mis nervios, y luego esa entrevista con el hipócrita Napoleón me puso fuera de mí. Pero estoy perfectamente, os lo aseguro.

EL PAPA: Dios sea loado. Id ahora, señora, id tranquila. Tenéis nuestra bendición. Volved con vuestro esposo y tranquilizadlo. Entre tanto yo pensaré las cosas, y espero que Dios me permita ayudar a la buena causa.

CARLOTA: ¿Qué decís, Santo Padre? Yo no puedo volver antes de que firméis el concordato. Necesitamos dinero y soldados. Todavía tengo que ir a Austria y a Bélgica, a buscar esa alianza. Es preciso que todo quede arreglado cuanto antes. Si Vuestra Santidad acepta

el concordato, tendré éxito. Tengo confianza, pero no hay tiempo que perder. Busco por dondequiera y no encuentro tiempo ya — ni un minuto, ni una migaja de tiempo para nosotros.

EL PAPA: Siempre hay tiempo, hija mía — y hay un tiempo para cada cosa. Id ahora y descansad. Es tiempo de eso. *(Se vuelve al CARDENAL.)* Acompañaréis a Su Majestad, Cardenal. Quizás le sentaría bien un paseo por los jardines antes de salir de esta casa. Y recomendad a sus damas que la hagan descansar.

CARDENAL: Así lo haré, Santidad.

EL PAPA tiende la mano a CARLOTA, que besa el anillo pontifical y se dispone a partir. Llega hasta la puerta y se vuelve.

CARLOTA: No puedo irme, Santo Padre.

EL PAPA: ¿Qué decís, hija mía?

CARLOTA: No puedo irme. Sabéis de sobra, os lo he dicho, que los esbirros de Napoleón me persiguen.

EL PAPA: Vamos, hija mía, vamos. El Emperador puede ser débil, pero no es malo, y no os haría daño nunca.

CARLOTA: No lo conocéis bien. El lo planeó todo. Nos envió a México para robar, para matar, no para gobernar en paz y en amor. Os digo que me ha envenenado, Santo Padre.

EL PAPA: Señora, tendré que reñiros. Decís cosas pueriles, y vuestra desconfianza por Napoleón os hace creer lo que vuestra imaginación quiere. Además, perjudica vuestra causa.

CARLOTA: ¿También vos me creéis loca entonces, Santidad?

EL PAPA: No he dicho eso, hija mía, entendedme.

CARLOTA: Loca. Es natural. Napoleón lo dice a quien quiere oírlo: "Carlota Amalia está loca. Carlota Amalia está loca". ¿Cómo se atrevería a desafiar al Emperador de Francia, a ofenderlo, si no es porque está loca? Si no está loca, ¿a qué ha venido a Europa abandonando a su marido? Cree que tenemos compromisos con ellos. No han sabido gobernar en su imperio, y ahora pretenden que Francia los sostenga en el trono — en un trono hecho de cenizas como dijisteis, Santidad. Es claro que está loca: llama demonio a Su Majestad el Emperador de los franceses. ¿Lo haría si estuviera cuerda? México la ha trastornado. ¿No pretende inmiscuir a Europa en los asuntos de México? Pide dinero, pide ejércitos. Nosotros la ayudamos antes, toda Europa lo sabe; los ayudamos desinteresadamente, y ahora que no podemos seguir haciéndolo se vuelve contra nosotros. Habla de conspirar, de derrocar el imperio de Francia porque ni

ella ni su marido han sabido gobernar. ¿Qué sé yo si no se me ha adelantado ya ante vos? Parece que lo oigo: "Santo Padre, esa pobre mujer os dirá mal de mí. La compadezco profundamente, pero nada puedo hacer por ella. Quiere encender la guerra en Europa y la revolución en Francia por su imperio de México. Os digo que su cabeza anda mal, Santo Padre".

EL PAPA *(Muy conmovido)*: Hija mía...

CARLOTA: No conocéis a Napoleón, Santidad, eso es todo. Yo lo he visto mentir y engañar durante tres años por boca de su lacayo Bazaine. Tiene poder suficiente para destruirme, para influir en el ánimo de todos los monarcas de Europa — aun sobre vos mismo. Prometerá aquí y allá, como promete siempre, y lo creerán porque es Emperador de Francia y porque Francia está en el corazón de Europa y es el cerebro de Europa. Os impedirá ayudarme, Santo Padre, lo sé.

EL PAPA: Nuestro reino no es de este mundo, hija mía, y Napoleón no es nuestro rey. Os suplico que no creáis en rumores, que no escudéis vuestra causa tras una mala pasión contra el Emperador. Os restará partidarios, comprendedlo.

CARLOTA: Lo comprendo muy bien, Santidad, pero no tengo armas.

EL PAPA: Tenéis a Dios.

CARLOTA: Dios ayuda a Napoleón, no a Maximiliano.

EL PAPA: ¿Estáis ciega al extremo de blasfemar así, señora?

CARLOTA: ¿Veis como me creéis loca vos también? Me creéis loca porque defiendo la vida de mi esposo; pero no se trata sólo de nuestras vidas, Santidad. Se trata de nuestro poder, se trata de una idea política, de un país que os interesa salvar para Dios, que estará perdido para la iglesia si Juárez triunfa. Se trata de una causa.

EL PAPA: Si vuestra causa es buena, podéis estar segura de que Dios estará con vosotros.

CARLOTA: "Si, si, si". Vos también parecéis dudarlo. ¿Por qué? Porque Maximiliano promulgó unas leyes que eran necesarias. Yo sé que fué el diablo el que nos llevó a México, Santidad, lo sé ahora — y el diablo es Napoleón. Pero Dios no puede abandonarnos allí ni dejar que perezcan la bondad y la fe de Maximiliano.

EL PAPA: Detrás de cada acto del diablo hay un acto de Dios, hija mía. Ese pobre pueblo os necesitaba sin duda.

CARLOTA: ¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí, Santo Padre?

EL PAPA: Estoy seguro, señora.

CARLOTA: ¿Qué esperáis entonces? Aceptad el concordato, Santidad.

EL PAPA: Es doloroso decíroslo, pero pedís un imposible, hija mía.

CARLOTA: ¿Veis como tenéis miedo de Napoleón también vos y cómo Napoleón, cómo el diablo os maneja? Enviad embajadores, Santidad; haced venir a Roma a los monarcas cristianos, para que juzguen y firmen la alianza. Si no os atrevéis solo, llamadlos. Es el momento. Podréis reforzar el poder temporal de la Santa Sede, minado por Napoleón y por Cavour. Podéis hacer caer a Napoleón al salvar a México. Porque no se trata sólo de México, sino del mundo entero, de Europa, que caerá en guerras y catástrofes si la iglesia pierde su poder, si Napoleón sigue gobernando, si la dinastía de los advenedizos se perpetúa.

EL PAPA: Hija mía, volvéis a ofuscaros. Olvidad el odio, que es un caballo negro y desbocado. Apelad al amor y conseguiréis vuestro propósito. Yo os prometo ayudaros.

CARLOTA: Así decía Max. Amor, amor, ¡amor! Vedlo ahora, traicionado por Napoleón, sin dinero, sin hombres, luchando él solo por la causa del amor en la tierra. ¿No sabéis que si yo hubiera prometido tierras y oro y plata a Napoleón, él habría sido servil y bajo y me habría dado cuanto le pidiera? ¿No sabéis que los príncipes se reirán de mí si les hablo de la causa del amor? Max no quiere tocar la tierra de México y yo no puedo traicionarlo. ¡No puedo! Tengo que volver a él, tengo que verlo en seguida —tengo una idea— la única idea de salvación. ¡Pronto! Decid a Su Majestad el Emperador que necesito hablarle luego. Es urgente.

El PAPA y el CARDENAL cambian una mirada.

CARLOTA: ¿Por qué me miráis así? ¡Ah, ya entiendo! Napoleón os lo ha dicho, Eugenia lo contó en el baile. ¡No, no, no! Yo no estoy loca, Santo Padre. Estoy envenenada pero no estoy loca. ¡Os digo que no estoy loca!

Cae en el sillón y se queda allí quieta, mirando al vacío. Sólo sus manos, llenas de angustia, denuncian la vida en ella.

EL PAPA: Cardenal, decid al séquito de la Emperatriz que Su Majestad dormirá esta noche en el Vaticano. No creo prudente dejarla salir en este estado.

CARDENAL: ¿Una mujer en el Vaticano, Santidad?

EL PAPA: Quizás la única en la historia. Infortunada. ¿Cómo podemos abandonarla si su corona es de espinas y de sombra? Id, Cardenal.

EL CARDENAL se inclina y sale. El PAPA se acerca a CARLOTA —sin dar el frente— y junta las manos como

si orara. CARLOTA, que había estado mirando al vacío, siente de pronto la presencia del Papa. Se vuelve y dice con imperio:

CARLOTA: ¡Este barco tan largo! ¿Habéis avisado a Su Majestad el Emperador que lo espero?

EL PAPA *(Alzando los ojos al cielo y volviéndose de frente por única vez)*: Su Majestad el Emperador está ya con vos, señora.

Une las manos en oración. CARLOTA clava otra vez su mirada en el vacío.

Telón

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salón en un palacio en Viena. 1866. Atardecer. Aparecen en escena CARLOTA, el ALIENISTA, la DAMA DE HONOR, el CHAMBELAN.

CARLOTA *(Sentada en un amplio sillón)*: Traed luces, ¡traed luces!

ALIENISTA: En seguida, Majestad.

Enciende las dos bujías de un candelabro, y se acerca a la Emperatriz colocando el candelabro sobre una mesa.

ALIENISTA: ¿Vuestra Majestad duerme bien?

CARLOTA: ¿Es acaso el momento de dormir?

DAMA DE HONOR: Su Majestad duerme a veces con los ojos abiertos, doctor. Yo no podía creerlo, pero ayer noche me convencí.

ALIENISTA: Preferiría, señora, si me perdonáis, que Su Majestad se esforzara por contestarme ella misma.

DAMA DE HONOR *(Ofendida)*: Perdonad, doctor.

ALIENISTA: En todos los casos en que Su Majestad no pueda responder, os agradeceré vuestra intervención. Decidme algo. ¿Os habéis separado de Su Majestad?

DAMA DE HONOR: Ni de día ni de noche.

ALIENISTA: ¿Tiene un sueño agitado, como si tuviera ensueños? ¿Habla al dormir?

CARLOTA: ¿Quién habla de dormir? En su despacho del castillo la luz está encendida siempre. Vela.

DAMA DE HONOR: Es una cosa extraña, doctor; no sé si Su Majestad sueña o no. Hasta ahora no ha hablado. Parece más bien como si hiciera esfuerzos por callar. Aprieta los dientes y los labios. Y aun cuando cierra los ojos, da la impresión de estar despierta siempre.

ALIENISTA: Está en tensión. Gracias, señora. ¿Querría Vuestra Majestad levantar su mano derecha?

CARLOTA: ¿Quién vela en ese castillo? No sé ya cuál castillo es ni quién está en él. ¡Tantos castillos!

ALIENISTA: Majestad . . . ¡Majestad!

CARLOTA alza lentamente los ojos hacia él.

ALIENISTA: ¿Querría Vuestra Majestad levantar su mano derecha en el aire? Así.

CARLOTA: ¿Para qué?

ALIENISTA: Quisiera ver de cerca esa sortija, Majestad.

CARLOTA mira su mano y la alza lentamente. El ALIENISTA la toma entre las suyas.

ALIENISTA: ¿Puede Vuestra Majestad mover ese dedo —el dedo en que tiene la sortija?

CARLOTA: ¿Mover mi dedo? ¿Cómo?

ALIENISTA: Así.

DAMA DE HONOR: Es como un juego, señora. Así.

CARLOTA: Ciertamente. *(Mira su mano en alto, le da vuelta y mueve otro dedo que el requerido.)*

ALIENISTA: ¿Podría yo ver ahora la mano izquierda de Vuestra Majestad, la otra mano?

CARLOTA junta sus manos abajo, las mira lentamente. Al cabo de un instante alza, con una sombra de sonrisa, la mano derecha, que el ALIENISTA toma.

ALIENISTA *(A la DAMA DE HONOR)*: ¿Tenéis un alfiler, señora?

DAMA DE HONOR *(Buscándose y dándolo)*: Aquí está.

El ALIENISTA toma el alfiler y lo hunde en la palma de la mano de CARLOTA, que permanece inmóvil y abstraída.

DAMA DE HONOR: ¡En nombre de Dios! ¿Qué hacéis, doctor?

ALIENISTA: Como veis, señora, Su Majestad no ha sentido nada.

CARLOTA: ¿Por qué no habéis traído las luces? ¿No os dije acaso que las trajerais?

ALIENISTA: En seguida, Majestad.

Toma otro candelabro de dos velas, que enciende en la llama de una de las encendidas, colocándolo al otro extremo de la mesa.

CARLOTA: ¿Quién está en el castillo? ¿Qué castillo es ése?

ALIENISTA: ¿Come con apetito Vuestra Majestad? *(CARLOTA no responde.)* ¿Quiere comer algo Vuestra Majestad? ¿Comer?

CARLOTA: ¿Es hora de comer acaso?

CHAMBELAN: Permitid que os conteste, doctor. Su Majestad se niega a comer y a beber desde que salimos de Roma. Lo rechaza todo hablando de venenos, pero . . . *(Duda.)*

ALIENISTA: ¿Pero . . . ? Os ruego que me digáis todo cuanto pueda ayudar al examen.

CHAMBELAN: Me avergüenza decirlo. Luego, Su Majestad busca a hurtadillas las provisiones, y se esconde para comerlas.

ALIENISTA: ¿Las roba?

CHAMBELAN: ¡Doctor, por favor!

ALIENISTA: No hay que ofenderse, caballero. Ese instinto es normal en los niños, en los dementes y en los gobernantes. *(Se vuelve a CARLOTA.)* ¿Vuestra Majestad sabe, sin duda, que Su Majestad el Emperador Maximiliano la espera en México?

CARLOTA no responde. El ALIENISTA hace una seña a la DAMA DE HONOR.

DAMA DE HONOR: Primero Su Majestad no hablaba de otra cosa. Ahora ya no pronuncia el nombre del Emperador.

CARLOTA *(Como si oyera en este momento la pregunta del ALIENISTA, con voz blanca y lenta, a la manera de quien mira o toca un objeto extraño)*: El Emperador Maximiliano. *(Aprieta los dientes.)* ¿Quién ha hablado aquí? ¿Quién ha dicho un nombre? ¿Qué nombre era?

ALIENISTA: ¿Está contenta Vuestra Majestad de su visita a Roma? ¿Se encuentra bien Vuestra Majestad en Viena?

CARLOTA: Tengo que ir a Roma. Tengo que ir a Viena. *(Mira sus manos.)* ¿Qué es esto? *(El ALIENISTA se acerca y mira.)*

ALIENISTA *(Con deliberada lentitud)*: Vuestra Majestad tiene una gota de sangre en la mano.

CARLOTA: Esas luces que pedí, esas luces.

El ALIENISTA hace una seña al CHAMBELAN, que se apresura a encender dos velas más, colocando un tercer candelabro en la mesa.

ALIENISTA: Una gota de vuestra propia sangre, Majestad.

CARLOTA mira curiosamente sus manos.

CARLOTA: No puedo ver sin luces. Claro.

El CHAMBELAN acerca un candelabro de tres velas, que enciende, colocándolo en la consola próxima.

CHAMBELAN *(A media voz)*: ¿Qué significa esto? ¿Se ha afectado la vista de Su Majestad también?

ALIENISTA: No lo creáis, caballero.

Toma uno de los candelabros y lo pasa dos veces por delante de los ojos de CARLOTA, que no parpadea.

DAMA DE HONOR *(En un grito sofocado)*: ¡Dios mío! ¿No ve?

ALIENISTA: No es eso, señora. Su Majestad ve perfectamente — pero está mirando a otro lado — un lado hacia el cual no podemos ver nosotros. *(Posa el candelabro.)*

CARLOTA: Una gota de sangre.

ALIENISTA: Majestad... Majestad... ¡Majestad!

CARLOTA: Callad. No podemos hablar aquí. He jurado que no hablaría. Tengo que ir a París para algo. Os lo diré todo en París.

ALIENISTA: ¿Habéis olvidado que estamos ya en París? Vuestra Majestad puede hablar libremente.

CARLOTA: Es verdad. Nadie debe saber que estamos en París. Quería deciros algo — tenía algo que deciros. *(Busca.)* ¡Ah, sí! Os lo diré más tarde. No tenemos tiempo, ¿no veis? No tenemos tiempo.

ALIENISTA: Muy bien, Majestad. *(A la DAMA DE HONOR)*: ¿Reconoce Su Majestad sin intermitencias a todas las personas de su séquito?

DAMA DE HONOR: No creo que nos desconozca, pero no lo sé bien. No habla con nosotros directamente, ni nos llama por nuestro nombre.

ALIENISTA *(Al CHAMBELAN)*: ¿Reconoció Su Majestad a los miembros de la familia imperial de Austria? ¿Pudo hablar con ellos?

CHAMBELAN: La entrevista fué privada, doctor, pero he oído decir que fué también violenta.

CARLOTA *(Con un grito desgarrado)*: ¡Ay!

DAMA DE HONOR *(Acercándose a ella)*: ¿Qué ocurre, señora?

CHAMBELAN *(Mismo juego)*: ¿Qué tenéis, Majestad? } *Simultáneamente.*

El ALIENISTA se limita a acercarse, observando estrechamente a CARLOTA.

CARLOTA: Mi mano — me duele atrozmente esta mano. ¡Tengo sangre en esta mano!

ALIENISTA: ¿Dónde exactamente, Majestad?

CARLOTA: No podéis verlo en la oscuridad. Traed luces inmediatamente.

El CHAMBELAN, atento a la señal del médico, trae y enciende otro candelabro de tres velas, que deposita sobre la consola.

ALIENISTA: ¿Os duele aún, Majestad?

CARLOTA: Atrozmente, os digo, ¡atrozmente!

El ALIENISTA toma la mano de CARLOTA y pasa un pañuelo blanco por ella.

ALIENISTA: Con esto desaparecerá vuestro dolor, señora.

CARLOTA *(A media voz, mirando su mano)*: ¡Oh! ¡Ay! ¡Ay!

DAMA DE HONOR: ¿Tiene dolor en efecto? ¡Parece sufrir tanto!

ALIENISTA: Su Majestad está fingiendo. *(La DAMA DE HONOR se muestra ofendida.)* Preguntádselo vos misma, señora.

DAMA DE HONOR: ¿Sufre mucho Vuestra Majestad de su mano? *(CARLOTA la mira sin responder.)* ¿De su mano?

CARLOTA mira sus manos una tras otra y mueve afirmativamente la cabeza.

CARLOTA *(Con voz blanca)*: Mi mano.

ALIENISTA: ¿Está sujeta Su Majestad a accesos frecuentes de cólera, o persiste más bien en su abatimiento? ¿Se exaspera con facilidad?

DAMA DE HONOR: No parece escucharnos; pero se enfada si insisto en que coma.

CHAMBELAN: Pero lo hace de un modo, diría yo, impersonal, extraño.

ALIENISTA *(A CARLOTA)*: Majestad, ¿para qué queréis tantas luces? *(Bruscamente.)* ¿Qué quiere hacer Su Majestad con todas estas luces? ¡Vamos, pronto, o las apago todas!

CARLOTA: He pedido luces, pero nadie quiere traerlas ya. Ellos se niegan siempre.

ALIENISTA: Las traeré yo mismo, Majestad.

Hace una seña al CHAMBELAN, que sale y regresa un instante después llevando un tercer candelabro de tres velas, ya encendidas. El ALIENISTA lo toma y se acerca a CARLOTA.

ALIENISTA: Aquí las tenéis, señora. Os digo que aquí tenéis las luces, ¿me oís?

CARLOTA: Hace ya mucho tiempo que espero en la oscuridad. ¿Oír? Nadie me oye. *(Como con una idea repentina.)* Traedlas vos mismo, os lo ruego, traed muchas.

El ALIENISTA deposita el tercer candelabro de tres velas en la consola y vuelve a CARLOTA.

ALIENISTA: Señora, han llegado noticias de Su Santidad ahora mismo. *(CARLOTA no se interesa.)* Buenas noticias, Majestad. *(Saca un papel de su bolsa.)* Mirad aquí el pliego. Es preciso que os enteréis, señora. Su Santidad ha aceptado. ¡El concordato es un hecho!

Le pone el papel en las manos, CARLOTA lo mira, lo despliega; algo parece interesarle profundamente en él. Lo dobla, mira a todas partes y lo oculta en su seno.

CARLOTA *(A media voz)*: ¿Acaso podría ser de otro modo?

El ALIENISTA mueve la cabeza y reflexiona mientras pasea un poco, con las manos atrás. Parece tomar al fin una gran decisión. Se acerca a CARLOTA y pone el pulgar de su mano izquierda sobre la frente de la Emperatriz.

ALIENISTA *(Su voz crece poco a poco, como si gritara en un pozo)*: Ruego a Vuestra Majestad que me mire. Miradme, señora, ¡miradme! ¡Os digo que me miréis, señora! *(Baja la voz.)* Fijad vuestros ojos en mí. Vuestros ojos — vuestros ojos.

CARLOTA alza lentamente los ojos hacia el ALIENISTA. Se estremece y trata de bajar la cabeza, pero él se lo impide. Entonces, con los ojos fijos en ella, ejecuta con la mano derecha algunos pases magnéticos. El CHAMBELAN y la DAMA observan la escena con un estremecimiento.

ALIENISTA: ¿Podéis oírme, Majestad? ¿Me oís?

CARLOTA: Os oigo perfectamente.

ALIENISTA: Voy a haceros tres preguntas, señora, tres preguntas.

CARLOTA: Tres preguntas.

ALIENISTA: ¿Queréis volver al lado de vuestro esposo el Emperador Maximiliano? *(CARLOTA calla.)* ¿Queréis volver al lado de Maximiliano?

CARLOTA *(Estallando en un gran grito)*: ¡Todo está a oscuras, todo! Y todas las puertas son iguales, iguales — abren y cierran igual — lo mismo, lo mismo. No llevan adentro — no llevan afuera. ¡No! ¿No habéis oído? ¡Noticias de Su Santidad! ¡Aquí están, aquí están! *(Agita un pliego imaginario en su mano.)* Buenas noticias, ¿no es verdad? Mi cuñado me lo ha dicho. Vos lo dijisteis, Franz. Es espantoso. Todas las puertas son iguales. ¡Todo a oscuras! ¡No puedo leerlas, no puedo!

Se levanta en un gran impulso y entra en una furia mecánica, golpea el suelo con el pie y va de un lado a otro mientras habla.

CARLOTA: ¡No puedo esperar más! ¡Os he pedido luces!

A una señal del ALIENISTA, el CHAMBELAN corre por otro candelabro, éste de cuatro velas encendidas. Su retorno coincide con la salida de la DAMA DE HONOR. CARLOTA habla siempre.

CARLOTA: Pero no puedo decir nada tampoco. Juré no decir nada, callar los nombres. ¡Luces ya!

La DAMA DE HONOR, a una indicación muda del ALIENISTA, sale y vuelve con otro candelabro de cuatro velas. Su regreso coincide con la salida del ALIENISTA.

CARLOTA: Ahora tengo que callar. He hablado demasiado. Ahora todos conocen mi pensamiento. No es verdad, nadie lo conoce, ¡nadie puede conocerlo! ¡Traed luces!

El ALIENISTA sale y regresa a su vez con un tercer candelabro de cuatro velas. El, la DAMA DE HONOR y el CHAMBELAN conservan sendos candelabros en la mano mientras observan y rodean a la Emperatriz.

CARLOTA: Es una cosa que sólo sabemos nosotros, nosotros, nosotros. ¿Quiénes somos nosotros?

Baja la voz hasta que sólo deja escapar sonidos casi inarticulados. A veces sobresale la palabra callar, la palabra silencio, la palabra sombra.

DAMA DE HONOR: ¡Doctor! ¿No podéis hacer nada?

ALIENISTA: Su Majestad ha perdido el dominio de sus sensaciones, de sus centros nerviosos, la noción del lugar. Si Su Majestad Francisco José me autoriza, someteré a la Emperatriz a un tratamiento. Pero será largo. *(La DAMA DE HONOR llora.)*

CHAMBELAN: Yo debo escribir a Su Majestad el Emperador Maximiliano. ¿Puedo decirle. . . ?

ALIENISTA: Podéis decirle que tengo pocas esperanzas. *(El CHAMBELAN baja la cabeza.)*

DAMA DE HONOR: No es posible. Algo que habrá que . . .

CHAMBELAN: La medicina ha progresado tanto, doctor; es preciso que . . .

CARLOTA continúa paseando y mascullando frases en un decrescendo.

ALIENISTA: Mi ciencia tiene un límite, y Su Majestad se encuentra en la etapa más incierta de su mal. Lucharé por salvar su razón. *(Con una idea de pronto.)* Venid, acercaos con vuestros candelabros. Repetid lo que yo diga. *(Los tres rodean a CARLOTA.)* ¿Es esto lo que pedíais, señora? ¿Son suficientes estas luces?

DAMA DE HONOR: Aquí están las luces, Majestad. ¡Mirad cuántas!

CHAMBELAN: Las luces que Vuestra Majestad ha pedido.

CARLOTA: ¿Pedido? Sí, os he pedido algo, ¿no es verdad? *(Se sienta en un sillón.)* Esperad . . . Os he pedido algo. *(Repasa los dedos de su mano izquierda con uno de la derecha.)* Sí, ya sé. Era . . . No, no. Esperad, os digo. ¡Esperad!

Se reconcentra, mirando al vacío. La luz de las doce bujías forma un círculo fantástico en torno a su rostro. Al fin sonríe débilmente.

CARLOTA: Se me ha olvidado. Eso es, eso es. Se me ha olvidado.

OSCURO

ESCENA SEGUNDA

El doble salón del castillo en Bélgica, en 1927. CARLOTA, octogenaria, vestida de azul, aparece sentada en un sillón. El profesor ERASMO RAMIREZ, sentado en el otro sillón, la mira como fascinado. La acción de esta escena se desarrolla en el salón de la izquierda.

CARLOTA: Olvidado. Se me ha olvidado. Esperad. Sí, sí — eso es. Un papel con orla de luto. ¿Por qué? Yo escribí una carta. Esperad. No — lo he perdido. No me deja pensar un rumor de campanas — veo petardos y flores, y mi hermano Leopoldo sonríe, con su gran barba negra.

ERASMO: Quizás la anexión del Congo. 1885.

CARLOTA: Esperad, os digo. Oigo más campanas, pero no son alegres. Oigo los golpes mesurados del bedel sobre las losas y veo un hisopo que se agita en el aire.

ERASMO: Leopoldo II ha muerto. 1909.

CARLOTA: Y otra vez cintas y flores, carillones y salvas... Hay alguien en la silla del trono. No distingo bien.

ERASMO: Alberto I es coronado. 1909.

CARLOTA: Gritos por dondequiera. Esperad. ¿Por qué gritan así? Las campanas están doblando, pero los gritos llegan más alto. Algo zumba allá arriba. Es exasperante, horrible. ¿Qué ruido es ese? *(Escucha.)* Ahora. ¿Oís? Otra vez. Otra vez. Otra vez. Es un ruido sordo y largo que no me deja dormir. Quiero dormir. Hay que cerrar todas las puertas, todas las ventanas. Allí está de nuevo. ¿Oís? *(Presta el oído.)* Todavía. ¿Oís? ¿Oís el trueno?

ERASMO: 1914.

CARLOTA: Y ahora las campanas. Nunca había oído tantas campanas. ¡Mis pobres orejas! ¿Por qué ríe todo el mundo? Las gentes corren como llamas. Nadie me hace caso.

ERASMO: 11 de noviembre de 1918.

CARLOTA: Yo escribí una carta. Pero, ¿por qué tenía el papel un filo negro? Esperad. Tengo que acordarme. *(Se lleva las manos a la frente.)*

ERASMO *(Citando libremente)*: Quizás ésta. 1868. "Señora: Mucho os agradezco la expresión de pesar que me enviáis por la muerte de mi muy amado esposo el Emperador Maximiliano. Vuestras palabras me traerían consuelo si un dolor tan grande pudiera ser consolado. . ."

CARLOTA: ¡No! ¡No! ¡Max! *(Mira sus manos de pronto.)* ¿De quién son estas manos? *(Las agita en el aire, como para cambiarlas por otras más jóvenes. Luego se toca el rostro y los cabellos, lentamente, una y otra vez.)* Este no es mi rostro — Y estos cabellos muertos . . . ¿Qué quiere decir esto? ¿De quién son estas manos? ¿Por qué? *(Se levanta, trágica, seca figura.)* ¿Qué lugar es éste?

ERASMO: El castillo de Bouchout en Bruselas, 1927.

CARLOTA se vuelve a él, irguiéndose.

CARLOTA: ¿Qué es lo que habéis dicho?

ERASMO *(Levantándose, inflexible)*: Bruselas. El castillo de Bouchout. 1927.

CARLOTA: ¡Es una mentira. *(Se palpa.)* Pero. . . este cutis. . . estos cabellos. Dadme un espejo, ¡pronto!

ERASMO señala en silencio la pared divisoria de cristales. CARLOTA se acerca lentamente y trata de mirarse en los cristales; vuelve la vista a todas partes, toma un candelabro, y se acerca nuevamente a la vidriera, donde mira atentamente su reflejo.

CARLOTA: ¡No! ¡No! ¡No!

Retrocede. El candelabro se escapa de sus manos. ERASMO lo recoge.

CARLOTA: ¿Qué cifra es esa que habéis dicho? ¡Repetidla!

ERASMO: 1927.

CARLOTA se deja caer en un sillón, con el peso de un pájaro herido. Al cabo de un momento agita las manos temblorosas en el aire.

CARLOTA: 1927. Bruselas. Yo nací en Laeken en 1840. *(Cuenta con los dedos.)* ¿Ochenta y siete años? ¿Hace ochenta y siete años que nací?

ERASMO: Sí, señora.

CARLOTA: Os digo que es imposible. Otro siglo. El siglo XX — parecía tan lejano. Esperad. Yo salí de México en 1866 — *(Trata de calcular.)* No puedo. ¿Cuántos años, decidme, cuántos años?

ERASMO *(Siempre inflexible)*: Sesenta y un años, señora.

CARLOTA: No. Esto es un sueño — un sueño ridículo. Estas manos. ¿Habéis visto estas manos? *(ERASMO asiente.)* ¿Son mías? *(ERASMO asiente. CARLOTA mira sus manos y se vuelve a ERASMO, desconfiada de pronto.)* Estáis mintiendo. ¿Sesenta y un años? No — me quitaré estos guantes horribles... ¿Quién sois vos? ¿Qué hacéis aquí? No os conozco.

ERASMO *(Con suavidad)*: Soy un mexicano señora.

CARLOTA: Salid en seguida. ¿Dónde están mis damas, mis chambelanes, mis guardias? ¡Salid!

ERASMO se dirige hacia la puerta. Llegado a ella, se vuelve.

ERASMO *(Adaptándose al tratamiento convencional, para no complicar más la situación)*: Perdone usted — perdonad, señora, pero no puedo irme así nada más. He hecho el viaje desde México hasta Bruselas para hablar con vos. Permitid que me quede. Si me fuera ahora, sería con odio en mi corazón.

CARLOTA: Esperad. Una carta con orla de luto. ¿Qué decía esa carta?

ERASMO *(Citando)*: "... por la muerte de mi muy amado esposo el Emperador Maximiliano. Vuestras palabras me traerían consuelo si un dolor tan grande pudiera ser consolado."

CARLOTA: Ya sabía eso — yo lo sabía. ¿Cómo conocéis vos esa carta?

ERASMO: He visto una copia en México, señora.

CARLOTA: Siento como si de pronto pudiera yo comprender todas las cosas, y esto no me tortura. No me asfixia. "La muerte de mi muy amado esposo el Emperador Maximiliano." ¿Cuándo? ¿Cuándo?

ERASMO *(El último golpe)*: Querétaro. El 19 de junio de 1867.

CARLOTA: Esperad. El 19 de junio de 1867. 1927. Sesenta años. ¿Queréis decir que hace sesenta años que él me espera? *(ERASMO asiente.)* Es monstruoso. ¿Por qué ¿Para qué? ¿Cometí un crimen tan grande para merecer esta separación? No entiendo — no entiendo. Esperad. *(Reflexiona profundamente.)* Decidme: ¿Napoleón?

ERASMO *(Mecánico como un profesor)*: Alemania derrotó e invadió a Francia en 1870. Napoleón murió en Chislehurst en 1873.

CARLOTA: El Papa me lo dijo — lo recuerdo. Los imperios duran poco y los tronos están hechos de ceniza. Esperad. ¿El Papa?

ERASMO: Muerto en 1878.

CARLOTA: No... ¿Bazaine?

ERASMO *(Mismo juego)*: Bazaine traicionó a Francia y vendió a Napoleón en Metz en 1870. El comprador fué Bismarck, muerto en 1898. Bazaine fué condenado a muerte en 1873, su pena conmutada por la

de prisión. Se evadió y murió en España, abrumado por el desprecio de todos los hombres.

CARLOTA: Yo lo sabía, yo lo sabía. ¿En qué año?

ERASMO: En 1888.

CARLOTA: Napoleón seis años después; Bazaine veintiún años después. Claro. Claro.

ERASMO *(Aportando voluntariamente el dato)*: Francisco-José murió en 1916. Su hijo Rodolfo se suicidó antes del 1900. La dinastía de los Hapsburgos ha dejado de reinar. Austria y Alemania son repúblicas.

CARLOTA: Quizá también él necesitó apoyar su trono sobre bayonetas extranjeras. Abdicar o morir. ¿Y Victoria?

ERASMO: Reina de Inglaterra, Emperatriz de las Indias. Murió en 1901, a los ochenta y dos años. Inglaterra y Francia ganaron la guerra contra Austria y Alemania en 1918, señora, con los Estados Unidos. También Francia es república.

CARLOTA: ¡No, no, no! Esperad. ¡Qué vértigo aterrador es éste? Todos han muerto ya. ¿Quién vive entonces? ¿Quizás Eugenia de Montijo?

ERASMO: La ex-Emperatriz Eugenia murió en Madrid, en 1920, señora — hace siete años.

CARLOTA se levanta; da lentamente algunos pasos.

CARLOTA: Todos han muerto aquí, y yo sobrevivo. ¿Por qué? ¿Por qué? *(Se vuelve a ERASMO y lo examina con lentitud.)* ¿Por qué creí que erais el señor Juárez? No lo sois, ¿verdad?

ERASMO: Como él soy indio zapoteca, señora, y nací en Oaxaca. Benito Juárez murió el 18 de julio de 1872.

CARLOTA: Cinco años después. Aun él murió.

ERASMO: Su espíritu vive, señora.

CARLOTA: Dios ha sido justo con todos. A cada uno le dió la muerte a la hora justa. ¿Por qué no a mí? ¿Por qué se ha olvidado de mí? ¿Por qué? ¿Por qué? Era mejor no saber nada, no sentir nada más que la conciencia borrosa de haber muerto hace mucho tiempo, hace sesenta años, en otro siglo, en otro mundo diferente de éste de espectros que se levantan en torno a mí y que me esperan como él desde entonces. ¿Vive este mundo de hoy y qué quiere? Decídmelo.

ERASMO: Señora, ¿recordáis esos horribles zumbidos que escuchabais en el cielo de Bélgica en 1914? *(CARLOTA asiente, repitiendo el año.)* Eran aviones, señora. Pájaros fabricados por la mano del hombre.

CARLOTA: Leonardo — Montgolfier . . . Era yo muy pequeña cuando subió alguien en un globo. . . Me asusté y me reí.

ERASMO: El hombre puede volar hoy, señora, pero eso no lo aleja de sus viejos instintos. Como los seres de ayer, busca el poder siempre, busca la conquista por la fuerza, el mal.

CARLOTA: Como yo. ¿No es eso lo que queréis decir?

ERASMO: Sí, señora.

CARLOTA: Sesenta años. Sesenta años he llevado en mi cabeza esta pesada corona de sombra, y despierto sólo para adivinar el mismo sentido detrás de las palabras, la misma, tácita afirmación detrás de las miradas. ¿Se me odia en México aún, como entonces? La ambiciosa, la fuerte, la orgullosa, la voluntad diabólica del pobre Max. ¿Nadie va a comprender nunca? ¿Nunca? Soy una mujer vieja — la más vieja del mundo. Sesenta años de locura son más largos que toda la razón humana. Emperatriz tres años con una corona que todos me disputaban — y los he sobrevivido a todos sin saberlo, arrastrándome como una sombra en Miramar, en Laeken, en Bouchout. Todos deben de haberse preguntado: ¿Y ella cuándo? ¿Cuándo será su turno? ¿Cuándo se confundirá con el polvo como todos nosotros, la ambiciosa, la loca, la Emperatriz en sueños? No tengo más que estas manos viejas y desnudas que no lograron el poder.

ERASMO: Señora . . .

CARLOTA: Vuestra mirada hace un momento deletreó el mismo odio que leía yo en todos los ojos que me acechaban en México — el mismo arrepentimiento por habernos llamado — porque fuimos llamados. El lo decía a menudo y me llamaba su ambiciosa. ¿Ambicioné más que otros acaso? ¿Era yo tan extrahumana que nadie pudiera comprender ni excusar? ¿Dónde está mi belleza, mi juventud? ¿Y no bastan acaso sesenta años de vivir en la noche, en la muerte, con esta corona de pesadilla en la frente, para merecer el perdón?

ERASMO: Señora, escuchadme, os lo suplico. Yo no soy más que un historiador, una planta parásita brotada de otras plantas — de los hombres que hacen la historia. Yo no quito ni pongo rey. Soy un pobre hombre.

CARLOTA: Sois la mirada de México. Y yo no soy ya más que una vieja. ¿Conocéis mis retratos? Cuando los pintores me pintaban, pretendían hacerme más bella. Creían adularme; pero cambiaban lo que no podían reproducir. Yo era como Max: indescriptible. Y he vivido hasta ahora para que nadie me conozca. Está bien. Odiadme. Todo lo que queda del poder que quise alcanzar es eso. Me resigno.

Pero decidme, ¿odia México aún a Maximiliano? ¿Odia México aún al amor?

ERASMO: Si he venido a buscaros hasta aquí, señora, fué con la más absurda, con la más descabellada esperanza de encontrar una nueva verdad para la historia de México.

CARLOTA: Pero no la habéis encontrado — ¿no es así?

ERASMO: Hasta ahora no, señora. Estoy en la sombra yo también. No entiendo todavía muchas cosas. La razón misma de que viváis así, por encima de todos los que os amaron, por encima de todos los que os dedicaron su odio, sigue escapándoseme de entre los dedos.

Pausa. CARLOTA se sienta nuevamente, con dificultad.

CARLOTA: Antes de iros de aquí, decidme una cosa. Decidme cómo murió Maximiliano.

ERASMO inclina la cabeza y se reconcentra.

ERASMO: A las siete de la mañana de un día claro . . .

CARLOTA: Ya no olvidaré la fecha. 19 de junio de 1867.

OSCURO

ESCENA TERCERA

Salón derecha. La celda de MAXIMILIANO en el Convento de Capuchinas, en Querétaro. MAXIMILIANO aparece sentado ante una mesa; termina de escribir. Levanta y espacia la vista fuera del ventanillo de su celda y sonríe misteriosa y tristemente. Luego pliega con melancolía sus cartas. Un centinela abre la puerta de la celda y deja entrar a MIRAMON.

MAXIMILIANO *(Sonriendo)*: Buenos días, general Miramón.

MIRAMON: Buenos días, Majestad.

MAXIMILIANO: Es un amanecer bellísimo. Mirad aquellas nubes rojas, orladas de humo, que se vuelven luz poco a poco. Nunca vi amaneceres ni crepúsculos como los del cielo de México. ¿Habéis escrito a vuestra esposa, a vuestros hijos?

MIRAMON: Sí, sire. Mejía hace otro tanto.

MAXIMILIANO: Pobre Mejía. Se aflige demasiado por mí. Por lo menos, podéis estar seguros de que vuestras cartas serán recibidas. Yo no sé si la Emperatriz podrá leer la mía. Las últimas noticias que tuve me hacen temer por su lucidez más que nunca. *(Se acerca a MIRAMON.)* Necesito haceros una confesión.

El centinela abre una vez más la puerta. Entra MEJIA, muy deprimido.

MAXIMILIANO: Llegáis a tiempo, general Mejía. Quiero que los dos oigais esta carta. No sé por qué, pero no pude resistir la tentación de escribir a mi hijo.

MEJIA y MIRAMON: ¡Señor! ¡Sire!

MAXIMILIANO: No. Al hijo que no tuve nunca. *(Toma un pliego de la mesa.)* Fantasía de poeta aficionado. ¿Qué importancia tiene? A todos los que van a morir se les otorga un último deseo. *(Despliega la carta.)* ¿Queréis fumar? *(Les tiende su purera, MEJIA presenta el fuego y los tres encienden ritualmente sus cigarros puros.)* Echaré de menos el tabaco mexicano.

MEJIA *(Desesperadamente)*: ¡Señor!

MAXIMILIANO: ¿Queréis que os lea mi carta? Es muy breve: "Hijo mío: Voy a morir por México. Morir es dulce rara vez; el hombre es tan absurdo que teme la muerte en vez de temer la vida, que es la fábrica de la muerte. He viajado por todos los mares, y muchas veces pensé que sería perfecto sumergirse en cualquiera de ellos y nada más. Pero ahora sé que el mar se parece demasiado a la vida, y que su única misión es conducir al hombre a la tierra, tal como la misión de la vida es llevar al hombre a la muerte. Pero ahora sé que el hombre debe regresar siempre a la tierra, y sé que es dulce morir por México porque en una tierra como la de México ninguna sangre es estéril. Te escribo sólo para decirte esto, y para decirte que cuides de tu muerte como yo he procurado cuidar de la mía, para que tu muerte sea la cima de tu amor y la coronación de tu vida." Es todo. La carta del suicida.

MEJIA: ¡Majestad! *(Hay lágrimas en su voz.)*

MAXIMILIANO *(Quemando la carta y viéndola consumirse)*: Vamos, Mejía, vamos, amigo mío. Es el último derecho de la imaginación. No hay por qué afligirse.

MIRAMON: Nunca creí, señor, que el amor de Vuestra Majestad por México fuera tan profundo.

MAXIMILIANO: Los hombres se conocen mal en la vida, general Miramón. Nosotros llevamos nuestra amistad a un raro extremo; por eso nos conocemos mejor. A propósito, tengo que pediros perdón.

MIRAMON: ¿A mí, señor?

MAXIMILIANO: No os conservé a mi lado todo el tiempo, como debí hacerlo.

MIRAMON: Perdonadme a mí, señor, por haberme opuesto a la abdicación.

MAXIMILIANO: Eso nunca podré agradecéroslo bastante.

MEJIA: No es justo, señor, ¡no es justo! Vos no debéis morir.

MAXIMILIANO: Todos debemos hacerlo, general Mejía. Cualquier día es igual a otro. Pero ved qué mañana, ved qué privilegio es morir aquí.

MEJIA: No me importa morir, Majestad. Soy indio y soy soldado, y nunca tomé parte en una batalla sin pensar que sería lo que Dios quisiera. Y todo lo que le pedía yo era que no me mataran dormido ni a traición. Pero vos no debéis morir. Hay tantos indios aquí, tantos traidores, tantas gentes malas — pero vos sois único.

MIRAMON: Los republicanos piensan que los traidores somos nosotros, Mejía.

MEJIA: Lo he pensado, ¡lo he pensado mil veces! Sé que no es cierto.

MIRAMON: Quizás seremos el borrón de la historia, pero la sinceridad de nuestras convicciones se prueba haciendo lo que vamos a hacer.

MEJIA: ¡Pero no el Emperador! ¡El Emperador no puede morir!

MAXIMILIANO: Calmaos, Tomás — permitidme que os llame así — y dejadme deciros lo que veo con claridad ahora. Me contasteis un día vuestro sueño de la pirámide, general Miramón, y eso explicó para mí toda vuestra actitud. Vos, Tomás, veis en mí, en mi vieja sangre europea, en mi barba rubia, en mi piel blanca, algo que queréis para México. Yo os entiendo. No queréis que el indio desaparezca, pero no queréis que sea lo único que haya en este país, por un deseo cósmico, por una ambición de que un país tan grande y tan bello como éste pueda llegar a contener un día todo lo que el mundo puede ofrecer de bueno y de variado. Cuando pienso en la cabalgata loca que han sido estos tres años del imperio, me siento perdido ante un acertijo informe y terrible. Pero a veces la muerte es la única que da su forma verdadera a las cosas.

MIRAMON: Os admiré siempre, pero nunca como ahora, Majestad.

MAXIMILIANO: Llamadme Maximiliano, querido Miguel. En la casa de Austria prevalece una vieja tradición funeral. Cuando un emperador muere hay que llamar tres veces a la puerta de la iglesia. Desde adentro un cardenal pregunta quién es. Se le dice: El Emperador nuestro señor, y el cardenal contesta: No lo conozco. Se llama de nuevo, y el cardenal vuelve a preguntar quién llama; se dan los nombres, apellidos y títulos del difunto, y el cardenal responde: No sé quién es. Una tercera vez llaman desde afuera. Una tercera vez el cardenal pregunta. La voz de afuera dice: Un pecador, nuestro hermano, y da el nombre cristiano del muerto. Quien va a morir ahora es un pecador: vuestro hermano Maximiliano.

MIRAMON: Maximiliano, me tortura la idea de lo que va a ser de México. Mataros es un gran error político, a más de un crimen.

MAXIMILIANO: Yo estoy tranquilo. Me hubiera agradado vivir y gobernar a mi manera, y si hubiéramos conseguido vencer a Juárez no lo habría yo hecho fusilar, para no destruir la parte de México que él representa.

MEJIA: Vuestro valor me alienta, señor, Maximiliano.

MAXIMILIANO: ¿Mi valor? Toda mi vida fuí un hombre débil. La llama que ardía en mí para mantener vivos mi espíritu y mi amor y mi deseo de bondad era Carlota. Ahora tengo miedo.

MIRAMON: ¿Por qué, señor?

MAXIMILIANO: Miedo de que mi muerte no tenga el valor que le atribuyo en mi impenitente deseo de soñar. Si mi muerte no sirviera para nada, sería un destino espantoso.

MEJIA: No, México os quiere; pero los pueblos son perros bailarines que bailan al són que les tocan.

MAXIMILIANO: Ojalá. Un poco de amor me vendría bien. Estoy tranquilo excepto en dos puntos: me preocupa la suerte de mi Carlota, y me duele no entender el móvil que impulsó a López.

MIRAMON: Ese tlaxcalteca.

MEJIA: Ese Judas.

MAXIMILIANO: No digáis esa palabra, Miguel, ni vos esa otra, Tomás. Los tlaxcaltecas ayudaron a la primera mezcla que necesitaba México. Y decir Judas es pura soberbia. Yo no soy Cristo.

MEJIA: Os crucifican, Maximiliano, os crucifican entre los dos traidores.

MAXIMILIANO: Sería demasiada vanidad, Tomás, pensar que nuestros nombres vivirán tanto y que resonarán en el mundo por los siglos de los siglos. No. El hombre muere a veces a semejanza de Cristo, porque está hecho a semejanza de Dios. Pero hay que ser humildes.

Se escuchan, afuera, una llamada de atención y un redoble de tambores. Se abre la puerta y entra un Capitán.

CAPITAN: Sírvanse ustedes seguirme.

MAXIMILIANO: Estamos a sus órdenes, capitán. ¿Puedo poner en sus manos estas cartas? *(El CAPITAN las toma en silencio.)* Gracias. Pasad, Miguel; pasad, Tomás. Os sigo.

Cuando MIRAMON va a salir, MAXIMILIANO habla de nuevo:

MAXIMILIANO: Miguel . . .

MIRAMON se vuelve.

MAXIMILIANO: Soberbia — sería. . . si, eso es. Miguel López nos trai-

cionó por soberbia, por vanidad. Ojalá este defecto no crezca más en México.

Hace una seña amistosa. MIRAMON y MEJIA salen. MAXIMILIANO permanece un segundo más. Mira en torno suyo.

MAXIMILIANO: Hasta muy pronto, Carla. Hasta muy pronto en el bosque.

Sale. Un silencio. La luz del sol se adentra en la celda, cuya puerta ha quedado abierta.

LA VOZ DE CARLOTA: ¿Y luego?

LA VOZ DE MAXIMILIANO *(Lejana, pero distinta)*: Soldados de México: muero sin rencor hacia vosotros, que vais a cumplir vuestro deber. Muero con la conciencia tranquila, porque no fué la simple ambición de poder la que me trajo aquí, ni pesa sobre mí la sombra de un solo crimen deliberado. En mis peores momentos respeté e hice respetar la integridad de México. Permitid que os deje un recuerdo. Este anillo para vos, Capitán; este reloj, sargento. Estas monedas con la efímera efigie de Maximiliano para vosotros, valientes soldados de México.

Pausa.

No. No nos vendaremos los ojos. Morir por México no es traicionarlo. Permitid que me aparte la barba y apuntad bien al pecho, os lo ruego. Adiós, Miguel. Adiós, Tomás.

LA VOZ DEL CAPITAN: ¡Escuadrón! ¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!

Una descarga de fusilería. Coincidiendo con ella, se hace el

OSCURO

ESCENA CUARTA

El doble salón. 1927. El salón de la izquierda reaparece antes de que se extinga la descarga. El salón de la derecha se ilumina poco después. CARLOTA escucha. Hay una pausa y en seguida estalla, a lo lejos, un disparo aislado: el tiro de gracia. CARLOTA se lleva la mano al pecho.

CARLOTA *(Con voz apenas audible)*: Max *(Pausa.)* Es extraño, señor. Siento en mí una paz profunda, la luz que me faltaba. Sin quererlo, vos, que me odiáis por México, me habéis traído mi único consuelo.

ERASMO: Yo no os odio, señora. Ahora lo veo claramente.



MANET. Fusilamiento de Maximiliano. *(Boceto)*.



Carlota en 1926.



Carlota en su lecho de muerte. Enero 1927.

CARLOTA: Tengo poco tiempo, señor: es el problema de siempre. ¿Qué debo decir al Emperador?

ERASMO: Señora...

CARLOTA: No temáis: nadie se vuelve loco dos veces. Sé que el Emperador me espera desde hace sesenta años. Voy a reunirme con él.

ERASMO *(Levantándose y hablando con lentitud y con sencilla solemnidad)*: Señora, he tardado en ver las cosas, pero al fin las veo como son. Decid a Maximiliano de Hapsburgo que México consumó su independencia en 1867 gracias a él. Que gracias a él, el mundo aprendió una gran lección en México, y que lo respeta, a pesar de su debilidad. Han caído gobiernos desde entonces, señora, y hemos hecho una revolución que aún no termina. Pero también la revolución acabará un día, cuando los mexicanos comprendan lo que significa la muerte de Maximiliano.

CARLOTA: Gracias. ¿Quién os gobierna ahora, decidme?

ERASMO: Plutarco Elías Calles, señora. Desde 1924.

CARLOTA: ¿Es un buen gobernante?

ERASMO: Señora, sólo puedo deciros que el pueblo reconoce a sus buenos gobernantes con la perspectiva del tiempo. Pero siempre distingue a los malos mientras están gobernando.

CARLOTA: Decidme adiós ahora, señor.

ERASMO: Señora, humildemente os suplico que digáis al Emperador que consiguió su objeto.

CARLOTA: ¿Qué queréis decir?

ERASMO: Quiero decir que si el Emperador no se hubiera interpuesto, Juárez habría muerto antes de tiempo, a manos de otro mexicano.

Entra el PORTERO, agitadamente.

PORTERO: Perdón, Majestad. Márchese usted, señor, se lo ruego. ¡Vienen; vienen!

ERASMO se inclina ante CARLOTA y se dirige al fondo.

CARLOTA: Señor. *(ERASMO se vuelve, se acerca a ella.)* Una última cosa. Si fuera posible volver a vivir la vida, ¿sabéis lo que pasaría?

ERASMO *(Con sencillez)*: Sí, señora. Volveríamos a fusilar a Maximiliano.

CARLOTA: No he querido decir eso. Lo que quiero deciros es... Acercaos. *(El obedece)*. Lo que quiero deciros es que Maximiliano volvería a morir por México, y que yo volvería a llevar esta corona de sombra sobre mi frente durante sesenta años para oír otra vez vuestras palabras. Para repetírselas al Emperador. Adiós, señor.

ERASMO mira su manga izquierda; duda, se decide, besa la mano de CARLOTA, recoge en presuroso silencio sus objetos y sale por fondo.
CARLOTA mira al frente. Sonríe. Se reclina en el respaldo del sillón con un gran suspiro de alivio.

CARLOTA: En el bosque, Max. Ya estamos en el bosque.

Por primera puerta izquierda entre el DOCTOR; por la segunda, la DAMA DE COMPAÑIA. El PORTERO se empequeñece al fondo.

DAMA DE COMPAÑIA: Doctor, mírela usted, ¡pronto!

El DOCTOR se acerca a CARLOTA; levanta su mano floja y le toma el pulso. Luego aproxima el oído a su corazón. Entonces, sin una palabra, sopla una por una las bujías, se dirige al fondo y descorre las cortinas. La luz del sol penetra en una prodigiosa cascada, hasta iluminar la figura inmóvil de CARLOTA. En el umbral de la primera puerta izquierda aparece el REY DE BELGICA. La DAMA DE COMPAÑIA llora y se persigna. El REY y el PORTERO la imitan y todos se arrodillan lentamente, mientras cae el

T e l ó n

México, D. F.
Septiembre 22-27
1 9 4 3

INDICES

DE

CUADERNOS AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1943

Año II. - Vols. VII a XII. - Nos. 1 a 6



INDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

Notas

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

Notas

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

Notas

DIMENSION IMAGINARIA

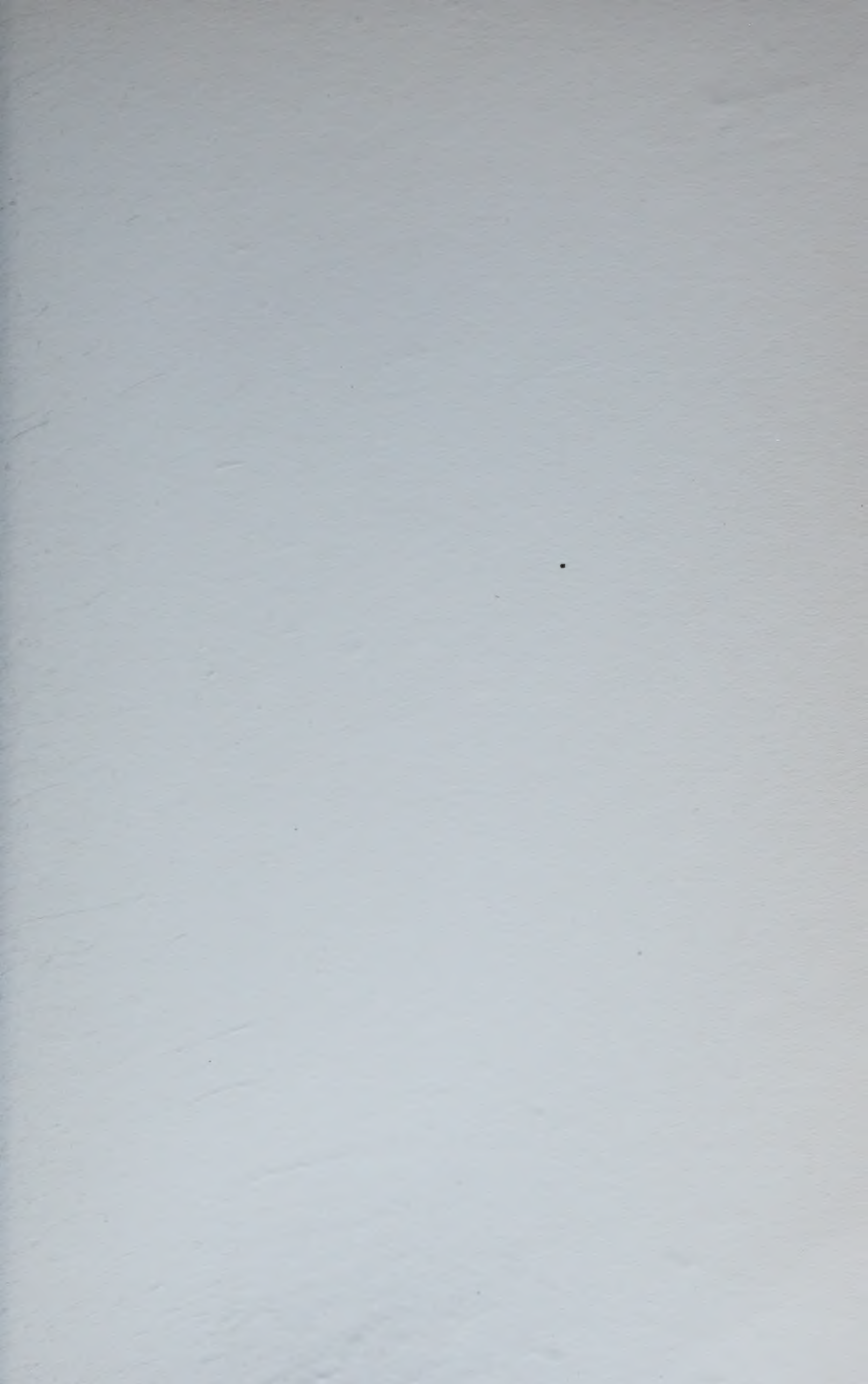
Ensayos

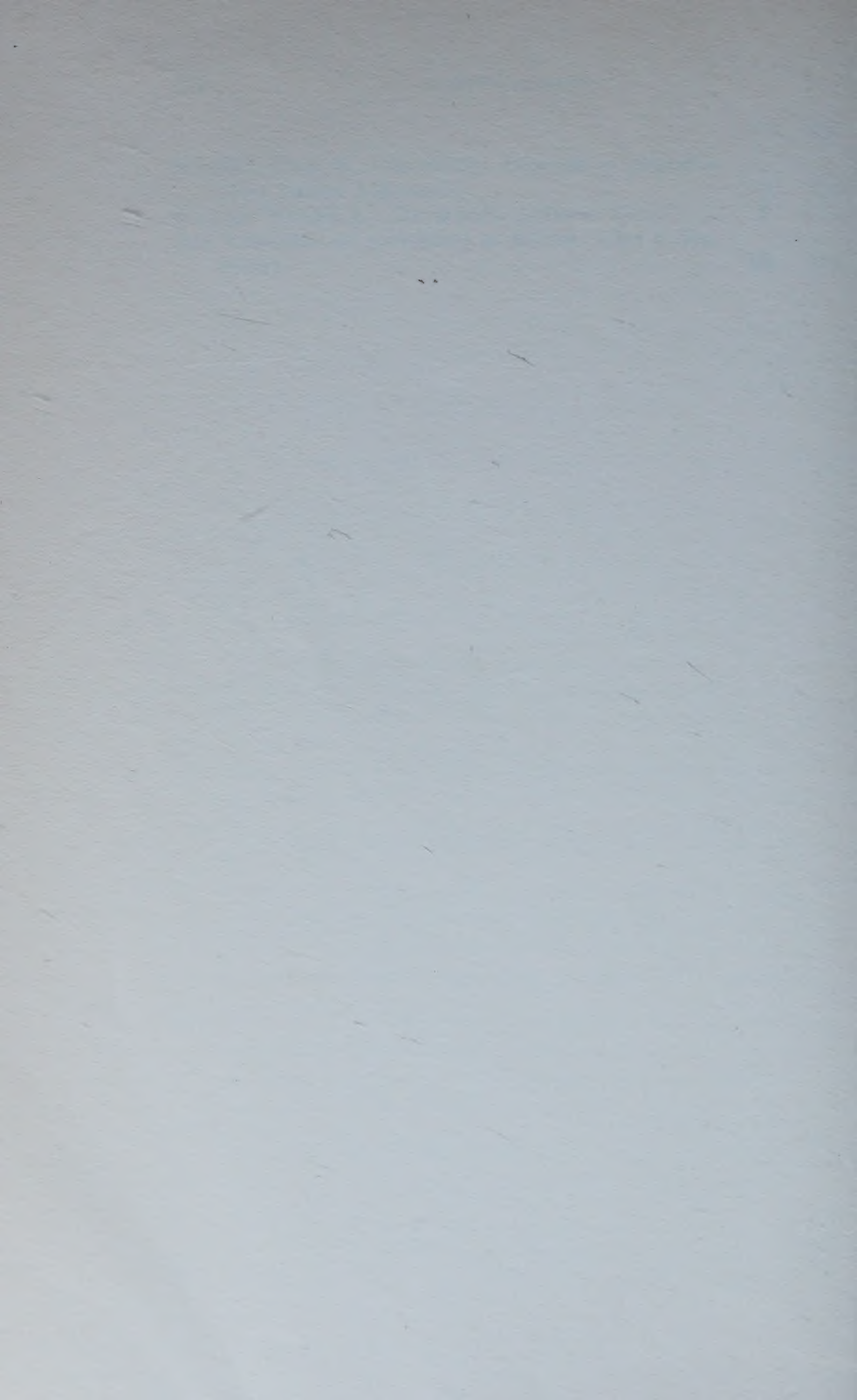
Notas

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

(Abrev.; N.T.: Nuestro Tiempo. - A. de P.: Aventura del Pensamiento. - P. del P.: Presencia del Pasado. - D. I.: Dimensión Imaginaria).

INDICE DE LIBROS RESEÑADOS







SUMARIO

Printed in Mexico.